

1

CRONOHISTORIA

INSTITUTO HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

4Q 4.1

INSTITUTO HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

1

CRONOHISTORIA

La preparación
y la fundación 1828-1872

A cargo de
Sor G. CAPETTI



EDICIONES DON BOSCO
BARCELONA

Con aprobación eclesiástica

ISBN 84-236-1419-0 (Obra completa)

ISBN 84-236-1420-4 (Tomo 1)

Depósito Legal. B. 12772-79

Printed in Spain

Escuela Gráfica Salesiana / Barcelona-Sarriá

Presentación

Me es grato presentar, en este primer volumen, la Cronohistoria del Instituto, publicada recientemente como respuesta a una viva y común espera.

En el prólogo se explica cómo fue compilada, con qué criterios y finalidad, con la intención de fijar no sólo la historia, sino el espíritu del Instituto. No intento, pues, realzar su valor; me limito sólo a un recuerdo.

El 31 de octubre de 1943, Don Eugenio Ceria, acabada la lectura de este I volumen mecanografiado, escribía: «... Tengo aquí los tres volúmenes de la Cronohistoria. He leído el primero, con gran deseo de leer también los otros dos. No sé si tienen intención de publicarlos; el trabajo constituirá un tesoro precioso para el porvenir: el contenido es sólido y su espíritu excelente».

La autorizada palabra del conocido escritor e historiador salesiano, más bien sobrio y mesurado en sus juicios, no puede ser más estimulante en este momento en que, precisamente en vísperas de nuestro XVI Capítulo General, el «caudal precioso» de la Cronohistoria es sacado de la sombra para que dé su fruto.

Espero que la atenta lectura de estas páginas, que respiran la frescura del espíritu de los orígenes, pueda facilitar ese «retorno a las fuentes» deseado por el Vaticano II, que debe asegurar la continua y pujante vitalidad del Instituto.

El deseo se apoya en la penetrante palabra del Rvdmo. Rector Mayor Don Luis Ricceri que, en febrero de este año, hablando en Roma al curso de espiritualidad salesiana sobre la importancia de permanecer fieles a las fuentes, no dudaba en afirmar: «Una Congregación que se separa de su pasado, no tiene futuro, como la planta separada de la raíz».

Nuestro pasado revive en la Cronohistoria, que desea ofrecer un conocimiento cada vez mayor de este pasado y un vínculo de amor cada vez más fuerte, a fin de que se proyecte al futuro en fecundidad de vida.

Sor ERSILIA CANTA
Superiora General

Roma, 15 de agosto de 1974

Fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen

Prólogo

La idea de redactar la *Cronohistoria del Instituto* se remonta al I Capítulo General de 1884. Efectivamente, en el acta de la 12.^a reunión —19 de agosto— se dice que se habló de la conveniencia de recoger los pormenores de cada casa para incorporarlos a la Cronohistoria, «que —según se lee allí— se confiará a un escritor salesiano de valía».

Pero parece que este propósito se quedó en un simple deseo y que quizá por el mismo apremio del trabajo no se pudo encontrar al salesiano que pudiera asumir esta nueva tarea.

Las llamadas *Primeras crónicas del Instituto*, conservadas en el Archivo, están escritas por Hermanas y no llevan fecha.

Se considera como más antigua la que tiene por título: «*Cronaca del nuovo Istituto delle Figlie di Maria Ausiliatrice - Mornese 1872*». Una nota añadida a continuación indica el posible autor de la primera parte, probablemente entre 1885 y 1889, «siguiendo —se dice allí— cuadernos viejos y en mal estado» que, por desgracia, no se conservaron.

La Crónica está precedida de dos folios, ciertamente interpolados después —como lo revela la diferencia de papel— en los que se encuentra una hermosa síntesis de los orígenes del Instituto con la siguiente nota a pie de página: «*Esto fue escrito quince años después de la fundación del Instituto por Sor Rosalía Pestarino, testigo ocular de cuanto escribió*».

Se suceden varias clases de letra a lo largo del texto, que llega hasta 1900. Se dice muy poco de los primeros años; alguna expresión pudiera parecer de Don S. Costamagna, sacada quizá de alguna de sus anotaciones. La compilación revela, especialmente en la primera parte, muchas inexactitudes y lagunas, mientras a continuación adquiere una marcha más directa e inmediata. Pero no debe haber satisfecho, ya que en la primera página aparece escrita en grandes caracteres, con otra tinta, la palabra: «anulado».

La otra Crónica, atribuida a la Madre Emilia Mosca —que continúa hasta febrero de 1900— lleva en la cubierta la nota: «*Esta crónica*

está escrita a continuación de la que yo escribí, Sor Rosalía. Se diría que estaba sacada de otra anterior, o de simples memorias, no conservadas, de la misma Sor Rosalía. Pero a este respecto no hay elementos seguros.

Debe haberse escrito en los últimos años de la Madre Emilia Mosca, entre 1895 y 1900. Se deduce de lo dicho acerca de los inicios de la casa de Turín —1876— en la que se menciona a la maestra, hermana de Don Sala, cuando escribe de él: «Ecónomo General de los Salesianos hasta su muerte»: y Don Sala murió en mayo de 1895.

Compilada, pues, después de mucho tiempo y al parecer apresuradamente, dicha crónica, desde un atento y riguroso estudio, resulta muy inexacta, pues presenta no pocos errores de fechas, trasposiciones de hechos y lagunas.

Una tercera redacción, escrita posteriormente, comprende los veinticinco primeros años del Instituto, y parece —por lo que respecta a los primeros tiempos— sacada de las dos precedentes; presenta incluso algún trozo igual a la una o a la otra.

Pero tampoco ésta se encuentra libre de errores, y es más bien escasa en pormenores respecto a los primeros años de Mornese.

Se llega así a 1913.

La Madre Clelia Genghini, elegida Secretaria General en septiembre de aquel año, entendió que correspondía a su cargo asegurar al Instituto una Cronohistoria lo más completa y fiel posible. Y consideró necesario que ésta no se iniciase desde la fundación —agosto de 1872— como las precedentes, sino que, remontándose mucho más atrás, abarcase los años anteriores de la larga y gradual preparación remota y próxima. Más aún, para obtener una visión más amplia, quiso tomar de la vida misma de Don Bosco los trazos que revelan la acción de la Providencia, al hacer de él el Fundador del Instituto.

Respecto a la Madre Mazzarello procuró comprobar todos los datos, desde su nacimiento.

Se impuso el laborioso trabajo de reunir el material necesario, recogiendo, especialmente de las Hermanas supervivientes de los primeros tiempos de Mornese y de Nizza, todos los recuerdos posibles, con particular referencia a la Madre Mazzarello y a Don Bosco.

Nada le parece desdeniable: ni siquiera las pequeñas anécdotas, dichos, costumbres, detalles aparentemente insignificantes que, no obstante, enlazándose con los orígenes, pueden ser elementos preciosos para reconstruir el pasado y especialmente para reavivar el espíritu.

Tuvo que seleccionar después atentamente los datos recogidos para

comprobar su exactitud histórica. Algunos no precisaban fechas, o reunían hechos o episodios ocurridos en tiempos distintos.

Las pocas crónicas de las casas, brevísimas, y, con frecuencia, fragmentarias, al apuntar a veces algún dato digno de mención, omitían las necesarias circunstancias de tiempo y de personas.

Los mismos datos de las Hermanas, en los primerísimos registros de Mornese y de Nizza, no estaban ciertamente transcritos con fidelidad y exactitud, y se hubo de hacer un largo trabajo para pasar a otro registro los datos precisos y completos de todos los miembros del Instituto desde el principio.

Fácilmente se puede comprender cuánto tiempo y qué diligente trabajo requirió esta atenta investigación y el correspondiente control de la misma, continuada a veces durante años, para anotar una fecha que falta, encontrada después de seguir pacientemente una pequeña pista, hallada después de un atento y amoroso estudio.

En ese preciso momento estaba en curso en la Curia Episcopal de Acqui el Proceso Informativo diocesano para la Causa de Beatificación y Canonización de la Madre Mazzarello, abierto el 23 de junio de 1911 y cerrado el 21 de julio de 1914. El Vicepostulador de la Causa, Don Fernando Maccono, había escrito y publicado aquel año —1913— la primera edición de la biografía de nuestra Santa, de la que hasta entonces sólo se habían escrito los *Cenni biografici*, escritos por Don Lemoyne en 1881, y el pequeño volumen de Don Francesca, *Suor Maria Mazzarello e i primi due lustri delle Figlie di Maria Ausiliatrice*, publicado en 1906.

Con la intención de preparar una edición más completa de la biografía de la Madre Mazzarello, no menos que por exigencias de la Causa, Don Maccono, con su bien conocida tenacidad y diligente investigación, reunía datos sobre la Madre Mazzarello y los primeros años del Instituto, utilizando también, en gran parte, los recuerdos de las supervivientes.

A veces, algunos testimonios sobre los mismos hechos no concordaban plenamente con los recogidos para el trabajo de la Cronohistoria; y hubo que proceder a nuevas investigaciones al respecto, como se deduce de la correspondencia entre Don Maccono y la Madre Clelia, conservada en el Archivo.

También Don Lemoyne, en esos mismos años, para el trabajo de las *Memorie biografiche di don Bosco*, mientras ordenaba el material, desde 1862 en adelante, acerca de las relaciones de Don Bosco con Don Pestarino y preparaba el correspondiente para la compilación del X vo-

lumen con la fundación del Instituto, investigaba a fondo sobre el particular. Lo prueban algunos documentos del Archivo y su correspondencia con los «queridos amigos de Mornese», conocidos durante el tiempo en que fue Director de aquella primera casa.

Todo esto puede explicar, con el correspondiente intercambio de noticias, el asiduo empeño por asegurar las fuentes de la historia de los orígenes y de los primeros tiempos del Instituto.

De las muchas memorias recogidas, la mayor parte proviene de la Madre Petronila, la fiel compañera de la Madre Mazzarello desde los años juveniles. Sin citar otros nombres, es preciso recordar a Sor Rosalía Pestarino, sobrina de Don Domingo, y formada en Mornese, que, a su vez, se servía de su hermano Don José para obtener datos y hacer averiguaciones. También Don José Campi de Mornese, Salesiano que vivió casi siempre en el pueblo, aportó noticias y memorias mornesinas.

Sor Josefina Vigolo, que siendo aún novicia fue a Mornese como maestra del pueblo, cuando en 1897 se pudo efectuar un deseado regreso al pueblo, con el conocimiento de personas y lugares, dio una valiosa aportación para seguir el hilo de las indagaciones.

La Madre Clelia por aquel entonces llevaba entre manos mucho trabajo de secretaría, por lo que tuvo que hacerse ayudar por Sor Magdalena Moretti —maestra de pedagogía en la Escuela Normal de Nizza— para los datos y la redacción de la Cronohistoria. Esto justifica la nota de la Madre Clelia al entregar al Archivo Salesiano —en septiembre de 1942— una copia mecanografiada de los tres primeros volúmenes de la Cronohistoria. Quiriendo permanecer modestamente en la sombra, mandó escribir: *«Redactada por Sor Magdalena Moretti y revisada y ampliada por la Secretaria General en base a ulteriores documentos debidos en gran parte a las diligentes investigaciones del Rvdo. Don Angel Amadei, o sacadas de las Memorias Biográficas de San Juan Bosco —Nizza Monferrato— Turín 1922-1942».*

Pero es un deber precisar que Sor Moretti estuvo en Nizza hasta 1924; trasladada después a otra parte, no consta que pudiera ocuparse de la Cronohistoria. Se debe considerar, pues, que su colaboración se limita al volumen I. Por lo demás —como dice la nota antes referida— también éste, trazado en sus líneas esenciales por la Madre Clelia, fue después tomado por su cuenta y retocado, mientras prestaba su propia colaboración a Don Amadei en la compilación del capítulo VI —*«Forma su segunda Familia»*— del X volumen de las Memorias Biográficas, que dejó interrumpido Don Lemoyne.

Los tres primeros volúmenes de la Cronohistoria terminan con la muerte de la Madre Mazzarello: 1881. Le siguen los volúmenes IV y V, que continúan la narración hasta poco después de la muerte de Don Bosco (marzo 1888).

La idea de la Cronohistoria y la solicitud de llevarla al término prefijado estuvo siempre presente en la Madre Clelia que, por muchos motivos y por el sucederse de varios acontecimientos, se vio obligada a prolongadas interrupciones, incluso de años enteros.

Cuando murió —31 de enero de 1956— estaba trabajando en ella. La dejó interrumpida en el 24 de agosto de 1884. Fue reemprendida y continuada por la que ahora escribe estas notas, completando el volumen IV y compilando el V en la línea ya trazada por ella, aunque no con la misma abundancia de datos.

La Cronohistoria está escrita en forma narrativa y de modo continuado, en una reconstrucción de los hechos lo más fiel posible. Aunque sin la pretensión de hacer un trabajo científico y crítico, según el criterio actual, es de fiar y verídica. Prueba de ello, la diligente investigación rescñada que precedió al trabajo, con el correspondiente material recogido y conservado en el Archivo.

Está escrita en el estilo de su tiempo: para darla a la imprenta se ha creído oportuno dejarla en su misma redacción original, salvo los indispensables retoques.

También se han querido conservar las indicaciones marginales del texto mecanografiado, que, en la impresión, se encuentran insertas en el curso de la narración, no como subtítulos, sino como simples llamadas para facilitar la búsqueda de cada uno de los puntos.

Este volumen I, que abarca el período de la preparación remota y próxima hasta la fundación formal del Instituto en agosto de 1872, muestra los caminos admirables por los que la Providencia guió su gradual formación. Y deja entrever, con destellos de luz, la acción previsor y amorosa de la Virgen Santísima, que desde lejos escogió y preparó las piedras fundamentales del monumento vivo de gratitud y de amor, del que ella misma había sido celestial inspiradora.

Sor GISELDA CAPETTI

La Divina Providencia va preparando al Fundador del Instituto (1828-1862)

Es propio de la divina economía, en la vida física, dejar caer en la tierra la semilla, la cual, al germinar y convertirse en flor, hermosea la tierra y la enriquece de frutos. En la vida espiritual suele tender un hilo sutilísimo, invisible, que habrá de unirse más o menos lenta e imperceptiblemente a otros hilos, guiados todos por la misma mano, para obtener un magnífico tejido, en el que se imprima con caracteres de oro el nombre de la Providencia que lo quiso, y los rasgos del corazón de Dios que lo bendijo.

Este hilo de oro, para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, fue el sacerdote Juan Bosco. De él escribió, entre otros muchos, con veracidad de historiador y amor de hijo, el sacerdote Juan Bautista Lemoyne. De las memorias que nos ha dejado, tomamos sólo aquellos particulares que van acercando el hombre a Dios y, aun sin saberlo de antemano, al cumplimiento de su misión redentora en la sociedad. Estos detalles ponen de manifiesto el proceso de formación del Fundador y Padre de una segunda Familia Religiosa que, al lado de la primera y bajo el influjo vital de ésta, se dedica por entero a la salvación de la juventud femenina.

Juanito Bosco y la hija pequeña de los Moglia *

1828. Aquí tenemos a Juanito, muchachito de trece años, manos a la obra en la granja de los Moglia para responder a la misión que le ha confiado la Virgen Santísima de convertir a sus contemporáneos.

* Como se ha dicho en el prólogo, esta indicación y las sucesivas no son más que simples llamadas, correspondientes a las notas marginales del texto original de la Crono-historia, para facilitar su búsqueda.

Por encargo de su ama, se encuentra con que tiene que cuidar de una niña de cinco años, o bien decir que no a quien tenía derecho de mandarle. «Esta fue la única vez que pareció sustraerse a la obediencia» —escribe su biógrafo— añadiendo: «No obstante, el ama dejaba algunas veces a la niña en un lindero y se retiraba para ir a otra parte, obligándolo de este modo a cuidar de ella; pero él, en cuanto suponía que no le veían, se alejaba a cierta distancia. Cuando volvía la señora Dorotea le regañaba:

—¡Ah, bribón! ¿Por qué no quieres cuidarla?

—¡Yo no estoy destinado para esto!, respondía con calma Juan» ¹.

¿Fue semilla, arrojada en el terreno? ¿Hilo que se convertirá en tejido?

Juanito Bosco, el pastorcillo de los Becchi, había tenido a los nueve años su primer «sueño» en el que una gran Señora, señalándole una multitud de cabritos, perros, gatos y osos que se transformaban en otros tantos corderillos, le había dicho: «Ahí tienes tu campo; en él deberás trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto; y lo que ves que ocurre con estos animales, deberás hacerlo tú con mis hijos» ².

Es aquí donde hay que buscar el motivo por el que, siendo un muchachito, dice ante la niña: «Yo no estoy destinado para esto». En el sueño no había visto más que muchachos; y había llorado ante la dificultad de la empresa, no quería ciertamente —por su parte— aumentar el volumen de la misma.

Pero, atento como estaba y estuvo siempre a las divinas inspiraciones, debió entender que, en la palabra del ama, resonaba la voz de Dios. Por tanto, si por la natural reserva, cultivada por la educación de su madre, se apartaba de la niña, cuando se quedaba sola, no la perdía de vista. Si se hubiera presentado cualquier peligro, Juanito estaba allí, pronto a correr junto a ella y a defenderla.

De igual modo, en los juegos y en el catecismo que daba a los niños y muchachitos de las alquerías vecinas, «no quería —escribe su biógrafo— que intervinieran las niñas». No las quería, porque su madre le había recomendado muchas veces la reserva y la separación de los muchachos. Pero si las hubiese visto necesitadas, de algún modo, de protección y defensa, o en peligro de ofender al Señor, ¿no se hubiera echado adelante y les hubiera dicho también a ellas, a ejemplo de mamá Margarita, la palabra que sabía decir oportunamente incluso a los ancianos?

¹ *Memorie Biografiche di don Giovanni Bosco*, I 199.

² *Ibid.* 125.

Si, pues, su precoz prudencia lo hacía cauto y vigilante, Dios, que media la fuerza de aquel carácter ya diamantino, no ocultaba ciertamente a nuestro mocito que también la juventud femenina se encuentra expuesta, tanto o más que la masculina, a las insidias del mal. Y desde entonces le dilataba el corazón, a fin de que, a su tiempo, pudiese abrirse con corazón de padre a una y otra. No importa que él no se diese cuenta de ello; el germen no perdía por esto nada de su fecundidad.

1844-45. Y la semilla permanece enterrada durante largos años, mientras Juanito —guiado y sostenido por los «sueños» que se repiten a intervalos para trazarle cada vez con mayor claridad el designio de Dios sobre él— deja la casa de los Moglia, empieza los estudios de latín, entra en el Seminario de Chieri, es consagrado sacerdote y da comienzo en Turín a la obra típicamente suya: los oratorios para los muchachos.

En 1844, transcurridas las fiestas de otoño en Castelnuovo y terminada la tanda de sermones que se hacían para la fiesta de la Virgen del Rosario, volvía a Turín, junto al incomparable paisauo, maestro y amigo Don Cafasso, su director espiritual.

Don Bosco, en el «Refugio»

«Después de algunos días, Don Cafasso, tomándolo aparte, le dijo con acento bondadoso:

—¿Por qué no me pregunta cuál es su destino?

—Porque —respondió Don Bosco— quiero reconocer la voluntad de Dios en lo que usted disponga; y no quiero hacer nada por mí mismo; mándeme adonde le plazca, yo iré en seguida.

—Pues bien, prepare sus cosas y vaya al Refugio. Allí hará de director del pequeño hospital de Santa Filomena y entretanto, junto con el teólogo Borel, trabajará por el bien de las jovencitas del Instituto de la marquesa de Barolo. Dios no dejará de darle a conocer, también en la obra del «Refugio», lo que debe hacer por los pobres muchachos»³.

El hospital de Santa Filomena era una obra en favor de niñas enfermas; el «Refugio» era un conjunto de instituciones femeninas fundadas y sostenidas por la marquesa de Barolo. Este grupo de Institu-

³ MB II 233.

tos era el campo destinado entonces a Don Bosco por la voluntad de Dios, expresada por medio de Don Cafasso.

Don Bosco no rehúye esta obra diametralmente opuesta a su ideal; antes bien, se entrega a ella más y mejor de lo que cabía esperar y requerir el deber. Se entrega con corazón de padre, de hermano y de apóstol.

«Durante la semana ayudaba al teólogo Borel en la dirección de las Hermanas y de las niñas en peligro; daba clase de canto a un coro de éstas; daba clase regular de aritmética a algunas de las religiosas que se preparaban para el magisterio; confesaba, predicaba y daba conferencias sobre la perfección religiosa»⁴.

Don Bosco sueña que trabaja de sastre

Mientras hacía el primer curso de filosofía, Don Bosco tuvo un sueño. Lo narró él mismo, más tarde, a Don Turchi y a Don Domingo Ruffino: «Me vi ya sacerdote, con roquete y estola: y, así vestido, trabajaba en una sastrería; pero no cosía prendas nuevas, sino que remendaba ropas viejas y unía retazos de paño. No pude entender de momento qué podía significar aquello. De esto no hablé por entonces más que con alguno que otro; pero no lo expuse claramente hasta que fui sacerdote, y sólo a mi consejero Don Cafasso»⁵.

¿Volvería a pensar Don Bosco en su sueño, cuando estuvo en el Refugio? ¿No se preguntaría si entre los vestidos remendados estaban también los de aquellos de quienes se ocupaba por orden de Don Cafasso, teniendo que trabajar precisamente entre jóvenes caídas? Pobres flores, nacidas quizá en la desolación de la miseria y el fango del vicio, que la sociedad no había sabido o querido salvar. ¿No debía ayudar también a las religiosas a vivir serenas en medio de tantas miserias materiales y morales y a inclinarse hacia la tierra para enseñar a llevar la cruz mirando al cielo?

¿Y no habrá deducido que, aunque sus sueños hablaban siempre de muchachos, la Divina Providencia le ponía también en contacto con niñas y religiosas?

La semilla despuntaba ya en la tierra y, en el silencio, estaba a punto de lanzar al sol el primer brote al que la linfa divina daría lozanía de vida.

⁴ MB II 234.

⁵ MB I 382.

«Hinc inde gloria mea»

1846. El retoño apareció, más pronto de lo que se pudo pensar.

Don Bosco se hallaba angustiado en busca de un local donde entretener a sus muchachos: habiéndose negado a abandonarlos, para darse sólo y por entero a las obras de la marquesa de Barolo, ésta le obligaba a dejar el Refugio.

Es entonces cuando tuvo otro sueño.

«Le pareció estar en vía Cottolengo. A la derecha tenía casa Pinardi, en medio del huerto y los prados; a la izquierda, casa Moretta, casi enfrente de la primera, con los patios y campos contiguos que debían ser ocupados más tarde por las Hijas de María Auxiliadora. Dos columnas se elevaban sobre la puerta del futuro oratorio, en las que Don Bosco leyó esta repetida inscripción: "*Hinc inde gloria mea*" — "De aquí y de allí saldrá mi gloria".

«Era evidentemente la primera alusión a la Congregación hermana de la de los Salesianos. Y si por una parte veía a estos últimos, por otra ¿no vería quizá a las Hermanas? Pero nada dijo por entonces, siendo muy reservado en dar explicaciones»⁶.

Don Bosco callaba, sabiendo por experiencia propia que también de esta nueva obra vislumbrada en el sueño Dios le indicaría a su tiempo la hora y pondría a su alcance los medios necesarios para la empresa. Pero pensaría en ello ciertamente, porque, si Dios le indicaba su voluntad, aunque fuera en un futuro aún desconocido, debía disponerse no sólo a recibirla en la hora señalada, sino también a cumplirla lo mejor posible.

Don Bosco, en las buhardillas y en los pasillos del «Cottolengo»

Seguramente intuiría una remota preparación cuando, en 1841-42 y 43, Don Cafasso lo hacía subir a las buhardillas de Turín «bajas, estrechas, tristes y sucias, con las paredes ennegrecidas, que servían de dormitorio, cocina y sala de trabajo a familias enteras; donde vivían y dormían padre, madre, hermanos y hermanas, con el cúmulo de inconvenientes que uno se puede imaginar»⁷.

O cuando el Padre Cottolengo lo acompañaba en 1842 a dar una vuelta por los pasillos y camas, para tener una idea y hacer un estu-

⁶ MB II 407.

⁷ LEMOYNE G. B., *Vita del venerabile G. Bosco* (Turín, SEI 1930) I 234-235.

dio de las miserias materiales y morales, mitigadas en nombre y por amor de Dios en la Casa de la Divina Providencia. Allí, como en las buhardillas, Don Bosco pasó junto a las abyecciones y necesidades de los jóvenes con mirada y corazón de sacerdote y de apóstol.

Al interesarse más tarde por las familias de sus pillucos y al tratar a las pobres mujeres y señoras, por estricto deber del ministerio, o para depositar en manos de aquéllas las limosnas recibidas de éstas, o darles información de sus hijos, o consolarlas y aliviar sus penas, estudiaría prácticamente el alma femenina. Comprendería su debilidad, sus aspiraciones, sus energías; puesto que para Don Bosco esperar la hora de Dios no significa estar ocioso y pasivo, sino velar activamente con ánimo pronto y corazón abierto.

Don Bosco se ocupa de la juventud femenina

1856. Don Bosco esperaba trabajando; ¡y con qué entrega! En 1856, junto con seis mil ejemplares de la *Manera fácil de aprender la Historia Sagrada* y tres mil de la *Vida de San Pancracio*, segunda edición, hizo imprimir en Paravia, en el mes de julio, cuatro mil ejemplares de *Avisos a las muchachas cristianas*⁸. Ahora, pues, que ya está desligado de las iustituciones de la marquesa de Barolo y su obra, totalmente encaminada a la juventud masculina, Don Bosco piensa en la juventud femenina y escribe para ella normas para ayudar a su formación moral y religiosa, basándose en el conocimiento adquirido. Esto prueba que ya no considera este apostolado como algo extraño en el campo de su trabajo.

Su tajante respuesta al ama de la casita de los Moglia, veintiocho años atrás, «yo no estoy destinado para esto», debía referirse sólo a aquel período de tiempo; fuera como fuere, no saldría ahora de sus labios. Ahora, en cambio, observa con pena los peligros de las jóvenes y se ofrece a auxiliarlas con los medios de que dispone, en espera de que la Divina Providencia le indique el camino de un apostolado más amplio y decidido.

La muerte de mamá Margarita

La Divina Providencia parece que se lo quiso indicar, no dándole nuevos medios, sino quitándole incluso la valiosa ayuda, la estrella que

⁸ Cfr. MB V 591.

le había guiado y sostenido hasta entonces: mamá Margarita. Aquel año 1856, el Oratorio ya establecido comenzaba a dar buenos frutos y prometía una mies exuberante. Eran numerosos los jóvenes internos y los externos; bien encaminadas las clases, llenas de clérigos y de laicos, gracias también a la ayuda providencial de mamá Margarita. Instalada con su hijo en Turín en 1846, había contribuido al orden externo y moral de la casa, con su maternal sagacidad, con su sabia economía, con su trabajo incansable y piedad ejemplar. Quien no lo supiera, no tardaría en descubrir en el Oratorio el corazón y la mano de una madre adornada de valores espirituales y prácticos no comunes.

Pero ahora aquellos ojos, que reemplazaban, recordándolos también físicamente, la mirada del hijo al prevenir, advertir, sugerir y corregir, con el lenguaje mudo del corazón, están cerrados para siempre. Aquellas manos incansables en el trabajo y en la práctica del bien, que habían sublimado con la piedad las sencillas labores domésticas, los remiendos continuos de los vestidos raídos de los pilluelos, se han secado y reposan entrelazadas con el negro rosario que había sido su guía en mil pruebas. El corazón de aquella mujer fuerte, que no había vivido más que para Dios y para el deber, y que por Dios había hecho suyas las necesidades de todos los pilluelos y clérigos de su hijo, se ha parado para siempre en el de su Señor.

La mañana del 25 de noviembre, a las 3, se apagó serenamente la querida mamá Margarita, llorada no sólo por sus hijos José y Juan, sino también por todos cuantos vivían en el Oratorio y se acercaban, tristes como auténticos huérfanos, a venerar su cadáver. Don Bosco, conmovido por el dolor —él que también la lloraba con todo el desgarramiento de su sensibilísimo corazón— reuniéndolos para consolarlos les decía: «Hemos perdido a la madre, pero estoy seguro de que ella nos ayudará desde el cielo. ¡Era una santa!»⁹.

Si en una familia, aunque pequeña, la ausencia de la madre es siempre una desgracia, ¿cuál debió de ser en Valdocco la impresión de vacío y de desolación de aquellos pobrecitos, que volvían a casa sin la alegría de recibir el saludo de quien les había hecho gustar el consuelo de tener una madre, una verdadera madre? ¿Cuál sería el desencanto al ver los vestidos rotos, sin una mano que los remendase? ¿Quién prepararía ahora los mantos para la iglesia? ¿Quién serviría la mesa de Don Bosco y de sus hijos, pobre pero indispensable? Ur-

⁹ MB V 565.

gían necesidades de orden económico y de orden moral: urgía pensar en ello.

«... A la muerte de su madre —narra Don Rúa— Don Bosco intuyó la necesidad de una Congregación de religiosas que proveyera al vestido y la limpieza de tan numerosa familia; pero se reservó tomar decisiones hasta que la Providencia no le indicara, de modo evidente, su voluntad.

Don Bosco propone buscar religiosas para cuidarse del lavado y repaso de la ropa

«Pero él, para pulsar la opinión general de la casa, una noche, después de las oraciones, les planteó a los jóvenes la cuestión: —¿Hemos de traer a casa religiosas para hacerse cargo del lavado, conservación y repaso de la ropa, o bien pagar una mujer externa que haga este trabajo durante el día?

Los jóvenes, pensando que la presencia de las religiosas les iba a traer limitación de la libertad, respondieron a una: —Que venga una mujer de fuera»¹⁰.

Los muchachos estaban habituados a coucebir a las religiosas serias, todas entregadas a la oración, al silencio y a una disciplina férrea; y por lo mismo incapaces de adaptarse a ellos, tan bulliciosos y amantes del juego y del canto. Ellas hubieran convertido el Oratorio en un lugar triste, pesado, poco menos que en una prisión, desagradable hasta para Don Bosco, que gozaba con la jovialidad y la fomentaba. Así es que ¡nada de religiosas!, sino una mujer —una madre— dispuesta a escucharlos, a ayudarlos, y, también, a corregirlos, pero con la sonrisa en los labios, viviendo su misma vida entretrejida de pobreza y de trabajo.

Buenas razones todas, pobres muchachos; y todas fáciles de entender y de aceptar por el padre, al que debió nacer espontánea la conclusión: ¡para mis pilluelos harían falta religiosas hechas expresamente para ellos!

En espera de que la voluntad de Dios se pronunciara más claramente respecto a religiosas fundadas *ad hoc*, no tanto para aquel batallón de muchachos, cuanto para el inmenso ejército de hijas e hijos que debían ocupar su espíritu, Don Bosco satisfizo el deseo de los jóvenes. Pensó en la señora Juana Rúa, madre del clérigo Miguel Rúa,

¹⁰ MB V 569.

que hacía tiempo era la generosa ayudante del mamá Margarita y, con los mismos propósitos, tenía también la voluntad de continuar su tradición en el Oratorio. Mamá Margarita no hubiera deseado otra persona mejor para sucederla.

Don Bosco y las reclusas de Santa María de los Angeles

1858. En febrero de 1858 Don Bosco hizo un viaje a Roma; y el 15 de marzo, por encargo de Pío IX, predicaba los Ejercicios Espirituales a 260 reclusas en las cárceles de Santa María de los Angeles, en las Termas de Diocleciano.

Aquellas desventuradas, conmovidas por su palabra, se confesaron todas, con señales de sincera contrición. Este fue otro acercamiento de Don Bosco al alma femenina; otra grande escuela para su corazón de padre sobre el modo de prevenir a la mujer contra las seducciones de la vida.

¡Cuántas reflexiones sobre las caídas de aquellas pobrecillas, la mayor parte de las cuales hubieran podido conservarse piadosas y honradas si, a su debido tiempo, hubiesen tenido un guía seguro, lleno de bondad y de fe!

Don Bosco hacía esto cumpliendo órdenes del Vicario de Jesucristo, el mismo Pontífice que más tarde aprobaría, es más, le sugeriría que hiciese por las muchachas lo que estaba haciendo por los jóvenes, diciéndole casi las normas para la nueva empresa.

Formación de la Pía Sociedad Salesiana

1859. El brote se hizo planta. El 9 de diciembre, como obsequio de la Inmaculada, Don Bosco dio en su habitación una conferencia especial a los «sacerdotes, clérigos y laicos que cooperaban en sus trabajos en el Oratorio y que, admitidos a las cosas íntimas, presentían que aquella reunión debía de ser importante.

«Con visible emoción les anunció que había llegado la hora de dar forma a aquella Congregación que hacía tiempo pensaba fundar y que constituía el objeto principal de sus cuidados... que tomaría, mejor dicho, conservaría el nombre de San Francisco de Sales»¹¹.

¹¹ MB VI 333-334.

El 18 del mismo mes, daba la conferencia a los primeros adscritos a la Pía Sociedad. En el Acta de esta reunión consta el compromiso estricto de los mismos Congregados de erigirse en Sociedad o Congregación que, teniendo por objetivo la ayuda recíproca para la propia santificación, se proponía promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, especialmente de las más necesitadas de instrucción y educación... y, después de rogar a Don Bosco, iniciador y promotor, que asumiera el cargo de Superior Mayor..., se pensó en constituir... por votación secreta... el Consejo, que se denominó después Capítulo Superior ¹². La planta, pues, ahondaba sus raíces, firme y segura.

1862. El 14 de mayo de 1862, víspera de la solemne novena de María Auxiliadora, «los hermanos de la Sociedad de San Francisco de Sales fueron convocados por el Rector, y la mayor parte de ellos ratificó su adscripción a la naciente Sociedad con la emisión formal de los votos tricenales...

... Veintidós hicimos nuestros votos según el Reglamento —escribió Don Bonetti— sin incluir a Don Bosco, que estaba en medio de nosotros arrodillado ante el crucifijo puesto sobre una mesita» ¹³.

¡La primera Familia religiosa del pastorcillo de I Becchi es un hecho cumplido!

Al mes escaso —14 de junio— dos de los más fieles y adictos hijos de Don Bosco, Don Juan Cagliero y Don Juan Bautista Francesia, son ordenados sacerdotes por Mons. Balma.

El padre tiene ya entre los hijos a otros dos sacerdotes colaboradores y, si uno será el poeta de la gran Familia, el otro será su músico por excelencia y llevará el nombre de Don Bosco al otro lado del océano, entre los emigrantes italianos y los neófitos de la gran civilización cristiana.

En este tiempo aproximadamente parece que se deba situar el reiterado sueño del que hace mención Don Francesia en su libro sobre la Madre Mazzarello.

Sin precisar tiempo, dice que Don Bosco soñó que se encontraba en la plaza Vittorio de Turín entre un griterío de niñas que le pedían que acudiera en su ayuda; él, naturalmente, se había echado atrás. Pero apareció entonces una noble Señora de rostro resplandeciente que le dijo: «*Cuida de ellas, son mis hijas*» ¹⁴.

¹² Cfr. MB VI 335-336.

¹³ MB VII 161-162.

¹⁴ Cfr. FRANCESIA G. B., *Suor Maria Mazzarello e i primi due lustri delle Figlie di Maria Ausiliatrice* (S. Benigno Canavese, Libr. Sales. 1906) 212-213.

El sueño parece que deba situarse en este tiempo por dos razones.

Ante todo, los sueños que hacen referencia a su primera y grande obra se han cumplido en su mayor parte; y Don Bosco tiene ahora no sólo muchachos y clérigos, sino también sacerdotes que le ayudan, y son suyos, hijos del Oratorio. ¿Por qué el cielo no va a hacer sentir más clara y segura su voz respecto a la segunda obra, que espera que le dé vida el corazón de Don Bosco? El espera, precisamente, la orden de la Divina Providencia.

Además, situando aquí este sueño, se encuentra la clave del otro, narrado por el mismo Don Bosco a sus hijos con profusión de preciosos detalles.

Don Bosco dice en sueños a la marquesa de Barolo que debe ocuparse de las jóvenes

Escribieron Don Juan Bonetti y César Chiala: «El 6 de julio, Don Bosco contó a algunos el siguiente sueño que tuvo la noche del 5 al 6 de julio. Estaban presentes Francesia, Savio, Rúa, Cerrutti, Fusero, Bonetti, el Caballero Oreglia, Anfossi, Durando, Provera y algún otro.

Esta noche he tenido un sueño singular. Soñé que me encontraba con la marquesa de Barolo paseando por una plazoleta desde la que se divisaba una gran llanura. Yo veía a los jóvenes del Oratorio que corrían, saltaban y se divertían alegremente. Quería dar la derecha a la marquesa, pero ella me dijo:

—No, quédese donde está.

Después se puso a hablar de mis jóvenes y me dijo:

—Está bien que usted se ocupe de los jóvenes, pero déjeme a mí el cuidado de las niñas; así iremos de acuerdo.

Yo le respondí:

—Pero dígame: ¿Es que Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para redimir sólo a los niños o también a las niñas?

—Lo sé, respondió ella; Nuestro Señor ha redimido a todos, muchachos y muchachas.

—Pues bien, yo debo procurar que su sangre no se haya derramado inútilmente, ni para los jóvenes ni para las muchachas...»¹⁵.

Omitiendo de la narración la parte que no viene al caso, y pensando en el gran valor de los sueños en la vida de Don Bosco, es

¹⁵ MB VII 217-218.

lógico preguntarse: ¿Cómo es que la marquesa quería que desistiese de ocuparse de las niñas, y él, el apóstol, en vez de decir que, en efecto, no se ocupa de ellas directamente, se declara obligado a trabajar para que la sangre de Jesucristo no se haya derramado en vano para ellas? ¿Es que el pequeño remisó ante la hija de los Moglia está ahora abiertamente alineado en favor de la juventud femenina y es tal el celo que llena su corazón que hasta en los sueños aparece esta idea?

El cambio, aparentemente extraño, queda en seguida aclarado y se hace hasta naturalísimo y lógico si el «sueño de la marquesa» se admite como precedido por el otro referido anteriormente. En uno, la orden de ocuparse también de las jóvenes le venía directamente de la «noble Señora», y a ella no se le podía decir que no. En el otro, la marquesa se oponía a lo que él sabe que debe hacer; y a la piadosa dama Barolo, poderosa, rica, pero criatura de este mundo, el «padre de los pilluelos» hace entender resueltamente que no se separará un ápice de su deber, incluso para con la juventud femenina.

El biógrafo de Don Bosco dice que los que oyeron la narración no comprendieron hasta más tarde que aquel sueño aludía, entre otras novedades, a su designio de crear también obras para las niñas.

La Divina Providencia prepara a la primera Hija de María Auxiliadora (1837-1857)

1837-1847. La Providencia, que encomendaba a Don Bosco una obra destinada a la gloria de Dios, le preparaba, sin saberlo y en otra esfera de acción, el instrumento necesario.

Se trataba de una obra de preservación y de educación; el instrumento tenía que ser puro y dócil, y Dios lo eligió y lo formó de una humilde criatura de Mornese, pequeña aldea en las colinas del Monferrato, en la diócesis de Acqui. Se levanta muy lejos de la ciudad, pero más bien a trasmano, de forma que no invita a establecerse en ella a ninguna sociedad comercial y ningún tren llega hasta allí.

Cosa poco grata en nuestro siglo de movimiento y de tráfico; pero inadvertida para aquellos aldeanos de buen sentido, que amaban con ternura su tierra y cantaban, sin saberlo, con su serena laboriosidad, las ventajas de una vida sencilla y sana.

María Mazzarello

Allí nació esta afortunada niña el 9 de mayo de 1837, —un martes— día de la semana elegido por Don Bosco para honrar en sus casas a los ángeles custodios, como si la Providencia quisiera significar la misión que quería confiarle.

Fue bautizada aquel mismo día y recibió el nombre de María Dominga, en memoria de su abuela materna, María, y del abuelo Domingo. María, el nombre de la Virgen Inmaculada; Dominga, que significa del Señor. Nombre reducido después, por brevedad, a sólo María y que, además de ser una cristiana herencia de familia, era un augurio, convertido para ella en símbolo y promesa. La pequeña hizo presagiar muy pronto que lo llevaría con honor.

Sus padres se entregaron en noble porfía, a educarla no sólo cristianamente, como ellos vivían y habían sido educados, sino santamente, descando que el Señor les bendijera en ella y que la primera flor que les concedía el cielo perfumara con su fragancia toda la familia de que esperaban verse rodeados.

Vivió los primeros años al calor de las paredes domésticas, junto a los suyos, a los que alegraba con sus ocurrencias infantiles y su serena vivacidad. No se alejaba de casa más que para ir al campo, donde trabajaba su padre, o a la iglesia, acompañada por su madre y por su prima Dominga, hija de un tío paterno que, al quedar huérfana de padre durante el cólera de 1836, había entrado a formar parte de la familia. Más tarde, cuando su hermana Felicina fue un poco mayor, también ella la acompañaba.

María Auxiliadora, en Mornese

El 24 de mayo de 1843 se bendecía y abría solemnemente al culto —en el barrio de los «Mazzarelli»— la iglesita dedicada a María Auxiliadora. Se levanta a poco más de cien metros de la casa de María; y ésta, a sus seis años escasos, no pudo faltar a esta fiesta. Es de suponer que en la construcción de la capilla captase algo del ardor que impulsaba a sus paisanos a levantar aquel devoto monumento a la Virgen.

Se ha hecho alusión al cólera de 1836 que, como se ha visto, no había dejado incólume el solitario pueblo de Mornese, llegando incluso a cobrar sus víctimas en la familia Mazzarello.

En medio de las pruebas de estos penosos días, los buenos mornesinos habían recurrido una vez más a la piedad de su Madre divina, renovando el voto que —como recuerdan algunos que aún viven— habían hecho cuatro o cinco combatientes del lugar entre los años 1812 y 1815, durante las turbulentas jornadas napoleónicas.

La invocación a María bajo el título de Auxiliadora se explica por el hecho de que, en aquellos tiempos, esta devoción estaba ligada —especialmente en Génova— a la histórica prisión de Pío VII y a la consiguiente fiesta conmemorativa anual del 24 de mayo. Esta había sido instituida por el mismo Pontífice en cumplimiento del voto hecho a Nuestra Señora de la Misericordia, coronada por él en la primavera de 1915.

No era raro, pues, encontrar en los pueblos limítrofes con Liguria capillas y frescos en los que se representaba, de forma más o menos

semejante, a la taumaturga Virgen de la Misericordia de Savona, sola o con algún santo protector y la inscripción del título *Auxilium Christianorum*.

En efecto, la iglesita de los «Mazzarelli» en Mornese, no es el único recuerdo de la especial devoción a María Auxiliadora.

Entre las varias imágenes sagradas mandadas pintar en las casas por la piedad popular, hay una, en la vía Valgelata, dentro del pueblo, que representa a la Virgen en idéntica actitud que la de Savona, con la inscripción: *Auxilium Christianorum*. En la parte inferior, donde antiguamente se veían soldados provistos de yelmo y lanza, está señalado el año: 1814. El mismo año de la institución de la fiesta de María Auxiliadora; aunque la pintura, como asegura el resto de la inscripción, no es anterior a 1841.

Los dos detalles hacen pensar que se trate también aquí de un exvoto de veteranos de las guerras napoleónicas.

Desde que los «Mazzarelli» tuvieron su capilla, la pequeña María acudía a ella muy a menudo al rezo del rosario, o a alguna misa votiva. Y con frecuencia, aunque no fuera a diario, debió quedarse delante de la iglesita, a jugar con sus compañeras del barrio y a contemplar la imagen de la Virgen pintada en la fachada, rezando el Ave María y la invocación Auxilio de los cristianos, o cantando un canto popular aprendido de labios de su madre. Así, desde la infancia, resonaba ya en su corazón el nombre de aquella Auxiliadora, de la que un día iba a ser hija primogénita.

De los «Mazzarelli» a la Valponasca

A finales de 1843, la familia de María dejó la casa de los «Mazzarelli» y se fue a vivir a la así llamada Valponasca, propiedad de los marqueses de Oria, de quienes recibió en arriendo los viñedos y la casita correspondiente.

La Valponasca dista de la parroquia tres cuartos de hora de camino, cuando el tiempo es bueno y se pueden atravesar los pequeños torrentes; pero, cuando la lluvia o la nieve hacen impracticables los intrincados atajos, el camino se hace largo y difícil. A pesar de todo, María empezó pronto a recorrerlo de buena mañana los días festivos, para ir con los suyos a la primera misa, y más tarde, cada día, para asistir a las clases de catecismo que se daban a las siete, inmediatamente después de la misa.

Mientras tanto, se iba habituando, por deseo de su madre, a vencer

otro gran enemigo, el sueño. La buena Magdalena Calcagno se parecía en esto a mamá Margarita, deseosa de ver a su Juanito fuerte contra este tentador que, si no se le vence desde el principio, roba las más hermosas y provechosas horas de la vida.

Apenas contaba María ocho años, cuando los primos Juan Bautista Bodratto y Catalina Pestarino pidieron a sus padres que se la dejaran por algún tiempo, con la secreta esperanza de que los Mazzarello, que tenían ya una buena corona de hijos, se la dejaran para siempre y diera alegría a su hogar infecundo.

Ellos accedieron pero, después de seis u ocho meses, necesiéndola en casa, la reclamaron.

Los Bodratto lo sintieron muchísimo; María, en cambio, experimentó un gran contento, porque Catalina Pestarino, aunque la quería muchísimo, no tenía el discernimiento de una madre y, para hacerla piadosa, la cansaba haciéndola levantar demasiado temprano, reteniéndola largo rato en la iglesia con largas oraciones y muestras de piedad que eran totalmente contrarias a su naturaleza.

Lo reveló más tarde con estas palabras: «A mí me gustaba, sí, ser buena y rezar, pero, sin pasar tantas horas en la iglesia y sin hacerlo ver demasiado a todos». De este modo demostraba su inteligencia precoz, con una reflexión que podía ser, y lo fue, un programa de vida al que no fallaría nunca: buscar el bien, procurarlo con todas sus fuerzas, pero lejos siempre de toda ostentación.

Lo que más le costaba a la niña era confesarse. No porque tuviera en su conciencia faltas que la humillasen, sino por la natural repugnancia de su espíritu a abrirse. Quizás no estaba ausente la insidia del enemigo, que hubiera querido cortarle el camino de una ascensión espiritual más segura.

Pero su madre, que se confesaba cada día festivo, encontró lógico que su hija la imitara, y se obligó a prepararla con firmeza y constancia en cuanto llegó al uso de razón. De este modo María tuvo que vencer pronto esta repugnancia y algunas más.

También los sermones le fastidiaban, hasta el punto de que, voluntariamente, hacía esfuerzos por no escucharlos, dejándose vencer por el sueño, o porque comprendía poco, o porque no encontraba en ellos alimento para su corazón. Por entonces el estilo en la predicación era frío, monótono, difícil y con frecuentes citas de autores clásicos en latín. Ella hubiera escuchado con gusto la palabra sencilla y llana, como la de su padre, que entendía perfectamente y no se le olvidaba.

Cuenta ella misma que las vísperas de las fiestas, cuando tocaban

las campanas, de momento le gustaba su sonido, pero después se turbaba, porque la fiesta llevaba consigo la confesión y el sermón. Tanto más que el sermón no bastaba oírlo en la iglesia: por el camino de regreso, si iban solas, o bien en casa, su madre quería oír de nuevo lo que el sacerdote había explicado. Y si la niña no lo había entendido bien, le repetía todo lo que podía interesarle, con tal dosis de aplicaciones personales que acababan por aburrirla y hacerle perder el deseo de ponerlas en práctica.

Si el sermón y la confesión le eran motivo de aburrimiento y de disgusto, motivado posiblemente por el sacrificio que requerían, el catecismo era su gozo. Lo aprendió primero de labios de su padre, cuando aún era pequeña para ir a la parroquia, mientras su padre estaba en condiciones de responder a sus exigentes preguntas. La niña, en efecto, no se contentaba con una razón cualquiera, pero cuando se presentaba un problema, quería la solución precisa. Cuando fue mayorcita, acudió primero a las lecciones del párroco y después a las de Don Pestarino, que estudiaba en el libro. Estaba atentísima a las explicaciones del catecismo; lo afirman todas sus compañeras, especialmente Petronila Mazzarello, la fiel compañera que la siguió hasta la muerte y le sobrevivió, y que asegura: «María no se cansaba tan fácilmente como nosotras: ella gozaba de verdad».

Don Domingo Pestarino

1847-1848. ¿Quién era Don Pestarino? La gente lo llamaba el *cura*, los más amigos e íntimos el «prebino», en el cielo era conocido probablemente como el apóstol de Mornese y una vez al menos desmentía el proverbio: *Nemo propheta in patria*.

Nacido en Mornese en 1817, había comenzado sus estudios en el seminario de Acqui, continuándolos luego en el de Génova; después de la ordenación sacerdotal, había quedado allí como prefecto del seminario menor, aceptando también una capellanía rural para tener ocasión de ejercer su ministerio en una barriada. Pero, habiendo caído en sospecha de revolucionario, a finales del año escolar 1846-47, hubo de abandonar la capellanía, el seminario y Génova ¹.

Vuelto al seno de su familia, llevó su celo a su propio pueblo, que

¹ Acerca de la fecha del regreso de Don Pestarino a Mornese, ver carta del Prefecto del Seminario de Génova Don Mario Carpaneto a la Madre Clelia Genghini, del 23 de agosto de 1926 con documentos anexos; y copia de un certificado de matrimonio celebrado por Don Pestarino en Mornese el 30 de junio de 1847 (Arch. Gen. FMA).

encontró frío en los deberes religiosos, a causa de las doctrinas janse-
nistas. En poco tiempo lo elevó de nuevo a la verdadera piedad, con
su fervor, su buen ejemplo y su liberalidad, especialmente hacia los
pobres y la juventud, así como con su prudente tacto.

Unido por vínculos de amistad y de trabajo al más culto y celoso
clero genovés de aquellos tiempos —el canónigo Alimonda, el prior
de Santa Sabina Don José Frassinetti, Don Sturla, Don Montebruno,
el canónigo Raimundo Olivieri— por ellos y con ellos había perfec-
cionado pronto su tendencia natural a conocer el alma humana y a
hallar la forma de ganársela. En Mornese, pues, sin desaprobador nada
y sin darse aires de innovador, mientras su corazón lloraba al ver a
Jesús considerado, no como padre, sino como amo severísimo, comen-
zó a decir la santa misa a la hora más cómoda para la gente humilde,
especialmente las madres, sobre las que hace más pronto presa el sen-
timiento y el ejemplo. Por medio de lecturas en el altar y de exhor-
taciones en el confesionario, obtuvo que algunas mujeres comulgasen
también fuera del tiempo pascual y que las niñas acudieran en buen
número al catecismo.

El hielo estaba roto: la extrañeza irónica se tornó pronto en admi-
ración y la admiración en estima y afecto: y acudieron también a él
los hombres y los jóvenes, hasta el punto de que su confesionario
estaba asediado, día y noche. Se levantaba a las tres de la mañana,
cuando alguno quería hacer sus devociones sin ser visto, y se quedaba
hasta hora tardísima para los hombres.

Bueno y jovial con todos, tenía una gracia especial para enseñar
el catecismo; y puesto que el párroco le daba amplia libertad, se en-
tregó a ello con tal ardor, que hubo de darlo en varias sesiones, sepa-
radamente a hombres, mujeres y niños, sin cansarse y sin mostrar
fatiga por la dificultad en aprender y retener.

Es inútil decir que a sus lecciones acudía María como a una fiesta,
sin cansarse.

Muchas veces, por un rápido movimiento de la persona o por el
rictus del rostro, se entendía que la jovencita hubiera deseado hacer
alguna pregunta para obtener una explicación más completa, pero se
reprimía y callaba. Mas era rápida y exacta en responder a lo que se
le preguntaba. En los certámenes que Don Pestarino hacía los domín-
gos, entre niños y niñas, situados a distinto lado en la iglesia, María
quedaba siempre campeona.

A esta porfía Don Pestarino la llamaba «punto de honor», y quien
vencía recibía un pequeño premio. Después de una de estas victorias,

María decía a su compañera Petronila: «En el catecismo no quiero dejarme ganar por nadie y no tengo miedo a los chicos y les quiero ganar a todos». Aquel día también Petronila obtuvo el «punto de honor» y Don Pestarino, entregando un libro a María y señalando a su compañera, le dijo:

—¡Toma! hazle partícipe también a ella.

Pero a Petronila le daba pena dividir aquel premio; y, bonachona por naturaleza, renunció en seguida diciendo:

—Hacer dos partes no se puede. Lecremos un poco cada una.

María, en cambio, deseosa de ser la primera en el estudio y en la práctica de la religión, se lo guardó para sí.

¿Se la puede imaginar fresca y egoísta? No; tenía más bien mucho de aquella timidez rural, propia de la gente sencilla de nuestros campos, pero demostraba, ya desde entonces, la índole franca y fuerte que, bien dirigida, la haría capaz de muchas victorias. Quería vencer, porque su naturaleza la impulsaba a superar a los demás, y porque tenía interés en saber la doctrina que daba muchas satisfacciones a su espíritu. El librito lo había guardado para sí, sólo por la comodidad de conocer mejor al Señor y de amarlo más.

La pequeña catequista

Había que ver con qué interés, más aún, con qué gusto y con qué garbo repetía la lección a las compañeras más atrasadas y cómo, con su catecismo en la mano, aplicaba las explicaciones oídas, adaptándolas a su pequeño auditorio. Porque, no se sabe con exactitud ni cómo ni cuándo aprendió, pero lo cierto es que desde entonces sabía deletrear. ¿Había ido a la escuela? No. Mornese, en aquellos tiempos, no tenía escuela primaria de niñas, ni siquiera en su grado inferior, y las menos pudientes, que no podían ir a un colegio a la ciudad, o pagarse una clase particular, debían resignarse a quedar analfabetas.

Cómo aprendió a leer

María fue una de esas afortunadas excepciones porque, al no dejarla sus padres en libertad para juntarse con otras jovencitas, se aficionó a la vida hogareña. Y dado que, por su inteligencia y actividad no comunes, se desenvolvía pronto y bien en las labores de casa, ahorrando mucho tiempo, debió encontrar gusto en aprovechar las largas

noches invernales para aprender de su padre los primeros rudimentos de lectura.

Así lo asegura Petronila Mazzarello, conocedora como nadie de las costumbres de su compañera desde la primera adolescencia. Escribir, no. A aquella edad no sabía ni escribir su nombre ni conocía tampoco los números, aunque en un instante era capaz de realizar cualquier operación elemental de aritmética sin el menor error.

Don Pestarino intuyó el ardor de aquella niña que tenía delante, atenta y pronta al catecismo y, al mismo tiempo, empeñada tanto en saber como en ayudar a las compañeras a aprenderlo.

Recibe la primera comunión

1848. Comenzó, pues, admitiéndola a la primera comunión, aunque no tuviera aún los doce años prescritos. La niña poseía tal preparación de conocimientos y de espíritu, que no convenía en modo alguno retrasarle un don tan grande.

Después de haber pasado en recogimiento sereno y ardiente toda la cuaresma, ahí la tenemos, la víspera del gran día, radiante de gozo. Pasó la noche en un continuo duermevela que es oración, deseo, aspiración del alma, hasta el punto de contagiar a quien duerme a su lado y envidia su suerte.

La función no tendría lugar hasta las ocho; pero apenas había despuntado el alba del miércoles santo (19 de abril de 1848) ² ya estaba levantada María para preparar las cosas, arreglarse, ponerse su vestidito nuevo y, por primera vez, aquel velo blanco que tanto significaba para ella.

Las últimas instrucciones de su padre sobre la divinidad de la Eucaristía, las recomendaciones de su madre sobre el porte y el recogimiento, debieron serle más gratas que otras veces.

No hablaba, pero su mirada revelaba el gran deseo interior de hacer bien todas las cosas para recibir dignamente a Jesús. Por el largo sendero, con el aire puro y cortante, que hacía apresurar el paso, ¡qué alas daba al alma el fervor de su espíritu! Su madre no pudo acompañarla, porque tenía un pequeño que reclamaba sus cuidados; pero María estaba contenta igualmente, en medio de su prima Dominga

² De las declaraciones de Petronila Mazzarello, que fue su compañera de primera comunión, de las noticias recibidas de Don José Campi y de Sor Vigolo (ver relación del 25 de marzo de 1921), y de la carta de Don José Pestarino del 4 de noviembre de 1921 (Arch. Gen. FMA).

y de su hermana Felicina, que la miraba con admiración, tomándola de la mano, como para impedirle que se elevara al cielo.

Ella, que vive más lejos del pueblo que ninguna, llega a la iglesia de las primeras y se arrodilla devotamente, sin mirar a nadie más que a Don Pestarino, que hace las últimas recomendaciones.

Cuando el párroco comienza la santa misa, no aparta la vista del altar más que para volverla hacia Don Pestarino, que lee en alta voz la preparación al gran acto: María no pierde una sílaba. Su rostro, encendido más que de ordinario, explica que aquellos sentimientos pasan por su corazón y los hace suyos, abrasándola cada vez más en un deseo vivísimo.

Finalmente, Don Pestarino entona el *confiteor*, y todas aquellas voces infantiles cantan solemnemente la confesión de sus culpas, tal como habían sido preparadas.

También se oye la voz fuerte y segura de María; y es firme su paso y piadosamente recogida su mirada cuando se acerca, radiante de felicidad y palpitante de alegría, a recibir a su Jesús.

Por la tarde, conserva un recogimiento admirable durante la procesión que se acostumbraba hacer desde la parroquia hasta la capilla de San Silvestre, distante un cuarto de hora de camino.

Con las neocomulgantes tomaban parte también otras niñas no dispensadas aún de asistir al catecismo. Por la noche, en la «función de tinieblas», en memoria de los dolores de Jesús, no pudo por menos de hacer el propósito de no ser causa de sufrimiento al Señor, que había colmado su alma de tanta dulzura.

De día tan feliz y solemne no nos queda otro recuerdo, porque, esquivando como era María a manifestar los dones recibidos de Dios y cuanto sucedía en su espíritu, no habló de esto con nadie.

Pero los que la vieron aquel día, las compañeras que se acercaron con ella a recibir el Pan de los Angeles, especialmente Petronila, quedaron admiradas de su extraordinario recogimiento y de la alegría que se transparentaba en sus ojos.

Si su precoz prudencia silenció lo que había pasado entre su alma y Dios en aquellos momentos de paraíso, sus obras lo revelaron elocuentemente.

Desde aquel día nadie la vio dormir en el sermón; todo lo contrario. Iba de buena gana, estaba pendiente de los labios del sacerdote y repetía luego a su hermanita los puntos más difíciles y procuraba que sus hermanitos pusieran en práctica las recomendaciones.

No hubo ya necesidad de que su madre le recordara la confesión.

Y no es que se le hubiera vuelto agradable, ¡ni pensarlo! Pero ahora, que había saboreado la presencia del Cordero Inmaculado, comprendía que era necesario conservarse toda pura, y que esto no era posible sin confesarse a menudo. ¡Cuánta luz había recibido de la primera visita de Jesús! Ahora comprendía que ciertas travesuras suyas, de las cuales se había chanceado, como de graciosas picardías, eran defectos que desagradaban a Jesús y había que corregirlos.

Sus oraciones se volvían más reposadas, más fervorosas, más regulares: ella misma, mañana y tarde, se las hacía rezar a Felicina, arrodillada a su lado junto a la cama; y cuando iba al pueblo, se la llevaba a la iglesia y le hacía repetir, palabra por palabra, ardientes jaculatorias que ella misma se inventaba.

Don Pestarino, el hombre del confesionario y, sobre todo, del altar y del tabernáculo, no podía por menos de observar estas visitas llenas de ardiente amor; y debió proponerse que los gérmenes de virtud puestos por Dios en aquel tierno corazón, echasen profundas raíces, para conseguir después una planta vigorosa. Comenzó, pues, a cultivarla con particular empeño.

Recibe la confirmación

El Espíritu Santo vino directamente en su ayuda inspirándole que preparara también a María a recibir el sacramento de la confirmación.

La preparó con mucho fervor y con una confesión más esmerada, de modo que la niña sacara de ella el máximo provecho, dispuesta a corresponder con todas sus fuerzas a la gracia del sacramento que le fue anticipado y que recibió en Gavi el 30 de septiembre de 1849.

Debió ser después de la confirmación, cuando Don Pestarino le concedió recibir a Jesús con una frecuencia que entonces tenía carácter extraordinario y daba a entender a la gente que María se estaba formando en una virtud no común y repetía a sus padres el deber de custodiar celosamente aquel tesoro.

De este modo, no un rayo, sino un haz de luz podía lanzar el Espíritu Santo sobre aquel corazón, y lo lanzaba continuamente, ya que María demostraba salir de cada comunión templada de un nuevo vigor para luchar y vencer.

Con la luz, recibía también el amor y la fuerza.

El reconocimiento de sus fallos ya no era sólo causa de un poco de desprecio de sí y propósito de la enmienda. María entendía ahora que Jesús no podía entrar a gusto en un corazón poco mortificado;

por eso, a costa de cualquier vergüenza, a costa de tomar el amor propio entre sus manos y tritularlo como el grano entre las ruedas del molino, tenía que acusarse en la confesión de ciertas travesuras, para hallar la fuerza de no recaer en ellas.

¡Cuántas reformas no se imponían! Examinándose desapasionadamente, lealmente, como le sugerían el corazón y la razón, María sentía que su índole, que todos juzgaban ardiente, podía degenerar en fogosa; que la serenidad, en la que su padre quería verla crecer, podía transformarse en altanería, haciéndola dominante, quizá, con los iguales y poco respetuosa para con los mayores. Comprendía que, a fuerza de sentirse alabada por las compañeras y vecinas, porque era franca y sincera, amenazaba convertirse en petulante e independiente.

¡Qué bien veía, a la nueva luz, los lazos que el demonio tendía a su virtud!

Hacía falta una cura enérgica, y se dispuso a ello con la madurez de criterio y energía de voluntad que le eran propias, secundando los cuidados de sus padres y, de modo especial, los consejos de su confesor, Don Pestarino.

Juicio de María sobre los defectos de su infancia

Aquellos defectos, en los que antes casi se complacía, a las primeras luces espirituales le parecen hierbas malas de su huerto, espinas punzantes; y considerándolos después como auténticos enemigos, los recordará con pesar y los combatirá con ánimo varonil y sin tregua.

Las ingenuas confidencias que hizo más tarde a Petronila esclarecen este período de su vida.

No recuerdo —dice Petronila— si íbamos de camino o estábamos trabajando, pero sí recuerdo perfectamente que María me contaba: «De niña me gustaban mucho los huevos; no los cogía a escondidas para comérmelos y menos aún los pedía. Pero un día pensé hacer lo siguiente: coger uno o dos cada vez, esconderlos entre las vides y, cuando tuviera unos cuantos, llevárselos a mi madre como un descubrimiento mío. Dicho y hecho.

—¡Mira, mamá, cuántos huevos he encontrado entre las vides!

A lo que su mamá repuso:

—¡Mira que estas gallinas tienen la costumbre de poner los huevos por ahí!

Yo, callada. Al cabo de un poco:

—Mamá, ya que te he traído tantos, ¿no me dejarás tomar uno?

De este modo, sin decir mentiras, me aprovechaba creyendo hacer no sé qué proeza, mientras que era burlarse de la mamá, pobre mujer... y faltarle al respeto. Lo comprendí más tarde.

¿Y con los *quesitos* que mi madre apilaba cuidadosamente? ¡Qué tentaciones de saborear alguno! Pero ¿cómo hacer para que mi madre no se diera cuenta? Cierta día, que había más quesos que de ordinario, sin pensarlo dos veces, di un empujón a la mesa, los quesos se desparramaron y yo me aproveché. Vuelve la mamá y, al ver aquel desbarajuste:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Y pensar que los tenía tan bien colocados!...

—¡Qué quieres, mamá! Si has dejado la puerta abierta, ya está... El gato, lo más seguro...

Y también esta vez, sin decir mentiras, me salí con la mía.

La leche también me gustaba mucho. Cuando veía aquella gruesa capa de nata en los grandes recipientes y me encontraba sola, cercana ya la hora de la merienda, me la ponía tranquilamente en el pan. Cuando venía mi madre y se daba cuenta, me llamaba:

—Main, ¿qué ha sucedido?

Yo acudía y...

—¡Ya estamos! Pero ¡cuántas veces te he dicho que, si dejas la puerta abierta, el gato hace de las suyas!... Hay que procurar tener la puerta cerrada.

El gato no tenía nada que ver, pero mi candidcz sí: ¡y todo por la gula! ¡Qué cosa más fea!

Una vez —contaba también María— veo venir hacia nuestra casita a un fraile mendicante. La casa estaba aún sin arreglar.

—«Mamá, mamá —dije yo— que viene un fraile... De prisa, una escoba».

Al no encontrarla a mano, cogí una hermosa franela y, sin echar cuenta de las regañinas de mi madre, pues yo no quería que nos encontrara de aquel modo, me puse a fregar el suelo.

De este modo, cuando llegó el fraile estaba todo en su sitio y en el suelo se podían comer sopas. En ese momento sentí satisfacción; pero... era fruto de amor propio.

¿Otra? Un día fui a la viña a atar las vides y trabajé un buen rato con entusiasmo, pero aquello no se acababa nunca. A un cierto punto, llevada de la impaciencia, cogí la hoz y, en vez de atar los sarmientos que arrancaban del pie de la vid, me puse a cortarlos. Pero después, ¡qué remordimiento! Tuve que ir a confesarme a la mañana siguiente, y... ¡Dios mío, cuando lo oyó Don Pestarino! ¡Qué reprimenda! A mí

no me parecía tan grave, pues teníamos vides en cantidad. En cambio, al decirme que valían qué sé yo cuánto, que podían llegar a ser no sé qué cosa... En fin, que lo amargo venía siempre detrás; y aquella bendita confesión... y aquel bendito Don Pestarino, tuvo buen trabajo para doblegarme, un poco al menos, a sus criterios».

Se comprende, pues, que Don Pestarino no se contentaba fácilmente y que trataba a aquella enérgica naturaleza con energía viril; puesto que la muchacha conserva todavía algo de la antigua repugnancia a la confesión. Pero, en la aparente rudeza del ministro de Dios, María descubría el celo del apóstol, que quería apagar en ella cuanto era impedimento para hacerse buena; y puesto que lo quería realmente, agradecía también las maneras bruscas del padre de su alma. Por otra parte, aunque la reprendía y le exigía la mortificación en todo, empezaba a permitirle la comunión cada domingo: ¿qué más podía desear la niña, ahora que el amor de Dios encendía por completo su corazón?

La formación de su carácter varonil

1850. Este año hubo cambios bastante importantes en la vida de María.

Hasta este momento, a lo sumo, dividía sus jornadas entre los cuidados de la casa y el desempeño de las labores femeninas, desenvolviéndose óptimamente en todo, con gran alivio para su madre que podía, sin temor alguno, ausentarse de casa o dedicarse a los trabajos de una campesina, segura de que María la supliría y los dejaría a todos contentos.

María, en efecto, mientras preparaba la comida y limpiaba la casa, vigilaba los juegos de sus hermanitos y, a veces, participaba en ellos sin dificultad, y hasta con evidente satisfacción; su vivacidad mantenía o reanimaba la vida en la familia. Después se ponía a coser o a hacer punto, según la necesidad, mientras los niños se sentaban a sus pies para escuchar de sus labios alguna historieta, a cambio de haber sido buenos o de haber rezado las oraciones como a ella le gustaba. ¡Tenía mucha gracia para contar historietas y para mandar! Al dar sus pequeñas órdenes, seguramente tenía presente cuanto debía haber comprendido ya y que, más tarde, expresaba a su amiga en estos términos: «Mi mamá, con tantas palabras, no conseguía apenas nada; mi padre hablaba poquísimo y todos le obedecían al punto». Ella también hablaba poco, pero con resolución y eficacia.

Trabaja en el campo con su padre

Su hermana Felicina había crecido y podía ayudar a su madre; ella, en cambio, prefería ir al campo a trabajar las tierras con su padre, como deja traslucir la pequeña anécdota referida. Su vigor físico y su mismo carácter, además del desco de hacerse útil de una manera palpable, la arrastraban fuertemente a un trabajo varonil.

Además, sin quizá pensarlo, su mismo padre la iba modelando en este sentido, reduciendo aquella naturaleza impetuosa, pero rica de energías, a una virtud capaz de llevarla a conseguir más y mejor que las otras niñas de su edad y condición; a la par que vigilaba para que nada turbara el candor de aquella alma pura.

De este modo comenzó pronto a llevarla consigo a las ferias y mercados, donde la juventud del campo acude como a una fiesta. ¿Privarla de ello? No, porque hubiera llamado la atención y hasta hubiera sido peligroso, porque las conversaciones de las compañeras le hubieran aumentado el deseo, y también porque su precoz intuición era de provecho para los intereses de la familia.

¡Con cuánta perspicacia sabía aquel buen hombre interponerse entre ella y lo que pudiera serle nocivo! ¡Qué conversaciones tan interesantes sabía entablar cuando corría peligro de que llegaran a sus oídos palabras incorrectas, y cuán bellamente sabía sugerirle el modo de comportarse en cada caso!

Y María iba, venía, reflexionaba, juzgaba, reía; y de los mismos lugares donde otras encontraban la tentación o la caída, volvía más abierta, más desenvuelta y, al mismo tiempo, más cauta y más fuerte.

Las reflexiones de su padre, de una moral sencilla y segura en los casos prácticos de cada día, apoyadas en la base granítica de la religión que Don Pestarino iba sembrando en su alma, la elevaban a una esfera de espiritualidad superior, en la que gozaba la paz de los puros y sencillos de corazón.

Era, pues, natural que, si su padre educaba su espíritu y su sentido práctico, la niña, que en ese ejercicio encontraba su pan, deseara estar con él más que encerrada en casa.

Este es el motivo por el que prefería el trabajo del campo en las horas en que, por su desenvoltura y asiduidad, quedaba libre de las ocupaciones diarias. Y puesto que su mano era tan diestra en el manejo de la hoz como en el de la aguja, le había tomado gusto y trabajaba más rato; hasta que pidió y obtuvo quedarse de la mañana a la noche, como los hombres que contratara su padre a jornal.

Los trabajadores la miraban primero con una sonrisita burlona,

pensando que le duraría poco; delgadita y ordenada como era, parecía más hecha para la casa que para el campo.

Después se quedaron maravillados, porque el juego duraba mucho y aquella muchachita trabajaba como uno de ellos; de modo que, no queriendo ser comparados o aventajados por una muchacha como ella, se veían obligados a estar en continua tensión; y alguno de ellos se despidió, no pudiendo resistir semejante fatiga.

Una compañera suya de infancia, hoy respetable madre de familia, atestigua: «Trabajaba como un hombre para ayudar a su padre». Y otras buenas mujeres de Mornese confirman: «Ninguna joven de Mornese ha trabajado como María».

El padre trataba de frenar aquella pasión por el trabajo y la hija, obedientísima, intentaba trabajar menos; ¿pero qué iba a hacer, si las manos traicionaban su buen deseo, y seguía adelante, lista y fuerte, como si no sintiera el peso del sol y del cansancio?

«Si continuas así, le repetiré su padre, no encontraré jornaleros que quieran venir a trabajar en nuestra viña. ¿Sabes lo que dicen?: —Esa muchacha es de hierro, y cuesta trabajo seguirla. Tómate las cosas más tranquilamente». Y otras veces: «Si no te moderas, nadie querrá venir a trabajar con nosotros».

Pero, por otra parte, ¡cuánto gozaba al verla tan seria, tan amante del trabajo, tan firme en sus sentimientos! Y eso que la parte más bella era conocida únicamente por Dios; y si era admirable su virtud externa, sus luchas y sus victorias internas hacían estremecer de alegría al ángel custodio, que cada día podía enumerar sus pasos de gigante en el camino del bien.

No se sabe si Don Pestarino hubiera preferido que se ocupara de las labores de la casa.

Es cierto que podía contar no sólo con su virtud, sino también con la vigilancia de su padre, que no la dejaba nunca sola y al primer gesto equívoco, a la primera palabra poco seria contra la caridad o la virtud, se levantaba de un salto e interrumpía la conversación bruscamente y hasta alguna vez, severamente.

Cual solícito pastor, el buen sacerdote quiso prevenir a su ovejita de cualquier caída posible, dándole el alimento cotidiano del Pan de los fuertes. Esto hacía que la mente de María tuviera siempre presente a Jesús, a quien había recibido por la mañana y a quien recibiría al día siguiente; y que su corazón, continuamente alerta sobre sí mismo, no se cuidara de otra cosa que de entretenerse con Dios, deseoso únicamente de agradarle cada día más.

Así, en las horas de descanso, mientras los obreros se reunían para charlar entre ellos, ella se retiraba detrás de algunas matas y, con el pretexto de descansar un poco a la sombra, leía algún libro espiritual de los que le dejaba Don Pestarino, o rezaba o meditaba; o también, si tenía con ella a su prima Dominga o a su hermanita, cantaba con ellas alguna canción piadosa.

Esta escena tan bella en su sencillez, esta vida tan laboriosa de una niña que aún no ha dejado su niñez, tan celestialmente pura, bajo la mirada de Dios, que descansa en su corazón, y de su padre, que puede leer sus pensamientos reflejados en la limpia claridad de la mirada, ¿no nos lleva a pensar en otra infancia semejante? ¿En aquella infancia pura y fervorosa, gastada ya como ésta en los trabajos del campo, bajo la mirada vigilante de la madre y la bendición amorosa de la Virgen Santísima, que hizo de I Becchi, primero, un campo de apostolado y, después, un santuario?

Deseo de agradar

Una cosa traía aún preocupada y afanada a María. Aquella inata soberbia, que, desde niña, le llevaba a sacrificar, sin lamentarlo, el recreo y el sueño con tal de no equivocarse una letra en la lección de catecismo y de quedar siempre la primera en el «punto de honor», no se había apagado. Aún más, arraigada con el correr de los años, se había convertido en un vivo deseo de agradar: no por un sentido de vanidad, sino más bien por una necesidad instintiva de sobresalir, de quedar la primera.

Con su rostro, aunque no bello, bastante atractivo por la inteligencia que le infundía vida y el alma que se transparentaba pura y deslumbrante en la mirada y en la sonrisa; con su figura ágil y fina, siempre digna en su porte, María comprendía que un vestido acertado le añadiría gracia y encanto, y le daría una incontrastable ventaja sobre sus compañeras. Lo quería, por tanto, a su gusto.

Ella misma confesaba más tarde a Petronila: «Comprendía que hacía mal, pero... era realmente ambiciosa. El corpiño nuevo tenía que ser de mi gusto, porque era a mí a quien tenía que caer bien, no a mi madre».

Esto no podía dejar de atacarlo su piadoso director, que descubría el peligro, si bien no grave, de que el deseo de aparecer arrollara tan buenas cualidades, arruinase aquella naturaleza generosa y depositase una sombra en el candor de aquel lirio. Por eso le recomendaba que

llevara los vestidos limpios, como convenía a su edad, pero con toda sencillez; y María, que no quería desagradarle, porque veía en él al representante de Dios, se esforzaba cordialmente en obedecerle. Pero el trabajo era lento, fatigoso y duro.

Un día fue con su padre a una feria y se encaprichó con un par de zapatos de charol de última moda. Se los compró con la idea de lucirlos el día de la fiesta.

Pero, como le sucedía cuando cedía a la voz de la naturaleza antes que a la inspiración de su ángel de la guarda, cuando los tuvo en sus manos, en vez de experimentar gozo, sintió pesar.

Llegado el día de la confesión semanal, se acusó de haber cedido nuevamente al diablo de la vanidad, pero de estar dispuesta, en castigo, a no ponerse los zapatos y dárselos a su prima Dominga o devolverlos. «Puesto que los has comprado, úsalos —oyó en respuesta— pero antes úntalos de grasa para que pierdan el brillo».

Se necesita un poco de voluntad, un gran dominio de sí para hacer que aquellos zapatos, que habían atraído su mirada y su corazón, fueran como los otros, e incluso peores. Pero la jovencita no estaba acostumbrada a discutir las órdenes recibidas y obedeció. ¡Y qué recompensa la suya! Desde aquel día la lucha contra el yo, que intentaba sobresalir, comenzó definitivamente, sin descanso, sin retrocesos: fue la lucha, preludio del triunfo, con las pequeñas victorias de cada día.

¿De cada día? ¿De cada hora! Don Pestarino, que descubría cada vez más la capacidad de trabajo de aquella alma e intuía las cimas de perfección a las que era capaz de llegar en la santificación propia y la salvación de quién sabe cuántos, se volvía cada día más exigente. Sin saltos y sin intemperancias, pero en continuo camino y a buen paso, la conducía al «delicioso monte, que es principio y causa de toda alegría».

El ABC de la vida espiritual

Había comenzado exigiéndole la mortificación de la gula: el primer paso, bastante difícil especialmente para muchas niñas de pueblo, que con toda facilidad pican a cualquier hora lo que les place. María, casi de golpe, logró abstenerse de comer fuera de hora y de tomar algo en su propia casa sin antes pedir y obtener permiso.

Con esto, Don Pestarino hacía una especie de ensayo y, una vez comprobado que el diamante se prestaba con facilidad a ser purificado

y abrillantado, puso manos a la obra con un ardor que hallaba su razón de ser y su contrapartida en el mismo fuego de María.

Quien sabe mortificar la gula con tanta decisión es capaz, sin duda, de algo más. María lo prueba. Sacrifica el sueño, del que hasta ahora le parece no poder prescindir y, levantándose antes del alba, va a la parroquia para oír la santa misa y recibir a Jesús.

Progresos en la mortificación

¡Paciencia en el buen tiempo! La larga caminata puede cansar, pero no perjudicar; no así en invierno, cuando todo está cubierto de nieve, o cuando la lluvia sumerge a Mornese en la oscuridad, y hasta el camino, por el mejor sendero, se hace difícil y peligroso.

Cualquier otra jovencita se hubiera creído en el deber de quedarse en casa, vencida por las incomodidades verdaderamente graves; pero ¿cuándo se dejó vencer María por estas dificultades? Ella parecía repetir, en su vida, la frase del héroe que estaba en todas las bocas, Napoleón: «Si es difícil, lo haremos; si es imposible, lo intentaremos». Así María, cuando el tiempo es pasable, lleva consigo a su prima Dominga o a su hermana Felicina; y cuando es malo, se calza una especie de polainas impermeables hechas con paja apretada, armada con lana (en dialecto del lugar «*caussotti*»), y adelante con su ángel de la guarda. Jesús, cuando bajaba cada mañana a aquel corazón generoso, lo llenaba de tal manera de Sí, que no dejaba lugar para ninguna otra cosa. ¿Qué contaba ya en la vida de María hacer buena figura o agradar? Por el contrario, lo que antes era para ella objeto de complacencia, es ahora causa de humillación y de pena.

Cuántas veces, al pasar por las calles del pueblo, especialmente los domingos, para la misa mayor, cuando los ojos de todos se dirigían al gracioso grupito formado por ella, su hermana Felicina y su prima Dominga, vestidas siempre con buen gusto y con colores bien entonados, había oído decir: «Mirad la *bula*, pasa la *bula* (= persona que vale y sabe que vale)».

Entonces, se gozaba, porque el elogio, sin herir para nada la santidad que tomaba tan a pecho, la situaba fuera de la generalidad. En cambio, de ahora en adelante ya no se complacerá en ello, ni se preocupará de suscitar aquel cumplido, puesto que su vestido, sin llegar a ser feo o desaliñado, no tendrá nada de rebuscado. Hasta su forma de caminar se volverá más sencilla bajo la voluntad enérgica, empeñada en hacerla humilde. El nombre de *bula* le quedará, pero servirá

únicamente para recordar al enemigo que siempre deberá combatir para hacerse realmente superior a todas, oponiéndose a la misma insidia entre las jovencitas que la rodearán.

Prevenida por su padre y, cuando no por el confesor, sí ciertamente por la gracia, contra los peligros de su edad y condición, María no busca ni desea siquiera reunirse con otras jovencitas en las veladas de las largas noches invernales, ni aún en su propia casa, pues el aislamiento de la misma y el sistema paterno no se lo hubieran permitido. Pero continúa junto a su madre, ayudándola en los trabajos; se entretiene con sus hermanos, a quienes les cuenta las cosas buenas que ha oído en la iglesia o ha leído en los libros espirituales, y se enfervoriza con el rezo del santo rosario.

Cuando, yendo y viniendo del pueblo, tropieza con alguna compañera o alguna mujer que pretende ganar su simpatía haciéndole soñar un futuro sembrado de rosas, o darle noticias de esto o de aquello, María, seria y digna, sabe esquivarla prudentemente, antes de que la palabra vana o lisonjera llegue a su corazón.

En este punto tan delicado, ella, pura hasta el rigor, no duda en obedecer a su propia conciencia y a la voz de la autoridad.

Mortificación de la voluntad

En ella ve a Dios. Ve a Dios lo mismo en el confesor que en sus padres, pero especialmente en el confesor, por el carácter sagrado de que está revestido. Por tanto: ¿lo sugiere Don Pestarino? también lo quiere ella: no hace nada en contra de la obediencia, nada sin su sello.

Se dice muy pronto, pero no es tan fácil realizarlo. Paso a paso Don Pestarino quería de María que la docilidad que había tenido con él y con sus padres, la practicase también con la prima, con la hermana, con los hermanitos y con las compañeras.

Tarea difícil para la jovencita, demasiado segura de sí misma y rápida en intuir, para estar siempre dispuesta a ceder y, llegado el caso, a aceptar la idea de los demás.

La misma educación paterna la llevaba a una firmeza de juicio que podía parecer obstinación; y la confianza que le mostraba su madre, aconsejándose con ella como con una hermana, le daba tal seguridad de sí misma que podía también chocar.

Cuántas veces, en medio de una conversación, la veían ponerse roja, con un marcado temblor en los labios. O bien echar una mirada seria

a quien la contrariaba y empezar a marcharse... luego pararse de repente y, después de un instante de silencio, reemprender dulcemente la conversación, con una broma a quien la había contrariado.

Si alguna compañera poco prudente en estos momentos delicados le decía: «¡Ay, qué roja te has puesto!», aquel rubor subía de tono y la lucha se prolongaba más.

«Yo no quisiera que me dijeran esto —confesó un día a Petronila—, porque entonces no sólo me pongo colorada, sino de fucgo».

Esto, al principio, le ocurría con frecuencia; después, poco a poco, el número de victorias empezó a prevalecer, hasta que María adquirió tal dominio de sí que no aparecieron más, al menos visiblemente, aquellos accesos de su índole irascible.

¿No quería Don Pestarino que frenase su naturaleza, con objeto de que todos estuvieran a gusto con ella? ¿Que, a ejemplo de San Francisco de Sales, dominase su vivacidad e impaciencia lo mismo en el trabajo que cuando estaba sola? Y María, teniendo por aliada la adquirida repugnancia a las medias tintas y a la obediencia a medias, se propuso dominar toda vivacidad y toda impaciencia, teniendo fijo en su corazón el deseo de agradar a Dios. Le parecía que no era demasiado renunciarse y vencerse a cada hora, a cada minuto, con tal de tener todas las mañanas algún fruto espiritual que ofrecer al Señor, a cambio del don infinito que recibía en el sacramento del Amor.

Confesión general

1852. ¿Cuál era el premio de tan hermosa victoria, más aún, de una cadena de victorias?

El Señor es fiel a sus promesas; y, por una anillita de estaño que ponemos en su altar, El nos regala una de oro, para tener así la parte principal y de mayor valor en la cadena que debe conducirnos al cielo.

¿Y el premio? Una nueva conquista de sí misma en el campo de la piedad.

María tiembla aún cada vez que tiene que ir a confesarse; y si no falla cada ocho días por el deseo de la santa comunión, siente su penitencia: penitencia necesaria, incluso deseada, por las ventajas que acarrea, pero, al fin y al cabo, penitencia.

Ella se da a Jesús médico con excesivo temor, y Jesús ¿no querrá curarla también de esto, como de un mal que la hace sufrir y que, en manos del enemigo, podría convertirse en un arma capaz de cortarle las alas e impedirle un vuelo más ágil? Sí, Jesús la curará me-

diante la energía de Don Pestarino y la gracia del sacramento.

Un día, cuando volvía de misa mayor con un grupo de niñas que se había unido a María, su prima Dominga dio a entender el motivo por el que no cabía en sí de gozo: había hecho su confesión general y animaba a las presentes a hacer otro tanto. María se quedó como pasmada y, con habilidad, intentó disuadir a las compañeras de que siguieran tal ejemplo, pensando: «si la hacen ellas, deberé hacerla también yo». Y se le manifestó más vivo que nunca el deseo de no dejarse ganar por nadie en los actos buenos que demuestran fuerza de voluntad, fruto de amor de Dios. Sintió casi temor de que las otras fueran más fervorosas, más humildes y sencillas en darse a conocer enteramente a Don Pestarino. Al llegar a casa, su prima Dominga sacó nuevamente la conversación sobre el particular. María se quedó un tanto molesta y su padre, que probablemente penetró en su interior dijo: «La confesión general es necesaria para algunos, para otros es indiferente y para otros puede ser incluso perjudicial...» Muy bien, pensó María, para mí puede ser perjudicial.

Luchó varios días consigo misma y, llegado el día de la confesión, se presentó con la idea de hablar de su caso, poniendo por delante las palabras de su padre con la esperanza de escurrir el bulto y quedar tranquila. Pero Don Pestarino, después de un momento de silencio, le respondió:

—Sí, para algunos es perjudicial, pero para ti es necesaria y la haces.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, en seguida.

—Pero no estoy preparada.

—Yo te prepararé.

«Me preguntó él y, en pocos minutos, me hizo hacer la confesión general que yo tanto temía». Este es el relato que hizo más tarde a su amiga Petronila.

El piadoso autor de la *Práctica progresiva de la confesión*, en su tratado sobre la humildad, se pregunta: «¿Qué necesita el Señor para hacer de nosotros un santo?». Y se responde: «Mucha humildad por parte nuestra». Entonces, ¿por qué no admitir que fue el Espíritu del Señor quien sugirió a Don Pestarino que exigiera de María Mazzarello la confesión general, como un acto necesario de humildad, del cual arrancar más decididamente para levantar en ella el edificio de perfección soñado por Dios?

Voto de castidad

A partir de entonces, María desplegó el vuelo a mayores alturas, fijando su mirada en los cielos, donde hallaba todo su amor. Y no siguiendo otro impulso que el del alma fervorosa y virgen, se unió aún más a Dios con el voto perpetuo de castidad.

No conocemos con precisión el momento de esta gracia singular, ni la causa de su determinación. Pero ¿acaso necesita el Señor una ocasión especial para conceder gracias particulares a sus almas predilectas?

¿Hubo ocasiones especiales para Inés, Gertrudis, Catalina de Siena, Margarita Alacoque cuando, aún en tierna edad, pronunciaron su voto de consagración perpetua al Cordero que se apacienta entre lirios? Por lo demás, no nos falta la palabra decisiva de Petronila: «Don Pestarino quería que resultaran muy hermosas las fiestas de la Virgen en Mornese. La clausura del mes de mayo, la Asunción, la Dolorosa y María Auxiliadora se celebraban realmente muy bien y con el fervor general de todo el pueblo.

Debió ser sin duda una fiesta de la Virgen la que sugirió a María imitar a la Santísima Virgen haciendo el voto de castidad, porque ella quería muchísimo a la Virgen. Yo llegué a saber después que había hecho voto de castidad del modo siguiente.

Aunque Don Pestarino no hacía más que recomendarnos que no hablásemos entre nosotras de cosas de confesión, de tanto en tanto se nos escapaba algo.

Un día, se pusieron a contar ésta y aquélla que habían pedido permiso para hacer voto de castidad por cierto tiempo, y que Don Pestarino a unas les había dicho que sí y a otras que no. María, que estaba presente, saltó y dijo sin pensarlo dos veces: "No entiendo por qué lo piden y, además, por un determinado tiempo. Yo no pedí permiso a nadie y lo hice para siempre. Y no creo haber hecho ningún mal". María tenía entonces unos quince años».

Si la fecha y los detalles de su total consagración a Dios han quedado bajo el velo del silencio, no quedan ocultas las causas segundas de las que debió servirse la Providencia para disponer al gran ofrecimiento a aquella jovencita, prevenida por el toque inefable de la gracia. Estas causas las encontramos sobre todo en las exhortaciones vivas e insistentes de Don Pestarino, además de las lecturas piadosas que hacía públicamente en la iglesia o difundía entre las almas más devotas, a medida que recibía los opúsculos y folletos apropiados de sus amigos de Génova.

Los más asiduos testifican: «Nuestro *previn*, que no se cansaba de recomendar a los padres: "conservad en la inocencia a los hijos que Dios os envía, llevadlos con vosotros a la iglesia, mandadlos al catecismo y a los sacramentos, vigilad para que no sean escandalizados por nadie", repetía después insistentemente a los niños: "La inocencia es el más precioso tesoro del alma. Conservadla a cualquier precio y no os la dejéis robar por nadie. Tened gran odio al pecado, incluso al venial voluntario, y un gran respeto a vuestro ángel de la guarda. Encomendados a la Virgen para que os conserve en la pureza de San Luis Gonzaga, de Santa Inés, virgen y mártir, y de tantos otros santos y santas, niños y niñas, que conservaron intacto su candor, defendiéndolo con su misma sangre, y ahora están en el cielo rodeados de gloria inmortal".

Después, hacía sentir a todos la necesidad de evitar a toda costa el mal y practicar el bien; y a no ser en esto menos activos que el diablo, que se sirve de todo para llevar las almas a la perdición.

Pero para ayudar a salvar a los demás —concluía— es preciso mantenerse en gracia de Dios, y ser puros, pues sólo la pureza del alma hace eficaz el apostolado del buen ejemplo, de la palabra y de la oración».

De ahí que no podía pasar por la mente de María que hubiera hecho mal al pronunciar su voto. Sabía cuánta paz le había dado al corazón y cuántos deseos de ser más pura, para ser más grata a Jesús y menos indigna de honrar a la Virgen santísima, a quien se sentía más próxima y mejor preparada para hacer el bien a su alrededor.

Trabajo y oración

1852-53. María ya se ha elevado hacia el alto monte de la virtud. Cada mañana, al volver de la iglesia, antes de levantarse los demás, prepara el desayuno, arregla la casa, y emprende el trabajo del campo, precediendo a los obreros, incluso a los más diligentes. Un trabajador decía de ella: «Yo iba muy pronto al trabajo, pero siempre me encontraba a aquel *duende* entre las vides. ¡Cuántas veces la sorprendí rezando el rosario con su hermana Felicina!».

Las manos se mueven sin parar, pero a partir de ahora, sin agitación; la tierra, al golpe de la azada, aparece en terrones regulados, como si gozase de ver el sol por obra de aquella avispada chiquilla. De cuando en cuando, la azada se detiene un instante; los hombres piensan que descansa, pero ella junta las manos, mira hacia la iglesia,

que se alza a la otra parte del valle, y sus labios musitan una oración, un acto de amor, una súplica por los agonizantes, una invocación a la Reina de todos los dolores, o un ofrecimiento del trabajo unido a los sufrimientos de Jesús y de María, por la conversión de los pecadores, por la paz de la Iglesia... Sólo un instante, pero quien observara el fulgor nuevo de aquella radiante mirada, entendería en seguida que era como un echar aceite a la lámpara, ya bien provista, de la virgen prudente; y quien escuchase después el suave y devoto canto de aquellos labios, diría que su espíritu y sus manos iban a la par en glorificar a Dios.

Los trabajadores pueden reírse incluso; podrían decirle, si se atrevieran, palabras mordaces, y la paz de la jovencita no se alteraría un ápice. Está ahora tan unida al Señor, tan abismada en lo divino, que todo lo demás parece que ni siquiera le afecte.

Sólo al atardecer, cualquier mirada escrutadora advertiría en ella un poco de premura. No espera siquiera a que los trabajadores se vayan; y, si su padre no da ninguna contraorden, echa su herramienta al hombro, como un trofeo de victoria, y a casa. Un saludo a su madre, una broma a sus hermanitos, una mano solícita a las labores de la cocina y, después de la cena, corre a la ventana que mira a poniente, enfrente mismo de la parroquia lejana, pero perfectamente visible.

Adoración vespertina

Don Pestarino había logrado que algunos feligreses se reunieran en la iglesia a aquella hora para rezar en común la *Corona angélica*³ y escuchar la lectura espiritual de *El alma devota de la santísima Eucaristía* del sacerdote G. B. Pagani. María lo sabe, y con cuánto gusto se hubiera asociado a ellos, venciendo el cansancio de la fatigosa jornada; pero la distancia es mucha y se contenta con unirse en espíritu desde la ventana. Su ardiente fantasía le hace la ilusión de descubrir incluso al sacristán, encendiendo las velas para la función, el grupo de orantes, y hasta la viva y silenciosa llamecita del tabernáculo; desde allí se entretiene en coloquio con su Dios sacramentado.

Su madre se da cuenta de las escapaditas y de los ratos que su hija se pasa allí —¡qué no verán las madres buenas!— entiende su motivo; y, queriendo condescender con aquel piadoso desco y utilizarlo tam-

³ *Corona Angelica in ossequio del glorioso san Michele Arcangelo* —con Decreto de las indulgencias anexas de 1851— (igual a la publicada en Turín por Ed. Giulio Speirani e Hijos en 1887).

bién para la familia, dispone, de acuerdo con su marido, reunirse allí todos juntos por la tarde para la oración en común.

Qué contenta se puso María y cuán solícita para que a aquella hora nadie faltara a la cita. Se reservó el sitio más próximo a la ventana, para estar lo más unida posible a Jesús. Detrás de ella, sus hermanitos, sus hermanitas y su prima, que intentaban imitar su fervor, y estaban pendientes de sus labios para responder bien a las oraciones en honor de los ángeles y al santo rosario. A todo esto añadía María una fervorosa visita al Santísimo Sacramento. Finalmente, mientras los demás se retiraban, ella lanzaba aún una mirada llena de amor a Jesús y le pedía su bendición, profesándose de nuevo toda suya para siempre. Después, cerraba la ventana y se ponía a coser con su madre, o a hacer media, o a hilar, mientras sus labios, y más aún su corazón, se recreaban conversando con Jesús y desahogando en la oración el fervor de su piedad.

Cuando los demás se retiraban a descansar, ella se quedaba un poco más en oración o haciendo piadosas lecturas. A veces, absorta en su devoto ejercicio, se le pasaban las horas, hasta que la voz de su madre la sacaba de aquella piadosa práctica con el cariñoso aviso: «Vete a la cama, que es tarde», o con este otro, más eficaz: «¡Vete a la cama, que me gastas todo el aceite!».

Al alba con Jesús

El hecho de ir cada mañana, año tras año, de la Valponasca a Mornese para asistir a la santa misa y recibir la santa comunión, no era cosa de ayer; y María no se encontraba más que al principio del camino de la perfección. ¿De qué no será capaz ahora que vive sólo para Jesús, unida a él por el vínculo de los místicos desposorios?

Ahora ya no le basta llegar a Mornese a la hora de la santa misa: siente la necesidad de emular a los ángeles, que día y noche están en adoración ante el altar.

Sabe que la iglesia se abre muy pronto, porque Don Pestarino quiere ofrecer a los tímidos la comodidad de confesarse temprano cuando el lugar está desierto y nadie los ve, y entonces aprovecha ella para saciar su deseo de rezar largo rato cerquita del sagrario.

Sus padres duermen aún. Se arreglará, pues, con sumo cuidado, sin hacer ruido, para no molestar, y saldrá de casa tempranito. Pero ¿y si no se despierta? ¿Y si la edad y el cansancio se imponen a la lógica de su corazón? ¡Ya sabe a qué recurrir!

Varias veces, después de asegurarse que su hermana, que duerme en la misma habitación, galopa por el reino de los sueños, se recuesta sobre una silla, cuando no sobre el duro suelo, a fin de que la postura incómoda le rompa pronto el sueño. En otras ocasiones, como en invierno, cuando dormir en el suelo le hubiera ocasionado por lo menos una pulmonía, antes de meterse en la cama se ata una cuerda a la cintura, con objeto de dormir incómoda. Esto le hace pasar la noche en vilo y, como no tiene reloj, cuando se imagina cercana el alba, llama a Dominga o a Felicina, muy fervorosas también, y vuelan por el desierto sendero.

Espíritu de virgen apóstol

A veces encontraba la iglesia todavía cerrada. Se arrodillaba entonces a la puerta y esperaba en oración a que Jesús la recibiese en su templo. Si se le juntaban algunas otras jovencitas del pueblo, émulas de su fervor, con ganas de hablar, María dialogaba con ellas sobre cosas espirituales. En una de estas sencillas conversaciones María, que había levantado los ojos al cielo, dijo: «¡Mirad cuántas estrellas allá arriba, y cómo brillan! Llegará día que estarán bajo nuestros pies, porque nosotras estaremos más altas que ellas». Expresión que brotaba de su noble sentimiento y ¡qué fe tan viva refleja!

Algunas compañeras aseguran que encontraron a veces a María y Felicina dormidas de rodillas sobre las gradas de la puerta de la iglesia, abrazadas una a otra como dos palomitas. El espíritu tuvo que ceder a las justas exigencias de la naturaleza.

Y la fiel Petronila cuenta: «Hablándome de estas salidas matutinas, María me dijo que, una vez, iba con su hermana Felicina por el sendero y, llegadas al sitio donde éste se bifurca, vieron acercarse a un hombre.

—Preguntémosle qué hora es, dijo María a su hermana, y así nos quitamos el miedo.

El hombre respondió preguntando a su vez:

—Son las dos, pero ¿a dónde vais tan solas a estas horas?

—A misa.

—¿A misa, a las dos de la noche?

—No sabíamos que fuera tan pronto, pero así tendremos más tiempo para rezar.

Y continuaron su camino, acompañadas ciertamente de la admiración de aquel buen hombre que, probablemente, las conocía muy bien.

Otra vez, iba María con su prima Dominga. La noche era muy oscura. De pronto, ven aparecer por la parte del cementerio dos grandes sombras blancas, como dos fantasmas, que avanzan hacia la plaza, a su encuentro. Ellas, aterrorizadas, huyen; pero en seguida María se detiene, agarra a su prima por el vestido y le dice, con calma: Estamos tranquilas y sigamos adelante sin asustarnos. No nos harán ningún mal. Y siguieron hacia la iglesia sin hacer caso de aquellos dos que, dando algunas vueltas y gesticulando todavía, pero manteniéndose alejados, desaparecieron.

María refirió esta aparición imprudente a quien podía impedirla. Se supo que eran dos bromistas deseosos de asustar a las personas devotas demasiado madrugadoras; y en cuanto fueron descubiertos, la broma no se repitió».

Nada, pues, era capaz de detener su fervor. Cuando se desencadenaba el mal tiempo, no quería que la acompañara nadie e iba sola, desafiando el frío y la lluvia. Hubiera desafiado incluso a los cañones, de haberlos encontrado en el camino. Algunos días llegaba a la iglesia tan empapada de pies a cabeza por la lluvia y con los *caussotti* (polainas) en tal estado, que era para pensar un poquito en sí misma; también, y sobre todo, por respeto a Jesús.

Entraba entonces en un pequeño local, contiguo a la iglesia, perteneciente a una buena familia, la cual, llena de afectuosa admiración hacia ella y las otras niñas que la imitaban, le indicaban dónde estaba la llave para que entrara con entera libertad.

Se quitaba los empapados *caussotti*, se sacudía el agua o la nieve de encima y, en cuanto se abría la iglesia, entraba para volver después a ponerse las mismas polainas que, entretanto, se escurrían un poco.

Cuando amanecía helado y María preveía el frío que tenía que pasar, se llevaba leña seca. Cuando llegaba a la hospitalaria estancia, encendía un poco de fuego y se calentaba, para no atermisarse y estar en condiciones de poder rezar.

Una compañera suya, cuatro o cinco años mayor que ella, casi ofendida porque en el rostro de quien la interrogaba aparecía cierta duda al respecto, afirma: «Yo aseguro que venía siempre y los *caussotti* los dejaba en un local, a la entrada del pueblo, y se los volvía a poner al regreso. O bien los llevaba a la puerta de la iglesia, sacudía la nieve, entraba, y se dirigía a su sitio. Más de una mañana la invitamos a entrar en nuestra casa para calentarse y secarse, pero raramente lográbamos que aceptara la invitación. Antes bien, recuerdo que, una de estas veces, quiso quedarse en la iglesia igualmente para no perder la misa. Pero temiendo que Don Pestarino, al verla en ese estado, la

mandase fuera, fue a arrodillarse lejos de su confesionario. En efecto, sabía que a aquel santo, severo en los modales y en las palabras, pero de corazón sensible, le importaba también mucho la salud física de sus hijos espirituales. Pero, o alguien se lo dijo o él mismo lo descubrió por la tos, lo cierto es que le ordenó que se fuera en seguida a casa».

Petronila Mazzarello completa así la narración: «Sí, pero cuando María intentó levantarse, debió hacer un gran esfuerzo, porque el agua, que empapaba los vestidos y los zapatos, al helarse, la tenía clavada al pavimento».

Otra compañera, después de hablar de su fervor, de sus sacrificios y de su piedad, concluía: «¡Hay que haber conocido a María, para saber qué valor y qué voluntad tenía!».

Pero todas sus cautelas no bastaban para eludir la vigilancia de su madre que, aunque se quedaba en la cama y no le decía una palabra, oía muchas veces cuando las muchachas salían y volvían a casa. No se atrevía a contrariarla en su piedad, y probablemente el mismo Don Pestarino le aconsejó que no impidiera la obra de la gracia en el alma de su hija. No obstante, cuando el tiempo empeoraba y se la veía volver a casa toda calada y aterida de frío, le aconsejaba que tuviera cuidado, y le daba quién sabe cuántas razones para hacerle comprender que debía cuidar también de su salud, que ella era la mayor, toda su esperanza, terminando siempre con estas palabras: «Cuando estés mala ¿cómo haré para cuidarte?». María escuchaba con respeto, pero concluía serenamente: «Está tranquila, mamá: verás como no me pondré enferma». Y como la mamá sonreía, ella continuaba como antes.

Piedad que no pesa sobre la familia

Cuando alguna función de iglesia duraba más de lo acostumbrado, María volvía a casa más tarde. Casos raros, aunque no únicos, sea porque Don Pestarino era el primero en recomendar a las mujeres y a las niñas que no hicieran pesar sobre la familia su piedad y se abstuvieran de todo lo que pudiera dar motivo de inquietud en casa, sea porque su mamá, que tenía entonces otros cinco hijos, además de María, y algunos bastante pequeños, se lo recomendaba encarecidamente.

La buena hija, que quería obedecer sin renunciar a la misa ni dar motivo a disgustos, los días de tales retrasos se privaba del descanso común a todos los de la casa. Por la noche, cuando ya todos estaban descansando, se entretenía en preparar, si la estación lo requería, los postes y los mimbres para el trabajo del día siguiente.

Cuando preveía la noche anterior que al día siguiente volvería más tarde de la iglesia, o estaban en el apogeo del trabajo del campo, si la luna hacía casi de la noche día, se levantaba aún más pronto que de ordinario y, antes de despertar a su hermana, iba a la viña a adelantar su trabajo. O bien, —como en la Valponasca escaseaba el agua— con un gran recipiente a cuestas, de veinticinco litros, bajaba el empinado sendero para ir a sacarla de un pozo que aún se puede ver hoy, y con aquel dulce peso, reemprendía la subida hacia casa. Provistas de este modo las necesidades de la familia, llamaba a Felicina y corrían camino adelante, como «palomas al reclamo de su deseo».

Por todo este florecimiento de robusta piedad podría creerse que la natural astucia de la ferviente joven no aparecería más. Verdaderamente, María estaba más que atenta para reprimirla al instante y ejercitarse en la humildad y en la abnegación. Pero, de tanto en tanto, María volvía a ser, aunque bajo otra forma y por razones mucho más nobles, la encantadora hija que, sin mentir y sin hacer daño a nadie, había sabido reunir los huevos, desparramar los quesos, descremar la leche y lograr sencillamente su propósito.

Valga un ejemplo: una vez, aunque camina con precaución, su padre advierte un movimiento insólito, se levanta y baja para ver qué pasa. María, apenas oye los pasos de su padre que baja la escalera, va rápida al establo, desata la vaca y le dice serenamente cuando le ve aparecer por la puerta: «La vaca está suelta, voy a atarla». ¿Qué iba a hacer el buen padre aunque hubiera sospechado la verdad? Sonreír y volverse a la cama, mientras su hija, tranquila, continuaba en un crescendo de fervor que ya no podía quedar encerrado y al que había que dar plena libertad.

Se podría decir que hace revivir en sí misma las palabras de San Pedro, jefe del grupo apostólico: «¡Te doy lo que tengo!». Parece decirlo a su prima, a su hermana, a sus compañeras: seguidme, os doy lo que tengo: un gran amor a Jesús, un deseo inmenso de mortificarme para agradarle, un celo que me devora.

Primero parecía que Dominga tuviera que superar a María en virtud y en piedad; pero ahora la discípula se ha convertido en maestra.

Celo fecundo

Ya se ha visto con qué eficacia esta joven apóstol supo encender el corazón de su prima animándola a dejar la cama para ir a la iglesia; ahora la exhorta a trabajar con la intención puesta siempre en

Dios; después, a mortificarse en la comida y en el vestido. Todo lo que ella ha adquirido, a fuerza de luchas sobre sí misma, lo va enseñando a los demás; y su palabra, avalada por el ejemplo, obtiene siempre todo lo que el celo propone.

Con su hermana Felicina el apostolado es más fácil y más fructífero. Raramente hubo dos corazones de hermanas tan unidos, tan hechos para entenderse, como los suyos. María había enseñado a Felicina las primeras oraciones, le había hecho gustar las primeras dulzuras del trato con Dios y de la mortificación por él. Las dos hermanas se buscaban cuando el trabajo las separaba por algunas horas; gozaban siempre que podían trabajar juntas, y se ayudaban mutuamente en el fervor. Felicina escribe: «Cuando mis padres mandaban a María al pueblo para algún recado, no dejaba de ir a la iglesia a hacer una visita al Santísimo Sacramento, y se acordaba de adorarlo también por mí. Si, en cambio, me mandaban a mí, me decía en seguida: Pasa a ver a Jesús, y hazlo también por mí».

María estaba más contenta, cuando el clima benigno le permitía llevar consigo por la mañana a Felicina; y ésta había hecho tales progresos en su escuela que, como ella, se preparó con mucha atención a la primera comunión, y se encomendaba a su ángel de la guarda para que la despertara pronto, aunque el tiempo fuera crudo, para poder ir con su hermana. Pero María, aunque se complacía de tanto fervor, no cedía y no le permitía el cansancio excesivo, que juzgaba natural y obligado para sí.

Por otra parte, el celo de María alcanzó y prendió en otra compañera que, robusta por naturaleza, podía acompañarla en las madrugadas invernales.

A diez minutos más abajo de la Valponasca, hay otra casa de campo donde vive una compañera suya, llamada Rosa Mazzarello, apodada la Bertera.

También en ella ardía el deseo de la comunión frecuente; pero no hubiera sabido despertarse pronto. Por eso la joven apóstol bajaba a llamarla, la esperaba un poco y juntas iban a Jesús, mientras María aprovechaba la distancia del camino para enfervorizar el ánimo de la compañera y elevarlo a las altas cumbres en las que ella vivía feliz.

Primeros gérmenes de vocación religiosa

Lo mucho que agradaría a Dios este amor tan puro y comunicativo lo prueba el hecho de que, en este tiempo, nuestra buena María

hubo de recibir el don reservado por Dios a sus privilegiados: la llamada a la vida religiosa.

María no habló nunca de ello, ni entonces ni después. ¿Se lo prohibiría, quizá, Don Pestarino, al que debió comunicárselo?, ¿o fue el temor de no poder seguir un ideal tan alto por falta de dote, considerada entonces necesaria? ¿Creyó que era mejor callar, para no reforzar o, incluso, para apagar el deseo de lo inalcanzable? Es cierto que, si primero, al ver a los frailes que frecuentemente iban a pedir a la Valponasca, los acogía con respeto y procuraba que la limosna fuera abundante, en este tiempo, a su paso, se le ponía por delante un velo de tristeza, que procuraba desvanecer en seguida. Una vez llegó a decir a sus hermanitos: «¿Veis los frailes qué santos son? Cuando seáis mayores, haceos frailes también vosotros; así podréis más fácilmente evitar el infierno y poner al seguro vuestra alma». Y como sus hermanos, sorprendidos, le preguntaran:

—¿Y por qué tú no te haces monja?

—¡Ah... porque yo no puedo —respondió— pero si fuera un hombre!...

Los hermanos la miraron con admiración y debieron pensar también ellos, quizá más que otras veces, lo que corría ya por Mornese de boca en boca, especialmente en boca de muchas madres: «María supera en virtud a todas sus compañeras y es digna de ser propuesta como modelo a todas las niñas del pueblo». También éstas, sin envidia, la consideraban tal. Una de ellas declara: «Yo recuerdo que María Mazzarello me edificó siempre, especialmente por su piedad. Al verla en actitud humilde de oración y en el recogimiento fervoroso con que se acercaba al banquete eucarístico, no se podía dejar de ver en ella a una alma elegida, que pensaba seriamente en progresar en la perfección, y en la que Dios habitaba complacido».

1854-1857. El Señor, que había hecho oír a María la divina llamada a una vida perfecta, dejándole cerrada, no obstante, la puerta del claustro con la casi persuasión de que no podría nunca ser religiosa, quería, sin embargo, darle un consuelo inesperado y abrirle un camino, en el que su amor y su celo encontraran expansión y consistencia.

Angelina Maccagno

En el grupo de jovencitas que más respondían a la acción solícita de Don Pestarino, destacaba Angelina Maccagno, también de Mornese. Sobresalía aún más que María, por ser mayor que ésta —había nacido en 1832— de familia acomodada, suficientemente instruida, especialmente para aquellos tiempos y para aquel pueblo. Dotada de gran corazón y de buen sentido práctico, podía y quería darse enteramente a las obras de apostolado, convirtiéndose en el brazo derecho de Don Pestarino en lo tocante a la juventud femenina. Parece, incluso, que Don Pestarino, conocido su fervor y su gran capacidad y sabiendo que estaba completamente libre todo el día, y que su madre, viuda, estaba contenta de que le ayudara en las obras de celo, le había dicho: «De ahora en adelante yo trabajaré directamente con los hombres y con los muchachos. De las niñas y de las mujeres, fuera de la iglesia, te encargarás tú».

Se creía que Angelina Maccagno estaba llamada a la vida religiosa y no podía: o por no tener valor para dejar a su madre, sola y sin otras hijas (no teniendo más que un hermano), o por no sentirse dispuesta a un desprendimiento de todo; o quizá por temor de no aguantar, pues estaba muy delicada. Pero lo cierto es que un día, de acuerdo con su prima María Arecco, habló con Don Pestarino de la gloria que daría a Dios y a la Virgen y de cuánto provecho sería para el pueblo y para la juventud, el que una asociación uniera entre sí, con especiales vínculos de piedad, a las jóvenes que no se sentían llamadas a hacerse religiosas o no podían y, sin tomar otro estado, querían santificarse en el mundo.

Para convencerlo, le hizo ver que sería muy hermoso que, en aquellos tiempos tan turbulentos para la patria, mientras las sectas agitaban y sublevaban al pueblo contra la Iglesia y la religión, hubiera mujeres dedicadas a luchar contra unas armas con otras armas. Es decir, a trabajar sin ruido y sin que nadie reparara en ello, para hacer entrar de nuevo a Dios en las familias y en el Estado, para hacer amar a la Iglesia y al Papa, tan vejado en aquellos dolorosos años. Y cuán oportuno sería si, mientras la cristiandad se preparaba para recibir con gozo el dogma de la Inmaculada Concepción, las jóvenes de Mornese se agruparan en una Asociación, que llevara precisamente el nombre de María Inmaculada.

El fervor de Angela Maccagno no podía dirigirse a un corazón más dispuesto a secundarlo. Pero, cuando ella propuso a Don Pestarino que escribiera a tal fin un pequeño reglamento, el piadoso sacerdote

juzgó más oportuno que lo redactase ella misma, asegurándole que él lo revisaría o haría revisar. Angela obedeció con agrado, y en poco tiempo preparó un esbozo que, entregado a Don Pestarino, fue transmitido por éste al canónigo José Frassinetti, prior de Santa Sabina, en Génova, para que lo revisase.

El primer Reglamento de las Hijas de la Inmaculada

El esbozo en cuestión ⁴ se propone dos fines: uno particular, compuesto de cinco artículos, y otro, general, de tres.

Fin particular: la santificación de las asociadas por medio del voto de castidad, hecho según el consejo del Director y, a lo sumo, de año en año; y del voto de obediencia al Director, o a una compañera de la Unión designada por él. Esmero especialísimo en adquirir la uniformidad del espíritu, con el fin de alcanzar la uniformidad de propósitos y de acción: y para conseguirlo, acudir todas al mismo confesor.

Fin general: cooperar a la gloria de Dios y de la religión con el buen ejemplo, la frecuencia de sacramentos, el amor apasionado a Jesús y una «devoción tierna y especial a nuestra Madre la Virgen Santísima. Sea divisa y fin de la Pía Unión —dice el reglamento— inculcarla y promoverla donde se pueda: muchachas, mujeres, y también jóvenes y hombres, pero prohibiéndose toda relación directa con hombres de cualquier edad, influyendo en ellos a través de sus mujeres».

Deber absoluto de toda Hija de María es estar dispuesta a sacrificarlo todo y a dejarlo todo, antes que separarse de la Pía Unión; y de ayudar con el propio dinero a las que estuvieran solas, o pudieran quedarse sin familia, o sin medios de subsistencia. Ninguna podía vivir sola, sino que debía ir adonde y con quien hubicra determinado el Director. Estar cada una dispuesta a hacer cuanto pudiera para que la Pía Unión se difundiera, pero sin propalarlo, para evitar indiscreciones que podrían dañar a la religión. Estar todas unidas de corazón y de espíritu, evitando las amistades particulares.

El canónigo Frassinetti era el más indicado para revisarlo, porque había seguido, con el afecto y con el consejo, todo el movimiento de juventud congregado en torno a su hermana Paola, la fundadora de las Hermanas Doroteas. Pero, poco convencido del valor de la

⁴ Anexo n.º 1.

cosa, no obstante su buena voluntad de complacer a Don Pestarino, al que le ligaba una vieja amistad, perdió el escrito de Angela Maccagno y, durante un año, el reglamento quedó en un piadoso deseo.

Angela, en la espera, comenzó a reunir a alguna jovencita, siguiendo las normas por ella misma trazadas. Viendo que la cosa no sólo era factible, sino que tomaba buen camino, se hizo el ánimo y volvió a escribir a Don Frassinetti, mandándole un segundo ejemplar del esbozo de reglamento.

Don Frassinetti no dio señales de vida por entonces, o por la muerte de su padre, ocurrida en febrero de 1853, o por el trabajo que le daba la parroquia, o quizá, sobre todo, por la poca seguridad de éxito que le inspiraba el proyecto.

Es de notar lo que narra, a este respecto, Petronila Mazzarello: «También el segundo ejemplar se le extravió a Don Frassinetti; nos lo dijo él mismo más tarde, en una conferencia; y no pudo dar con él a pesar de todos los esfuerzos por encontrarlo. El día 8 de diciembre de 1854, la primera fiesta de la Inmaculada, sin pensar en ello, se lo encontró sobre el escritorio, como si lo acabase de dejar allí en aquel momento. ¿Quiso acaso la Virgen hacer conocer de este modo su deseo?

Así debió pensar Don Frassinetti ya que, después de aconsejarse con otros sacerdotes, muy competentes en asuntos de espíritu, corrigió finalmente el esbozo y lo rehizo, completándolo; pero, como él mismo dice, «sin añadir ni cambiar nada sustancial»⁵.

El suspirado reglamento llegaba a Mornese el 21 de noviembre de 1855, y Angela Maccagno, el día 27 del mismo mes, daba las gracias al canónigo Frassinetti con la siguiente carta:

Muy Rvdo. señor Don J. Frassinetti:

En el hermoso día de la Presentación de María Santísima en el templo, nos fue comunicada por nuestro Director espiritual la noticia de que había recibido las reglas para las jóvenes campesinas que desearan consagrarse al Señor, entre las cuales, una de las más indignas, pero deseosa de hacerlo de todo corazón, me cuento yo. En nombre también de las demás, me tomo la libertad de escribirle estas pocas líneas para agradecerle la premura y el trabajo que se ha tomado por nosotras. El Señor y María Santísima, así lo espero, se lo recompensarán.

Nos fue muy grata esta noticia, sea por el deseo que teníamos

⁵ Prólogo *Regola sulla Pia Unione delle Figlie di s. Maria Immacolata, sotto la protezione di s. Orsola e di s. Angela Merici* (Génova, Tip. della Gioventù 1867) 7.

desde hacía tanto tiempo, sea por el día en que la Santísima Virgen nos hacía tan bello regalo. Al día siguiente, una compañera y yo, ofrecimos la santa comunión en agradecimiento y rezamos de modo especial por V. R., porque éste es el único modo a nuestro alcance de agradecerse y estamos seguras de que le será más agradable que cualquier otro. Tendré presente mi deuda de gratitud en mis pobres oraciones y comuniones y nunca me olvidaré de rezar por usted y de encomendarlo a mis queridas compañeras, que, gracias a Dios, son ya muchas. Y puesto que el Señor me ayuda tanto, mientras que yo le sirvo con tantas infidelidades y tibieza, procuraré observar fielmente las reglas prescritas, tanto las particulares como las generales.

Dígnese aceptar mis saludos y los de mis compañeras y, si lo cree oportuno, hágalos extensivos a las buenas Hijas de María de ahí. Que recen por nosotras y nosotras lo haremos por ellas. Así formaremos una santa liga. Besándole su mano, que tanto trabajó por nosotras, me profeso

De V. S. M. R.

humildísima servidora

Angela Maccagno ⁶

Mornese, 27 de noviembre de 1855

La primera consagración como Hijas de la Inmaculada

El día 9 de diciembre de 1855, primer domingo después de la fiesta de la Inmaculada, las jóvenes que desde hacía tres años procuraban poner en práctica el borrador de reglamento de Angela Maccagno, se reunieron secretamente en la capilla de la casa de Don Pestarino y allí dieron real y formal principio a la *Asociación de las Hijas de Santa María Inmaculada*.

Eran sólo cinco: Angela Maccagno, María Mazzarello, María Arec-co, Rosina Mazzarello y Juana Ferrettino, elegidas por el Director espiritual Don Pestarino, entre las muchas a que alude Angela Maccagno en su carta a Don Frassinetti.

Rigurosa había sido la elección, porque el prudente sacerdote quería que el manojito destinado a nutrir a los otros fuese grano de primerísima calidad, cosechado de un terreno ya bien cultivado, y al seguro de toda cizaña.

Las cinco afortunadas eran demasiado humildes para aplicarse la

⁶ Original en Arch. Gen. FMA.

frase de Jesús: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos». Pero debió pensarlo por ellas el buen Don Pestarino al verse delante a aquellas excelentes jóvenes, cuyo valor conocía muy bien y podía presagiar de qué hubieran llegado a ser capaces, puestas en santa emulación entre ellas y en directo contacto con el fuego ardiente de María Mazzarello, la más joven de las cinco, pero no la menos apta para dirigir a las hijas de la Virgen. Los cinco pétalos de rosa que perfuma y embellece el altar de la Virgen en el pueblo. Las cinco letras del nombre de María, la blanca rosa de la Santísima Trinidad.

Nadie ha conservado nota de las santas industrias con que Don Pestarino preparó a las elegidas para este día, ni nos ha quedado memoria de lo que el humilde ministro de Dios dijo para hacerles comprender el valor del acto que realizaban.

Ni se sabe con qué fórmula se consagraron a la Santísima Virgen las felices jóvenes, ni con qué fervoroso transporte se confiaron unas a otras la propia alegría.

Pero ciertamente la ofrenda de su consagración, aunque en humilde y sencillo marco, debió ser no menos grata a la Virgen Inmaculada que las solemnes fiestas que se hacían en su honor, aquel mismo día, en Roma y en las principales ciudades del mundo católico.

No hubo brillo de luces en Mornese, ni armonía de cantos y música, ni multitudes en oración; sólo los ángeles fueron testigos del fervoroso empeño por cultivar e irradiar pureza en el nombre de la Virgen Santísima.

Da vírgenes a la tierra, oh María Inmaculada, haz que las vírgenes sean más numerosas sobre la tierra que las estrellas del cielo.

Este es el ideal, expresado más tarde en la primera oración de consagración, que completa el Reglamento de las Hijas de María Inmaculada ⁷.

La intervención del canónigo Frassinetti

El canónigo Frassinetti, naturalmente, fue informado de la sencilla, pero importante función, y pudo seguir el trabajo de las apostólicas Hijas de María, sea recibiendo noticias de Don Pestarino, que con frecuencia iba a verle a Génova, sea trasladándose él mismo a Mornese. Aquí era conocido y amado por atención a Don Pestarino, y

⁷ Cfr. FRASSINETTI Giuseppe, «Regola Pia Unione delle Figlie di s. Maria Immacolata» como apéndice del librito *La monaca in casa* (Génova, 1.^a ed.) 219.

porque no rehusaba nunca dirigir a aquellos buenos aldeanos una buena palabra. Además, había sido elegido también confesor extraordinario de las Hijas de Santa María Inmaculada.

El estaba ya, como se suele decir, con las manos en la masa, en las asociaciones femeninas de Génova —la «Obra pía de Santa Doro-tea», la de la «Santa Infancia», la «Pía Unión de las almas que desean hacerse santas», la «Congregación del Sagrado Corazón de Jesús», etc.— como Director espiritual y como iniciador y promotor, según resulta de la carta de Angela Maccagno en las palabras dirigidas a él: «... y, si lo cree oportuno, hágalos extensivos (los saludos) a las buenas Hijas de María de ahí. Que recen por nosotras y nosotras lo haremos por ellas; así formaremos una santa liga...».

Cuando constató las ventajas de la Pía Unión de las Hijas de Santa María Inmaculada, sin reparar en sus anteriores dudas acerca del éxito, quiso regalar a la ciudad de su trabajo también esta asociación, cuyo largo y fecundo camino parece que vislumbró. Por eso, el domingo 16 de agosto de 1856, al celebrar en su parroquia de Santa Sabina la Asunción de la Santísima Virgen al cielo, realizaba allí, más o menos como en Mornese, la primera admisión de Hijas de Santa María Inmaculada. «Entonces —como él mismo escribió— se imprimió la regla en un pequeño número de ejemplares, y se conservaba en secreto, con la intención de comprobar primero su resultado antes de divulgarla, y de impedir también las críticas y las censuras, que no faltan nunca a las cosas nuevas, por buenas y santas que sean»⁸.

Así es como el viento amigo había transportado un germen de la buena semilla fuera del campo nativo, y nacía una nueva planta en otro terreno, fértil también, que daba en seguida otras plantas, con flores y frutos, para hacer más bello el jardín de la Iglesia.

Frutos de la Pía Unión en Mornese

Entretanto, el celo de las cinco Hijas de María ganaba terreno en Mornese.

Son muchas las mujeres que cada mañana acuden a la santa misa, muchísimas las jovencitas que se acercan a diario a la santa comunión; las fiestas de iglesia se celebran con tal afluencia de pueblo y riqueza

⁸ *Regola della Pia Unione delle Figlie di s. Maria Immacolata sotto la protezione di s. Orsola e di s. Angela Merici* (Génova, Tip. della Gioventù 1867) 7.

de luz por las velas ofrecidas, que dan a entender, sin lugar a duda, que entre toda aquella gente se mueven humildes y activas las jóvenes apóstoles.

Verdaderamente, aquellas cinco muchachas poseían un extraordinario ascendiente. Nada sustancial ha cambiado en su conducta, pero revelan dentro de sí algo que impone respeto. Van y vienen, parece que no se entrometen en nada, y, en cambio, todos hablan de ellas, porque todos reciben de ellas un consejo, un favor, una palabra amable.

La misma María, antes tan reservada, se acerca ahora a esta o aquella muchachita, le pregunta, se la lleva consigo a la iglesia, le habla de la Virgen, y hace que le prometa que, para tal fiesta, irá a confesarse, se arreglará aquel vestido, hará la santa comunión, dejará de ir a tal sitio, etc. Y —cosa notable— no va en busca de las mejores como hacía antes: ahora parece que sus preferencias las forman las más pilluelas. Pero las pilluelas, al poco tiempo, le toman cariño y parece que no puedan pasar sin imitarla.

La Compañía de la Inmaculada en el Oratorio de Valdocco

¡Coincidencia singular! Mientras en Mornese y, a través de Mornese, en Génova, la Santísima Virgen se formaba con humildes hijas del pueblo sus cándidas milicias, como para indicar al mundo nuevos caminos de pureza, también en Turín, en el Oratorio de Valdocco, suscitaba el mismo ardiente fervor de consagración.

Elegía para tan hermosa obra al más puro, al más joven quizá de los hijos de Don Bosco, al más cercano a la eternidad: a Domingo Savio. Este santito, que pertenecía a la unión promovida con el fin de tener en el oratorio todas las mañanas un buen número de comuniones, se propuso, aconsejado por Don Bosco, hacer que fuera duradera. Guiado por su habitual e industriosa caridad, eligió a algunos compañeros fieles y los invitó a unirse a él para formar una *Compañía llamada de la Inmaculada Concepción*.

El fin era asegurarse la protección de la Madre de Dios en la vida y especialmente en la hora de la muerte.

Dos medios proponía el joven Domingo Savio para este fin: hacer y promover prácticas de piedad en honor de María Inmaculada y la comunión frecuente.

De acuerdo con sus amigos, y ayudado eficazmente por José Bongiovanni, redactó un reglamento y, después de muchos trabajos, el 8 de

junio de 1856, nueve meses antes de su muerte, lo leía con ellos ante el altar de María Santísima.

El reglamento consta de 21 artículos, referentes todos a sus deberes como alumnos del oratorio, e inspirados por el ardiente deseo de formar, en sí mismo y en los demás, el hábito del deber y un carácter franco y sólidamente cristiano. El último artículo, que resume el espíritu de todos los demás, dice así: «La Sociedad se pone bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción, de la cual tomaremos el nombre y llevaremos una piadosa medalla. Un sincero, filial e ilimitado cariño hacia ella y una devoción constante nos harán superiores a todo obstáculo, tenaces en las resoluciones, austeros con nosotros mismos, amables con el prójimo y exactos en todo»⁹.

Don Bosco leyó, aprobó y añadió de su puño y letra siete condiciones para hacer más ágil su funcionamiento y asegurar la tranquilidad de las conciencias. El bien que tal asociación realizó es comparable al amor y a la inocencia del corazón de que brotó: amor e inocencia de un Domingo Savio, que proyecta en ella su luz de apóstol y la sostiene desde el cielo.

Así, sin que en un lugar se supiese nada del otro, de Turín a Mornese, subía al trono de la Inmaculada el mismo tributo de amor, el mismo fuego de celo, con el mismo nombre, con los mismos objetivos prácticos. Y los dos más fervientes devotos de la Virgen Inmaculada eran dos corazones jóvenes que latían al unísono con el de Don Bosco, el gran Padre, que Domingo Savio iba a dejar dentro de poco, y al que María Mazzarello no conocía aún, aunque ya era hija suya en sentimientos, aspiraciones y obras.

Monseñor Contratto, en Mornese

1857. Entre tanto, Don Pestarino, que ve la pequeña senilla ahondar sus raíces y propagarse en forma de bien general y de gloria para el Señor, no puede contener dentro de sí la alegría que experimenta; y se abre con su obispo, monseñor Modesto Contratto. Puesto que el párroco de Mornese, Don Ghio, su cordial admirador, lo deja en libertad de desplegar su celo como crea más oportuno, él, que ve que este mes de mayo corresponde plenamente a su deseo, se acerca a Acqui, a su amado obispo, para invitarlo a hacer más solemne y

⁹ MB V 482.

provechosa la fiesta de clausura, con su presencia, su palabra y todo el aparato externo que precede y acompaña a la llegada del venerado Pastor.

Para animarlo mayormente a ir, le habla del reanimado fervor del pueblo, de la comunión casi diaria entre la juventud. Le dice cuán necesario es que vea y toque con la mano los frutos abundantes de la secreta asociación de aquel pequeño núcleo de jóvenes, unidas en el nombre de María. Tanto insiste y con tanta elocuencia, que conmueve el corazón del Prelado, el cual no sólo acepta ir a Mornese, sino que, iluminado por el cielo, quiere dar en seguida al celoso sacerdote una prueba indudable de su complacencia, aprobando la regla de la Asociación de las Hijas de la Inmaculada, con decreto de fecha 20 de mayo de 1857 ¹⁰.

El domingo, día 31, en la iglesia abarrotada de gente, que acudió de las alquerías más lejanas, delante de las seis Hijas de María Inmaculada, ya que a las cinco se unió una joven viuda, sin hijos, llena de celo y de criterio, renueva públicamente la función ya hecha por Don Pestarino, en privado, un año y medio antes. Recibe de ellas, arrodilladas en la balaustrada, un poco confusas, pero felices, la renovación de la consagración, y les impone la medalla de la Inmaculada.

¿Cuál fue, en esencia, la fórmula de la consagración?

La memoria de Petronila, cuanto se lee en el reglamento posterior, y lo que en seguida empezaron a practicar las Hijas de la Inmaculada, obligan a pensar que fue, sin duda alguna, la siguiente:

«Yo, habiendo resuelto, con ayuda del cielo, dedicarme a mi santificación, especialmente apartándome de todo pecado, aun del más pequeño plenamente advertido, y a la práctica de la caridad con el prójimo, prometo observar la regla de la Pía Unión de las Hijas de María Inmaculada» ¹¹.

Las jóvenes inscritas no deberán ocultar ya su divisa espiritual, porque todos conocen ya el nombre de su asociación: *Hijas de Santa María Inmaculada*.

¹⁰ Decreto. — *Dispuestos a todo lo que concierne al bien espiritual de las almas confiadas a nuestros cuidados, la mayor gloria de Dios y la devoción a la Virgen Santísima, respondiendo al piadoso deseo de las jóvenes de Mornese de unirse en Piadosa Asociación bajo el título de la Inmaculada, concedemos nuestro pleno asentimiento y aprobamos los capítulos relativos que nos han sido presentados y los debidamente visados por nos.*

Acquí, 20 de mayo de 1857

Firmado † Fr. MODESTO Obispo

¹¹ FRASSINETTI G., «*La monaca in casa*» (Sampierdarena, Tip. Libr. di s. Vincenzo de' Paoli 1880) 167.

El celoso Director de las Hijas de la Inmaculada y las dos elegidas entre ellas

(1857-1862)

Las piadosas reuniones de las Hijas de la Inmaculada

Terminada la fiesta, las Hijas de Santa María Inmaculada volvieron casi a la primitiva oscuridad, porque Don Pestarino se apresuró a recomendarles nuevamente que no hablaran de la Pía Unión con los extraños: a éstos les bastaba lo que habían oído de labios del Pastor. Ellas debían continuar perfeccionándose en su vida de humildes violetas, que esparcen sin ser vistas su benéfico perfume, distinguirse sólo por la seriedad en el vestir, la modestia en el trato y el celo iluminado por impedir el mal y hacer practicar el bien.

Las jóvenes no se lo hicieron repetir.

Cada domingo, antes del alba, se congregaban para la reunión prescrita en casa de la señorita Maccagno, la cual, por haber propuesto el reglamento, por su mayor instrucción, y también por tener algunos años más que las otras, ejercía naturalmente cierta superioridad, pero sin tener título alguno, porque Don Pestarino quería que, entre ellas, fueran todas iguales.

Las reuniones se celebraban en su casa porque, como se ha dicho, ella vivía sola con su madre y podía, a cualquier hora, recibir a las compañeras sin estorbar a nadie, ni dar motivo a habladurías. Pero cuando ocurría un hecho extraordinario, como la admisión de una nueva Hija de María o la conferencia de algún sacerdote, Don Frassinetti, o Don Sturla, o Don Olivieri, o incluso Don Pestarino, entonces se reunían en la capillita del mismo Don Pestarino.

El misionero Don Luis Sturla, de Génova, y el canónigo Olivieri, de Acqui, pertenecían al grupo de sacerdotes que, con Don Frassinetti y Don Pestarino, difundían en toda la Liguria un espíritu de piedad serio y sólido mediante la predicación, la confesión y el ejemplo luminoso y sacrificado. Don Pestarino los invitaba con frecuencia a Mor-

nese, precisamente para que lo ayudaran a reavivar el fervor en la población y enseñaran a las Hijas de Santa María Inmaculada los medios que habían experimentado más eficaces para hacer el bien bajo diversas formas.

Por vía ordinaria, en las reuniones, las Hijas de la Inmaculada leían y explicaban entre ellas, para una más clara comprensión y para aplicarlas adecuadamente a la Pía Unión, algunas páginas de la *Monja en casa*, de San Alfonso María de Ligorio, o bien de la *Perfección cristiana*, del Padre Rodríguez, o de la vida de Santa Teresa. Cuando llegaba la novena de alguna de las fiestas principales, se animaban para hacerla bien con especiales prácticas de mortificación interna y externa, sugeridas por su propio fervor, y confirmadas o, mejor, establecidas por consejo de Don Pestarino. Así, pues, para ejercitarse en la humildad —una de las virtudes más queridas y cultivadas en ellas por el Director espiritual— se acusaban de las faltas externas en las que hubieran incurrido durante la semana: actos de impaciencia, tibieza u omisión en la piedad, falta de celo, retraso en el día señalado para la confesión, descuido de los deberes filiales, laborales, etc.

Después se proponían el plan de trabajo a realizar: las niñas que debían vigilar porque estaban en peligro; los enfermos a los que urgía ayudar para que recibieran los sacramentos; las mujeres enfermas, necesitadas de asistencia; las madres a las que había que hacer llegar, con gran prudencia, un aviso saludable para sus hijos, etc.

Las Hijas de la Inmaculada y las madres cristianas

Don Pestarino que, desde hacía tiempo, aunque por separado, reunía en conferencias especiales a los padres y madres de familia, pensó confiar estas últimas al celo de las Hijas de la Inmaculada. Dirigía esta difícil misión eligiendo a las mujeres que deberían formar parte de la reunión, y determinando las lecturas espirituales y los oportunos consejos, privados o no, que podían convenir.

Se estableció, pues, que cada Hija de la Inmaculada se encargara de cinco madres y las reuniera en su propia casa, o en otra donde pudieran estar libres, o incluso debajo de un árbol en el buen tiempo. Rezase con ellas un Pater, Ave y Credo y después leyese un trozo del libro espiritual asignado y lo explicase, si venía al caso, añadiendo las oportunas aplicaciones prácticas.

Después, en seria pero amigable conversación, les hablase del modo mejor de velar sobre los primeros sentimientos de los hijos, cómo en-

derezarlos, especialmente en las hijas, al amor a la casa y a la vida retirada; y, a la luz de la fe, cómo persuadirlas de que el baile es peligroso para el alma y para el cuerpo. Y terminase la reunión con el rezo del *De profundis* por las almas del Purgatorio y las jaculatorias: «Santa Teresa, ruega por nosotros; sea alabado Jesucristo, por siempre sea alabado».

Celo de María Mazzarello, Hija de la Inmaculada

María era tan puntual a estas reuniones y sabía dirigir tan bien a aquellas buenas madres a que pensasen en sus graves deberes, y sintieran toda la responsabilidad de sus actos, de sus descuidos o debilidades, que revelaba su espíritu de apóstol y su habitual unión con Dios.

Si tal era la eficacia de su celo entre las madres cristianas, aún era mayor el que ejercía con las jovencitas de Mornese.

Una compañera de María, no se sabe si por capricho o por insinuaciones malas, había tomado por aquellos días el firme propósito de no volver a confesarse: y permanecía firme e inmovible a las exhortaciones recibidas en contra. Nos lo cuenta ella misma: «Era yo muy joven y, por un disgusto que tuve, resolví no volver a recibir los sacramentos. Muchos intentaron disuadirme de mi necio propósito, pero siempre en vano. Lo intentó María y, casi bromeando, me indujo a confesarme con Don Pestarino, con inmenso provecho para mi alma». ¿De qué argumentos se había valido la buena Mazzarello? Al resultar vanos los argumentos de fe y de razón, y visto que se trataba más de un capricho que de un motivo, si bien aparente, de lógica, venció con un argumento pueril: «Si vas a confesarte, te regalo una gallina; y, si eres buena, nos la comeremos juntas».

¿Cómo le vino tal ocurrencia a ella, que vivía en otro orden de ideas, y que, en la escuela de Don Pestarino, se había habituado a no hablar nunca de comidas y a no dar al cuerpo más de lo estrictamente necesario para vivir? «Pero un alma es un alma y a cada alma hay que tomarla por su lado —se dice María—. Por tanto, ¿qué no he de hacer yo, Hija de la Inmaculada, para volver a una al buen camino?».

De este modo, si antes era toda celo, por el fuego que le ardía dentro, ahora que este fuego interior está avivado además por la fuerza de un reglamento, el íntimo ardor y el apostolado consiguiente se dirigen a la perfección. Y es natural: la recta intención, que había hecho de ella una hija obediente y exacta al más pequeño de sus deberes,

al perfeccionarse con el nuevo soplo de piedad que la aviva, hace de ella la más observante Hija de María Inmaculada.

En la ausencia temporal de Angela Maccagno

Por aquel tiempo, el Ayuntamiento de Mornese se proponía abrir una escuela elemental de niñas y deseaba confiarla a una de las Hijas de la Inmaculada, por lo que Don Pestarino sugirió a Angela Maccagno que fuera a Génova a prepararse, durante un año, bajo la guía de buenos profesores —ya que podía gastar cuanto era necesario— para presentarse al examen de maestra elemental inferior.

Durante su ausencia quedaría en su lugar, entre las Hijas de la Inmaculada, su prima María Arecco, que había trabajado con ella en el primer esbozo del reglamento enviado a Don Frassinetti.

Las Hijas de María se alegraron del gran bien que una de ellas podría hacer; y María debió tomar la pelota al vuelo para dar a la buena Petronila el último asalto e inducirla a inscribir su nombre en la Pía Unión antes de que partiese Angela Maccagno.

Las dos fiestas de la Virgen, el 15 de agosto y el 8 de septiembre, se presentaban favorables a la nueva inscripción.

Petronila Mazzarello, Hija de la Inmaculada

Petronila accedió. Le había costado decidirse, no porque no le gustase la piedad y no admirase el bien de las compañeras, sino por su natural más bien flemático, muy lento al entusiasmo, y también por temor a tener que abandonar más tarde sus costumbres y las oraciones a las que estaba apegada, para abrazar las prescritas por el reglamento.

María no la perdía de vista. Intuía el bien que podía hacer; desde hacía tiempo se daba maña para rodearla con un hilito de oro que, poco a poco, iba estrechando sus vueltas con más fuerza hasta conquistarla definitivamente. He aquí cómo sucedió.

Petronila acudía también cada mañana muy temprano a la iglesia y, cuando podía, se colocaba junto a María, como para disfrutar de su fervor. Una vez que se encontraron juntas esperando que abrieran la iglesia, María le dijo: «Si no te molesta, te digo una cosa. Hace mucho tiempo que nos vemos en la iglesia, que rezamos una al lado de la otra, y nunca me has invitado a decir contigo un Avemaría. Tú conoces la eficacia de la oración en común y la promesa del Señor de

que donde están dos o más personas reunidas en su nombre allí está El». A partir de aquella mañana, rezaron siempre juntas.

Después, Petronila acudió entre las primeras a la función del obispo y se alegró con María; luego trató de informarse de lo que hacían las Hijas de la Inmaculada y de quiénes iban a aumentar sus filas. Entre tanto, María Mazzarello la dejaba hoy con la miel en la boca mediante una palabrita, al día siguiente le hacía una invitación, al otro una broma, hasta que consiguió verla también a ella con la medalla de María Inmaculada.

María Mazzarello y su espíritu de mortificación y de unión con Dios

La ausencia de Angela Maccagno no disminuyó el fervor de María, la cual continuó el ininterrumpido trabajo, nada fácil, de mejorar su natural, sus inclinaciones, y adquirir el hábito del recogimiento interior para alcanzar la verdadera unión con Dios. María Mazzarello deseaba tanto esta santa unión, que en una de las reuniones sintió el deber de acusarse, con verdadero pesar, de haber pasado un cuarto de hora sin pensar en el Señor.

Para poder mantener siempre esta unión, se impuso tal mortificación en la comida, que limitó disimuladamente las dos comidas principales a sólo sopa y patatas, o polenta y pan, mientras en casa abundaban los huevos, la leche y el queso; y redujo el ya escaso sueño, para continuar en oración, o para adelantar el trabajo y tener horas libres para las funciones de iglesia.

Un día, sin darse cuenta de la revelación que hacía, le confió a Petronila: «En cuaresma sólo me sacio el hambre los domingos. Si Don Pestarino no la hubiese detenido —prosigue la amiga— y le hubiese permitido las mortificaciones que deseaba, hubiera arruinado su salud.

La noche del jueves al viernes santo, acostumbrábamos hacer la vela con la Virgen Dolorosa, es decir, nos turnábamos en grupos, de modo que alguna de nosotras estuviese siempre en la iglesia, rezando a la Virgen y meditando la pasión del Señor. María era siempre la primera en entrar en la iglesia y la última en salir; y, si creía no ser observada, en vez de estar sólo con su grupo, se quedaba también con otro».

Devoción a la Virgen Dolorosa

La devoción a la Dolorosa era también un regalo de Don Pestarino. Siendo joven clérigo compró a un trapero un pequeño lienzo de la Virgen de los Dolores. Lo obtuvo como una litografía corriente, por dos liras y media, pero era una pintura al óleo de la escuela de Dolci. Quizá ni él mismo comprendió el valor artístico del cuadro; pero le gustó la Virgen y, contento con su adquisición, se la llevó al seminario. Después alguien le hizo caer en la cuenta de su verdadero valor y se lo quiso comprar ofreciéndole hasta diez mil liras. Pero él no la hubiera dado ni por cien mil y se gastó quinientas liras para hacerle retocar las manos, un poco deterioradas por el tiempo.

Cuando la familia Pestarino obtuvo permiso para tener capilla en casa, el altar fue dedicado a la Dolorosa. La hermosa Virgen recibió allí el culto de la juventud mornesina, recibió las primeras consagraciones de las Hijas de la Inmaculada, los primeros ardores de María Mazzarello, que, al recuerdo de los Dolores de la Virgen y de Jesús, consagraba los momentos más bellos de su meditación y toda la semana santa.

La Virgen corresponde a este culto tan grato a su corazón acrecentando cada vez más en su alma el deseo de la santa comunión, hasta despertar en ella una sed insaciable de Jesús.

Delicadeza de conciencia de María Mazzarello

Un día se la vio correr jadeante por los senderos de las montañas mornesinas, impulsada interiormente por las palabras de Jesús: «Bienaventurados los limpios de corazón».

¿Qué había sucedido? Algo la había turbado y, sin demora, corría a la parroquia para confesarse. Don Pestarino no está. Quizá esté en Borgalto, donde tiene un terreno y una casa de campo. Suele ir allí con frecuencia a cultivar las flores para el adorno del altar o a descansar un poco, poniendo redes a los pajarillos que le gusta coger vivos. María se encamina a Borgalto, casi corriendo: y he aquí que le sale al encuentro un tal Campi, guardián de las tierras de Don Pestarino. Al verla tan solícita, quiere saber si se trata de un enfermo, pero se traba a cada palabra y pasa un buen rato antes de que María logre entender que Don Pestarino está en la «Uccellaia» (Pajarera), otro terreno suyo, así llamado por estar provisto de todo lo necesario para cazar pájaros.

Hay que subir otra vez a la Valponasca, pues la «Uccellaia» está cerca de una viña arrendada por el padre de María: por lo que se dirige allá sin más demora.

Pero ni siquiera aquí logra su fin: Don Pestarino no está. María suspira y mira a su alrededor. El camino donde se encuentra termina en Cadepiaggio, una barriada a hora y media de camino: distante, no para sus piernas, dispuestas a recorrer el mundo, sino porque se acerca la puesta del sol y a esa hora se debe a sus hermanos más pequeños, con objeto de aliviar un poco a su madre, a fin de que pueda preparar la cena con tranquilidad.

No obstante, es preciso llegar hasta allá. ¿Puede ir a dormir con ese peso en el alma? ¿Y a la mañana siguiente estar sin comulgar? «Ángeles custodios, haced mis veces en casa»; y se dirige a Cadepiaggio.

A pesar de ir corriendo, no llega antes del oscurecer, cuando el párroco está cenando: la criada no quiere saber nada de llamarlo, pero se ofrece a llevarle el encargo. «¿Un secreto?» y mirando de soslayo a la jovencita va a llamar a su señor. En cuanto María lo ve, lo saluda con reverencia y, sin preámbulos, le declara su angustia.

—No es nada, hija mía; podías estar tranquila.

—¿No he cometido ningún pecado? ¿Puedo comulgar?

—Ciertamente, porque...

—Muchas gracias. Sea alabado Jesucristo.

Y mientras el sacerdote intenta decirle una palabra tranquilizadora, ella ya ha reemprendido el camino, rápida como el viento.

Al llegar a casa se excusa, con toda desenvoltura: «Un poco tarde, ¿verdad? Paciencia, es que allí...», y nadie le preguntó nada; tanto más que sus padres conocían su celo; y, puesto que la parte de su trabajo la cumplía siempre por completo y bien, merecía la plena indulgencia de los suyos y el empleo de las horas libres como mejor creyera.

¿Quién reconocería en ella a la niña que encontraba tan cuesta arriba confesarse, al verla decir de este modo una falta al sacerdote, incluso fuera del confesionario? El dominio que de sí había adquirido llegaba hasta eso; y por lo que parece, no fue un caso aislado, que es posible a todos, puesto que Petronila dice: «Si temía haber ofendido a Dios, ya no podía estar tranquila y, cuando la prudencia no se veía comprometida y no podía ir a la iglesia, osaba incluso detener prudentemente por la calle al sacerdote, en el cual veía siempre a Dios».

De la Valponasca a Mornese

1858. Este año su familia sufrió una prueba. Un día que su madre había bajado con los niños a Mornese, y María, su padre y su hermano Domingo se encontraban en la viña, unos ladrones entraron en casa, lo revolvieron todo y robaron cerca de setecientas liras, que en aquellos tiempos y para aquellas familias era un capital.

Sufrieron todos por esta causa, pero de modo especial sus padres que, en aquella osadía de los malhechores, vieron un peligro capaz de repetirse con riesgo no sólo de las cosas materiales, sino también de las personas: y temieron por sus hijas. Así es que resolvieron, sin más, abandonar la Valponasca, demasiado alejada y aislada, y compraron el 16 de marzo de 1858 a Juan Bodrato, llamado Zanetto, una casa en la Vía Valgelata de Mornese.

María sintió lo sucedido, porque veía a sus padres apenados; pero al mismo tiempo no permitió que se pronunciaran palabras injuriosas contra los ladrones: «Desgraciados —añadía en seguida— están peor que nosotros. No, no hablemos así, perdonemos y pidamos a Dios que tenga misericordia de ellos y se conviertan».

En su interior se decía: de un mal, sale un bien. En el pueblo, más cerca de la iglesia... alguna misa, alguna visita, alguna bendición más. Y alababa al Señor por ello.

Rosina Pedemonte

A primeros de agosto, Angela Maccagno, superados los exámenes, volvió a Mornese llevando consigo, para los tres meses de verano, a la joven Rosina Pedemonte, de 20 años, en cuya casa de Génova había pasado el año escolar 1857-58. Rosina Pedemonte, de Génova, era una Hija de María Inmaculada ejemplar, que tenía por Director espiritual al canónigo Frassinetti. Fue ciertamente por consejo suyo el que aceptara la invitación de buscar en los aires balsámicos de Mornese un descanso temporal para su juventud, minada por una enfermedad incurable ¹.

La primera maestra nacional de Mornese

Las Hijas de la Inmaculada recibieron con fiesta a la neo-maestra que, junto con una compañera, buena a ojos vistas, volvía aureolada,

¹ FRASSINETTI Giuseppe, *Opere ascetiche* (Roma, Poliglota Vaticana 1912) IV 491.

por así decirlo, con una nueva luz que aumentaría su autoridad, poniéndola en condiciones de ayudar más a todos, especialmente a las almas juveniles.

El día 22 del mismo mes, el Ayuntamiento la nombraba maestra de la única escuela de niñas, con un sueldo anual de doscientas cincuenta liras.

María Mazzarello se alegró más que nadie. De espíritu claro y abierto como era, apreciaba en Angela Maccagno la inteligencia que había podido cultivarse y desarrollarse: amantísima de la Pía Unión, veía en ella a aquella que le proporcionaba la dicha de pertenecer a la Virgen de un modo particular. No sufría, sino que se complacía viendo pasar adelante a quien podía conocer mejor al Señor y estar en condiciones de hacerlo conocer y amar más de las almas bien dispuestas a ir avanzando poco a poco en la perfección cristiana.

Cordial dependencia de Angela Maccagno

Si ya antes era toda respeto y dependencia hacia Angela Maccagno, ahora parece que no sepa pensar más que con su mente; le consulta cuanto se refiere a la propia conducta externa y se atiene fielmente a sus palabras. Llega al punto de no querer comprarse vestido nuevo ni chal, sin antes consultarle la clase de tela y el color, para someter de este modo su libertad de acción y de juicio, ateniéndose más al espíritu que a la letra del reglamento abrazado.

Las compañeras le dicen a veces, en plan de broma, que cae en la exageración y ella, también de broma, responde: «Vosotras no sabéis lo que me conviene a mí». Y a su madre, que se muestra casi herida de tal sumisión a Angela Maccagno, le dice: «No hagas caso, mamá». Con sus palabras quiere decir: a una Hija de la Inmaculada como yo, no le va mal agachar la cabeza dos veces en vez de una.

Las primeras horas de clase para las Hijas de la Inmaculada

Mornese no tenía escuela, y como en casa de Angela Maccagno había un local apropiado para ello, la nueva escuela comenzó allí. Los días de fiesta, daba gusto ver en aquella aula y en aquellos bancos, a las buenas Hijas de la Inmaculada en reunión. A otras horas, unas aprendían a leer y otras se perfeccionaban en la lectura. También iba,

naturalmente, María Mazzarello; y, como el libro que empleaban era la Historia Sagrada, ponía tal atención que revelaba un alma totalmente enamorada de las cosas de Dios.

Fuentes de nuevo fervor

1859-1860. Italia estaba en tensión por su segunda guerra de independencia con Austria, y también a Mornese llegaba su eco, triste o alegre, según que la patria sufriera derrotas u obtuviera victorias. Para María Mazzarello el eco de tantos dolores y de tantas víctimas era motivo para una vida cada vez más recogida, más atenta a la perfección de las virtudes de cada día, inadvertidas, quizás, pero preciosas a los ojos de Dios.

Nueva ayuda y nuevo impulso recibía, este año, su piedad.

En 1859 Don Frassinetti enviaba a la imprenta otro de sus opúsculos; y si María recibía aquella palabra sencilla y llana, para aprender mejor los medios de perfección y de apostolado, el nuevo libro la había hecho feliz. Tenía por título: *La monaca in casa* y ella, que había recibido la secreta llamada de Dios, gozaba al leer que, si Dios la había dejado en medio del mundo, quería, con todo, que se erigiese en su casa una celda donde hacerse toda suya y emular a las vírgenes de los claustros. El librito llevaba, en un apéndice, la Regla de la *Pía Unión de las Hijas de Santa María Inmaculada*; y el poder tener para sí la Regla y la certeza de que, estando impresa, sería más conocida para provecho de la juventud, proporcionaba tal alegría a su espíritu que le compensaba de tantos motivos de tristeza.

El tifus en Mornese

Pero le esperaba una dolorosa prueba. El azote de la guerra, con sus penas, y el hambre que necesariamente lleva consigo, deja siempre una secuela de males frecuentemente epidémicos: a Mornese le tocó el tifus que cobró varias víctimas. En la familia de un tío de María se contagiaron todos, de modo que tuvieron que pedir ayuda para ser asistidos y rogaron a Don Pestarino, el Padre de los mornesinos, que les ayudara. Era una familia numerosa, y la madre, la más grave, pedía que fuera su sobrina María. Don Pestarino debió quedar perplejo. María: tenía veintitrés años; era la mayor de la familia, también muy numerosa; era el brazo derecho del padre, era también su apoyo por

el cielo que desplegaba; prometía hacer mucho bien: ¿y si ocurría una desgracia?

Las Hijas de la Inmaculada tenían —por reglamento— la obligación de asistir a las enfermas del pueblo; pero ahora no se trataba sólo de enfermas: ¿a quién mandar a una casa donde hay también jóvenes?... Pidió a los padres de María que se la dejaran para hacer esta obra de caridad. Los padres se opusieron. El padre dijo que la necesitaba para los trabajos del campo, la madre para ayudarle en casa y, ¿por qué no?, por temor del contagio. Una madre no oculta nunca las ternuras de su corazón.

María, enfermera

Don Pestarino insiste. Sabe que todo lo obtiene de aquella buena gente habituada a posponer los propios intereses a los de Dios, y finalmente el buen José le responde: «Mandar a María allá, no, eso nunca: a lo sumo, si ella quiere ir, yo no me opongo».

Esto le bastaba al piadoso sacerdote; inmediatamente habló con María que, aunque ávida de obedecer y de renunciar a sí misma, esta vez permaneció perpleja. ¿Por qué Don Pestarino no la enviaba más bien a cuidar a alguna mujer del pueblo? En cambio, la mandaba allí, a los «Mazzarelli», a casa de sus primos, con los que ella se mantenía siempre a distancia. En una casa donde, precisamente por ser parientes, habría mayor libertad. Y además, sin saberse explicar el motivo, presentía el contagio.

Tímidamente, pues, y también sinceramente, respondió: «Si usted lo quiere, yo voy, aunque estoy segura de que me contagiarme».

El santo sacerdote no disimuló la razón y la fuerza de aquella voz de la naturaleza: Estuvo casi a punto de dejarse llevar del corazón; pero sintió que Dios había hablado en el expreso deseo de su tía y había que obedecer. Así es que se mantuvo firme; y María fue la enfermera de sus parientes.

Un primo suyo, José, escribía en 1913: «Yo tenía diecisiete años cuando sobrevino en Mornese el tifus. En mi familia lo tuvimos todos; mi madre con más virulencia que ninguno. Le fue administrado incluso el viático y tuvo que guardar cama mucho tiempo: de modo que teníamos absoluta necesidad de una mujer que, no sólo nos cuidase, sino que se ocupara también de la casa. Don Pestarino nos mandó a mi prima, María Mazzarello, que tenía entonces unos veintidós años. A mí, en principio, no me parecía prudente tener una persona tan

joven; pero me persuadí en seguida de que Don Pestarino había estado inspirado por el Señor.

María no era joven en virtud: hacía las cosas con tal seriedad, con tal prudencia, y, al mismo tiempo, con tan jovial desenvoltura, que elevaba incluso nuestra moral como una Hermana de la Caridad, de esas que están en los hospitales.

Había que oír con qué santas palabras nos preparó a todos para la confesión; y cómo nos ayudó a resignarnos a la voluntad de Dios.

De enfermera a enferma

Los enfermos, bajo los sabios cuidados y la serena actividad de María, salieron pronto de peligro y pudieron reemprender su vida regular; pero la duda manifestada por María se hizo realidad, porque se cambiaron los papeles y de enfermera se convirtió en enferma.

Era el día de la Asunción: había pensado pasarlo en continua oración, unida espiritualmente a las glorias de su Madre del cielo, porque sus tíos ya no la necesitaban; en cambio, atormentada por una fiebre altísima, el médico la declaró afectada de tifus en una de sus formas más agudas.

Se dice que el mal es la piedra de toque de la virtud: María, oro puro, sufrió en el crisol sin dejar sombra de escoria. En cuanto comprendió, por la aflicción de sus padres y las medias palabras del médico, que se trataba de algo largo y grave, pidió en seguida confesarse y se preparó con tal dolor, que dio a entender claramente que no hubiera podido hacer nada más ni mejor que si hubiera estado en situación de partir para la eternidad.

Después quiso recibir la santa comunión y acogió con alegría la promesa de Don Pestarino de que cada día se la llevaría mientras durara la enfermedad. Y, efectivamente, todos los días, muy de mañana, Don Pestarino iba a la iglesia y, privadamente, acompañado por los parientes de María y precedido por alguna Hija de la Inmaculada, llevaba a Jesús a aquel corazón que, aunque delirante por la fiebre, anhelaba la unión eucarística.

De esto eran testigos los ángeles: excitada por la fiebre y delirante durante la noche, y hasta poco antes, la enferma parecía ahora restablecida en espera de su Señor.

Escuela de virtudes

¡Qué ímpetus de fervor! ¡Qué acción de gracias tan recogida! ¡Qué paz ante la seguridad de una próxima partida para la eternidad! La suya no era resignación al querer divino, era alegría de tener algo que ofrecer a su Dios, en prenda de su fidelidad; era deseo del cielo. Un día oyó que sus padres se dolían, llorando, de haberle permitido asistir a sus tíos, recriminándose de haberla puesto en peligro; y ella, prontamente, replicó: ¿Por qué pensáis que el mal me haya venido por esto? Si esto fuera verdad, moriría mártir de la caridad. Pero no soy digna de ello. ¡Mártir! ¡Qué afortunada sería! No lloréis, hagamos con mérito la voluntad de Dios. ¡El nos premiará, ya lo veréis!».

Y, temiendo que sus padres la tomaran con Don Pestarino, repitió a menudo: «¡Cuánto bien me ha hecho Don Pestarino!». Ha ayudado a todo Mornese y todos le debemos estar agradecidos; y yo más que ningún otro. Que el Señor nos lo conserve muchos años en Mornese para bien de las almas».

Hacía mucho calor, pero María soportaba con paciencia toda incomodidad sin perder su compostura habitual.

Un día, mientras deliraba, no permitió siquiera que su madre la aligerara de ropa durante un acceso de sudor.

Las Hijas de la Inmaculada, para aliviar un poco a su madre, se turnaban para asistirle de día y velarla de noche. Descubrían cada día más el tesoro de virtud que se escondía en ella, ya que eran testigos de sus ardientes invocaciones al Señor y a la Virgen, de su alegría por ir al cielo, de las recomendaciones a sus hermanos y hermanas que, de cuando en cuando y a toda costa, querían verla; les recomendaba que fueran buenos y obedientes, que huyeran del pecado, de la vanidad, de las malas compañías.

Una compañera suya refiere: «Siempre había sido apostólica y nosotros lo sabíamos: pero había que oírla cuando estaba enferma. ¡Qué consejos sabía dar!». Y otra: «Era un ejemplo de mortificación que asombraba incluso al médico. Nunca pedía nada, ni rechazaba nada por malo que fuese. Un día le dijo, con la franca energía de su naturaleza: —No me hable más de medicinas. Yo no necesito nada y no deseo otra cosa que irme al Cielo—. Entonces el médico, que siempre la había cuidado con afecto, desesperó de salvarla».

A las puertas de la muerte

Las semanas pasaban y el mal, en vez de ceder, se recrudecía. María pidió los últimos sacramentos ante la consternación general, y los recibió con su fervor característico, edificando con el buen ejemplo fácil de imaginar.

Dios mostró estar satisfecho de su celo y de la oferta generosa de su joven existencia. Aprovechando un buen momento, he aquí que aparece por la puerta un vecino, hombre de cierta edad, pero de conducta reprobable y sin religión: se detiene ante la puerta, con el sombrero en la mano, mirando a la enferma con cierta timidez, nueva realmente en aquel corazón. Su madre lo ve, no sabe qué pensar y, silenciosamente, le señala a su hija absorta en Dios. María se vuelve, y al verlo, lo mira como fija en un serio pensamiento: «Ya véis... se muere —le dice con suavidad— y, a veces, cuando menos se piensa. ¿Y si le tocase ahora a usted esta desgracia?». Bajando la voz, a modo de secreto, le hace ver el mal ejemplo que está dando a la juventud, el peligro de una mala muerte y de una desgraciada eternidad, el deber urgente de arrepentirse y de proceder seriamente a una reparación ante los hombres y ante Dios. El hombre, con la cabeza descubierta e inclinada, escuchaba con creciente dolor, que se manifestó en dos lentos y encendidos lagrimones que surcaron aquel rostro bronceado y compungido: reconocía su fallo y, agradecido a María que le había dicho palabras de verdad, prometía enmendarse. Y fue fiel.

La enferma recibía siempre con alegría y cariño a sus padres; pero un día en que su madre, por error, le suministró doble dosis de medicamento, débil como estaba, cayó en un prolongado y agitado delirio. Les recomendó dulcemente primero y después con creciente acaloramiento, llegando a amenazarlos con los castigos divinos, que fueran constantes en educar a sus hijos, instruirlos, vigilarlos y reprenderlos, no permitiendo que se detuvieran por la calle, vigilando sus amistades y procurando que crecieran piadosos, amantes de la iglesia y de todos sus deberes. Sólo el rostro encendido por la fiebre, la mirada fija, la fuerza del gesto y del ánimo, no habituales en ella, hacían sospechar que estaba fuera de sí, porque las palabras se mantenían siempre justas, acertadas, reveladoras de un espíritu que no tiene por mira más que los intereses de Dios.

Entre tanto, el mal galopaba y las compañeras, inscritas como ella en la Asociación de la Santa Infancia, tomaban medidas a fin de no estar desprevénidas para el funeral. Pidieron a Génova una guirnalda

de flores blancas artificiales pensando que si María faltaba, ése sería un obsequio obligado; y si el Señor escuchaba las oraciones de todas, la corona podía servir para otro funeral.

Lento retorno a la vida

El cielo no se abrió para María, que no había cumplido su misión aquí abajo y debía continuar en la tierra su canto de alabanza a Dios. Cuando todo parecía acabado y ella esperaba, de un momento a otro, desplegar el vuelo, la muerte se echó atrás y la salud recobró su puesto. Pero una salud débil, precaria, que dio a entender al doctor que aquella robusta lozanía, admirada hasta dos meses antes, se había apagado para siempre.

Contemplando la imagen de María Auxiliadora

El 7 de octubre, después de cincuenta y dos días de cama, pudo sentarse de nuevo entre los suyos que la miraban como a una resucitada. Era la fiesta de la Virgen del Rosario y, no pudiendo ir todavía a la iglesia, como deseaba ardientemente, pidió que la acercaran a la ventana para encontrarse con la imagen de María Auxiliadora, pintada en la pared de enfrente de su casa. Una pintura rústica, con la borrosa inscripción: «*Auxilium christianorum, con: la Gra: 1814 fecet al meso di setembr allì 7 anno: 1841*»²; pero ella iba más allá de la letra y de las palabras incompletas.

¡Quién sabe cuántas veces, durante su enfermedad, con sólo pensar en aquella sencilla pintura tan cercana, encontraría consuelo su corazón! ¡Quién sabe cuántas veces repetiría a la Santísima Virgen el ofrecimiento de sí misma y el deseo de ir al cielo para verla y amarla como deseaba! ¿Y no se preguntaría quizá María qué querría decirle el cielo al permitir que enfermara bajo la mirada de María Auxiliadora, lo mismo que la había hecho crecer de niña junto al lugar donde se erigiría más tarde la capilla de María Auxiliadora?

Los silencios de una larga convalecencia están llenos de reflexiones profundas y eficaces.

² Es el mismo fresco mencionado anteriormente (pág. 27).

Vuelve a la iglesia por primera vez

Finalmente, María pudo volver a la iglesia, donde se abandonó al desahogo de sus afectos, renovando las santas promesas que la mantenían unida a Jesús. «Se puso en el último banco —dice Petronila— en el ángulo más oscuro, y habló largamente con el Señor; y puesto que estaba resignada, nada contenta de volver a vivir, entre otras cosas le dijo: "¡Oh Señor! Si me concedéis aún un poco de vida, haced que sea olvidada de todos, de todos, excepto de Vos"».

La borrasca había sido terrible, pero la flor se había mantenido victoriosa, y con un perfume aún más delicado que antes.

Durante la convalecencia

1860-1861. La convalecencia fue más larga de lo esperado, también quizá porque se iba de cara al invierno. ¡Cuánto le costaba a María tener que levantarse tarde y renunciar, por lo mismo, a la misa diaria y muchas veces también a la comunión, que constituía sus delicias! Pero así lo ordenaba el médico; así lo quería Don Pestarino y así lo hacía ella, en espera de poder tomar la revancha.

No le pesaban menos las atenciones que le prodigaban su familia y sus compañeras, cuando hubiera deseado un trato duro y ser olvidada de todos.

No debía trabajar, porque las fuerzas no daban señales de volver: entonces se dio a la lectura, sin temor de faltar a su deber.

En enero de 1860 moría Rosina Pedemonte, aquella joven que fue a Mornese en busca de la salud; murió como una verdadera Hija de María Inmaculada, y su director Don Frassinetti escribió su biografía, así como la de Rosa Cordone, también Hija de María Inmaculada, fallecida igualmente como una santita.

Los dos libritos constituían la lectura ordinaria de aquellos días, su dulce compañía, su consuelo, sus maestros. Aquellas dos muchachas, jóvenes como ella y, poco más o menos, de su misma condición, habían alcanzado tal grado de virtud que asombraban a los mismos buenos y merecían que un sacerdote, culto y abrumado de ocupaciones como Don Frassinetti, las dirigiera espiritualmente durante la vida y, después de su muerte, escribiera su biografía.

«Se hicieron tan buenas observando puntualmente el reglamento de las Hijas de María Inmaculada —se decía María en los descansos de la lectura—. Han ido derechitas al cielo, ciertamente, a ver a la

Virgen. Y yo, si hubiese muerto de esa enfermedad, ¿hubiera ido en seguida? Para mí, ¡quién sabe cuánto purgatorio! No obstante... si ellas pudieron llegar a ser tan buenas y hacer tanto bien al prójimo, especialmente a las jóvenes, en tan pocos años de vida, siempre enfermas y con más sacrificio que yo para ganarse el pan, ¿por qué yo he de quedarme atrás? ¿No soy yo también Hija de María? ¿Acaso no tengo los mismos deberes y los mismos recursos? Yo aún tengo más... La buena Rosa Cordone era sirvienta, pobrecita, con gran deseo de hacerse religiosa. ¡Y ahora está en el Cielo! Si yo aún estoy aquí, quiero hacerme santa: aunque solamente sea como una religiosa en casa. ¡No quiero quedarme atrás! Pero aquellas dos ¡cuánto bien han hecho a los demás...!».

Gozaba al leer que la Pía Unión de María Inmaculada se iba propagando y ya se había establecido en Chiavari y en Cremona: «¡Qué hermosa guirnalda de corazones en torno a la Virgen! Y pensar que todo esto ha salido de Mornese, de un pueblecito escondido e ignorado. Mornese honra a María Santísima y María Santísima nos ayuda a todos».

Y como ella no se preocupaba ya de la vida, sino para gloria de Dios y utilidad espiritual del prójimo, releía con atención, hasta aprenderse de memoria, el opúsculo *Industrie spirituali* del canónigo Frassinetti, para animarse a ser también ella, en cuanto la salud le permitiera salir de casa, una abeja ingeniosa en la práctica del bien.

No debía ni podía trabajar, pero ¿quién hubiera sido capaz de detener aquella actividad siempre despierta? A ella le parecía demasiado no ir al campo, dedicarse largo tiempo a la lectura de sus libros favoritos, rezar sin el agobio del tiempo que se escapa. Ayudaba, no obstante, a su madre en la costura, en el orden de la casa, en la preparación de la comida; luego, cuando cansada y agotada tenía que dejar que otros lo acabasen y veía que su madre la miraba con angustioso temor, prorrumpla en un: «Bueno, hagamos un poco de señorita. Pero ya veréis cómo en primavera volveré a estar fuerte»; y los animaba a todos, y también quizá a sí misma, con la esperanza del después.

Entre tanto, seguía su programa de mortificación. Para obligarla a tomar algo sustancioso, el médico le ordenó que tomara cada día un caldo de carne y así lo hizo durante un tiempo; pero después, pareciéndole que ya no era necesario, habló con Don Pestarino con la esperanza de que él, tan amante de la vida austera, le permitiera atenerse al alimento familiar. El buen sacerdote, en cambio, le dijo tajantemente que se atuviera a las prescripciones del médico. Incluyó la cabeza y obedeció, pero buscó igualmente la manera de mortificarse: comprar

más huesos que carne, hervirlos varias veces y tomar tranquilamente el caldo. Pero, en realidad, tomaba un caldo más provechoso para el espíritu que para el estómago.

Renuncia a la vida del campo

Pasó el invierno; volvió la primavera, pero el color de las mejillas no volvió a aparecer en el rostro de María; sus brazos, por más que lo intentaron, no fueron capaces de manejar la azada, no podían con los trabajos del campo. Los jornaleros de su padre no se verían ya eclipsados por su empuje: la voluntad estaba pronta, pero las fuerzas no la secundaban, y María debía renunciar al campo tan querido por ella: renunciar sin melancolía, sin lamentos. Si Dios lo permitía así, es porque quería de ella otra cosa, y ella debía disponerse de buen grado; y se estaba disponiendo.

Era la voz de Dios la que infundía en su corazón el deseo de ocuparse de las jóvenes, deseo más vivo e insistente ahora que antes de la enfermedad. Ya lo hemos visto: las niñas constituyeron siempre su encanto. Ella misma, de niña, cuando aprendía algo nuevo en el catecismo, sentía la necesidad de repetírselo a sus compañeras hasta que lo aprendieran: en casa les enseñaba a sus hermanitos todo lo que sabía, especialmente las cosas de Dios; siendo Hija de la Inmaculada sintió que la Virgen le pedía almas juveniles, y ella no rehusó nunca el trabajo apostólico. Pero ahora esta voz es continua, el estímulo se hace necesidad apremiante. María estudia el modo de realizarlo. ¿Cómo?

¡Si supiera el oficio de modista!

«Si supiera desenvolverme mejor con la aguja, si supiera el oficio de modista, ¡cuántas niñas podría reunir! A las más pequeñas les enseñaría a hacer punto, a coser, a remendar; a las mayores les enseñaría a coser la ropa, a hacerse sus vestidos... y, entre tanto, las tendría alejadas de los peligros, de las conversaciones frívolas, de la vanidad... las llevaría al Señor y a la Virgen. Necesitaría capacitarme para todo esto».

Como para confirmarla en el deseo de ocuparse de las jóvenes, le ocurrió una cosa singular que, hasta pasado mucho tiempo, no reveló a sus más íntimas.

¿Visión?

Pasaba un día por la colina de «Borgoalto», cuando le pareció ver frente a ella un edificio con toda la apariencia exterior de un colegio con numerosas niñas. Se detuvo a contemplarlo llena de estupor, y dijo para sí: «¿Qué es lo que veo? Aquí no ha estado nunca este edificio. ¿Qué sucede? Y oyó como una voz que le decía: "*A ti te las confío*".»

Acostumbrada a dominarse, María se alejó de allí y procuró no pensar en ello; pero aquellas jovencitas seguían allí, llamándola, especialmente cuando debía pasar por aquel lugar; y de nada le servía distraerse, o entregarse al trabajo con creciente actividad.

Para liberarse de aquel pensamiento insistente, resolvió decírselo a Don Pestarino, después de la confesión; pero, cuando empezó a hacerle la descripción del edificio, el santo sacerdote la interrumpió bruscamente, le reprochó haberse entretenido en fantasías, y le prohibió que volviera a pensar ni hablar más de ello.

Pero aquello estaba presente en su corazón. Cuenta Petronila: «Háíamos ido las dos al horno y, estando allí, María me dijo: —¿Sabes?, he ido a confesarme con Don Pestarino y me ha parecido conveniente decirle una cosa... de ciertas jóvenes... pero... me ha despachado llamándome visionaria—. Se comprende que María sufría por esta causa, que tenía necesidad de desahogo y, al mismo tiempo, no quería desobedecer. Esto, con más detalle, se lo oí contar después a Sor Laurentoni, que lo supo de la misma María Mazzarello. Aquella vez concluyó con un suspiro: —Bueno, no pensaré más en ello».

¡No pensar más en ello! Deliberadamente no, de seguro, y mucho menos darle importancia; no habló de ello ni siquiera con Angela Maccagno, con la que tenía gran confianza; pero a pesar de ello y cuando menos se lo esperaba, un grupo de niñas aparecía en su imaginación, como diciéndole: «¿Y cuándo nos enseñarás a coser?».

Contribuía también a esto el bien que Angela Maccagno hacía por medio de la escuela y que María admiraba con santo deseo de emularlo dándole continuidad. «Esta clase termina muy pronto —se decía con pena— porque hacia los diez o doce años la vanidad y las pasiones se presentan con fuerza, y las niñas necesitan mayores cuidados y más asidua vigilancia».

La invitación a Petronila

Una mañana, encontrándose con Petronila a la salida de la iglesia, la condujo a un camino poco frecuentado, llamado de los huertos,

y allí, de pie junto a un frondoso nogal, le dijo: «Oye, Petronila, a mí me parece que el Señor desea de nosotras que nos ocupemos de las niñas de Mornese. Mira: tú no tienes fuerza para trabajar en el campo; yo, después de la enfermedad, tampoco. Las dos sentimos un vivo deseo de salvar nuestra alma, haciendo el bien a las jóvenes.

¿No te parece que, si supiéramos coser, podríamos conseguirlo? Yo estoy decidida a aprender el oficio de modista. Ven tú también conmigo, iremos a casa de Valentín Campi. Es un buen sastre y un cristiano excelente, frecuenta los sacramentos y sólo tiene un hijo de cinco años; en su casa no hay ningún peligro».

«Yo —dice Petronila que cuenta el hecho— la miraba maravillada de tan hermoso proyecto, pero, al llegar a este punto, le dije:

—¿Por qué a casa del sastre? ¿No quieres aprender a coser ropa de mujer?

—Sí, pero es que el señor Campi vende también la tela: así aprendemos a coser trajes de caballero, que es más difícil: entre tanto adquirimos la práctica, no sólo del corte, sino del valor de las telas, y esto nos servirá para tener una idea de los precios que poner. A él acuden muchas mujeres fáciles de contentar, a las que no siempre puede servir enseguida, porque tiene mucho trabajo. Nosotras le pediremos los trabajos más fáciles, que él rehusaría, y los cortaremos y cosemos en casa, en las horas libres. La modista, en cambio, tiene poco trabajo y podría temer que le quitáramos la clientela.

En cuanto aprendamos un poco y podamos trabajar por cuenta propia, dejaremos al sastre, alquilaremos un local por nuestra cuenta, admitiremos algunas niñas que quieran aprender a coser y les enseñaremos; pero, recordémoslo bien, con el fin principal de apartarlas de los peligros, hacerlas buenas y enseñarles especialmente a conocer y amar al Señor. Lo que ganemos lo pondremos en común, para vivir de nuestro trabajo: de este modo podremos mantenernos sin ser gravosas a nuestras familias, y además podremos emplear toda nuestra vida en bien de las jóvenes. ¿Te sientes animada a hacer lo que te digo? Es necesario, ¿sabes?, que lo hagamos así; pero mira: desde ahora hemos de poner la intención de que *cada puntada sea un acto de amor a Dios*.

—Y, al decir estas últimas palabras, parecía inspirada.

Yo llegué a pensar que deliraba, tal era la seguridad de sus palabras; pero después entendí que hablaba bajo una inspiración del cielo: y entonces le respondí que sí, que me gustaba su plan, pero que temía que mis cuñadas pusieran obstáculos y me quisieran en casa para ayudarlas. A este punto, María, con fuerza, me replicó:

—¡Las cuñadas! Tú habla de esto sólo con tu padre, porque el amo de casa es él, y él es el que manda. El te dará el consentimiento. Ahora volvamos a la iglesia a pedir a Jesús y a la Virgen que nos iluminen y nos ayuden.

Consentimiento paterno

La propuesta de María me gustó y, por la noche, después de la cena, hablé del asunto con mi padre. Estaba un poco nerviosa, por temor a un no: él, en cambio, aprobó mi deseo de ir a trabajar con María y aprender a coser.

Mis cuñadas, cuando se enteraron, refunfuñaron un poco, pero mi padre zanjó la cuestión casi con las mismas palabras de María: «Mientras yo viva, en mi casa mando yo: tú vete tranquila». Y yo, contenta como unas pascuas, corrí enseguida a casa de María que, inmediatamente, habló de ello con Don Pestarino, sin cuyo consentimiento no hubiéramos hecho nada. También él aprobó nuestro proyecto y lo aprobaron, por tanto, los padres de María. Entonces nos presentamos al señor Campi pidiéndole que nos admitiera en su taller unos meses, es decir, de Pascua a Navidad de aquel año 1861, trabajando por su cuenta las horas de taller y por cuenta nuestra el resto del tiempo libre».

En el taller del sastre

1861-62. Inmediatamente después de Pascua, el primero o segundo día de abril, los mornesinos se rieron de la novedad: ¡María Mazzarelo y Petronila, dos Hijas de la Inmaculada, en el taller del señor Campi! ¿Qué se proponían? ¿Es que no tenían ya ganas de ser campesinas y se ponían a coser? Y las miraban de soslayo con aire entre incrédulo y burlón; pero ellas no se daban por aludidas y, con la cabeza inclinada sobre el trabajo, no se preocupaban ni de las personas ni de las habladurías. Después, pasada la novedad, cesaron los comentarios y acabaron habituándose a ver a las dos aprendizas, atentas a su trabajo, siempre en silencio; pero siempre corteses.

Las mujeres se pusieron contentas; las madres, que tanto apreciaban a María, se dirigían siempre a ella al hacer las compras, para conocer y consultar su gusto, recibir su consejo: y quedaron muy satisfechas cuando el mismo señor Campi las invitó a encargarles trabajo. Las dos jóvenes hacían así: a la hora convenida, sobre las once, iban

a sus casas a comer y hacer algún trabajo: después se acompañaban mutuamente al regreso, pasando un momento por la iglesia para la visita a Jesús Sacramentado.

Por la tarde pasaban nuevamente por la iglesia para hacer la oración en común y escuchar la lectura que hacía Don Pestarino; después se iban a cenar.

Trabajan por la tarde en casa de Angela Maccagno

Después volvían a encontrarse las dos en casa de Angela Maccagno donde realizaban los trabajos de encargo. ¿Por qué en casa de Angela Maccagno y no en su propia casa? Porque, no teniendo aún mucha práctica, necesitaban consultarse, aconsejarse, probar y volver a probar; lo que no hubiera sido fácil en casa de María, con aquel tropel de hermanos, ni en la de Petronila, con tres cuñadas. Angela Maccagno, a quien habían comunicado su plan, las había animado, con fraterna cordialidad, a que fueran a su casa, pues, tanto a ella como a su madre, se les hacían las tardes demasiado largas. Trabajarían todas con la misma luz: unas en la costura y ella preparando los trabajos de sus alumnas. Aceptaron agradecidas. A cierta hora las dos amigas se iban; no muy tarde, porque María debía evitar el relente de la noche.

Marta y María

«En el taller del sastre, lo mismo que en casa de Angela Maccagno, hacíamos siempre silencio, o casi siempre —cuenta Petronila—, por lo que, durante el camino nos contábamos nuestras cositas, las dificultades, los pensamientos espirituales que habíamos tenido; las jaculatorias que habíamos rezado y nuestras esperanzas de poder trabajar pronto por nuestra cuenta. La gente que nos veía tan absortas y entusiasmadas en nuestras conversaciones, a veces nos preguntaba: —¿pero qué tenéis que deciros, si estáis siempre juntas? Y nosotras sonreíamos y seguíamos adelante».

¿Qué cosas tenían que decirse? Seguramente nunca tuvieron tantas como entonces. Cada cosa nueva que aprendían en el oficio ¿no provocaría una explosión de alegría, siendo así que aprender equivalía para ellas a tener en sus manos un medio seguro de hacer el bien? Esta era la única preocupación de María: de esto estaba llena también

la mente y el corazón de Petronila, terreno abierto y dispuesto a todas las semillas que la compañera dejaba caer en él.

Conocen a las Ursulinas

Pero aún había más. Don Pestarino, en sus conferencias, debió hacer alusión a algo que colmaba de gozo a las Hijas de la Inmaculada; y a ellas dos más que a ninguna. Se había descubierto que su Pía Unión se parecía a otra Unión de vírgenes, la de Santa Ursula, fundada por Santa Angela Merici en Brescia, aprobada por el Papa en 1544. Angela Maccagno no sabía nada de esto cuando propuso su reglamento; y el mismo Don Frassinetti, cuando escribió e imprimió su regla, no tenía conocimiento alguno del verdadero y único Instituto de Santa Angela Merici, formado precisamente por doncellas que vivían en el mundo ³.

Ahora que la Pía Unión se divulgaba, llegó a comprenderse que, a tres siglos de distancia, era una derivación del espíritu de Santa Angela Merici. Aún más: Don Pestarino les diría que habiendo despertado la Pía Unión de la Inmaculada en muchos lugares el recuerdo de Santa Angela Merici y de sus Ursulinas, el Santo Padre había promulgado un decreto (11 de julio de 1861) por el que la obra de esta santa revivía en toda la Iglesia y que, no pudiendo, después de trescientos años, conservarse intacta una institución de tal género por la necesidad de adaptarse a los tiempos, era evidente que Dios quería que la Pía Unión nacida en Mornese se fundiese con la de las Ursulinas.

¡Cómo aseguraba todo esto a las buenas Hijas las bendiciones del Cielo sobre su asociación! Y sobre este hecho tan importante, ¿podía callarse María, que la amaba como cariñosísima hija? El camino se hacía siempre demasiado corto para contarse tantas y tan agradables novedades.

Las nuevas Ursulinas

Entre tanto, Don Frassinetti, secundando el impulso dado por el Pontífice Pío IX y de acuerdo con Don Pestarino, modificó la primitiva regla de Mornese, fundiéndola con la de Santa Angela, adaptada a los tiempos; y formó de ellas una sola, que hizo imprimir ese

³ Cfr. *Regola della Pia Unione Figlie dell'Immacolata* (Génova, Tip. della Gioventù, ed. 1867) 10.

mismo año con el título; *Regla de las Hijas de Santa María Inmaculada bajo la protección de Santa Ursula y de Santa Angela Merici*.

¿Sería quizá el nuevo librito el regalo de la fiesta de María Inmaculada anunciado por Don Pestarino o por el mismo Don Frassinetti y esperado con ansia por las Hijas de María de Mornese? ¿O fue un regalo de Navidad, fecha prescrita por el reglamento para la elección anual de la Superiora? Parece que deba aceptarse una de las dos festividades; o, más exactamente, los días próximos a éstas, con ocasión de las correspondientes funciones parroquiales de las que, especialmente Don Frassinetti, no hubiera podido eximirse.

Entre tanto, para no turbar las mentes con otras novedades, y al mismo tiempo cumplir el reglamento que prescribe una Priora, por aclamación unánime se dejó que Angela Maccagno continuase en el superiorato moral, que hasta entonces había gozado naturalmente.

El nombre de *Nuevas Ursulinas* fue, todavía por algunos años, más cosa oficial que de hecho; más en el buen deseo de todas que en la realidad; ya que, aun abrazando la nueva regla, continuaron llamándose Hijas de María Inmaculada y, sólo más tarde, Ursulinas.

Es fácil imaginar el ansia con que María leyó la nueva regla, para estudiar las diferencias con la primera y disponerse inmediatamente a su observancia ejemplar. Es hermoso imaginar su atención para descubrir si su deseo de apostolado entraba también en sus nuevos deberes; y comunicar después a Petronila su entusiasmo. «¿Lo has leído? El cielo bendecirá nuestro trabajo; el deber de preocuparnos de las niñas abandonadas o huérfanas y de las jovencitas, está tal cual en la nueva regla. También como nuevas Ursulinas podemos y debemos prodigarnos en favor de la juventud, y me parece que ahora podemos estar también más seguras de que la Virgen está contenta de lo que queremos hacer. ¡Dios quiera que llegue pronto este día!».

¿Qué tenían que decirse? Los mornesinos no hubieran imaginado los temas de aquellas conversaciones a las que el cielo parecía responder con los hechos: ¡Así sea!

Inicios de vida común entre las Hijas de la Inmaculada

El 16 de diciembre del mismo año —1861— moría el padre de Petronila: y también en esa ocasión Angela Maccagno fue muy cortés. Sabiendo que para su amiga su padre lo era todo en este mundo, fue a verla y, después de consolar a los hermanos lo mejor que pudo, se la llevó consigo algunos días, para quitarle la dolorosa impresión

que, en toda familia, sigue a la muerte del jefe de la misma.

Don Pestarino sabía que la vida de Petronila tendría algunas espinas más, por las cuñadas que querrían verla trabajando en el campo como ellas o en casa, al cuidado de los sobrinos. Así es que, con el pretexto de que una Hija de la Inmaculada, Teresa Pampuro, de casi treinta años, en buena posición pero enfermiza, no tenía a nadie, invitó a Petronila a ir a dormir con ella: tanto más que el reglamento prohibía a una Hija de María estar sola. Petronila obedeció y, al quedarse con Teresa Pampuro también de noche, ella y María dejaron por entonces de ir a casa de Angela Maccagno.

1862. Por los días que perdieron a causa de la desgracia acaecida a Petronila, siguieron yendo a casa del señor Campi un poco más de tiempo, en vez de terminar en Navidad.

«En el taller nos encontrábamos incómodas —dice Petronila—; el jefe era verdaderamente bueno y serio y nos enseñaba con muy buena voluntad, pero siempre había hombres que iban y venían, y María me decía muchas veces: Terminemos pronto, hagamos lo posible por aprender cuanto antes para irnos de aquí».

Y después del trabajo más urgente de las fiestas de Navidad y Año Nuevo, se fueron, comenzando en casa de Teresa Pampuro sus experiencias, no todas acompañadas por el éxito.

He aquí un episodio de este período inicial: una mujer del pueblo —cuñada del señor Campi— les llevó una pieza de tela negra estampada, para que le hicieran un vestido. «María, aquella misma noche, desenvuelta como era, lo corta y lo hilvana —narra Petronila— pero... las dos mangas son del mismo brazo. Se estudia el modo de remediarlo. No hay otra solución; habrá que comprar tela para la otra manga. Va a casa del sastre. ¿Tela igual? ¡No queda ni un palmo!

¿Qué hacer? Se llama a la dueña del vestido y se le explica la equivocación y la pena de no poderlo arreglar. La pobrecita, en vez de inquietarse, nos anima; y entonces María le dice:

—Se podría cortar la manga de la parte delantera de la falda y los pedazos de la manga equivocada ponerlos como guarnición, cubierta siempre por el delantal.

Y sonreía dulce y humildemente.

—Pues sí, haced como podáis. Llevaré siempre puesto el delantal».

En resumen, y no obstante sus inevitables fallos de principiantes, las madres estaban satisfechas, especialmente por lo módico de los precios y porque podían mandarles también ropa interior, vestidos y trajes usados, a veces hasta sin lavar, para arreglarlos y renovarlos,

sin que por esto las dos Hijas de María las recibieran con menos agrado.

En casa de la modista

«Al cabo de dos meses de trabajo un poco inseguro —cuenta Petronila— una mañana, después de misa, Don Pestarino me mandó llamar y me dijo:

—Mira, Antonietta Barco tiene que irse de Mornese, porque su marido ha arrendado una tierra en otro lugar; entonces...

—¿Entonces todo el trabajo quedará para nosotras?

—Sí. Pero antes convendría que fueseis a trabajar un poco de tiempo con ella: así os adiestraríais en el corte de prendas femeninas, podríais conocer a su clientela y os la atraeríais, con ventaja para ambas partes.

Corrí inmediatamente a decírselo a María; dimos gracias a Dios y nos apresuramos a hacer como nos había indicado Don Pestarino.

María, al frente del primer taller

La modista se fue; y a primeros de mayo las Hijas de María volvieron a casa de Teresa Pampuro, siendo recibidas con la misma alegría de siempre, más aún, ya que ahora iban acompañadas de algunas niñas deseosas de seguir las como alumnas y que, dando vida a aquellas silenciosas paredes, ponían a las tres compañeras en su verdadero campo de acción.

Petronila y María iban, como antes, a comer a sus casas; y esta última, también a dormir.

Pero aquí el demonio levantó un poco de viento contrario.

Las cuñadas de Petronila veían con malos ojos que ella no aportase nada a la casa, y los de María hubieran preferido que probara a ver si podía ayudarles como antes en los trabajos del campo. El padre zanjó la cuestión ordenando que la dejaran libre de hacer como mejor le pareciera delante de Dios, y un hermano de Petronila, secretamente, se comprometió a pasar a su hermana cinco liras al mes, para que ella después se las entregara, en presencia de sus cuñadas, como fruto de su trabajo.

¡Son ya, pues, modistas! No les falta trabajo; las buenas mujeres acuden de buen grado a las dos Hijas de María y, aunque dudan

de su pericia, de momento no había nadie más que ellas en Mornesc. No eran todavía muy prácticas, aunque no carecían de aptitudes y de gusto, y facilitaba el aprendizaje la humildad y la sencillez de María, que de todo sabía sacar enseñanzas útiles, sin apurarse por nada. No había aprendido sólo de memoria las máximas de Santa Teresa: «Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa, etc.»; las recordaba muy a menudo durante el día y, lo que más vale, cuando la necesidad aconsejaba ponerlas en práctica.

Las dos modistas tenían además una cualidad un poco rara en las modistas, ya que era poco grata a la juventud femenina: no se inclinaban, como las otras, a hacer vestidos llamativos. Todo lo contrario; María no quería adaptarse a los caprichos de la moda, ni cooperar a la vanidad de las jóvenes; y fue necesario que Don Pestarino le dijera: «Haced en buena hora los vestidos a su gusto, con tal de que no sean inmodestos. Si no les dais gusto vosotras, antes que llevar un vestido fuera de moda, acudirán a modistas de otros pueblos; y será peor».

Las madres estaban de su parte, les daban mil razones y de este modo las niñas, puestas entre dos fuegos, acababan por contentarse con aquellos vestiditos, no del todo fuera de moda, y graciosos y modestos al mismo tiempo. Lo que no era poco, y proporcionaba a María un verdadero consuelo.

«Era yo jovencita —cuenta una de Mornesc— y me gustaba aparentar entre mis compañeras, por lo que quería un vestido de última moda. María, apoyada por mi madre, me hizo tantos razonamientos y me dijo tantas cosas buenas, que yo incliné la cabeza y me fui contenta con mi vestido nuevo, muy sencillo. Lo que María consiguió de mí, lo consiguió también de otras niñas y de otras madres».

La primera sala alquilada

Acaeció lo que María deseaba. Muy pronto otras madres de familia, satisfechas del trabajo y más aún de la virtud de las nuevas modistas, le pidieron que aceptara a sus hijas para enseñarles a coser y, naturalmente, ninguna petición fue tan bien recibida como aquella.

Aumentaron las alumnas; la habitación de Teresa Pampuro, pequeña y poco iluminada, resultó insuficiente para tanta gente; y Angela Maccagno, siempre buena y generosa, les ofreció gratuitamente una sala de la planta baja de su casa, con entrada por la parte posterior del edificio, de modo que se podía ir y venir sin molestar a nadie ni ser vistos por los dueños de la casa. Las dos accedieron muy gustosas

y estuvieron allí cerca de dos meses: es decir, hasta que Don Pestarino mostró desco de que se marcharan de allí. Entonces le consultaron si debían trasladarse al piso que el padre de Petronila, al morir, le había dejado en usufructo para toda la vida; pero el piadoso Director, iluminado desde lo alto, ordenó que se buscaran un local donde pudieran estar independientes, libres de toda ingerencia, especialmente de parte de los parientes. Obedecieron y alquilaron a la señora Birago un pequeño local sin otra ventaja que la de tener cerca la iglesia; pero en cuanto se alojaron allí, vieron que no podían continuar y empezaron a buscar en seguida otra cosa mejor.

El hermano de Angela Maccagno, que tenía una casa con habitaciones de alquiler para señoras de Génova que iban a pasar el verano, les ofreció una sala espaciosa y ventilada, por cinco liras al mes: María la aceptó con agradecimiento, también porque, estando bastante cerca de la iglesia, les ofrecía la comodidad de poder ir con frecuencia a saludar a Jesús y formar a las niñas en la devoción a la Eucaristía.

Además, la sala era muy a propósito para taller: no había que subir más que un escalón y pasar un corredorcito; los dos amplios ventanales no daban a la calle, sino a un patio al que no bajaba nadie. Por tanto, con plena y segura libertad: cosa necesaria cuando se tiene una juventud para educar.

Escuela-familia y cómo se vive en ella

En cuanto se tuvo el local, las niñas fueron en aumento: fue considerada como una verdadera escuela de trabajo, retribuida con una lira al mes, en dinero o en especie.

Una escuela-familia, se entiende, a donde se iba sin sombra de coacción. Así, por ejemplo, si una mujer necesitaba una prenda del tipo que fuera, ponía la tela en manos de su hija y le decía: «Vete a María, la de la Valponasca; ella te enseñará a hacerlo». A veces se trataba de vestidos que había que darles la vuelta, de mucho trabajo y de poco provecho, pero nunca María puso obstáculo: examinaba bien lo que había que hacer y, si se trataba de lencería, se la pasaba a Petronila, más diestra en esto; si se trataba de algún vestido, se encargaba ella y, con toda caridad, enseñaba, ayudaba y daba a las muchachas la satisfacción de volver a casa con el trabajo cumplido.

Se comprende que éste era el medio para lograr el fin que ellas se proponían, con la discreción del verdadero celo. María quería a las

niñas para llevarlas al Señor, pero no las aburría con oraciones, recomendaciones y prohibiciones.

Había colocado en la parte más visible de la habitación una estatua de la Inmaculada y, sin decir nada, cuando entraba, era la primera en dirigirse a ella, hacer la señal de la cruz y rezar devotamente un Ave María. Esto se convirtió espontáneamente en un programa, de modo que las niñas, apenas entraban, daban los buenos días e iban ante la Virgen a hacer su oración. Cada una ocupaba después su sitio y María, tan amante del silencio, dejaba, no obstante, que las niñas hablaran como solían hacerlo en su casa. Sólo cuando alguna hablaba tan bajito que no era posible oír la conversación, le decía amablemente: «Habla más fuerte, así lo oímos también nosotras y participamos todas de las cosas hermosas que decís». Ni ella, ni Petronila daban cuerda a la conversación; por esto algunas veces reinaba en la sala un absoluto silencio, roto únicamente por el movimiento regular del trabajo. Entonces María decía en voz alta una jaculatoria, o bien leía o hacía leer una página de la vida de San Luis Gonzaga, o de Rosina Pedemonte, o de Rosa Cordone, o de algún opúsculo del Padre Frassinetti. Les enseñaba después algún canto religioso, y el día volaba, y las horas pasaban llenas de trabajo y de buenos pensamientos, aceptados sin esfuerzo, sobre todo por el buen ejemplo de las dos maestras, siempre laboriosas y humildes.

Las dos Hijas de María, también enfermeras

En aquel tiempo sobrevino una novedad.

Enfermó una señora, que quiso ser asistida por las Hijas de María. Don Pestarino les consultó y, al encontrarlas dispuestas a todo lo que él mandara, las animó a probar. Y probaron; pero como a las niñas no se las podía despedir, ni María Mazzarello podía perder el sueño, ésta fue la enfermera de día y Petronila de noche, bastándole muy pocas horas de descanso, para no faltar al taller. Hecha esta primera prueba, se presentaron otros casos de mujeres solas, y enfermas, a quienes nadie preparaba para el último momento, ni asistía en sus largas horas de agonía. Don Pestarino proveyó a ello con las Hijas de María y surgió el pequeño hospital, erigido a instancias del mismo Don Pestarino. Las Hijas de María, cuando hacía falta, se turnaban; pero pronto comprendió el buen Director que los enfermos y el taller no se podían conciliar, y que había que decidirse definitivamente por una u otra cosa. Pensó en ello; después, bajo la inspiración del Espí-

ritu Santo, ordenó a las obedientes Hijas de María que dejaran los enfermos, para dedicarse únicamente al taller. Que continuaran, ocupándose de una pobre anciana ciega y sola, si lo juzgaban oportuno; y ellas continuaron esta obra caritativa, ayudadas por su compañera viuda, que les preparaba cada día la comida necesaria para la pobre-cita, sin olvidarse de ellas, empleando las mil industrias de la caridad, que sabe llegar a tiempo sin darse a conocer ni siquiera de los mismos beneficiados.

Don Pestarino, Salesiano.

Primera luz de Don Bosco entre las Hijas de la Inmaculada

(1862-1864)

Primer encuentro de Don Pestarino con Don Bosco

Mientras María y Petronila se establecen en el nuevo taller y, olvidadas de sí mismas, no piden a Dios más que trabajo para poder hacer el bien a las almas, Dios provee, de forma admirablemente sencilla, propia de su proceder. Es decir, prepara el encuentro de Don Pestarino con Don Bosco.

Don José Campi, cuyos testimonios son ordinariamente dignos de tenerse en cuenta, por su tenaz memoria y por haber vivido, desde jovencito, al lado de Don Pestarino, atestigua reiteradamente: «Don Pestarino conoció a Don Bosco en el tren, de Acqui a Alessandria, con ocasión de una fiesta o reunión de sacerdotes en Acqui. Por el camino, hablaron de sus trabajos por la salvación de las almas.

Don Bosco, al oír hablar a Don Pestarino de las Hijas de la Inmaculada, le expuso su idea de fundar un Instituto femenino, aconsejado por varios obispos y eminentes sacerdotes.

Don Pestarino entonces, como bromeando, le ofreció cordialmente las fervorosas y apostólicas Hijas de María mornesinas, *aunque a veces... ignorantes y rudas...*».

¿Reunión en Acqui o en Lerma?

Ningún recuerdo entre los supervivientes, así como ningún documento de la Curia Episcopal de Acqui, confirma que en 1862 hubiera fiestas o reuniones especiales de sacerdotes en la ciudad, por lo que el hecho, verdadero en sí mismo —es decir, el encuentro de Don Bosco con Don Pestarino y la propuesta de éste— aparece incierto respecto del lugar.

Cosa natural: un muchachito como era entonces Don Campi, no podía dar a este detalle una importancia merecedora de especial recuerdo. Pero queda el hecho de que el verdadero encuentro de Don Bosco con Don Pestarino ocurrió en 1862, probablemente entre agosto y octubre.

Don José Frassinetti, en su único volumen *Opere ascetiche — Memorie biografiche del sacerdote don Luigi Sturla*¹— dice: «Fui compañero de Luis Sturla cuando fue a establecerla (la Pía Unión de los Hijos de Santa María Inmaculada) en agosto del año 1862... Los días que Don Sturla estuvo en Mornese, habiéndose reunido una veintena de sacerdotes de los contornos en el cercano Santuario de la Rocchetta, junto a Lerma, se empeñó también en que se estableciera entre ellos una congregación de Misioneros Rurales que evangelizaran aquellas tierras».

Así es que, si no hubo fiesta o reuniones en Acqui, hubo una reunión de sacerdotes, y no lejos.

Y también debió haber otro encuentro de sacerdotes en Lerma, el 3 de septiembre del mismo año.

La Congregación de Misioneros Rurales —floreciente en Génova ya antes de 1849, a la que desde entonces pertenecía Don Pestarino, organizada por Don Sturla, como hemos visto, el 26 de agosto de 1862 en la diócesis de Acqui— prescribe en el artículo 64 de su Reglamento: «Se establecen las reuniones generales, una en primavera, el miércoles después del tiempo pascual, y la segunda, al terminar el verano, el miércoles siguiente al último domingo de agosto»².

El último domingo de agosto de este año fue el 31 y, por consiguiente, el miércoles sucesivo fue el 3 de septiembre. Ahora bien, si es cierto que Don Pestarino fue, como misionero y amigo de Don Frassinetti, de Don Sturla y del párroco de Lerma —el canónigo Olivieri— a la sesión, llamémosla así, de fundación del 26 de agosto, en la que resultó elegido segundo consultor³, es de presumir que no faltara a la primera sesión reglamentaria del 3 de septiembre. Y es natural que, dada su sumisión y filial apertura a la primera autoridad diocesana, acudiera, inmediatamente después del 26 de agosto o del 3 de septiembre a Acqui, con objeto de dar cuenta al obispo, tanto de la Unión masculina surgida en Mornese, como de lo que se había hecho en Lerma, regresando después a Mornese por Alessandria.

Por estas mismas fechas Don Bosco estaba muy atareado en la

¹ Escritas en los primeros meses de 1866 e impresas en Génova en 1871, tres meses después de la muerte de Don Frassinetti. Vol. único, pág. 450.

² FRASSINETTI, *Opere* 299.

³ FRASSINETTI, *Opere* 294.

venta de los últimos boletos de una rifa a beneficio de sus pilluelos de Valdocco, y no es improbable que, estando de viaje, se llegara hasta Nizza Monferrato y alrededores donde tenía muchos conocidos, entre ellos la Condesa Corsi, su bienhechora, o bien hasta Acqui, donde siempre era cordialmente recibido por el obispo y en el Seminario.

El 6 de septiembre debía encontrarse además en Montemagno, para un triduo de predicación a modo de Ejercicios Espirituales en preparación a una Hermandad del Sagrado Corazón de María, que debía erigirse el 8 de septiembre ⁴.

Nada más fácil y lógico que durante esos viajes, o en el tren o en cualquier estación de esta línea, se encontraran Don Bosco y Don Pestarino.

También Don Lemoyne, apoyándose en el testimonio de Don José Campi, dice que «... hacia 1862, habiendo ido a Acqui para una fiesta o conferencia con participación del clero, con el obispo monseñor Contratto al frente, Don Bosco se encontró también allí con Don Pestarino y, al final, viajaron juntos de Acqui a Alessandria... etc.» ⁵.

Y hurgando en las Memorias Biográficas, en el volumen VII, encontramos en la página 278 y 88 que, procedente de Mirabello Monferrato, Don Bosco se apeaba en la estación de Alessandria la tarde del 15 de octubre de 1862, alojándose con sus muchachos, durante las vacaciones, en el Seminario. Pasó allí todo el 16 y 17, intercambiando visitas con eminentes personajes del clero y del laicado; y, a la mañana siguiente, fue con todos sus alumnos a la catedral para saludar a la «Virgen de la Salve».

El día 18 por la tarde, precedido de la alegre chiquillería y la música de sus jóvenes, y acompañado de muchos sacerdotes, amigos y cooperadores, se dirigió a la estación para tomar el tren y regresar a Turín.

Ahora bien, aquella fiesta o reunión especial de sacerdotes, de la que habla Don Campi y de la que no existe memoria alguna de que se celebrara en Acqui, ¿no será, quizá, ésta de Alessandria?

Ocasión fortuita, pero providencial

De todas formas, después de las razones y documentaciones aportadas, podemos concluir que la Divina Providencia, sirviéndose de una

⁴ Cfr. MB VII 246.

⁵ MB IX 615.

ocasión fortuita, puso en contacto inmediato a estos dos corazones, llamados a ser instrumentos de una excelsa obra. El uno, Don Bosco, debía ser el gran diseñador ideológico de un monumento sublime; el otro, el simple operario; pero era necesario que se entendieran, para la fusión de las fuerzas.

Pero Don Pestarino ya había oído hablar con admiración de Don Bosco. Las relaciones que mediaban entre el apóstol de Valdocco y el clero genovés, entre éste y Don Pestarino, y los últimos viajes de Don Bosco a Génova⁶, especialmente para ponerse de acuerdo con Don Francisco Montebruno, sacerdote de gran valía, que deseaba la unión de sus «artesanitos» con los de Don Bosco, le proporcionaron la ocasión de verlo y de apreciarlo. Nos lo asegura Don Juan Cagliero, cuando dice que Don Pestarino conoció a Don Bosco en Génova, en casa del Prior de Santa Sabina [Don José Frassinetti]⁷.

Y, dado su activo fervor, ¿podía acaso Don Pestarino no desear conocer mejor al providencial «Padre de los pilluelos»? El hecho de que se decidiera, en julio de 1857, por los Ejercicios Espirituales de Lanzo Torinese, bajo la dirección del teólogo Cafasso⁸, ¿no sería consecuencia de este mismo deseo? Allí podría ver, quizá, a aquel hombre extraordinario; tener noticias directas de quien lo conocía a fondo y de su método de hacer el bien.

Tampoco a Don Bosco debió parecerle nuevo el nombre de Don Pestarino, sea por las razones expuestas, sea porque Mornese, convertido por obra de Don Pestarino en un pueblo excepcional en cuanto a piedad cristiana, atraía la admiración de toda la diócesis y de sus contornos.

Tratándose, pues, en seguida como viejos amigos, Don Pestarino, al hablar con Don Bosco sobre lo que entonces llevaba entre manos, debió hacer particular alusión a la Pía Unión de los Hijos de la Inmaculada, instituida hacía pocos días en Mornese. Debió hablarle del gran bien que de ella esperaba, sin excluir la esperanza de sacar alguna vocación sacerdotal, haciendo alusión al fruto obtenido mediante la formación de las madres, por obra especialmente de la Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada.

Don Bosco ¿no mostraría una atención especial al relato del buen sacerdote acerca de los frutos que con el incipiente taller y oratorio recogían aquellas Hijas de María, casi religiosas en la familia?

⁶ MB V 599 y CAPECELATRO Alfonso, *Vita della Serva di Dio Paola Frassinetti, Fondatrice delle Suore di s. Dorotea* (Roma, Desclée 1900) 306-307.

⁷ Anexo n.º 2.

⁸ Anexo n.º 3.

Y todo esto ¿no le haría recordar el sueño de dos meses antes, cuando declaró a la marquesa de Barolo el deseo de ocuparse también de las jóvenes, y las diversas inspiraciones de Dios al respecto, de modo que, sin apenas advertirlo, se iban disipando las últimas dudas acerca de este nuevo apostolado?

El buen Padre debió detenerse a considerar, con Don Pestarino, acerca de la necesidad de preocuparse también de la juventud femenina; y, expuestas las reiteradas invitaciones recibidas por él de eximios sacerdotes y obispos, debió dar por seguro que, con el tiempo, había de pensar en el modo de proveer al bien de las niñas.

Debió ser en este momento cuando Don Pestarino dejó escapar del corazón el ofrecimiento de sus Hijas de María de Mornese... añadiendo después, en tono de broma, como con temor de haber hablado demasiado: «... aunque a veces... ignorantes y rudas...».

Una sonrisa pronta, expresiva, como si la nueva propuesta tuviese relación con lo que pasaba de forma confusa por su mente, debió ser la respuesta de Don Bosco, que concluía con esta espontánea invitación: «Venga, Don Pestarino, venga a verme a Valdocco».

¡Oh, aquella sonrisa! Quizá la misma ignorancia de las Hijas de María, que al buen Don Pestarino podía parecerle un impedimento, reafirmaba en Don Bosco la idea de que, en todo aquel vacío, Dios podía derramar a manos llenas sus dones divinos; y tal sementera de humildad en aquella ignorancia, atraería la divina sabiduría.

El buen Padre conocía el valor de un corazón vacío de sí mismo, en las obras de Dios.

Don Pestarino y su total entrega a Don Bosco

Don Pestarino volvió a Mornese con el corazón radiante de alegría, y con un gran deseo de ir pronto a Turín.

Las palabras de Don Bosco parecieron orientar todas sus energías hacia un solo deseo: ponerse bajo la obediencia, para asegurarse a sí mismo una perfección mayor, y asegurar a su trabajo en bien de las almas el sello de la voluntad de Dios, manifestado no por el fervor de su celo, sino por la palabra de una regla, por la guía de un Superior que representara directamente a Dios. Ir a Valdocco, no para una visita cualquiera, no sólo para ver al apóstol en su reino, sino para concretar algo práctico en su propia vida; para darse a él como un hijo a su padre, como un instrumento consciente al artífice que, usándolo para una obra grandiosa, lo perfecciona y lo avalora.

«Antes de partir para Turín, fue al Santuario de la Virgen de la Rocchetta con el teólogo Raimundo Olivieri, que le había sugerido aquella peregrinación para suplicar a la Madre del Cielo que le manifestara su voluntad. Y se sintió inspirado a ofrecer su vida y sus bienes, que eran copiosos, a Don Bosco».

Partió, pues, y cuando llegó al Oratorio, «enamorado del espíritu de la Pía Sociedad Salesiana, quiso dar inmediatamente su nombre a la misma, comenzando a practicar las reglas de modo ejemplar. Prometía a Don Bosco ilimitada obediencia, dispuesto a establecerse en el Oratorio. Pero el Siervo de Dios, en vista del gran bien que hacía en el mundo, quiso que continuara en su pueblo. Conocía también la necesidad de no privar a la Unión de las Hijas de María Inmaculada de Mornese y de otras partes de un Director tan piadoso y prudente»⁹. Las jóvenes de los pueblos de alrededor, donde no estaba instituido un centro particular, lo consideraban su guía.

Don Bosco, después de aceptar entre sus hijos a Don Pestarino, no lo retuvo consigo, para no privar de su dirección a las Hijas de la Inmaculada: esto quiere decir que la impresión recibida de la Pía Unión no fue algo fugaz. En la calma del santuario privado de Don Bosco —su humilde habitación— Padre e hijo debieron volver sobre el tema.

Don Bosco, aun sin dejar traslucir su idea, debió comprender que la hora de la voluntad de Dios respecto a la juventud femenina se iba acercando, porque ya se perfilaban las personas que, quizás, debían ser sus instrumentos.

El primer obsequio de Don Bosco a María y Petronila

Tan verdad es, que entregó a Don Pestarino una medalla de la Virgen¹⁰ para las dos «bucnas Hijas de María» con la recomendación de conservarla cuidadosamente, porque «las libraría de muchas desgracias y sería su protección en todas las dificultades de la vida». Y a la humilde petición de Don Pestarino, Don Bosco, siempre condescendiente, tomó un papel, y escribió lentamente, después de levantar los ojos al cielo: *«Rezad, sí, pero haced todo el bien que podáis, especialmente a la juventud, y haced lo posible por impedir el pecado, aunque sólo sea un pecado venial»*.

⁹ MB VII 297.

¹⁰ La madre Petronila en las Memorias dice: medallas de *María Auxiliadora*; pero está demostrado que tales medallas no fueron acuñadas antes de 1868.

Don Pestarino volvió esta vez a Mornese con el corazón más ágil y dilatado que si hubiese descubierto un tesoro. Volvió salesiano, hijo de Don Bosco, con la certeza de ver pronto al amado superior en su pueblo, para decidir con él una obra de mucho provecho para los mornesinos, y llevando en el fondo del alma una vaga esperanza de que aquellas Hijas de la Inmaculada harían un día, en manos de Don Bosco, verdaderos milagros.

Les llevó el regalo del Padre, que aún no conocían, y, al explicarles el sentido de la recomendación oral y del billetito escrito, les habló de Don Bosco con tal ardor, que las indujo inmediatamente a amarlo. Descansaron, pues, tranquilas, apoyadas en su oración protectora, hasta el punto de que, si antes pensaban poco en sí mismas y en su porvenir, ahora se olvidaban completamente, para no pensar más que en la gloria de Dios y el bien de la juventud.

Las dos huérfanas, en la escuela de María Mazzarello

1863. La mayor confianza, si así se puede decir, en la divina Providencia y el pleno descanso del espíritu daba a las dos Hijas de María, y especialmente a María, una serenidad incluso más gozosa, más comunicativa que antes, más tierna todavía.

Las alumnas, contentas del cariño de que eran objeto, comenzaron enseguida a hacer clogios del taller; y un comerciante, que había quedado viudo, con dos niñas, una de seis y otra de ocho años, fue a pedirles que las tuvieran todo el día, ya que él estaba casi siempre fuera de casa. La abuela se preocuparía de mandarles la comida y de ir a buscarlas por la noche. ¡Dos huérfanas! Fueron las bienvenidas, naturalmente; aunque, por ellas, tuvieron que modificar un poco el horario del día.

Variaciones de horario en la vida de las dos amigas

Hacia las diez y media, las buenas amas de casa de Mornese no volvieron a ver ya a las dos amigas recorrer, con las niñas, un trecho del camino para ir a casa a comer y, cuando se quedaban solas, proseguir en íntima conversación, ya que las hijas del comerciante no podían ni debían quedarse solas. Petronila iba a casa la primera, comía y volvía enseguida al taller donde, entre tanto, se había quedado María. Rezaban juntas el Angelus y, después, María salía con las niñas,

que la rodeaban y formaban con ella un cuadro tan sugestivo que atraía las miradas de las madres, que se asomaban a la ventana emocionadas al ver tanto afecto. Petronila, que se quedaba para asistir a las dos huérfanas, darles de comer y entretenerlas, ordenaba entre tanto la sala y adelantaba algún trabajo.

Hacia las doce, volvía María con el séquito de alumnas, que la esperaban en los cruces del camino; las niñas se entretenían un poco en el patio, mientras María las observaba desde la ventana que, estando en la planta baja, le permitía oír las conversaciones y participar en el recreo, aunque siempre con la labor entre las manos. Las niñas entraban de nuevo y la costura proseguía asiduamente acompañada de inocentes conversaciones, devotas jaculatorias y cantos religiosos.

Antes del anochecer, se exponía un buen pensamiento y... a casa: las huerfanitas, con la abuela; las otras, a sus casas, cuando no acompañaban a las dos Hijas de María a la iglesia para participar en la meditación que Don Pestarino leía por la noche en voz alta, seguida de la corona angélica y las oraciones del buen cristiano.

Después, a cenar, cada una a su casa; luego Petronila iba a dormir a casa de Teresa Pampuro, apenada porque su poca salud le impedía ayudarlas en una obra tan útil; y María se afanaba en casa por hacer algo por los suyos. Los más pequeños, Asunción, que aprendía a coser con ellas, y Nicolás, de tres años, se sentaban a sus pies en un taburete y gozaban con sus instrucciones catequísticas, sus cuentos, con las alegres risas que despertaba en ellos; le contaban sus fechorías, las riñas que habían recibido de su madre y formulaban con ella los mejores propósitos para el día siguiente.

Los mayores participaban también en las alegres veladas, pero a veces, la miraban un poco mortificados, por aquella mirada suya que les escrutaba hasta lo íntimo y, sin decir nada, decía demasiado, especialmente cuando no eran buenos. ¿Cómo se las arreglaba aquella hermana suya para saber siempre todas sus cosas? Porque debía ser ella la que ponía alerta a sus padres sobre sus escapadas. No es que no la quisieran, no; pero... la hubieran querido más despreocupada a su respecto.

¿Internado? ¿Colegio incipiente?

Las dos huerfanitas cantaban en alta voz los cantos de sus maestras y su pobre padre, entendiendo que las pequeñas encontrarían con ellas la serena alegría que necesitaban a medida que iban creciendo,

rogó a las dos Hijas de la Inmaculada que las tuvieran también de noche. La misión cambiaba de aspecto: ¿qué diría Don Pestarino?

Don Pestarino dijo que sí: su gran corazón jamás hubiera puesto obstáculos a la obra de Dios, que veía progresar admirablemente. Mucho menos entonces que, de regreso de su visita a Turín para la fiesta de San Francisco, conservaba aún el alma llena de las cosas oídas de mil voces, concordes en repetir los milagros de caridad obrados por Don Bosco al aceptar a todos los niños que la Divina Providencia le enviaba. Don Bosco —debió pensar ante la propuesta de las Hijas de la Inmaculada— no despidió a ninguno, por mucho sacrificio que le cueste; estas dos siguen, sin saberlo y lo mejor que pueden, las huellas de su mismo apostolado; ¿por qué voy yo a oponerme a su bien? Así fueron aceptadas las dos primeras alumnas internas.

Nuevos locales en casa de Angela Maccagno y en casa Bodrato

Pero para dormir, el taller ya no era suficiente: hubo que alquilar otra sala, que daba al mismo corredor, y colocar allí las dos camitas de las pequeñas y la de Petronila que, despidiéndose de Teresa Pampuro, se quedó a hacer de madre a las dos huérfanitas, aunque a comer y a cenar iba siempre a su casa, sirviendo a las niñas lo que su abuela les mandaba.

He aquí, pues, a las dos amigas al frente de casa, y al frente de un minúsculo orfanato.

El local aún resultaba pequeño. Después de mucho buscar y preguntar, Antonio Bodrato les ofrece dos habitaciones enfrente mismo de la casa de Angela Maccagno. Sólo había que atravesar la calle: las habitaciones eran espaciosas, con capacidad para cinco camas cada una. Las alquilaron, pues, y trasladaron las camas, dejando en casa de Angela Maccagno el taller e instalando en la de Antonio Bodrato el dormitorio.

Comida en común para ahorrar tiempo

Adquirido el local, hubo que poner otra cama para Rosina Mazzarelli, sobrina de Petronila, de 14 años, huérfana de padre y deseosa de quedarse con su tía, aunque no pudiera hacerlo cada noche, para no dar pie a comentarios entre los parientes.

Al aumentar la familia, crece la necesidad de vigilar y María comprende que resulta pesado salir cada día a comer, con la consiguiente pérdida de tiempo; además, una sola no da abasto a todo.

Un buen día, después de dejar cada cosa en su sitio y señalar a cada una su trabajo, le dice a Petronila: «Mira, esto así no va bien. Vete y dile a Don Pestarino si nos permite comprar la harina necesaria para hacernos aquí la comida. Así ahorramos tiempo, tú no tienes necesidad de salir por la noche y también yo... después... Basta. Empecemos por pedir esto; después, caso por caso, se decidirá».

Petronila se quedó un poco perpleja, porque, aunque Don Pestarino la seguía con tanta atención como confianza, estaba siempre muy ocupado y, además, para evitar toda ocasión de habladurías y conformarse al nuevo reglamento de las Ursulinas, no quería que le hablaran en particular fuera del confesionario: aunque, a decir verdad, también aquí seguía tratándolas con brusquedad y sin remilgos. De todos modos, dócil como siempre, Petronila respondió: «Si tú me mandas, iré». Y fue.

Don Pestarino la escuchó, con aire contrariado al principio, pero, después de una pausa, más sereno, respondió: «Haced como queráis». María, cuando oyó la respuesta, comentó: «Así es que no ha dicho que no. En sus labios —haced como queráis— significa que podemos actuar realmente como nos parezca; por tanto, hoy mismo empezamos a comer aquí. Nos compramos una bolsa de harina: así no tenemos que salir cada día a comprarla: también esto es un ahorro».

Faltaba la vajilla: Petronila fue a casa de Teresa Pampuro, quien suministró lo necesario, y la comida quedó hecha al momento; nunca las dos Hijas de María se habían sentado a la mesa con un espíritu tan alegre.

A partir de aquel día, Petronila no fue a su casa más que raras veces, aunque sus hermanos y sus sobrinos intentaran recuperarla para siempre, y Rosina —que iba habitualmente a las horas de comer— casi todos los días intentara llevársela. María seguía yendo a su casa a cenar y a dormir, por expreso deseo de Don Pestarino, con el fin de obligarla a cuidarse; y de tanto en tanto, también a comer, ya que su madre no podía soportar la separación de una hija en la que fundaba esperanzas, todavía acariciadas. Pero, habitualmente, comía en el taller.

Mesa frugal y corazón alegre

Su comida era verdaderamente espartana: un plato de sopa, unas patatas que, ya hervidas, María llevaba de su casa, o que Teresa Pam-puro u otros regalaban, y un poco de fruta. A veces Petronila preparaba un poco de leche o un huevo para María, porque la veía cansada y flaca; pero en ese caso tenía que resignarse a hacer otro tanto para sí, si no quería que María partiese el huevo en dos partes, diciendo: «Yo no quiero excepciones».

Se ha de hacer notar que, en este tiempo, ellas no carecían de nada: muchas mujeres pagaban, como se usa en los pueblos, con legumbres, harina, gallinas, huevos. Por tanto, hubieran podido tener lo necesario, cumpliendo incluso su desco de entregar las ganancias en dinero o en especie a Don Pestarino, según el espíritu de su reglamento, que sugería depositar en una caja común el dinero y los objetos, de los que cada Hija de María podía disponer, según el parecer de la Superiora o del Director.

«Pero —dice Petronila— María quería mortificarse; y, si hubiera podido, hubiera querido vivir del aire».

Por la siguiente anécdota, que recuerda Petronila con visible satisfacción y revela al mismo tiempo la vida de familia de aquellos gloriosos días, se deduce que tenían un pequeño gallinero. Habla Petronila: «La hija más pequeña del comerciante cuidaba las gallinas. Un día le pregunté:

—Oye, ¿dónde están los dos pollitos, que aún no los he visto?

Y ella, después de mirar por el corredor, dijo:

—¡Están riendo arriba en la escalera!

Todas nos echamos a reír: es decir, nos reímos nosotras... los pollitos sólo intentaban cantar».

Hacia las cuatro de la tarde merendaban las niñas y, la que quería, podía seguir cosiendo. María, si el trabajo no urgía mucho, acudía un minuto a la iglesia a hacer una visita a Jesús y, una vez una, y otra vez otra, siempre había alguna que la seguía; de modo que, poco a poco, todas adquirieron la costumbre e iban incluso por su cuenta. ¡No podía ser de otro modo, ya que la oían repetir muchas veces: «Qué dicha poder estar siempre cerca de Jesús! ¡Qué felicidad si se pudiera ir a coser a la iglesia, en el último banco, para hacerle un poco de compañía a Jesús! Al menos vayamos a verlo siempre que podamos».

Trabajo manual y trabajo espiritual

Siguiendo la recomendación de Don Bosco de «hacer mucho, mucho bien», las Hijas de María se animaron y, tan seguras de la divina voluntad cuanto del afecto de las niñas, comenzaron a rezar el santo rosario por la tarde, durante el trabajo. Antes de anochecer, María leía una paginita, ordinariamente de las *Máximas Eternas* de San Alfonso María de Ligorio, o bien del *Arte de hacerse santos*, del Padre Frassinetti, impreso en Génova en 1861. Sin aires de dar una clase de religión, en realidad comentaba y explicaba la lectura de forma fácil y llana, de modo que fuera entendida por todas y, al mismo tiempo, con tanta fuerza de argumentos y con tanto énfasis, que imprimía en las mentes de las niñas las verdades de la fe con una solidez tal que el tiempo no sería capaz de hacer mella en ellas.

Carnaval que no roba la paz del corazón

Llega entre tanto el carnaval y, con él, el peligro de que el baile eche por tierra todo el edificio que las Hijas de María van levantando con cuidadoso esmero. María piensa en ello y deja entrever que madura una idea.

«Don Bosco nos escribe que hagamos todo el bien que podamos a la juventud y que hagamos lo posible por impedir el pecado, aunque sólo sea un pecado venial; Don Pestarino nos repite que es preferible atender a las niñas que hacer el Viacrucis y rezar rosarios, de modo que...». Se aconsejó con Don Pestarino, el cual no sólo aprobó su plan, sino que lo secundó invitando a una Hija de María Inmaculada, que tenía en su casa un organillo, a que aprendiera a tocarlo para llevarlo después al taller y poner un poco de música.

La buena amiga, Catalina Mazzarello, accedió con gusto. Quería tanto a las dos Hijas de María que, si no hubiese sido porque su padre anciano la necesitaba, se hubiera ido con ellas al taller. No pudiendo cumplir este deseo, las ayudaba de otras mil formas, sin excluir la de proporcionarles gratuitamente pan tierno y vino, al menos una vez a la semana, y prestarse a cualquier servicio.

Así es que, dicho y hecho: siempre que en el pueblo había baile —público o privado— un buen ángel custodio, por encargo de María, se lo hacía saber con tiempo. Ella invitaba entonces a niñas y organista, y el taller se llenaba de juventud que, supiera o no supiera, bailaba o, para ser más exactos, saltaba como podía, con la certeza de

no ofender a Dios. Antes bien, con la gloria de Dios, porque, al principio o al final, cuando empezaban a cansarse, María les contaba algún hecho ameno y edificante, o entonaba una canción religiosa, que las niñas aprendían. Después hacían honor a las castañas que, calientes y crujientes, Petronila preparaba para todas; después, contentas como unas pascuas y cansadas y sin ganas de moverse más, rezaban las oraciones, les decía María un buen pensamiento y volvían a casa sin otro deseo que ir a dormir, «con la alegría de sentirse puras». Por esto, a la mañana siguiente, podían recibir la santa comunión, las que ya habían sido admitidas a ella, y las demás, mirar con tranquilidad en el fondo de su alma, junto con María, que parecía hecha exprofeso para estos exámenes profundos y escrutadores. Se los hacía ella a sí misma y quería que las niñas se habituaran a hacerlos, para conocerse bien y no ir nunca a descansar sin pedir perdón a Dios de sus faltas.

Los bailes del taller se repetían todos los domingos de carnaval: y si los hombres se quedaron sorprendidos las primeras veces por la casi total ausencia de muchachas en los bailes públicos, aunque sin conocer la razón, enseguida se les abrieron los ojos. Las buenas mamás, que descansaban satisfechas y con mucha frecuencia acudían aquellos días a las Hijas de la Inmaculada, desvelaron el secreto de aquel sonido que, de las ventanas del taller salía a las calles vecinas, y provocaron el enojo de los organizadores del baile y de los que querían bailar en la plaza.

Los jóvenes acordaron esperar a las muchachas a la salida del taller y, primero por las buenas y después con amenazas, conseguir que no volvieran a bailar a casa de «María la de la Valponasca». Las jóvenes se mantuvieron firmes y se lo contaron todo a María: ésta las animó a no hacer caso de amenazas, que no podían tener consecuencia alguna, y a proseguir en su camino sin hacer caso de lo que oyeran; y, para animarlas a resistir, les prometió alguna buena merienda. Naturalmente no fueron sólo palabras: con la ayuda de Don Pestarino, a veces del párroco, y otras de sus padres, las meriendas llegaron de verdad, o al taller o a la Valponasca, donde una mayor libertad permitía también mayor alegría. Los jóvenes se pusieron furiosos y repitieron sus amenazas a las jóvenes, añadiendo que, en las fiestas, de no ser por Don Pestarino, les hubieran ajustado las cuentas a las Hijas de la Inmaculada, y especialmente a María.

Sabias precauciones de María Mazzarello

Esta, con calma, recomendó a las jóvenes que no fueran nunca solas; las dividió ella misma en grupos, de modo que fueran juntas las que vivían en la misma calle y que cada grupo llevara al frente alguna más mayor y juiciosa. A veces, ella misma las acompañaba un buen trecho, y después volvía sola, sin que jamás osara ninguno decirle nada.

Las jóvenes se mantuvieron todas firmes: una más atrevida que, a pesar de las recomendaciones de María de no responder ni a palabras dulces ni a insultos, soltó una respuesta picante, se llevó un pescozón que le partió la peineta. Esto sirvió, con todo, para reforzar a las jóvenes en el propósito de no ceder y de interesar en el asunto no sólo a Don Pestarino, sino también a sus padres y hermanos, los cuales, naturalmente, mantuvieron su postura: de este modo los bailes públicos quedaron definitivamente desiertos.

María sufrió por lo acaecido, pero... más fuerte que otros en su firmeza, tomó esta resolución: si Dios me ayuda, otro año lo haremos mejor.

Apuesta fracasada

Uno de los últimos domingos ocurrió un hecho, que muestra el respeto que las dos amigas habían sabido ganar e inculcar a las jóvenes. Cuando estaban más entusiasmadas saltando, y la organista, sentada en el taburete, tocaba lo mejor que sabía, he aquí que se abre impetuosamente la puerta del pasillo y aparecen dos muchachos bailoteando. La organista se para en seco: las jóvenes se arriman a la pared, mudas, quietas como estatuas; las Hijas de María los miran serias, sin decir una palabra.

Los dos héroes dan unos saltos y luego, confundidos y avergonzados ante un silencio tan elocuente, se retiran sin proferir una palabra.

Habían apostado, con otros de su misma ralea, que irían a bailar al taller de María, y fueron verdaderamente; pero parece que las cinco liras ganadas con su proeza, no tentaron a otros a repetir la prueba, porque ninguno más se presentó, y el carnaval terminó agradablemente para el alma y para el cuerpo.

Catecismo cuaresmal en el taller

Con la cuaresma, la preparación a la Pascua y, para las más jóvenes, a la primera comunión, «María no daba propiamente catecismo —dice Petronila— pero, sin nombrarlo, se puede decir que en toda la cuaresma no pensaba ni dejaba lugar para pensar en otra cosa. Ayudaba a recordar lo que había dicho el sacerdote, lo repetía, lo recordaba a las más olvidadizas y, sobre todo, lo aplicaba a las necesidades particulares de cada una». Conocía bien a las niñas, sus inclinaciones particulares, el lado débil de cada una, y procuraba formarlas serias, trabajadoras y sinceras.

Bases del método educativo de María Mazzarello

Estas eran las bases de su acción educativa: «huir de la vanidad que impide el bien, ser sinceras a cualquier precio, porque la mentira es hija del demonio; no estar nunca ociosas, porque el ocio es la ruina del alma».

No descuidaba a ninguna; pero, naturalmente, sus más asiduas atenciones eran para aquéllas que tenían un ambiente dudoso en la familia, o les faltaba la madre. Se creía en el deber de suplirla, las seguía asiduamente incluso fuera del taller, las ayudaba a prepararse a los sacramentos, las formaba para la vida. No les imponía muchas renunciaciones, prefiriendo ganarlas con el afecto; pero, cuando pedía una renuncia, quería ser obedecida.

Una alumna suya de aquel año cuenta: «Yo era huérfana de madre y gozaba de las más delicadas atenciones de María. Pero un día la desobedecí. Había baile público, no recuerdo por qué fiesta, y yo, después de dejar a mi hermanita menor en casa, me fui a ver bailar, ¡a ver solamente! María se enteró; me mandó llamar, me preguntó... y como yo no estaba dispuesta a reconocer mi falta, me dijo muy seria: «Quiere decir que aún no estás preparada para hacer la santa comunión, y por Pascua no la harás». Lloré, prometí; pero ella, que sabía que yo necesitaba una buena lección, se mantuvo firme y me dijo: «Ahora lloras, más tarde estarás contenta y me agradecerás estas lágrimas». Llegó el miércoles santo... y las fiestas de Pascua. Las otras hicieron juntas la comunión, todas menos yo. Pero después de algunos días me preparó para recibir a Jesús, me acompañó ella misma al altar y tuvo conmigo atenciones verdaderamente maternas. Y yo se lo agradezco; la tentación del baile, o no me vino después, o tuve la valentía de vencerme. Ahora soy vieja, pero al baile no volví nunca más».

El mes de mayo en Mornese

Apenas se desvaneció el eco de la Pascua, llegó el mes de mayo. Don Pestarino, a fuerza de industrias y de paciencia, logró que resultara un mes solemne.

Don José Campi narra a este respecto: «Don Pestarino introdujo poco a poco la práctica de celebrar solemnemente el mes de mayo. El párroco Don Ghio, al principio se opuso un poco, porque la iglesia era pobrísima y no podía pagar un gasto mayor de cera. Don Pestarino lo tranquilizó, asegurándole que haría lo posible para que regalaran la cera necesaria.

En efecto, empezó una mujer poniendo una vela y su ejemplo lo imitaron muchas; de modo que en la función de clausura del mes, toda la iglesia estaba iluminada y, terminada la fiesta, quedó aún tanta cera que bastó para casi todas las misas del año.

En los primeros tiempos, la función se limitaba a una lectura clara del libro de Muzzarelli y a la bendición con la reliquia de la Virgen¹¹; más tarde, al ver que la gente acudía casi en masa, Don Pestarino hizo dos funciones: por la mañana, tenía lugar la lectura y la bendición con la reliquia; por la tarde, la lectura, la bendición con el copón y el canto de una letrilla piadosa».

El «Jardín de María»

¡Qué no haría María para que sus jóvenes honraran a la Virgen Santísima en el mes a ella dedicado! ¡Con cuánto fervor les hablaría de la Santísima Virgen durante el día! ¡Cuánto las animaría a ofrecerle su corazón limpio de todo pecado, deseoso de recibir a Jesús con amor! Introdujo también entre ellas la práctica del *Jardín de María*.

El canónigo Frassinetti, en una de sus visitas a Mornese, se lo había enseñado y explicado, para que lo hicieran hacer a las jóvenes: y cuando Petronila le preguntó: «¿También nosotras lo podemos hacer?», él, bromeando, respondió: «Las plantas más viejas dan los frutos más sabrosos».

De modo que también las Hijas de María formaron con las niñas el «Jardín de María»; y María Mazzarello se sirvió de él con mucha

¹¹ En algunas regiones de Italia septentrional se acostumbra presentar a la veneración de los fieles la llamada «*Reliquia de la Virgen*», es decir, un relicario, en el que con la frase: «vel B. Mariae Virginis» se conservaba algún pedazo de tela u otra cosa, de antiqüísimas y milagrosas imágenes marianas.

maña para formar las almas de las niñas con el fervor de la religión ¹².

Y no terminó con el mes de mayo: era una práctica excelente para mantener la vigilancia sobre el propio corazón, sobre las propias inclinaciones: y continuó sirviéndose de ella como de un medio utilísimo de reforma.

Los «seis domingos de San Luis»

El mes de mayo trajo para María y Petronila otro hecho importante que, sin pensarlo, las acercaba muchísimo a Don Bosco, haciendo surgir, entre su obra y la de ellas, otro punto de semejanza: el oratorio festivo. Naturalmente el nombre le vino mucho más tarde, cuando su regular funcionamiento dio a entender lo que era: entonces surgió como una necesidad, nacida con ocasión de los seis domingos de San Luis. Fue del modo siguiente.

Don Pestarino había comenzado, hacía tiempo, la práctica de los *seis domingos de San Luis*. Don José Pestarino, sobrino de Don Domingo, escribe al respecto: «La fiesta de San Luis fue instituida para los jóvenes, más que para las muchachas. Yo pienso que esta fiesta fue instituida más bien para los muchachos y que las jóvenes, sautamente envidiosas de sus coetáneos, insistieron para unirse también ellas. Por eso es muy natural que, en los primeros años, los domingos de San Luis los practicaran sólo los jóvenes. Yo, en aquel tiempo, estaba todavía en el seminario, por tanto no sé nada de esto; mientras que Don Campi, que vivía en el pueblo y tiene una tenaz memoria, puede recordar muy bien esta circunstancia, más y mejor que otros».

«Los días de fiesta —afirma Don José Campi— el mismo Don Pestarino, o un sacerdote forastero invitado por él, celebraba la misa en el altar de San Luis, distribuía la santa comunión a los jóvenes y presidía la procesión en honor del Santo. Algunas veces, en cambio, iba a celebrar la misa en alguna capilla rural; los jóvenes recibían la comunión, y después desayunaban un bocadillo en el campo. Pero siempre y sólo para los jóvenes: los seis domingos y la fiesta de San Luis eran exclusivamente para ellos» ¹³.

Las mujeres eran excluidas de la función; pero como la iglesia era pública, nadie les impedía participar igualmente, desde los últimos ban-

¹² FRASSINETTI, *Il Giardinetto di Maria en Opere Ascetiche*, IV 143.

¹³ Declaraciones de Don José Campi sobre Don Domingo Pestarino (Arch. Gen. FMA).

cos, o mejor todavía, de ofrecer individualmente aquel homenaje al Santo de la pureza.

Dice Petronila: «Los seis domingos de San Luis los comenzamos nosotras con las niñas, después de leer la vida del Santo y de saber que, al hacerlos, se ganaba la indulgencia plenaria. Los hacíamos como Hijas de la Inmaculada, pero, por la mañana temprano, antes de que la gente viniera a la iglesia. Tanto es así que una tal Bodrato, Hija de María, —a la que su familia no le hubiera permitido salir tan temprano y que por sí misma no se hubiera despertado— se ataba a la muñeca una cuerdecita que dejaba colgando por la parte exterior de la ventana, a fin de que una de nosotras, ordinariamente María, tirase de ella a la hora convenida y ella pudiera levantarse y venir a la iglesia».

Era, pues, natural que una práctica semejante fuera introducida entre las alumnas del taller. Así se explica por qué el segundo domingo de mayo —el 10— María y Petronila comenzaron los seis domingos en preparación a la fiesta, junto con todas las jovencitas del taller; de no estar habituadas a ello, no se les hubiera ocurrido.

La cosa era bella en sí misma: resultó bellísima por las circunstancias que la acompañaron. ¿Cuál sería el momento apropiado para ir a la iglesia a hacer esta devoción? Puesto que Don Pestarino, entregado ya completamente a Don Bosco, les había traído de Turín a las dos Hijas de María el libro de piedad *Il giovane provveduto* —impreso en 1847— donde se encuentran hermosas consideraciones y oraciones a este propósito, María quería leérselas a las niñas, contenta de hacer una cosa sugerida y escrita precisamente por Don Bosco; y por esto se decidió a hacer así.

Después de la misa «mayor», a la que asistían las niñas con sus madres, las que eran del pueblo volvían a casa a comer: las de las alquerías más distantes, que no hubieran tenido tiempo de ir a casa y volver, se llevaban bocadillos y algo de merienda y, terminada la misa, en vez de irse con sus padres, se iban con María y Petronila. Comían en el taller y luego se divertían en el patio; por la tarde, hacia las dos, iban todas juntas a la iglesia, adonde, sucesivamente, acudían las que venían de sus casas. Después de un fervoroso acto de adoración y una comunión espiritual, iban a arrodillarse ante el altar de San Luis, y María o Petronila recitaban las oraciones de los seis domingos.

Los paseos a San Silvestre

Después de salir de la iglesia, iban a la capilla de San Silvestre, a unos quince minutos de camino. Caminaban en grupos, no muy espaciados, para permanecer junto a las Hijas de María; muchas veces, con María y Petronila, iba también Catalina Mazzarello, muy apreciada por las niñas.

Cuando llegaban, se sentaban en la plazoleta delante de la capilla, y María les contaba algún hecho que las cautivaba y, al mismo tiempo que las divertía, les hacía pensar. Jugaban después a esconder algún objeto, a correr, a saltar... Cansadas de esto —a la juventud le gusta cambiar a menudo de juego— cantaban una canción o aprendían otra nueva, hasta que el toque para el catecismo les advertía que era hora de regresar. ¡Cómo volaban aquellas horas! Las Hijas de María jugaban con ellas... María proponía siempre algo nuevo y ponía en ello el mismo ardor que le caracterizaba en el trabajo y en la oración.

«¡Qué risas! —cuenta Rosina Mazzarello— ¡Qué horas de serena alegría! ¡Qué contentas íbamos a la iglesia para el catecismo, las vísperas y la bendición con el Santísimo Sacramento! Siempre bajo la vigilancia de las Hijas de María. En invierno, volvíamos algún rato más al taller para la florecilla semanal. Después, cada cual volvía a su casa, acompañadas un trecho del camino por María Mazzarello, que se dirigía a la suya. En el buen tiempo, en cambio, volvíamos a San Silvestre a continuar nuestros juegos y de allí, después de recibir la florecilla, volvíamos a casa antes de anochecer, porque María quería que al toque del Ave María todas estuviésemos en nuestra casa.

Las del pueblo iban con Petronila y María: ésta iba a su casa y Petronila, con las internas a cenar y a dormir».

Otra alumna del taller cuenta: «Durante la semana no pensábamos más que en el domingo; ¡qué buenas y piadosas nos hacíamos! ¡María sabía decirnos cosas muy hermosas!».

Qué le dicen las estrellas a María Mazzarello

«Una vez que, sin ser todavía de noche, se veían ya dos o tres estrellas en el firmamento y las mirábamos, haciendo nuestros razonamientos, María, señalándolas con la mano, mientras los ojos le brillaban como dos luceros, dijo: —¡Qué hermosas son! ¡Qué altas están! Pero nosotras estaremos más altas todavía y brillaremos más junto a la Virgen!

Estas cosas no las olvidamos nunca» (Carlota Pestarino).

Primera consagración de las alumnas a la Virgen

El mes de mayo fue clausurado en domingo con la comunión general; y por la tarde, después de las oraciones de los seis domingos, María y Petronila reunieron a las jóvenes ante el altar de la Virgen, para que hicieran todas juntas una sencilla consagración a la Madre de Dios con estas palabras: *Os doy el corazón y el alma mía - Madre de mi Jesús, Virgen María*. Estaban también presentes otras Hijas de la Inmaculada, o nuevas Ursulinas, con la priora, Angela Maccagno.

Después del mes de mayo, siguió el mes de junio sin especiales funciones, pero con la lectura diaria del libro de Don Frassinetti *Per una figlia che vuol essere tutta di Gesù* y con un creciente fervor al acercarse la fiesta de San Luis.

Fiesta que, aunque no podía celebrarse con esplendor especial en la iglesia, por estar reservada a los muchachos, tenía más preparación interna y procuraba una mayor alegría a aquel incipiente oratorio.

Los seis domingos fueron la ocasión para iniciarlo; ¿tenía que morir ahora que estaba encaminado y comenzaba a dar sus frutos? De ningún modo.

Y María Mazzarello siguió tratando tan bien a sus alumnas, que les despertó el deseo de no separarse de ella, que se había ganado su afecto y había rendido a la obediencia incluso a las más reacias.

Ahora, en Mornese, se hablaba mucho y bien de las diversiones de los días festivos; y aunque las niñas del taller no podían ser más de siete u ocho —lo que permitía el local—, los domingos eran muchas más, hasta el punto de ocuparlo todo: escaleras, taller, patinillo.

Por lo demás, la casa era para veraneantes, que no venían más que durante la vendimia, cuando no era necesario estar dentro; los demás meses seguía deshabitada; de ahí que nadie podía quejarse del bullicio.

Tanto en los recreos como en el taller, María dominaba completamente su carácter; soportaba los ruidos, las molestias; lo toleraba todo, aguantaba siempre, con tal de que las jóvenes no cometieran pecados y se encaminaran al bien. Ponía en práctica, sin saberlo, el lema de Don Bosco: «Haceos amar antes que temer». Pero si era necesario una corrección, no la ahorra; si descubría una manzana podrida y no podía sanarla, antes de que contagiara a las otras, la alejaba: buena-mente, sin enemistarse con ella, antes bien, ayudándola; pero la alejaba. Y lo conseguía, también porque estaba en amistosa relación con las familias, buscando al mismo tiempo hacer el bien a las madres.

María y las madres de las alumnas

Las madres acudían gustosas a ella para entregarle trabajo o para hablarle de sus hijas. A las que sabía que eran un tanto frías en religión, pero con las que tenía cierta confianza, María les decía: «No puedo atenderos en este preciso momento, pero ¿queréis hacer mientras tanto una visita al Amo? Cinco minutos, y enseguida estoy para vosotras».

Al principio se quedaban cortadas, asombradas: —¿El Amo?... ¡Claro!, ¿no sabéis que nosotras trabajamos para nuestro...?

—Pues sí... —y sonreía con bondad— pues sí, en la iglesia está vuestro Amo, el mío, el de la casa, el de la viña, el de la eternidad...

Risas por ambas partes, la visita a Jesús y el coloquio con María que, afable y humilde, las contentaba a todas, mientras las instruía acerca de las necesidades morales de sus hijas. Alababa el bien que había en ellas y hablaba de los defectos con tal caridad que no ofendía a nadie. Sugirió el modo de corregirlas, recomendaba que las mandaran a recibir los sacramentos, a las reuniones festivas, y todo con un afecto tan vivo y desinteresado que, algunos ratos, también las madres hubieran ido con ellas para aprender a ser mejores.

Primeras espinas en la vida de apostolado

Las otras Hijas de la Inmaculada no estaban contentas; aún más, se quejaban, no del ruido, que no llegaba hasta ellas, sino del nuevo género de apostolado y de la vida independiente que hacían aquellas dos Hijas de María. Al principio, debieron callar, porque tanto María como Petronila eran asiduas a las conferencias, a las funciones y hacían también partícipe de todo a Angela Maccagno; pero luego, cuando llegaron las internas, Don Pestarino les ordenó que no las dejaran solas ni un minuto; y, al llegar la misión dominical, las dispensó de toda dependencia directa que no fuera la suya.

Las Hijas de la Inmaculada más jóvenes miraban con agrado a las dos amigas y, ya lo hemos visto, Catalina Mazzarello se había ofrecido a ayudarlas en todo lo posible; pero las más mayores, no. Estas consideraban las novedades como abuso de discolora independencia, como un deseo de María de llamar la atención, de sobresalir. No atreviéndose a dirigirse a ella directamente, atacaban a la pobre Petronila, a la cual le reprochaban el haberse puesto a vivir las dos juntas, siendo así que tenían su familia, y decían que eso no entraba en el reglamento, y que

no eran ésas las primeras condiciones...; que María iba por un camino equivocado, etc.

Petronila aducía las razones que podía; procuraba poner a María en su verdadera luz; recordaba que la regla dispensaba de toda obligación, cuando había otros deberes que cumplir...; pero, cuando ya no supo qué responder y vio que el descontento aumentaba, habló con Don Pestarino, quien respondió sencillamente: «No hagáis caso. No faltáis en modo alguno a vuestro reglamento; por tanto, haced todo el bien que podáis y dejad que digan».

El Reglamento de las Hijas de la Inmaculada encuentra acogida en las «Lecturas Católicas»

Don Pestarino vivía apoyado en una serena indiferencia respecto a las habladurías, no sólo por la seguridad del bien que hacían las dos Hijas de María —visible también a quien no cerrara los ojos para no ver— sino por haber recibido aquellos días de Turín el librito de las *Lecturas Católicas* para el mes de julio: «*Vita ed Istituto di s. Angela Merici - por J. Frassinetti, Priore di Santa Sabina in Genova*». Esto, estimulaba su confianza en la obra de María y Petronila y le recordaba, además de las luchas de Mornese, la gran oposición que Don Bosco encontraba siempre en su camino, y le llevaba a decirles a María y a Petronila: «El bien tiene que tener opositores entre los mismos que deberían apoyarlo. Seguid adelante: el Señor proveerá».

Le hacía también pensar que si Don Bosco publicaba en sus *Lecturas Católicas* el reglamento de las Hijas de la Inmaculada era señal de que empezaba, de veras, a ocuparse de la juventud femenina, como le había dado a entender.

Don Bosco, a la señorita Provera

Cuanto más se hubiera alegrado el querido Don Pestarino, si hubiese sabido lo que Don Bosco, por aquellos mismos días, respondía a la señorita Carolina Provera, de Mirabello, deseosa de entrar en alguna congregación religiosa: «Si quiere esperar un poco, también Don Bosco tendrá sus religiosas salesianas, lo mismo que tiene sus clérigos y sus sacerdotes»¹⁴.

¹⁴ Anexo n.º 4; MB VII 297.

Autoridad moral de María Mazzarello

«Seguid adelante», les decía Don Pestarino: y las dos amigas seguían adelante como dos hermanas. El alma de todo era siempre María, aunque no se diese aires de superiora. Inconscientemente ella era la inteligencia, los ojos; y la otra era, más que nada, el brazo, las manos; pero esto caía de su peso, como algo natural, y todo procedía con la máxima armonía.

María le comunicaba a Petronila sus intenciones y no movía un dedo sin su consejo; Petronila, más bien lenta en la decisión y en la ejecución, pero piadosa y recta, hallaba en María todo lo que podía desear de desenvoltura, energía y bondad, y las niñas recurrían indistintamente a una y a otra en lo referente al trabajo. «... Pero —dice Carlota Pestarino— cuando queríamos un permiso, acudíamos a María; ella no titubeaba y tenía enseguida la palabra adecuada, convincente. Cuando teníamos alguna duda de conciencia o nos encontrábamos en algún peligro, parecía que lo leyera en nuestra frente, sin necesidad de muchas explicaciones. Además, ya sabíamos que, aunque acudiéramos a Petronila, ésta nos diría al momento: "¿Por qué no se lo dices a María?"».

Se cumplían en ella las palabras de San Pablo: «A los que Dios llamó, también los predestinó» (Rm. 8, 29) porque, llamada a estar un día al frente de una gran familia, tenía por naturaleza todas las dotes de gobierno: de un sabio gobierno que pone por base de la felicidad ajena el olvido de sí y, como razón y límite del sacrificio, la perfección moral propia y ajena.

En medio de todas estas innovaciones, dignas de ser llamadas obras apostólicas, llegaba la Navidad; y, como estaba para terminar el tricenio de superiora Angela Maccagno (1860-63), había que hacer nuevas elecciones.

María Mazzarello, émula inconsciente de Angela Maccagno

Se preveía que, esta vez, la cosa no iría tan suave como en años anteriores. No sobresalía sólo Angela Maccagno; María había dado pruebas de virtud y de piedad, pero también de energía, de tacto finísimo en la labor formativa y en un amplio círculo de trabajo, siempre con éxito. La votación manifestó este reconocimiento, revelando que, entre las Hijas de María, se había formado una doble corriente: una ponía al frente a Angela Maccagno, la otra, a María.

Las mayores manifestaron un abierto desagrado y hasta una hostil resistencia a reconocer tanta autoridad en una persona joven aún, cuya virtud y celo, saliendo del círculo común de las costumbres habituales, parecían movidos más por el deseo de sobresalir que por una llamada divina.

Además, ese enfrentarse a Angela Maccagno que, sin llamar para nada la atención, era buena y había hecho tanto bien, incluso a María, ¿no era una ingratitud? María deshizo en seguida el nudo de la cuestión mostrándose contrariada de que saliera su nombre, deseosa de que la dejaran sólo con el taller, hasta el punto de que Don Pestarino, por prudencia y amor a la paz, se las arregló de manera que Angela Maccagno continuase de superiora.

Esto no satisfizo a las más jóvenes, porque su votación no se había tenido en cuenta; y, con el mejor deseo de demostrar a María su afecto y la adhesión a su trabajo, la provocaban e incluso la importunaban con observaciones que la hacían sufrir, pareciéndole críticas a cuanto Don Pestarino había determinado. Un día le preguntó una de ellas:

—¿Qué te parece la elección?

—Me parece buena y juiciosa; no se podía haber hecho mejor.

—Yo, en cambio, y otras, hubiéramos preferido que salieras tú.

—No sabéis lo que decís.

—Eso lo dices tú.

—Pero las cosas debían seguir adelante... como han ido hasta ahora, y demos gracias al Señor. Nosotras procuremos corresponder a su bondad.

Esta humilde prudencia de María desarmaba los ánimos, acallando toda discordia; y el año se cerraba con serenidad, un poco fría si se quiere, pero precursora, al parecer, de una límpida aurora.

Un nuevo paso hacia la vida común

No obstante, el año 1864 empezaba nublado.

Las dos Hijas de María continuaban su escuela de trabajo, de la que era también alumna Luisa Maccagno, hija del dueño de la casa, sobrina de la priora de las nuevas Ursulinas.

Antes de que comenzara el carnaval, María intentó un golpe audaz: su salud se había restablecido un poco; le parecía poder empezar a ma-
drugar por la mañana y determinó quedarse a dormir con las alumnas y con Petronila. Quería ofrecer a Dios el sacrificio total de su familia tan querida: experimentar la verdadera pobreza de quien vive de su

trabajo, y dedicarse enteramente y para siempre al bien de la juventud.

Todo lo demás no era nada para ella, que se sentía ya impulsada irresistiblemente a la donación total de sí misma por el reino de Dios en las almas juveniles; y nada le hubiera parecido demasiado duro para conseguirlo.

Pero su padre no se dio por enterado, precisamente él, el más dispuesto siempre a secundarla; y la buena hija, aturdida entre el deseo de no contristarle y el impulso interior, cedió por el momento, a condición de poderse quedar con su familia de adopción cuando hubiera necesidad, como, por ejemplo, en las cercanas noches de carnaval.

De este modo, sin llamar la atención, comenzaba a desprenderse de los suyos y, apoyándose en el permiso, se servía de él con bastante frecuencia. ¡Pero con cuánta pena a veces!

«Una noche que fue a su casa no sé por qué asunto —cuenta Petronila— y para advertir que se quedaría con nosotras, volvió bastante tarde y, con mucha pena, me dijo: "He luchado hasta ahora con mi padre, que no quería dejarme venir. Me da pena tener que hacer sufrir a este santo varón; pero... no se puede ir contra la llamada de Dios. Espero que un día me dé su consentimiento". Y suspiraba apenada, pero no desalentada, ¡eso no!».

Otro carnaval en el taller, medio para atraer al bien

Las niñas empezaron a hablar del carnaval: en el pueblo se observaban los primeros preparativos para los bailes públicos y privados y, cuando los muchachos se encontraban con las dos Hijas de María, las miraban con aire inquisidor, como para escrutar sus intenciones. María comprendió que había que empezar de nuevo a conceder mucho, si no querían perderlo todo; tanto más que también Don Pestarino hacía lo posible por reunir a los muchachos. «Ese organillo no me va —le dijo un día a Petronila—; creo que con una pianola la cosa resultará menos ruidosa, más ordenada y nos será más fácil hacer también otras cosas... Porque esto del baile tiene que acabarse».

En efecto, alquiló una pianola, con gran alegría de las jóvenes y no menor satisfacción de Catalina Mazzaello, que podía ser substituida por cualquier otra para tocarlo y así ella quedaba libre para ayudar a preparar la comida o atender al orden.

Se iban revelando también en ella las cualidades de la educadora, a la par que, tras las huellas de María, se adaptaba a todo, con tal de cooperar al bien.

Y empezaron las reuniones del carnaval, no menos agradables que las del año anterior; no menos numerosas, pero más ordenadas, más sosegadas. Las jóvenes, a las que la bondad de las dos Hijas de María, especialmente de María, les había hecho sentirse más atrevidas, les proponen un buen día: ¿Por qué no bailáis también vosotras? El año pasado ¡paciencia!... todo era nuevo, y nosotras no nos atrevíamos a tanto; pero... ¡Cuánto nos gustaría que bailaseis también vosotras! Nuestra alegría sería doble.

¿Ceder? Convenía preguntárselo a Don Pestarino. Fue primero Petronila y recibió una respuesta afirmativa: el Director le dijo, después de un momento de reflexión: «Sí, tú puedes bailar». Y entonces, por una victoria sobre el amor propio, y quizá también por un bien mayor, se hizo el ánimo María; pero Don Pestarino, sin pararse a reflexionar, respondió: «No, tú no bailes».

La pianola dio sus frutos; su dulce sonido inducía a pasos más moderados; las jóvenes se mostraban más delicadas, incluso en la diversión, porque veían que María lo era cada día más; y oían su repetida cantinela: «De la verdadera devoción nace la buena educación». Además, la querían tanto y la escuchaban con tanto gusto que, apenas mostraba deseos de decir algo, todas se callaban, sin chistar; y ¡qué bien sabía aprovecharse ella de estas buenas disposiciones! Buscaba especialmente atraerse a las más amantes del baile, para las que tenía siempre una palabra especial, un encargo. Y si a ella le gustaban mucho las «mentiras»... ¿cómo no les iban a gustar también a ellas? Así, fácilmente, interrumpían el baile por la cocina, donde las risas festivas, los descuidos afortunados, las pruebas a tiempo y a destiempo hacían pasar las horas alegres y felices.

En resumen, María iba consiguiendo poco a poco la máxima alegría con un mínimo de baile; y, lo que más vale, hacía comprender que el carnaval puede ser muy divertido sin cansarse bailando, y que el Señor alaba y bendice las honestas diversiones en las que su santo nombre es pronunciado con amor.

Reaparece el descontento

Pero si los ángeles de la guarda de las niñas alababan sus alegres renunciadas, en el pueblo se criticaban estas reuniones, que quitaban parroquia a las diversiones, con las consiguientes pérdidas.

«Algunos jovencuelos —cuenta Petronila— nos esperaron un día

detrás del cementerio y, con la cara tapada, intentaron asustarnos con gestos amenazadores, pero nosotras entendimos de qué se trataba y, sin más, cambiamos de camino». Entonces la contrariedad acumulada explotó de nuevo.

No pocas de las «Nuevas Ursulinas» amonestaban a las dos compañeras: «¿Véis vuestras grandes proezas? Todo el pueblo está contra vosotras. Mirad cuántos disgustos, y todo por tu culpa, María, que quieres hacer no se sabe qué. Y además, ¿con qué fin? Mirad lo que ganáis yendo por vuestra cuenta. Nuestra regla no contempla que se tengan estas reuniones bulliciosas, ¿por qué no la queréis entender?».

María callaba y dejaba hablar, sin preocuparse de nada más que de calmarlas con una gran humildad y de atraer cada vez más las almas juveniles al Señor.

Teresa Pampuro se une a las dos amigas

Teresa Pampuro, espíritu sin hiel, valiosa cooperadora, testigo de su obra y de la abnegación de María, no sólo se mantuvo ajena a las críticas y a la oposición de las compañeras, sino que, aunque era reservada por naturaleza y amante de la vida tranquila a causa de su escasa salud, sintió la necesidad de prestarse, aún más y mejor que antes, empezando por pasarse todo el día en el taller. No la noche, porque tenía cosas pendientes con las que no podía romper definitivamente; pero atendía a las pequeñas faenas de la casa y dejaba a María y Petronila más tiempo libre para el trabajo.

También Rosina Mazzarello, que hasta entonces había sido alumna, unas veces interna y otras externa, se quedó definitivamente con ellas, resuelta a seguirlas en la vida de apostolado y de sacrificio.

Consecuencias dolorosas

Naturalmente, este crecimiento de la familia era nueva leña al fuego; pero María sabía persuadir a las compañeras de que ellas dos no hacían nada sin el consejo de Don Pestarino. Sabía demostrar sus buenas intenciones, sus rectos deseos y su confianza en Angela Maccagno. Sabía defender a Don Pestarino cuando se le acusaba de parcialidad, aunque admitía que se preocupaba de ellas de modo particular, pero presentaba las razones: tenían mayor necesidad, porque eran ignorantes, inexpertas, etc. Todas las gotas de aceite que ella derramaba, caían

por tierra, sin disminuir en absoluto el rechinar de las ruedas, antes bien...

Llegados a este punto, a pesar del sistema adoptado de no dar importancia a las habladurías, Don Pestarino creyó necesario intervenir, porque, aunque ese molesto murmullo —reducido, afortunadamente, a las «Nuevas Ursulinas»— no llegaba a producir un cierto descrédito a la piedad, retraía al menos los corazones, exasperaba los ánimos e impedía gustar la dulzura de la caridad divina y fraterna.

Por eso, después de anunciar a las niñas que María necesitaba un poco de descanso —y verdaderamente lo necesitaba—, ordenó a ésta que se retirara a la Valponasca y no volviera al pueblo más que para la misa y las reuniones dominicales con las jóvenes. La suplirían temporalmente Petronila y Teresa Pampuro; y puesto que la Pascua ya había pasado, el período era más tranquilo, sin fiestas especiales, ni el consiguiente aumento de encargos de trabajo en el taller.

María vuelve por obediencia a la Valponasca

María, habituada a obedecer y contenta de tener un gran sacrificio que ofrecer al Señor, conociendo el verdadero motivo de su «veraneo», no dijo una palabra. Cogió todo el trabajo que pudo y, después de decirle a Petronila: «Don Pestarino me manda a la Valponasca por un tiempo», volvió a vivir allí donde cada rincón, cada trozo de tierra le recordaba momentos de su infancia; donde había sentido la primera llamada del Señor y había volcado su corazón a Dios con alegre serenidad; donde todo le recordaba sus apuestas con Felicina y Dominga a ver quién se hacía más buena.

En la Valponasca estaban sus dos hermanos, Domingo de dieciocho años y José de catorce, para los trabajos del campo; y con frecuencia se quedaba a dormir también su padre. Pero durante el día estaba siempre sola, y no cabe duda de que se pondría a coser en su lugar preferido, de cara a la iglesia, de la que ahora estaba tan lejos. Doblemente lejos, sin poder ir más que por la mañana, cuando el día era tan largo.

Con la mente y el corazón, María hacía el recorrido, de la iglesia al taller, apenada, como un desterrado lejos de la patria. —¿Se portarán bien las niñas? A estas horas estarán todas trabajando. ¿Habrán rezado bien? ¿N... estará de buen humor? ¿Habrá podido terminar Petronila aquel vestido?... Ahora saldrán para sus casas... Esperamos que no se detengan por el camino.

Es verdad que Petronila no la dejaba sin noticias. Todos los días, con el pretexto de recoger el trabajo terminado y mandarle más, o pedir aclaraciones sobre esto o aquello, una o dos muchachas de las mejores y más juiciosas iban a la Valponasca a llevar y recibir encargos y saludos.

También es verdad que Petronila, picaresca en su bondad y en su afecto a María Mazzearello, había encontrado un medio para obligarla a pasar de cuando en cuando por el taller: «Para hacer cesar toda habladuría —narra Petronila—, María, en todo el tiempo que estuvo en la Valponasca, no se puso a mi lado en la iglesia: se ponía en el último banco, al fondo, toda recogida, como si no conociera a nadie. Pero de vez en cuando, cuando yo tenía alguna dificultad, le mandaba una de las de más confianza para pedirle que viniera a verme, porque lo necesitaba. María venía, pero parecía como sobre ascuas, por temor de desobedecer. Yo le daba cuenta de todo; le repetía lo que Don Pestarino me decía aquellos días; le enseñaba el dinero recibido y recibía sus instrucciones. Ella salía después presurosa, no sin echar antes una mirada afectuosa en derredor. Pero jamás salió de sus labios una palabra de queja, ni entonces, ni después, o el más leve desahogo acerca de la prueba recibida de Dios por medio de Don Pestarino, aunque sabía que yo intuía la causa y todo su sufrimiento.

El premio más grande que se podía dar a las jóvenes aquel mes era mandarlas a la Valponasca, y creo que, si el domingo hubieran amanecido con fiebre, se la hubieran aguantado sin chistar, antes que dejar de ir a San Silvestre, donde encontraban a María que, alegre y buena como siempre, las resarcía de aquellos días de separación con una buena palabra».

La prueba ha terminado

Don Pestarino no podía ignorar ni los paseos diarios a la Valponasca, ni la alegría de las jóvenes los días de fiesta, para volver a ver a María; ni la pena de las madres por la pena de sus hijas. Así es que, pasado poco más de un mes, es decir, cuando le pareció que los espíritus se habían calmado, le dijo a María que volviera al taller y a su casa de Mornesc.

La prueba había terminado; y es de suponer que la humilde perseguida saliera de ella más agradable al Señor, más resuelta a no descuidar nada de cuanto podía hacer bien a las almas, más deseosa de humillarse y de vivir sólo para Dios.

Don Bosco en Mornese (1864-1867)

Noticia agradable acogida en unidad de corazones

Como siempre, después de la tormenta sale el sol.

Un día, quizá hacia el 15 ó 20 de septiembre, Don Pestarino se presentó radiante de gozo a las tres Hijas de María, para decirles que había recibido una carta en la que Don Bosco les anunciaba que, finalmente, a primeros de octubre se encontraría en Mornese y se quedaría para la fiesta de la Maternidad de María. No llegaría solo, sino con un centenar, aproximadamente, de sus jóvenes.

Don Pestarino concluía dándoles el encargo de preparar lo necesario para la comida y alojamiento de los muchachos, en su casa de campo de «Borgoalto».

El avisaría a la población para que fuesen generosos en la prestación de vajilla, colchones, etc., y en la provisión de comestibles.

Ellas procurarían disponerlo todo y preparar la comida, poniéndose de acuerdo con el maestro Francisco Bodrato, secretario y confidente de Don Pestarino.

¡Don Bosco en Mornese! ¡Y ellas, las encargadas de los preparativos! Era como asegurarles que lo verían de cerca. ¿Qué podían importarle a María las penas sufridas?

Aquellos días se puede decir que la paz había vuelto realmente: todas las Ursulinas se prestaron para trabajar con las tres Hijas de María; todas iban por las casas de las personas más amigas de Don Pestarino: y recibían prestados colchones, vajilla, mantas y regalos de pollos, mantequilla, harina, queso, bacalao, con la promesa de proporcionar el pan, el vino y cuanto fuera necesario. De camas no se habló: los colchones se colocaron en el suelo, unos dentro de casa, otros en el pórtico. Las mesas colocadas a la buena, sobre caballetes, ofrecían muy buen aspecto en un cobertizo, desalojado y adecentado al efecto.

Lo que podía faltar en comodidad estaba suplido por una cordial abundancia; y esto debió ser muy del gusto de los pilluelos de Don Bosco, no acostumbrados ciertamente a excesivos lujos.

Espera y alegre recibimiento

El viernes 7 de octubre de 1864, todo estaba a punto desde las 11 de la mañana, con la esperanza de que Don Bosco llegaría para la comida; pero la comitiva, que de Génova a Serravalle Scrivia había ido en tren, y de Serravalle en adelante, con el único medio entonces disponible, es decir, a pie —y cuando ya no podían más, a lomo de caballería— llegó, en cambio, al caer de la tarde. Don Bosco montaba un hermoso caballo blanco de Don Pestarino; a algunos cantores les cupo el lujo de montar en borriquito.

Don Bosco advirtió en seguida que el afecto de un hijo devoto le había ganado la gente. «Todo el pueblo salió a su encuentro, precedido por el párroco Don Valle y Don Pestarino que —habiendo salido a recibirlos a Serravalle y habiéndolos dejado en Gavi, donde el entonces canónigo Alimonda pensó en la comida—, se había adelantado a la comitiva para volver a encontrarla en Mornese con la banda que lanzaba al aire sus acordes.

Todos se arrodillaban al paso de Don Bosco, le pedían la bendición y se santiguaban. Entraron con él en la parroquia: se dio la bendición con el Santísimo, se rezaron las oraciones de la noche, y después, a cenar y a dormir»¹.

Primeras impresiones mutuas

«Aquella noche —dice Petronila— se dio a conocer el corazón de Don Bosco, porque, cansado como debía de estar, quiso ver a dónde iban a dormir sus muchachos. Y por temor quizá de que los que estaban bajo el pórtico pasaran frío, les recomendó a todos que se taparan bien y se echaran encima las chaquetas; que durmieran tranquilos hasta que los asistentes fueran a despertarlos. Nosotras estábamos encantadas».

Al día siguiente —8, sábado— Don Bosco celebró la misa después del toque del Ave María, luego se sentó en el confesionario, donde

¹ MB VII 759-60.

jóvenes y hombres lo tuvieron ocupado hasta las diez, y lo hubieran tenido aún más tiempo, de no haber ido Don Pestarino a llamarlo para llevarlo a su casa a tomar el desayuno. Mientras tanto, le presentó a las Hijas de la Inmaculada, presentes allí para los trabajos de aquellos días, y le pidió que las bendijera.

Don Bosco accedió gustoso y, alegrándose de cuanto había oído de su Director, las exhortó a ser constantes en practicar el bien y hacerlo practicar.

En este primer encuentro del apóstol de la juventud con las generosas Hijas de la Inmaculada, estaba presente también el jovencísimo Don Juan Cagliero, invitado por el mismo Don Bosco con un afectuoso: «Ven tú también».

Don Bosco se detuvo unos momentos; sus breves palabras, sencillas, benévolas, cálidas, como todo lo que brotaba de su corazón, bastaron para encender un nuevo fervor, una alegría nueva en el ánimo de las Hijas de la Inmaculada, especialmente de María.

En efecto, confió enseguida a Petronila que había sentido algo extraordinario que no había experimentado antes y que no sabía explicarse, pero que le llenaba el alma de una felicidad de cielo.

Le parecía que las palabras de Don Bosco eran como el eco de una voz que sentía en el corazón, sin saberla expresar; como la traducción de sus mismos sentimientos; como algo esperado siempre y que finalmente llegaba. Dos minutos: nada a ella en particular, ni ella hubiera osado pensarlo. Pero todo hacía esperar que Don Bosco hablaría en público; y que allí, entre aquel gentío y en la casa de los muchachos, vería de cerca el brillo de sus ojos llenos de cielo, la luz de su sonrisa que le hacía imaginarse a Jesús entre la muchedumbre; y esto le bastaba a María para vivir feliz en esa nueva atmósfera de santidad.

«Teníamos tanto que hacer aquellos días —dice Petronila—, que casi no nos quedaba tiempo para dormir: una noche la pasé toda entera haciendo tallarines para la comida de los muchachos.

También María cargaba con el trabajo del día y de la noche, deseosa sólo de que todo resultara bien y de que pudiéramos ir a escuchar a Don Bosco cuando hablaba.

Había que verla al anochecer, cuando Don Bosco daba las «buenas noches» a los muchachos. Siempre era diligente, pero entonces se daba prisa y hacía por tres; después, bien arreglada, se dirigía al lugar del patio desde donde mejor podía ver y oír a Don Bosco, y se estaba allí, con el alma en los ojos, para no perder ni una palabra.

Todas las Hijas de la Inmaculada, incluida Angela Maccagno, a la

que Don Bosco había causado muy buena impresión —lo mismo que a nosotras—, venían a escucharle; pero ninguna se mostraba tan alegre como María.

Si alguna le preguntaba maravillada: —¿Cómo tienes valor para colocarte en medio de tantos hombres?, —respondía— *¡Don Bosco es un santo, y yo lo siento!*».

Si María hubiese tenido instrucción suficiente para expresar todo lo que sentía o hubiese leído la *Vida de Santa Juana Francisca de Chantal*, hubiera hecho suyas las palabras de esta Santa refiriéndose a San Francisco de Sales: «Yo admiraba lo que hacía y decía, y lo miraba y remiraba como a un ángel. Su porte, tan digno y tan santo, me conmovía y no podía apartar los ojos de él. Y no menos me edificaban sus palabras. Hablaba poco, pero de forma tan discreta, tan dulce y tan apta para satisfacer a cuantos lo escuchaban, que yo pensaba que no había fortuna comparable a la de estar junto a él y oír las palabras de sabiduría que salían de sus labios; y por esto, y por ver la santidad de sus acciones, me hubiera considerado muy feliz de ser la última de sus sirvientas»².

Y si hubiese, aun remotamente, previsto el futuro, cuánto hubiera gozado por el rasgo delicadísimo de la Santísima Virgen, que ponía el corazón de las Hijas de María en el primer contacto con el del Padre, en un sábado, víspera del día consagrado a celebrar su Maternidad divina, como para darles a entender que aquél era un don suyo.

Al día siguiente, domingo 9 de octubre, Don Bosco celebró en la parroquia la misa de comunión general y quedó asombrado del fervor de la población, pero, sobre todo, del celo de Don Pestarino que, sentado en el confesionario desde la noche anterior, había seguido confesando toda la noche y, a las 9 de la mañana, aún no había salido de él³.

Por la tarde, a la hora de vísperas, pudo observar también el porte religioso de las niñas reunidas en torno a María y Petronila, y ver con sus propios ojos lo que Don Pestarino no dejaría de exponerle acerca del taller y del oratorio inicial, tan beneficioso para la juventud femenina. El buen Padre miraba emocionado y bendecía a aquel pueblecito de Mornese, donde unas pobres jóvenes, ignorantes, sembraban a manos llenas la misma semilla que él, y empezaban a recoger granadas espigas.

² BOUGAUD Emile, *Storia di s. Giovanna Fremyot baronessa di Chantal e dei primordi della Visitazione*, Primera versión italiana de la segunda francesa del sacerdote Severino Ferreri (Turín, Marietti 1875) 174.

³ MB VII 764.

Don Pestarino consigue su objetivo

Don Pestarino, aquellos días, no se separó de Don Bosco. Quería gozar un poco a solas del Padre tan suspirado, del que debía permanecer lejos por el bien de las almas; quería resolver con él lo que le preocupaba. Lo había invitado insistentemente por dos motivos: para recibir su autorizada opinión acerca de una obra de pública utilidad que pensaba instituir en Mornese, y también respecto a las Hijas de la Inmaculada, por las cuales, especialmente, Don Bosco quiso dejarlo en su pueblo natal. Ahora que había podido constatar por sí mismo el bien que realizaban, que juzgase, como Superior y Padre, lo que él hacía por ellas, y que le diese normas para dirigir las cada vez mejor espiritualmente, con el fin de hacerlas menos ineptas para lo que Don Bosco dispusiera de ellas.

A las Hijas de la Inmaculada ya las había visto: ahora había que pensar en Mornese.

Don Bosco, una vez bien estudiado el asunto y oído el deseo de la mayoría, se inclinó por un colegio para chicos, prometiendo que, cuando estuviera terminado, volvería para inaugurarlo. Esto le granjeó aún más el aprecio de aquella buena gente, que iba a porfía a ofrecerle los frutos del campo y a recibir su bendición.

Don Bosco alista entre los suyos a un excelente y querido hijo

El día 10, toda la comitiva, con Don Bosco y Don Pestarino, se dirigieron a Lerma, donde eran esperados por Don Raimundo Olivieri, párroco del pueblo, amigo queridísimo de entrambos, y donde Don Bosco tuvo el singular encuentro con Don Juan Bautista Lemoyne⁴.

Por la noche, regresaron todos a Mornese, incluso Don Lemoyne, que durante el trayecto habló una hora y media a solas con Don Bosco, quien lo recibía como hijo amadísimo. A la mañana siguiente —11 de octubre— después de comer, la caravana dejaba definitivamente Mornese, donde Don Bosco había admitido a diez jóvenes, como alumnos, en sus colegios de Turín y de Lanzo.

⁴ Cfr. MB VII 768.

Se cumple la idea de Don Pestarino

El sueño de Don Pestarino estaba para cumplirse, aunque con modificaciones de importancia. Como él mismo escribe en la *Crónica de la construcción del colegio de Mornese*⁵, hacía años que le preocupaba el pensamiento de conseguir que, en la división de los bienes patrimoniales, le correspondiera a él la «Uccellaia» de Borgoalto; menos hermosa que las otras casas de campo, pero más conforme con su proyecto.

Pensaba adaptar la casa proveyéndola de capilla y de diez o doce habitaciones para hospedar a algún sacerdote, algún buen joven u hombre de Dios, decidido a consagrarse al bien de la juventud, que lo ayudase a realizar su proyecto de reunir allí a los muchachos del pueblo, especialmente los días festivos, para entretenerlos con sanas diversiones, reunirlos en la capilla, instruirlos, animarlos a la virtud, al amor a Dios y al respeto y amorosa sumisión a sus padres y superiores.

Las cosas procedieron así —espigamos de la misma Crónica—: «Mis hermanos se quedaron contentos con sus posesiones y yo con Borgoalto y otras tierras que ellos no quisieron... En octubre de este año (1864) pasó por Mornese el reverendo y célebre Don Bosco de Turín... y entonces le expuse mi deseo de edificar en dicho lugar. Alabó mi proyecto; y, al pedirle que me dijera si creía que aquel lugar podía servir después para otro uso mejor, me dijo que sí, y también para colegio y casa de Noviciado para sus clérigos».

No se necesitaba más para impulsar al buen Don Pestarino a comenzar enseguida. El domingo 16 de octubre dio la gran noticia en la iglesia y animó a todos a contribuir, como pudieran, para ahorrar gastos y apresurar la construcción. Pero, como no podían descuidar sus propias obligaciones, les exhortó a hacer, los días de fiesta, después de las sagradas funciones, el acarreo de las piedras de sus tierras al camino, donde pasarían después los carros para recogerlas y llevarlas a pie de obra.

El obispo daría ciertamente permiso para esta obra de caridad, y él —Don Pestarino— se comprometía a proporcionar bebida a los que voluntariamente le ayudaran y a suministrar el pienso para los animales.

⁵ Más que *Crónica* habría que llamarla «apuntes de crónica», escritos a ratos libres, sin orden ni pretensión literaria. Lo dice el mismo Don Pestarino cuando escribe —en la pág. 17— «Estas memorias fueron escritas por mí, Domingo Pestarino, sacerdote, en pocas horas, para no dejar pasar mucho tiempo y olvidarlas: las anoté como me venían a la mente, verdaderas y verídicas, pero con poco orden y estilo, por la importancia de no olvidarlas. Puede ser que alguna cosa se me haya pasado, pero no la verdad».

El 21 del mismo mes de octubre, los albañiles comenzaron los trabajos de excavación; el domingo siguiente, 24 —un 24 del mes de María— nadie faltó a la llamada y toda aquella buena gente se mantuvo fiel, mientras duró la necesidad ⁶.

Coincidencia significativa

¡Conmovedora armonía de la Divina Providencia!

El mismo año que Don Bosco trabaja infatigablemente en Turín para levantar una gran iglesia destinada a ser monumento de amor y devoción a María Auxiliadora ⁷, empiezan en Mornese los cimientos para otra construcción. Una construcción modesta, pero que, en el pensamiento divino, será como la base del «monumento vivo» erigido por el mismo apóstol de María Auxiliadora para ser «señal de perenne gratitud por los múltiples y singulares favores obtenidos de tan buena Madre».

Don Bosco por los Institutos de Turín, para salvar a la juventud femenina

Y aquí, para confirmarnos aún más de que Don Bosco acoge todo cuanto puede favorecer su idea de ocuparse, a su tiempo, de la juventud femenina, su biógrafo dice: «Don Bosco dispuso que uno de sus sacerdotes fuera a celebrar cada día la misa en el Instituto de San Pedro, donde se recogía entonces a las jóvenes salidas de las cárceles... Y también a las religiosas del Buen Pastor... les facilitaba todos los días una misa, y los domingos dos, además del confesor para las numerosas jóvenes allí recogidas o depositadas y vigiladas: y también los clérigos para el servicio de las funciones religiosas» ⁸.

Otra prueba de ello la ofrecen las siguientes cartas de dos religiosas del Refugio. Sor Magdalena Verónica escribe: «Creería faltar a mi deber, si no le escribiera dos líneas para agradecerle la bondad que tuvo conmigo al recibir mi profesión religiosa... Al darme el santo velo, me dijo que lo llevara sin mancha al tribunal de Dios: ayúdeme, por

⁶ Cfr. PESTARINO D., *Cronaca*; Cfr. Carta D de su sobrino, Don José Pestarino a Don Lemoyne, 12 de octubre de 1915 (Arch. Sales.).

⁷ MB VII 652.

⁸ MB VII 718-19.

caridad, a conservarlo limpio. Dígnese, a tal fin, visitar el pino que plantó y examinar si en su tronco ha brotado alguna rama que le impida elevarse a gran altura; procuraré disponer a su alrededor un jardín que despidiera suavísimo perfume de rosa y de violeta...; me esforzaré en imitar al girasol»⁹.

Repetía ciertamente las palabras que Don Bosco había dicho durante la sagrada función.

La segunda carta está concebida en estos términos:

Muy reverendo Padre:

Su bondad en aceptar a mi anciano padre en su Oratorio fue la causa de su salvación. Hizo también cuanto estuvo de su parte por mi hermano, para conducirlo por el camino del cielo; pero hasta ahora no ha correspondido y lo encomiendo, por tanto, a sus santas oraciones. Le estoy también agradecida por la caridad con que me enseñó la aritmética. Todos estos favores me obligan de por vida a la más honda gratitud.

Ahora necesitaría una doble gracia, espiritual y temporal, por lo que imploro una de sus Ave Marías. Además nos cabe la suerte de tener una excelente Madre Superiora, a la que amamos tiernamente y deseamos la mayor felicidad. El día 23 del corriente es su onomástico: ¡ojalá que la Madre Manuela tuviese la suerte de la Madre Eulalia!, es decir, que V. P. reverendísima diera realce a la fiesta con unas palabras a la comunidad, y después le reservara un cuarto de hora a nuestra buena Madre, que ciertamente tendrá cosas que decirle. Pero en caso de que no disponga de tiempo para el día 23, esté seguro de que aún llegará a tiempo, si puede disponer de algún minuto, el día de Navidad.

Se lo suplico, haga lo posible; se trata de consolar a una comunidad y de liberar a la Superiora de un vicio capital (envidia, pero santa). Termino presentándole mis cordialísimos deseos de unas buenas fiestas navideñas y un buen fin y mejor principio de año. Dígnese impartirme su paternal bendición, para que tenga éxito en mi misión de maestra de las Magdalenas, para gloria de Dios, provecho del prójimo y salvación de mi alma.

⁹ MB VII 718.

Le beso respetuosamente la mano y me profeso, con la máxima veneración, de vuestra paternidad reverendísima

Turín, 16 de diciembre de 1864

humildísima hija y sierva en C.
Sor Magdalena Teresa

El hecho de ir él mismo en persona a las religiosas del Refugio, incluso durante los años en que se halla delicado de salud y sobrecargado de trabajo de toda clase, a la par que confirma la delicada gratitud de Don Bosco por los beneficios recibidos de la marquesa de Barolo, fallecida en enero de 1864, y el grato recuerdo de sus primeras tareas apostólicas, induce también a pensar que, convencido ya de que debía fundar un Instituto de religiosas para la educación de la juventud femenina pobre y abandonada, querría seguir, con sus propios ojos, la marcha de los Institutos que ya se ocupan de ella; comprobar todo el bien y hacerlo suyo; intuir con su propio corazón lo que, apartándose de su sistema, podría entorpecer la obra educativa que él planea, y adaptar preventivamente las normas educativas, que dan tan buen resultado en Valdocco, a las disposiciones y necesidades del alma femenina.

Don Bosco y María Auxiliadora

El año 1865 empieza para Don Bosco con la doble idea de ampliar el solar destinado al templo en construcción de María Auxiliadora, y de la ejecución del cuadro de esta celestial Madre, para ser colocado en el altar mayor.

El biógrafo de Don Bosco describe los sacrificios a que tuvo que someterse para conseguir su intento de edificar esta iglesia y cómo se vio siempre asistido por la especial ayuda del Cielo ¹⁰.

Pero, ¿cómo se ha vuelto ahora tan fervoroso, tan amante, tan de María Auxiliadora, siendo así que de niño, de jovencito y después de sacerdote y en los comienzos de su obra era todo de la Inmaculada, de la que siempre había estampas en sus libros y en su escritorio?

El hecho de haber nacido en 1815, el año mismo en que por orden del Papa Pío VII se celebraba por primera vez la fiesta de María Auxiliadora, debió hacerle comprender, ya desde niño, que entre él y la

¹⁰ Cfr. LEMOYNE G. B., *Vita* (Torino SEI 1930) II - Capít. I y siguientes.

Santísima Virgen existía un vínculo de especial protección por una parte, y de ilimitada confianza por otra.

Por eso debía salir espontáneo de sus labios, y más aún de su corazón, aun antes de tener la plena conciencia de su obra, esta exclamación: ¡Oh María, ayúdame! ¡María, gracias por tu ayuda! María, tú eres mi único y celestial apoyo.

Se sabe que ya en 1858, terminado el mes de mayo, Don Bosco puso en la pared de su habitación un cartón... con dos estampas de la Virgen con el Niño Dios en sus brazos. En una se leía esta inscripción: *Recuerdo del mes de María en la iglesia de la Santísima Trinidad de Turín, el año 1858*; y debajo: *Madre del amor hermoso, yo te amo, tú lo sabes - haz que te ame cada día más y más*. En la parte superior de la segunda estampa se leía: *Recuerdo del mes de María celebrado en la iglesia de las Adoratrices, 1858*. Y debajo: *Virgen María, Madre de Jesús, haznos santos*. Del mismo cartón pendía otra inscripción: *Virgen Inmaculada, tú que sola has triunfado de todas las herejías del mundo, ven en nuestro auxilio: nosotros recurrimos a ti. Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Y añadido a lápiz por Don Bosco: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*¹¹.

¿No parece éste un pensamiento recóndito? ¿Un recuerdo? ¿Un grito del alma? ¿Un programa?

Hay otras muchas razones, todas validísimas y de inmenso consuelo para quien tiene la dicha de pertenecer a la familia del venerado Don Bosco: «... Don Bosco, en su vida, debía recorrer nuevos caminos, y su obra debía tomar proporciones colosales. Era imposible llevar a cabo todo lo que tenía en su mente, sin una ayuda extraordinaria de la Virgen. De aquí nació espontánea en él la idea de poner el complejo de sus obras bajo la protección de la Reina del Cielo, invocada con el título de *Auxilio de los cristianos*».

«... El amó siempre las glorias patrias, y gozaba cuando se le presentaba la ocasión de sacarlas a relucir y exaltarlas. Este título es ciertamente una de las glorias patrias: quien lo popularizó por primera vez fue San Pío V, piemontés; el que más eficazmente dio los pasos para la liberación de Viena, y fundó la primera archicofradía dedicada a María Auxiliadora fue Inocencio XI, gloria italiana; el que estableció la fiesta de María Auxiliadora fue Pío VII, otra fúlgida gloria patria... En fin, el título y la fiesta de María Auxiliadora recuerdan victorias italianas y, por tanto, pueden llamarse glorias patrias.

Su predilección por este título le vino también de su amor al Ro-

¹¹ MB VI 17.

mano Pontífice y de las guerras, ora sordas, ora violentas, que se hacían al angélico Pío IX, a las que intuía que no se podía oponer más que una ayuda semejante a la que salvó a Pío VII de las persecuciones de Napoleón.

En el almanaque *Il galantuomo* de 1860 había anotado por primera vez: «24 de mayo, fiesta de María Auxiliadora». En el de 1861, en el mismo día: la Santísima Virgen con el título bien merecido de «Auxiliadora de los cristianos: *Auxilium Christianorum*». Y lo mismo las *Lecturas católicas* —destinadas a celebrar también las glorias y las gracias de María auxilio de los cristianos— tuvieron la gloria de adelantarse a todos los almanaques populares indicando la fecha de su fiesta¹².

Por consiguiente, Don Bosco, ya desde entonces, preparaba el terreno. A todo esto, de por sí bello y persuasivo, se podría agregar aún que Don Bosco la noche del 24 —precisamente 24 de mayo de 1862— contaba a sus jóvenes, con gran satisfacción suya, la prodigiosa aparición de María, acacida el año anterior, cerca de Espoleto y cómo el Arzobispo de aquel lugar mandaba erigir allí un bello santuario, donde se veneraría a la Virgen bajo el título de *Auxilium Christianorum*¹³.

¿Era de extrañar que, conociendo la gratitud que debía a su celestial Bienhechora, no se sintiera impulsado a ser el primero en tributarle el testimonio público de su amor?

Seis días después, el 30 de mayo, contaba uno de sus sueños, el vulgarmente llamado «de las dos columnas», en el que veía debatirse en el mar agitado (la vida) una gran nave (la Iglesia) atacada por muchas naves enemigas. De pronto, «en medio del mar, se levantan sobre las olas dos robustas columnas muy altas, a poca distancia la una de la otra. Sobre una de ellas campea la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies se ve un ancho cartel con esta inscripción: *Auxilium Christianorum*; sobre la otra, más alta y más gruesa, hay una hostia de tamaño proporcionado al pedestal, y otra inscripción con las palabras *Salus credentium*»¹⁴.

Aquí la voz del Cielo era muy clara: la Inmaculada se le presentaba a Don Bosco con la denominación *Auxilium Christianorum*. ¿Qué otra cosa podía hacer el hijo obediente de la Virgen, sino obedecer y dar a conocer al mundo que la Virgen, precisamente por ser Inmaculada, es poderosa Auxiliadora?

¹² BARBERIS Giulio, *Il culto di Maria Ausiliatrice* (Torino, SEI 1920) 58.

¹³ MB VII 166.

¹⁴ MB VII 169-70.

Don Bosco, por otra parte, no esperó tener el templo de Valdocco para llamar a la Virgen con el título de Auxiliadora, sino que, hablando y escribiendo a los más íntimos, ya la llamaba con este nombre, que es símbolo de su caridad y sintetiza todo su programa. Nos lo confirma la siguiente anécdota: «Él (Don Bosco) solía pedirle (a la condesa Callori di Vignale) consejo en muchas cosas, ya que ella conocía perfectamente el espíritu y los fines del Siervo de Dios. Cuando decidió la erección del templo de María Auxiliadora, se lo comunicó, sin hablarle del título, y le preguntó:

—¿A quién dedicaremos esta iglesia?

—A María, Auxilio de los Cristianos, respondió en seguida la condesa»¹⁵.

La condesa, caritativa y piadosísima y nada precipitada en sus palabras, lo adivinó y el hecho de que, sin ninguna duda, respondiera: —a María, Auxilio de los cristianos— revela que ella conocía muy bien el pensamiento y el corazón de Don Bosco y que, muchas veces, le oiría invocar de este modo a la Santísima Virgen.

Don Lemoyne añade aún más sobre este tema:

«Don Pablo Albera nos contaba lo siguiente: Un sábado del mes de diciembre, lo más probable el 6, Don Bosco [...] a solas con él, empezó a decirle: [...]

—Nuestra iglesia es demasiado pequeña: no tiene capacidad para todos los jóvenes, o están pegados unos a otros. Construiremos otra más hermosa, más grande, que sea magnífica. Le pondremos por título: *Iglesia de María Santísima Auxiliadora*».

También Don Cagliero afirmaba:

«En 1862, Don Bosco me dijo que pensaba construir una iglesia grandiosa y digna de la Santísima Virgen. Hasta ahora —añadía— hemos celebrado con solemnidad y pompa la fiesta de la Inmaculada, y en este día comenzaron nuestras primeras obras de los oratorios festivos. Pero la Virgen quiere que la honremos bajo el título de María Auxiliadora: los tiempos que corremos son malos y tenemos verdadera necesidad de que la Santísima Virgen nos ayude a conservar y defender la fe cristiana. ¿Y sabes por qué más?

—Creo, respondí yo, que será la iglesia madre de nuestra futura Congregación y el centro de irradiación de otras obras nuestras, en favor de la juventud.

¹⁵ MB VII 286-87.

—Has acertado, me dijo. María es la fundadora y sera el sostén de nuestras obras» ¹⁶.

«Desde que se empezó la construcción del Santuario, esta devoción suya se hizo tan manifiesta que, entre los fieles, hablar de María Auxiliadora y hablar de Don Bosco era la misma cosa. Todos saben que el hermoso título de María Auxiliadora, en el lenguaje popular, es sinónimo, singularmente querido, de *La Virgen de Don Bosco*.

Escribe el mismo santo: «Mientras deliberaba qué título se iba a dar al nuevo edificio, un hecho dispó toda duda. El Sumo Pontífice reinante, Pío IX, a quien no le pasa inadvertido nada que pueda redundar en pro de la religión, informado de la necesidad de una iglesia en el lugar indicado (en Valdocco), envió su primer donativo de quinientos francos, haciendo comprender que el título de *Auxiliadora* sería un título muy grato a la Reina del Cielo» ¹⁷.

Después de esto, ya no es de extrañar la firmeza de Don Bosco en querer el título de *María Auxiliadora* para la nueva iglesia; y de quererlo en contra de las resistencias del arquitecto, que lo consideraba «impopular, inoportuno y mojigato».

El que la Virgen de Don Bosco se llamase *Auxilio de los cristianos* era un desco del Vicario de Cristo. ¿Qué voz más autorizada que ésta podía sancionar sus designios y sus sentimientos de gratitud?

Don Pestarino en el Oratorio, para la reunión de los Directores Salesianos

En medio de estos consuelos —los contrastes externos no alteraban la alegría de los Salesianos— por la fiesta de San Francisco de Sales, 29 de enero, «según la costumbre introducida, pero de forma más solemne que en tiempos pasados, tuvo lugar en el Oratorio, la reunión anual de todos los Salesianos, prescrita por el reglamento. Asistió también Don Domingo Pestarino, llegado de Mornese» ¹⁸.

De cuánta alegría se llenaría el alma de Don Pestarino al encontrarse tan en contacto con la Familia Salesiana, y oír de boca de los Directores, Don Rúa y Don Rufino, el bien que se hacía en las casas de Don Bosco.

También él hizo su relación, ya que los trabajos del colegio iban adelante, ayudados por la generosa actividad de todos los mornesinos,

¹⁶ MB VII 333-334.

¹⁷ Cfr. BARBERIS G., *Il culto* 56-65.

¹⁸ MB VIII 20.

jóvenes y viejos, hombres y mujeres, incluidas las tres Hijas de María con sus alumnas del taller y de las reuniones dominicales.

«Hacíamos así —cuenta Petronila—: por la mañana, después de misa, íbamos a casa para las faenas más indispensables; después, una de nosotras, casi siempre María, recorría las calles con las internas, dando palmadas. Entonces todas las jóvenes salían a su encuentro, y todas nos dirigíamos al lugar convenido: después acudían también las mujeres. A cierta hora, Don Pestarino hacía servir el desayuno a todos, hombres y mujeres por separado. También a nosotras nos lo enviaba, a un lugar aparte. Hacia las once, se interrumpía todo para ir a la misa que él celebraba expofeso a aquella hora en la parroquia».

Don Bosco terminó la reunión asegurando a todos la protección de la Virgen; y Don Pestarino llevó esta seguridad a Mornese, especialmente al taller, donde esta certeza y el saludo del apóstol de Valdocco llenó los corazones de esa santa felicidad que hace ligero el trabajo y ansiado el sacrificio.

Nuevas luces

¿Fue la recomendación de Don Bosco o su bendición lo que aportó una nueva inspiración a María Mazzarello? El hecho es éste: el baile, que los años anteriores ella misma había propuesto y apoyado, por la sencilla razón de tener que escoger entre dos males el menor, no dejaba de ser un recurso del que sentía el deber de prescindir. Lo comprendía muy bien ahora que había visto a los muchachos de Don Bosco alegres y contentos con un simple paseo y que había observado el recato de aquellos jóvenes, incluso entre ellos mismos, y había observado en su mirada tanta pureza y piedad unida a una serena alegría.

También Don Pestarino refería que todo en el Oratorio de Valdocco respiraba la misma alegría, la misma felicidad de vivir y la misma discreción de la que el mismo Don Bosco daba ejemplo transparente. Y con un «también nosotras haremos así» se sirvió del pretexto de las piedras que había que trasladar, y, a los primeros albores del carnaval, les dijo a las jóvenes que, si les parecía, aquel año prescindirían del organillo y de la pianola para pasar las tardes en agradable amistad, todas juntas como hermanas. «El acarreo de las piedras es pesado; ¿para qué dar vueltas de un lado a otro como marionetas? Nos estamos aquí, hacemos nuestras buenas «bugie» (mentiras), incluía alguna buena cena, y nos divertimos y cantamos... ¿no os parece mejor? Nos contamos cosas bonitas, nos divertimos bajo la mirada de

nuestro ángel de la guarda, y después nos vamos a dormir contentas por nuestro hermoso carnaval santificado. ¿Hacemos la prueba?».

La juventud, cuando sabe que es amada —de lo cual se da cuenta enseguida—, no quiere más que lo que quiere la persona amada: las jóvenes renunciaron de buena gana al baile a cambio de las veladas amigables en el taller; y nunca fue el carnaval tan alegre y sereno como a partir de aquel año. Comenzaron a gustar la vida del espíritu y hubieran antepuesto a cualquier placer la satisfacción de estar con María, y escuchar sus palabras, que revelaban la pureza y el fervor de su alma.

Obreros voluntarios

«En marzo de 1865 —según el autógrafo de Don Pestarino— nevó mucho; al continuar yo el trabajo, algunos del pueblo se ofrecieron a ayudarme, incluso los días feriales, cuando yo quisiera... Comenzaron cuatro o cinco, después seis o siete, después diez o doce, sin más retribución que la merienda y un poco de vino; después veinte, treinta y hasta sesenta, entre muchachos, hombres y ancianos... El pueblo me apremiaba, animaba mi gran deseo; pero yo carecía de todo lo necesario, y especialmente de dinero, porque empecé la construcción con sólo cien marenos».

¡Pobre Don Pestarino! Pero Don Bosco ¿no había comenzado la iglesia de María Auxiliadora con cuarenta céntimos? Un poco menos... ¡y la obra era mucho más grande!

No obstante, había ido adelante, ayudada por las aportaciones de los ricos y sostenida también por la limosna de los pobres. Es hermoso el siguiente episodio ocurrido en Valdocco, que envuelve en la misma luz de caridad a los pobres de Turín y a los de Mornese.

Mientras se realizaban estas construcciones (las paredes, hasta el techo) acaeció un hecho que hizo maravillarse a los obreros. «Un pobre revendedor de fruta llegó para vender su mercancía en la zona de Valdocco. Cuando supo que la iglesia de María Auxiliadora se estaba construyendo con la aportación de los fieles, quiso también él contribuir con la suya. Llamó al jefe de las obras y, con generoso sacrificio, le entregó toda la fruta para que la repartiera entre los albañiles. Queriendo después completar, según su expresión, la obra comenzada, pidió que le ayudaran a cargar sobre sus hombros una gran piedra y se encaramó por los andamios. Temblaba el buen hombre bajo aquel

peso, pero le parecía ligero por el fin religioso que lo animaba. Cuando llegó arriba depuso la preciosa carga y, con alegría, exclamó:

—Ahora puedo morir contento, porque espero participar de algún modo de todo el bien que se hará en esta iglesia»¹⁹.

En Mornese el fin era, quizá, más utilitario, pero la caridad no menos hermosa y bendecida por Dios. «El pueblo, y también las aldeas vecinas, —continúa la crónica de Don Pestarino— máxime San Esteban, San Roque de Parodi, San Remigio, Tramontana, Parodi, Lerma y un poco también Casaleggio, todos acudían con carros de arena a ayudarnos. Acudieron, en alguna fiesta, hasta veintidós pares de buques, sesenta bestias de carga y más de doscientas personas para trasladar piedras, a hombros, de los viñedos a los caminos; y todos los días, muchas mujeres y muchachas, después de comer, a la hora más libre, hacían un viaje o dos a buscar piedras, de modo que hasta veinte albañiles se hallaban provistos para más de una semana.

... En algunas fiestas se consumieron hasta tres garrafrones de vino; mil francos de hierba para los animales y otros accesorios, pero nada me apuraba, tanta era la unión y la fraternidad.

Daba gozo ver a los colaboradores de los contornos cómo eran recibidos por los niños del pueblo con ramas de árbol, con repique de campanas y disparo de morteretes; y nunca ocurrió el menor incidente, ni sinsabor, antes bien, llovieron cantidad de gracias. Todo el pueblo, desde el más viejo de ochenta y seis años, que pidió llevar la bandera delante de los jóvenes, a los más pequeños, hasta de ocho años, que querían llevar también ellos alguna piedrecita al colegio, con sus pequeñas carretillas, todos ayudaron de manera conmovedora»²⁰.

La colocación de la primera piedra del colegio

Era natural que, con tanta ayuda, se avanzara con rapidez, tanto más que Don Bosco había mandado a Mornese a Don Savio y a Don Ghivarello para la cuestión de los planos quedándose un tiempo este último para la dirección de los trabajos. Así pudieron poner pronto la primera piedra. Don Pestarino eligió para esto un día de fiesta grande para el pueblo, a fin de que todos pudieran asistir a ella y la fiesta fuera verdaderamente memorable.

¹⁹ LEMOYNE G. B., *Vita* II 28-29.

²⁰ Confrontar también la carta D de Don José Pestarino, sobrino de Don Domingo y precioso testigo ocular y auricular de muchos hechos.

Oigámoslo del mismo Don Pestarino: «... el trece de junio, fiesta de San Antonio de Padua, y clausura, aquel año, del mes mariano, se acordó poner la primera piedra en el ángulo inferior que mira al pueblo. Se puso un pergamino en el que constaba la finalidad de la obra, las personas presentes, etc., sellado en el interior de una botella que se colocó en un hueco practicado en la misma piedra.

La bendijo el párroco, Don Carlos Valle, estando presente yo, Don Domingo Pestarino, el arcipreste de Lerma Don Raimundo Olivieri, el rector de Casaleggio, de Tramontana, de Parodi, el alcalde y los concejales.

Salomón de las Escuelas (un fervoroso Escolapio de Ovada, que a menudo iba a Mornese a predicar, dice Petronila), pronunció un discurso muy bonito y adaptado a la circunstancia y, aunque llovía y amenazaba temporal, había gran concurrencia del pueblo y forasteros. Colocada la primera piedra, el alcalde y los concejales que, por una cuerda, tenían suspendida la otra piedra que servía de cubierta, la dejaron caer, mientras la banda musical que había venido de Lerma, alegraba con armoniosas sinfonías» ²¹.

En aquel momento, Don Pestarino debió recordar, sin duda, la colocación de la primera piedra del templo de María Auxiliadora, donde todo había sido tan grandioso. La fiesta se había celebrado el jueves, 27 de abril, con asistencia de S. A. R. el Príncipe Amadeo, de ilustres personajes de la aristocracia turinesa, de muchísimo clero y, lo más importante para Don Pestarino, con la asistencia de Don Bosco.

En Mornese la ceremonia había sido mucho más sencilla; pero... ¿quién le impedía pensar que el grandioso templo de Turín y el humildísimo colegio, nacidos casi a un tiempo, con el único fin de alabar al Señor y salvar almas, caminaban, se puede decir, paralelamente hacia la meta? Esto le proporcionaba tanto consuelo, que casi no sentía las fatigas y molestias inherentes a la construcción. ¡Cuánta mayor alegría hubiera experimentado si, por un solo instante, hubiera podido descortezar el velo del porvenir! Pero los humildes se sienten compensados con las sencillas alegrías, en las cuales, no menos que en las grandes, resplandece la luz divina.

²¹ *Cronaca di don Pestarino.*

Las Hijas de María y sus alumnas no faltan a la fiesta

Las Hijas de María habían asistido también a la colocación de la primera piedra. El colegio no les atañía directamente, pero era una fiesta que no las podía dejar indiferentes, aunque sólo fuera por las niñas, deseosas de tomar parte en ella. Además, también ellas habían acarreado muchas piedras.

Pero María Mazzarello, enemiga de toda apariencia, después de reunir a las niñas internas y externas del taller y de las reuniones domingueras, y de recomendarles que se comportaran como ángeles, las llevó a todas al jardín de casa Carante, una casa de campo adyacente al terreno donde se iba a edificar el colegio, pero bastante más en lo alto, también ella, en parte, propiedad de Don Pestarino.

Siendo de propiedad privada, la gente no podía entrar allí; las jóvenes no se mezclaban con la multitud y podían, tranquilamente, contemplar desde arriba el espectáculo, sin alejarse de las Hijas de María y, apenas terminada la función, estar listas y ordenadas para ir a la iglesia.

Satisfechas así en sus justos deseos, las jóvenes procuraban, a su vez, satisfacer los de María; por lo que el taller iba adelante convirtiéndose en un templo de virtudes domésticas y sociales. Las reuniones de los días festivos llenaban a las jóvenes de tan serena alegría, que ahora les aburría todo lo que antes absorbía su pensamiento; y todo Mornese asumía una nota de seriedad y de piedad que alegraba al Cielo. Don Pestarino no había errado en su táctica: ganadas las madres y las hijas, los hombres recibirían en seguida una saludable influencia.

Respuesta de Don Bosco a la señorita Parigi

En otoño de este mismo año, y más exactamente durante la novena de la Virgen del Rosario, Don Bosco dejó escapar otra frase, que revelaba cómo iba madurando en él la idea de ocuparse también, en un tiempo más o menos próximo, de la juventud femenina. El canónigo Augusto Parigi, exalumno del Oratorio, escribe: «Era el otoño de 1865 y Don Bosco, con un grupo de sus muchachos, precedidos por la banda de música, atravesaba Chieri en dirección a I Becchi para la fiesta del Rosario. Cuando llegó con su pequeño ejército a vía Moretto 10, ahora vía Garibaldi, ordenó un *alto* y entró en mi casa... Después de saludar a todos con su característica jovialidad y dignidad, fijó en mis ojos asombrados los suyos escrutadores y me dijo:

—Vendrás conmigo a Turín... continuarás tus estudios y ya veremos lo que el Señor quiere de ti.

Aquellas palabras las recuerdo yo y las recuerda también mi hermana mayor, que le preguntó a Don Bosco si no abriría también una casa para hacer (como ella decía) un regimiento de religiosas; y Don Bosco, sonriendo, le respondió:

—Sí, sí, a su tiempo, pero no para ti»²².

El silencio de Don Bosco sobre tan importante argumento, roto sólo de cuando en cuando con alusiones brevísimas y cada vez más positivas, hace pensar en un general que conoce todo el plan de batalla, que lo tiene clarísimo en la mente, pero que revela sólo, vez por vez, aquel rápido dato que basta para dar la certeza de la victoria, pero sin dejar traslucir ni el dónde, ni el cuándo, ni el cómo.

El Cielo bendice la construcción del colegio

En Mornese, entre tanto, la construcción del colegio progresaba a ojos vistas. Don Pestarino escribía en su crónica: «El párroco, el alcalde y los concejales iban con frecuencia a dar ánimos. En cuatro meses se levantó la primera parte, reforzada con pórticos, hasta el techo. Y aquí nuevos e inmensos trabajos para transportar a hombros las gruesas vigas necesarias, por aquellas difíciles calles —si así se pueden llamar— y tortuosos y empinados senderos. Había peligro, no sólo de hacerse daño, sino de quedar aplastados bajo su peso; en cambio, no sucedió nunca nada, aunque a veces fuera necesario, para salir del paso, trabajar desde después de vísperas hasta medianoche y, a veces, en pleno mediodía, bajo los ardorosos rayos del sol de agosto. Y se armó el techo con un fortísimo maderamen.

El 25 de octubre, se puso fin al primer pabellón y a los cimientos de la otra ala que mira al pueblo: después se suspendió el trabajo, a causa del frío».

Relación de Don Pestarino en la reunión de Directores

1866. Don Pestarino se dirige al Oratorio para la fiesta de San Francisco de Sales, celebrada este año el 4 de febrero, domingo de sexagésima; y para la reunión habitual de los Directores, celebrada esta vez en la antesala de Don Bosco.

²² *Bollettino Salesiano* XLII (marzo 1918) 47.

Estaban presentes todos los hermanos del Oratorio para oír la relación de costumbre. Don Bosco estaba ausente, por la muerte del conde de Maistre, y en su lugar presidía Don Rúa.

Primero tomó la palabra Don Pestarino, el cual habló del nuevo edificio para colegio que se levantaba en Mornese. Dijo que la población estaba entusiasmada; que el obispo había dado permiso para trabajar los domingos, y que, ese día, los albañiles trabajaban gratuitamente; que más de doscientas personas colaboraban llevándoles materiales. El deseo de todos de ver aquella obra, había estrechado con vínculos de unión a párroco y parroquianos, autoridades y subalternos, familias y familias. Los jóvenes, en vez de ir al baile, se reunían para pasar la noche en su casa y, en la iglesia, las comuniones eran muy frecuentes.

El Señor había demostrado, con especiales favores, que le era grata aquella empresa. La rueda de un carro pasó sobre el pie de un joven sin hacerle ningún daño; un herrero, que cayó de un andamio sobre un montón de piedras, no sufrió lesión alguna. La cuarta parte del colegio estaba casi terminada²³.

Don Pestarino, entre lo que veía con sus propios ojos y lo que gozaba en Turín con sus hermanos, interesados en saber minuciosamente lo que sucedía en Mornese, regresó con la firme convicción de que el colegio haría un gran bien, porque Dios lo colmaba de bendiciones. Las gracias que acompañaban el progresivo trabajo revelaban que la protección de la Virgen estaba allí, como en todas las obras de Don Bosco; puesto que Don Pestarino, habiendo hecho ya los votos religiosos y habiendo puesto incondicionalmente su persona y todos sus bienes en manos del Padre, consideraba de Don Bosco, como es natural, incluso el colegio, aunque sin hacerlo notar por razones de prudencia y por amor a la paz.

El apóstol de Mornese, corazón verdaderamente regio y digno del afecto de Don Bosco, necesitaba un especial consuelo del Cielo, sobre todo este año, en el que veía a todos sus queridos mornesinos oprimidos por el peso de la guerra con Austria, y a muchas familias afligidas por los hijos lejanos, en lucha contra el enemigo, privadas de hombres aptos para el trabajo de los campos. Dios le daba este consuelo con la virtud de sus mismos compatriotas.

²³ MB VIII 296-297.

Carnaval en guerra

El carnaval, este año, no se presentaba demasiado bullanguero, ni María tuvo que emplear muchas palabras para animar a las jóvenes al retiro.

Las reuniones nocturnas se hacían igualmente: María Mazzarello quería tener levantado el espíritu de las jóvenes para que estuvieran en condiciones de soportar cristianamente las pruebas, los dolores que todos tenían para sí y para la patria y para que supieran también, en caso de necesidad, levantar la moral de los suyos. Delante del sufrimiento, sus palabras encontraban el camino del corazón, con todos los motivos sobrenaturales que fundamentan el alma en la fe y, por la fe, en la divina voluntad.

Mujeres varoniles

De qué se hicieron capaces las jóvenes, en aquel tiempo, está escrito en la crónica de Don Pestarino:

«Vino uno de los hermanos Buzzetti de Turín y se concertó la construcción del ala que mira al pueblo, con el corredor contiguo a la capilla, a pagarse todo por metro cúbico. Se comenzó a hacer algún cambio bajo el pórtico, para servir de paso..., aquí las personas estaban un poco desanimadas por la guerra inminente; y casi toda la juventud [dividida] entre soldados de línea, guardia nacional y trabajos del campo, poca ayuda podía ofrecer. Pero no dejaron de animarme y prestarse para lo poco que fuera posible. Entonces las mujeres y las jóvenes del pueblo, a pesar de que habían trabajado tanto el año anterior, suplieron la falta de los muchachos: todas, animadas de verdadero espíritu, se pusieron de acuerdo para transportar de los viñedos todos los materiales para el nuevo cuerpo de la obra».

¡La obra no entorpecía en modo alguno las funciones de iglesia! El sexo débil de Mornese supo hallar tiempo para cada cosa: frecuentada, como siempre, la catequesis cuaresmal; fervorosa la celebración de las fiestas pascales, en las que intervenían también los hombres, y fervorósimo el mes de mayo, para obtener la ayuda de la Santísima Virgen. Las alumnas del taller llegaron a doce o quince; y los días festivos transcurrían entre la iglesia, el trabajo del colegio y las reuniones con las Hijas de María, antes y después de las funciones religiosas.

El mes de mayo, como sugiere Don Bosco

Por estos días, debiendo ausentarse varias veces de Turín para predicar, Don Bosco escribió las florecillas que, explicadas vez por vez, los alumnos habían de ofrecer a la Santísima Virgen en el mes a Ella consagrado. Desde siempre, en el Oratorio, la Virgen se había granjeado una tierna devoción; durante el mes de mayo se hacía en la capilla alguna práctica diaria de piedad en su honor y, especialmente los sábados, alguna lectura de sus glorias o una pequeña plática. Pero desde el año 1852, regularmente «se introdujo la costumbre de ofrecerle, cada noche, en los dormitorios, en el mes de las flores materiales, flores espirituales. Don Bosco anunciaba cada noche la flor y la jaculatoria para el día siguiente»²⁴.

Hacia 14 años, pues, que estaba vigente la buena costumbre de la florecilla diaria en el mes mariano. ¿Cómo es que el biógrafo no se detiene a escribir más que las de 1866? Seguramente porque están llenas del espíritu del Padre y porque manifiestan claramente que él se proponía, no sólo el fin inmediato de una buena conducta colegial en sus alumnos, sino la formación de conciencias rectas, firmes, capaces de ahondar en el fondo de su alma, de escrutar las causas de sus propias acciones y de vivir apoyados en la fe, después de haber cumplido exactamente los propios deberes.

Son una síntesis de su sistema preventivo, que entrelaza poderosos cabos de salvación moral con los pequeños hilos de las observancias mínimas de cada día, apoyándose siempre en la razón iluminada por el amor divino y la religión, hecha familiar mediante la devoción a Jesús Sacramentado y el recurso filial a María Santísima. Pueden considerarse como la expresión de su corazón y de su tacto psicológico con la juventud; por eso, el biógrafo sintió la necesidad de darlos a conocer a toda la Familia Salesiana, para que en ellas vuelva a encontrar al Padre y sepa dónde acudir con seguridad cuando tenga que preparar ramos de flores perfumadas para la Virgen Santísima. Recojamos, pues, también nosotras esta joya preciosa:

«1) Al pasar por delante del Santísimo Sacramento, hacer una devota y respetuosa genuflexión diciendo con el corazón: Sea alabado Jesucristo. Jaculatoria: María, os consagro mi corazón.

2) Hacer una fervorosa oración a la Virgen, para que no per-

²⁴ MB IV 405.

mita que ninguno de nuestros compañeros caiga en pecado mortal durante este mes. Jaculatoria: Refugio de los pecadores, rogad por nosotros.

3) Cada uno pida a algún buen compañero, o a otra persona competente, que le sugiera lo que debe hacer para agradar más a María, y luego hágalo. Jaculatoria: Virgen María, concédeme la gracia de adelantar siempre en la virtud.

4) Hacer el propósito de querer ser siempre devotos de la Virgen; procurar llevar su medalla al cuello y besarla con devoción todas las noches antes de acostarse. Jaculatoria: Virgen María, cobijadme bajo vuestro manto y defendedme de todo mal.

5) Atención y máxima diligencia en el rezo de las oraciones del cristiano y, especialmente, en las que se rezan antes y después de la comida, de la clase y del estudio. Jaculatoria: Virgen María, haced que os ame cada día más.

6) Por amor a María, soportar con paciencia los defectos que descubrimos en nuestro prójimo y que no se pueden corregir fácilmente. Jaculatoria: Virgen María, encended en mi corazón el fuego de la caridad.

7) Ofrecer a María todas las devociones practicadas por vosotros durante este mes y pedirle perdón de las faltas cometidas. Jaculatoria: Virgen María, haced que sea siempre devoto vuestro.

8) Emplear bien el tiempo, es decir, procurar no pasar un minuto ociosos, y emplearlo todo para gloria de Dios. Jaculatoria: Virgen María, ayudadme a ganar el Cielo.

9) Hacer alguna mortificación corporal o espiritual en honor de María. Jaculatoria: Virgen María, dadme un corazón puro y limpio.

10) Corregir con amabilidad a algún compañero que sabéis que tiene algún defecto en su modo de hablar o de actuar. Jaculatoria: Virgen Santa, ayudadme a custodiar mi lengua.

11) Por la mañana, al levantarnos, dirigir el primer pensamiento a María, proponiéndonos hacer durante el día alguna obra buena en su honor. Jaculatoria: Qué feliz sería si me portara bien con María.

12) Hacer una breve oración a la Virgen, para que nos ayude a hacer el firme propósito de cultivar la virtud de la modestia. Jaculatoria: Virgen María, que yo me enamore de vuestras virtudes.

13) Hacer un diligente examen de conciencia y prepararse a hacer una confesión como si fuese la última de la vida. Jaculatoria: Oh María, libradme siempre del pecado.

14) Exacta obediencia a los Superiores, especialmente al confesor, en las cosas del espíritu, y al maestro en las cosas escolares. Jaculato-

ria: Virgen María, sede de la sabiduría, rogad por nosotros.

15) Mortificar la lengua y abstenerse de decir palabras que puedan ofender la caridad, la moralidad y las buenas costumbres. Jaculatoria: Virgen María, haz puro mi cuerpo y santa el alma mía.

16) Observar riguroso silencio por la mañana y por la noche en el dormitorio y, a ser posible, no levantar la voz al ir del locutorio²⁵ al dormitorio después de las oraciones. Jaculatoria: Virgen María, haced que me sirva de la lengua para dar gloria a Dios.

17) Siempre que recéis u oigáis rezar el Gloria Patri, inclinad la cabeza en señal de veneración a la Santísima Trinidad. Jaculatoria: Virgen María, templo de la Santísima Trinidad, rogad por nosotros.

18) Mirad si entre vuestros escritos, entre vuestras estampas, o entre vuestros libros hay algo poco decente y, en honor de María, arrojadlo al fuego. Jaculatoria: Oh María, puerta del Cielo, rogad por nosotros.

19) Pensar seriamente en aquellos deberes del propio estado en los que se falta con mayor frecuencia, implorar la ayuda divina y prometer a María su enmienda. Jaculatoria: Virgen María, haced que yo sirva perfectamente a Dios.

20) Hacer la promesa, delante del altar de María, de enmendarse a toda costa de aquel defecto que cada cual descubre en su interior. Jaculatoria: Virgen María, ayudadme a conocerme a mí mismo.

21) Cada vez que se entra en la iglesia, tomar agua bendita y santiguarse con fe y devoción. Jaculatoria: Virgen María, haced que yo no sea nunca indiferente en los actos de religión.

22) Por amor a María abstenerse en absoluto de ponerse las manos encima unos a otros, ni siquiera en broma. Jaculatoria: Virgen María, haced que yo adquiera gracia y prudencia al conversar con mis compañeros.

23) Que cada uno invite a un compañero a hacer con él una visita al Santísimo Sacramento y a María. Jaculatoria: Virgen María, ayudadme a hacerme santo.

24) Dar un buen consejo a algún compañero y, el que lo recibe, que procure ponerlo en práctica por amor a María. Jaculatoria: Virgen María, obtenedme el don de la piedad.

25) Máxima diligencia en hacer bien todos los trabajos impuestos por el deber. Jaculatoria: Virgen María, ayudadme a cumplir bien mis deberes.

²⁵ Esto hace pensar que entonces el locutorio se hacía servir también para el recreo los días de lluvia o de frío.

26) Suma prudencia y gran modestia al despojarse y meterse en la cama por la noche y al levantarse y vestirse por la mañana. Jaculatoria: Virgen María, Madre de la santa pureza, rogad por nosotros.

27) No cometer la más mínima falta contra las reglas del colegio, especialmente las referentes al dormitorio. Jaculatoria: Virgen María, obtenedme la virtud de la obediencia.

28) Suma atención para oír el santo sacrificio de la misa y hacer una breve oración por aquel de nuestros compañeros que ame poco a María. Jaculatoria: Virgen María, ayudadme a adquirir la virtud de la humildad.

29) Que cada uno pregunte a quien mejor le conoce de qué defecto debe corregirse especialmente, para dar más buen ejemplo. Jaculatoria: Virgen María, ayudadme a conocerme a mí mismo»²⁶.

También las prácticas escritas para el querido colegio de Lanzo reflejan la sólida devoción de Don Bosco a la Madre del Cielo, fijando la atención en la piedad, en la santa misa, en la modestia, la obediencia, la paz con todos, la alegría, y la corrección de los propios defectos.

Estima de Don Bosco por la pobreza religiosa

De Turín, Don Bosco pasó a Cúneo, donde expresó su parecer e hizo una profecía que no podemos pasar por alto. Sor Arcángela V. y otra religiosa de la Caridad habían sido llamadas a Cúneo para abrir una casa donde poder recoger y formar para el hogar a las niñas pobres y abandonadas: y ya contaban con dos niñas, sin entradas de ningún género y con la casa sin condiciones, sin ninguna seguridad y carente de todo. «El Instituto se encontraba en estas condiciones, cuando Don Bosco, que se hallaba en Cúneo, fue a visitarlo, invitado por el jesuita Padre Cirivegna.

Don Bosco, a primera vista, reconoció en aquella pobreza extraordinaria los principios de una obra que Dios bendecía, y les dijo a aquellas buenas religiosas: Veo que lo superfluo no les estorba; es verdad que no pueden seguir adelante de esta manera, pero estén tranquilas, que el Señor las bendecirá y hará prósperar todas sus obras y, a su tiempo, les dará un local amplio y cómodo, donde podrán hacer mucho bien. Luego, al salir, las bendijo»²⁷.

²⁶ MB VIII 351-353.

²⁷ MB VIII 346.

Con cuánta emoción debió recordar en aquel momento todo lo que la Divina Providencia había obrado por él, pobre, solo, contrariado; y que, precisamente, el ser pobres y estar solos, pero con el corazón lleno de caridad con los que sufren, es la llave del tesoro de los cielos. Debió amar aún más, si era posible, esa pobreza que hace levantar con toda confianza la mirada y el corazón al Cielo, de donde viene el auxilio. Esta pobreza la quería en sí mismo y en sus obras; la bendecía con efusión donde la encontraba serena, porque estaba seguro de que allí residía también la humildad de la oración y el amor de la confianza.

La reiterada invocación a María Auxiliadora disipa el temporal

Otro hecho de Don Bosco hay que anotar en este mes, porque revela la confianza que él tenía en María Auxiliadora, cómo propagaba su devoción y cómo respondía esta ternísima Madre a su filial confianza.

«Este año Don Bosco estuvo también en Revello de Saluzzo, cuando, de pronto, se desencadenó un terrible temporal. El viento era furioso: comenzaba a caer granizo y mucha gente corría a la iglesia para impedir con sus súplicas la pérdida inminente de las cosechas. El párroco corre también a tomar el roquete y la estola para Don Bosco, el cual, al ver el peligro inminente, invita al pueblo a invocar a María Auxiliadora y entona: *María, Auxilium Christianorum*. El pueblo responde: *ora pro nobis* y estaba a punto de empezar otras oraciones, pero él se lo impidió, haciendo repetir tres veces la jaculatoria: *María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. A la tercera vez, cesó el viento de improviso y apareció de nuevo el sol. El párroco y toda aquella buena gente quedaron fuera de sí por la alegría ante una gracia tan manifiesta» ²⁸.

Habría que añadir, quizás, que tomaron la firme resolución de invocar a María Auxiliadora en todas sus necesidades.

Sí, honrad a la Virgen en la vida de cada día con cualquiera de sus preciosas advocaciones: todas le caen bien y son suyas; pero en el momento de mayor necesidad, en el momento de mayor peligro, probad a llamarla *Auxiliadora de los Cristianos*, parecía insinuar Don Bosco con ese hecho. Invocadla, no una sola vez, sino muchas veces, todo

²⁸ MB VIII 347.

las que sean necesarias para que vuestro grito, a través incluso de la barrera de vuestros deméritos, de vuestras infidelidades y tibiezas, de vuestras dudas, os obtenga la gracia.

Él, en efecto, no había permitido elevar en aquel momento otra oración que ésta: *Maria Auxilium Christianorum*, repetida dos y tres veces, a fin de que, vuelta la calma, todos reconocieran a quién se la debían atribuir, proclamando a María Auxiliadora, a coro y con afecto espontáneo, Reina de sus bienes, de sus familias, de sus corazones. Don Bosco había logrado su fin.

La construcción del colegio sigue adelante

Parece que a últimos de mayo o primeros de junio, antes de que la gente se entregara de lleno al trabajo de las viñas, también el segundo tramo de la obra subió hasta el techo, ya que Don Pestarino escribe al respecto: «... creía poder llegar a la mitad; en cambio, en menos de cuatro meses, se llegó al techo, con gran maravilla de todos, y parecía, como decía la gente, que se levantara por sí sola, sin intervención de nadie. El liecho es que se levantó sin percances y felizmente...; pude cubrir los gastos sin verme nunca en apuros por esta causa, antes bien, el Señor me ayudó siempre..., por lo que espero que el Señor y la Virgen continuarán protegiéndome a mí y a mis colaboradores, así como nuestras cosas y obras, que queremos que sean y redunden a mayor gloria de Dios y bien de las almas, especialmente de la juventud»²⁹.

Don Bosco manifiesta a Don Lemoyne su idea de fundar un Instituto femenino

A últimos de junio, el biógrafo de Don Bosco nos da una gran noticia que es preciso transcribir textualmente, aunque la narración pueda parecer un poco larga.

Es una página de capital importancia:

«La noche del 24, Don Bosco se retiró a su habitación. Tenía ya en su mente un nuevo proyecto, es decir, la fundación de un Instituto femenino destinado a la educación de las niñas y a cooperar con los Salesianos en su misión: y comunicó su pensamiento al Director del

²⁹ *Cronaca di don Pestarino.*

colegio de Lanzo, quien escribió inmediatamente cuanto acababa de oír. He aquí el relato.

Se habían apagado los últimos arreboles de una puesta de sol maravillosa del día de San Juan Bautista; la luna resplandecía bellísima en el cielo; un fresco vientecillo aliviaba los calores estivales. Yo subí a la habitación de Don Bosco y estuve con él a solas cerca de dos horas. Del patio subía el murmullo de los jóvenes que paseaban alegremente. El patio y los pórticos centelleaban con el titilar de mil farolillos a la veneciana. En medio del patio estaba la banda de música, que de cuando en cuando ejecutaba las más suaves sinfonías. Don Bosco y yo nos asomamos a la ventana y nos apoyamos uno frente al otro en el marco de la misma. El espectáculo era encantador: una alegría inefable llenaba el corazón. Del patio no podían vernos, porque nosotros estábamos a la sombra; pero yo, de cuando en cuando, agitaba el pañuelo blanco fuera de la ventana y los jóvenes, al verlo, prorrumpían en un grito entusiasta: ¡*Viva Don Bosco!*

Don Bosco sonreía. Estuvimos largo rato sin proferir palabra, absortos en nuestros pensamientos, hasta que yo exclamé:

—Don Bosco, ¡qué noche más hermosa! ¿Recuerda los antiguos sueños? ¡Aquí tiene a los jóvenes, sacerdotes y clérigos que la Virgen le había prometido!

—¡Qué bueno es el Señor! —me respondió Don Bosco.

—Ya han pasado casi veinte años y no nos ha faltado el pan a ninguno. Todo se ha hecho y ¡sin tener nada! ¿Qué parte tiene el hombre en esta obra? Si la empresa fuera humana, ya habríamos fracasado mil veces.

—Y no lo dices todo; observa con qué rapidez crece nuestra Pía Sociedad en número de individuos y de obras. Cada día decimos: ¡basta, parémonos! y una mano misteriosa nos impulsa siempre hacia adelante.

Y decía esto con la mirada fija en la cúpula y, recordando los antiguos sueños, fijaba su mirada en aquella que envuelta en los blancos rayos de la luna, le parecía una visión del cielo. La mirada y el semblante de Don Bosco tenían en aquel momento un no sé qué de inspirado. Y nos sumimos de nuevo en el silencio, absortos en mil emociones.

Finalmente tomé la palabra por segunda vez:

—Don Bosco, dígame; ¿no le parece que falta todavía algo para completar su obra?

—¿Qué quieres decir con estas palabras?

Quedé un momento perplejo y después continué:

—¿No piensa hacer nada por las jóvenes? ¿No le parece que, si tuviésemos un Instituto de religiosas, afiliado a nuestra Pía Sociedad, fundado por usted, sería la coronación de la obra? También el Señor tenía a las piadosas mujeres que lo seguían *et ministrabant ei*. Cuántas cosas podrían hacer las Hermanas en favor de nuestros pobres alumnos. Y además ¿no podrían hacer ellas por las muchachas lo que nosotros hacemos por los jóvenes?

Yo no me había atrevido a manifestar mi pensamiento por temor de que Don Bosco fuese contrario.

El reflexionó un poco y, con sorpresa mía, respondió:

—Sí, también esto se hará, tendremos las Hermanas, pero no enseguida, sino un poco más tarde»³⁰.

Es la tercera vez que Don Bosco dice sí, sin dudar, sin titubear. «Si quieres esperar» le había respondido a la señorita Provera en 1863: «Sí, sí, a su tiempo», a la señorita Parigi en 1865; ahora, a Don Lemoyne: «Un poco más tarde». No se puede dudar: el Padre está totalmente resuelto a dar vida a otra familia religiosa.

Don Bosco tranquiliza a la superiora de Tor de' Specchi

El 29 de septiembre, en una carta a la Madre Magdalena Galeffi, Presidenta de la casa de Nobles Oblatas de Tor de' Specchi, Don Bosco repite su idea al valorar a las religiosas: «No se preocupe por el número de sus hijas, porque no es el número de personas, sino la caridad y el fervor lo que da gloria al Señor»³¹.

Aquí Don Bosco no encuentra pobreza; no debe, por tanto, consolidar la fe humilde en el *panem nostrum quotidianum*. Aquí, donde faltan vocaciones para una vida recogida, devota, pero no incómoda, se limita a sugerir el modo de incrementar la vitalidad del espíritu en esas pocas, que elevan sus manos al cielo, también por los obreros evangélicos.

Sigue la construcción del colegio

Don Pestarino cierra la crónica de este año con las siguientes palabras: «... llegado al techo el primer brazo (de edificio) que mira al pueblo, se hicieron algunos cambios sobre el pórtico y en las dos habi-

³⁰ MB VIII 416-18.

³¹ MB VIII 475.

taciones orientadas al norte, que fueron terminadas para su utilización; igualmente las rampas de las escaleras hasta el segundo piso. Los escalones se pondrán en la próxima primavera, cuando se terminen tres dependencias de la parte superior.

Es de notar que, incluso las pocas familias que no ayudaron a la construcción del colegio, directa o indirectamente contribuyeron también; y he querido señalarlo, porque me gusta decir toda la verdad».

A este amor fiel a la verdad no se podría añadir otra cosa que la exclamación de Dante: «¡oh conciencia noble y limpia!»...

Nuevas alumnas

1867. El año comienza con un cambio en el taller. Las dos internas, hijas del comerciante, tienen que despedirse de las queridas Hijas de María para seguir a su padre, que va a establecerse a otra parte. En su lugar entran, también como internas, dos jovencitas de catorce años, del vecino pueblo de San Esteban: María Grosso y María Gas-taldi; dos flores que echarán tan profundas raíces en el nuevo jardín, que no querrán abandonarlo jamás, y lo hermosearán con la belleza de sus corolas.

Don Pestarino, en Turín

A primeros de marzo, Don Pestarino va al Oratorio para la reunión de Directores, que solía celebrarse el día de San Francisco. La fiesta y la reunión se trasladaron, este año, al 3 de marzo, domingo de quincuagésima, para esperar el regreso de Don Bosco de un viaje a Roma.

Don Pestarino expone los progresos de la obra en construcción; dice que algunas dependencias de la planta baja eran ya habitables y que, terminada en breve la escalera, se podrían habilitar también algunas dependencias de los pisos superiores. Entretanto empezaría la capilla y, para la fiesta, reuniría en el patio a los jóvenes, para el catecismo y algún alegre entretenimiento.

También Mornese se consagra a María Auxiliadora

Con el alma llena, una vez más, de cuanto veía realizarse en Valdocco, vuelve a Mornese y no puede por menos de referir, en pri-

vado y en público, los milagros que Don Bosco obtiene de continuo con sólo invocar el nombre de María Auxiliadora.

¿No contaría también el hecho del amenazador temporal prontamente alejado de Revello con la triple invocación a María Auxiliadora? Es de imaginar, dado que aquellos buenos mornesinos, preocupados también ellos por la sequía que amenazaba diezmar la cosecha, y el miedo a las tormentas que podían arruinar los viñedos, prometieron a María Auxiliadora el diezmo de la cosecha, si esta tierna Madre se les mostraba protectora. Don Pestarino experimentó un gran consuelo y, cuando volvió a Turín para el onomástico del Padre, le llevó la cordial promesa escrita y firmada por los principales propietarios del pueblo.

Don Bosco asegura la protección de María Auxiliadora sobre Mornese

Don Bosco agradeció la confianza de aquellos sencillos corazones y recomendó a Don Pestarino que los tranquilizara en su nombre y en nombre de la Virgen.

El 15 de julio partía de Mornese otra lista de adherentes a la promesa, en una carta que nos place transcribir:

· Reverendísimo y queridísimo Director:

Me apresuro a enviarle la lista de ocho que voluntariamente se me presentaron ofreciéndose a pagar el diezmo, para que V. S. los añada a los otros del pueblo, pidiendo a María Santísima Auxiliadora que los libre de las desgracias del alma, y bendiga sus cosechas. Estos, como los anteriores, entienden ofrecer el diezmo del cultivo de los gusanos de seda y, algunos, desde este año, estando en camino la segunda recolección de los mismos.

Señor Don Lorenzo Pestarino - José Pestarino, hijo del difunto Antonio - Señora Nina Ghio - Lorenzo Mazzarello, hijo de la difunta Josefina Lencin - Esteban Mazzarello, hijo del difunto Francisco Varoni - Luis Maglio - José Mazzarello de Valponasca (el padre de María Mazzarello) - Hermanos Mazzarello, con su padre Biondin.

Al mismo tiempo le doy la dolorosa noticia de la muerte del joven Mazzarello, organista, que murió como un ángel, besando el crucifijo.

La Superiora del Instituto de la Inmaculada está mucho mejor del brazo y reconoce también la ayuda de María Auxiliadora; me dijo

que le mandara sus saludos y su agradecimiento, rogándole que siga haciendo rezar ante la Virgen. Aprovecho la ocasión para saludarle también yo de todo corazón, encomendándome a sus oraciones; yo no dejo de pedir por usted.

Afectísimo hijo en Jesucristo
Domingo Pestarino, Pbro.

Muchos de estos nombres le recordaban a Don Bosco personas conocidas y apreciadas. La señora Nina Ghio, una de las más ricas y piadosas señoras del lugar, la que, años atrás, había tenido consigo, amándola como a una hija, a Felicina, la hermana de María Mazzarello, y que, cuando Don Bosco estuvo en Mornese, quiso tener el honor de proporcionar la comida para él y para los invitados, llevándola, guisada y caliente, en el preciso momento de sentarse a la mesa. El joven Mazzarello —Mornese está lleno de Mazzarello y de Pestarino— era un Hijo de María muy apreciado por Don Bosco. Recibido por algún tiempo en el Oratorio había aprendido, entre otras cosas, a tocar el órgano y daba fundadas esperanzas de santidad, pero tuvo que volver a su casa por falta de salud. A Angela Maccagno la había visto con las demás Hijas de María; y como estaba aquejada de artritis que le impedía el movimiento del brazo derecho —dice Petronila—, Don Bosco rezó por ella, obteniéndole primero la mejoría y después la curación total.

El recuerdo de Don Bosco y su oración, aunque sólo fuera por una de ellas, era para aquellas buenas Hijas de María una consoladora seguridad de las bendiciones divinas sobre todas, ya que estaban habituadas a considerarse no separadamente, sino unidas en un solo corazón y en un solo espíritu por el vínculo de la Pía Unión. Para María Mazzarello era un nuevo impulso a la veneración que sintió, sólo con verlo, una nueva necesidad de amar más intensamente al Señor y hacer lo posible para que las jóvenes crecieran también ellas en el amor a Dios y en el horror al pecado.

Industrias de las Hijas de María para hacer el bien

¡Cómo se las ingeniaba María Mazzarello para llegar a aquella jovencita que se dejaba arrastrar por la vanidad! Para encontrarse a solas con aquella otra que, debilucha de corazón, cedía y respondía a alguna sonrisita y era reservada con su madre. ¡No importaba que

estuvieran lejos y no tuvieran especiales relaciones con ellas! El pueblo es pequeño; María se servía de las amigas, de las conocidas, se hacía la encontradiza al salir de la iglesia, y sabía que, dicha una palabra, obtendría con facilidad que la acompañaran un trecho del camino. Y esto le bastaba para echar la buena semilla. Si ésta no arraigaba en seguida, no la abandonaba, sino que volvía de nuevo con gran afecto lleno de delicadas atenciones, de pensamientos de fe y, sobre todo, de oración, y raramente el terreno, aun el más árido, dejaba de dar algún fruto.

En posesión de un instintivo sentido práctico —hecho, se diría, infalible por la observación y el recogimiento— sabía adaptarse y contentarse con la correspondencia que cada una podía dar.

Cuando no conseguía acercarse a un alma que sabía que estaba en peligro, recurría a una piadosa estratagema aprendida de Don Pestarino y empleada también por Don Bosco con admirable efecto. Cuenta Petronila: «Las Hijas de María aprendían también de Don Pestarino la manera de industriarse para hacer el bien. Una vez, por ejemplo, con el dinero de la Pía Unión compramos cien ejemplares del folleto *Una figlia che vuol essere tutta di Gesù* ³². Y cuando hallábamos una ocasión propicia, los dejábamos aquí y allá, o fingíamos dejarlos olvidados. Quien recogía el folleto, naturalmente, lo leía y, con frecuencia, sacaba fruto de él. Incluso Rosalía, sobrina de Don Pestarino, alumna de las Madres Pías de Ovada, durante las vacaciones recogió uno que, expresamente, habíamos dejado momentos antes en su puerta, porque pensábamos que daría buenos frutos».

María no podía dejar de ser la primera en este activo enjambre de abejas; cuando se trataba de cosa seria y peligrosa, mandaba llamar a la madre de la interesada y, después de atraerla gratamente con un encargo cualquiera, o con un elogio a ella o a su familia, le iba diciendo poco a poco lo que le interesaba. Porque delante de un mal no callaba, no se resignaba, y, prudentemente, pero insistentemente, removía cielo y tierra hasta que el peligro desaparecía: tenía muy presentes las palabras de Don Bosco: «Trabajad, trabajad por impedir el pecado, aunque sólo sea un pecado venial».

³² De Don Frassinetti ed. 1851.

La capilla del colegio

En agosto, la capilla estaba terminada: «... Esta capilla —dice la crónica de Don Pestarino— se hizo en poco tiempo, con poco gasto y sin que apenas lo advirtiera nadie.

El pueblo quedó contento, especialmente al verla hecha, casi antes de saberlo, y contemplarla discretamente hermosa, máxime quien conocía los locales y cuartuchos viejos que se iban desmoronando.

El altar, el pavimento, todo fue trasladado de la capilla de la casa paterna, que me quedó en propiedad con todo los enseres, etc. Todo se acomodó de maravilla y quedó discretamente provista.»

De este modo, cuando fue a los Ejercicios Espirituales organizados por Don Bosco en Trofarello para sus Salesianos, pudo darle esta buena noticia, añadiendo que, si a él le parecía bien, se trasladaría al colegio, donde le era más fácil vigilar el trabajo de los albañiles y el campo contiguo, porque no juzgaba ya conveniente dejarlo en manos de los campesinos y también porque podía servirse de él para sus jóvenes.

Don Bosco aprueba el traslado de las Hijas de María a la «Casa de la Inmaculada»

Además, estableciéndose en el colegio, dejaría libre la casa donde habitaba actualmente y que, como Don Bosco sabía, había construido con la intención expresa de que quedase más como propiedad de las Hijas de la Inmaculada que suya.

De este modo las Hijas de María podían establecerse en ella con sus alumnas internas y montar allí el taller, con ahorro del alquiler, con mayor libertad, incluso para las reuniones de los días festivos, y con la posibilidad de aumentar el número de alumnas, porque el local era amplio y cómodo.

Don Bosco reflexionó un momento y, después, con la prudencia de los santos, respondió que sí: la cosa era buena y debía de hacerse cuanto antes. Pero había que asegurarse primero, de que las Hijas de María podían responder por sí mismas, con su trabajo, de todos los gastos inherentes a la vida, a fin de que no tuvieran que encontrarse después en la desagradable necesidad de tener que recurrir a la ayuda de Don Pestarino o, peor aún, de volver atrás, con dolor de todos y la mala impresión de la gente.

Don Pestarino ya sabía que los ingresos de las Hijas de María superaban con creces sus limitadísimas necesidades: no obstante, agrade-

ció este consejo que lo hacía más cauto y atento; y, apenas llegó a Mornese, se trasladó al colegio con el fiel Francisco Campi, su secretario —y si era menester también criado—, después que el maestro Bodrato se hizo Salesiano.

Campi que, por encargo de Don Pestarino, registraba cuanto le entregaban las Hijas de María, ahora, de acuerdo con las nuevas órdenes recibidas, debía saber también lo que gastaban para la vida diaria y cuáles eran sus entradas, no sólo en dinero, sino también en especie.

María, como se ha dicho, muy diligente en el manejo de la aguja y dedicada preferentemente a prendas de sastrería, ganaba hasta dos liras, o dos liras y media al día; Petronila, dedicada especialmente a la lencería, más lenta y minuciosa, ganaba lira y media, y hasta dos liras, sumas considerables para una mujer, en aquellos tiempos. Entraban, además, las pequeñas pensiones mensuales de las alumnas y lo que podían ganar las internas: rentas irrisorias para los amantes de la vida cómoda y la buena mesa, pero, para ellas, que no se preocupaban absolutamente de esto y encontraban siempre algo que dar a quien tenía menos, eran más que suficientes para tranquilizar a Don Pestarino acerca de su porvenir. Por esto, se les advirtió que dispusieran las cosas de modo que pudieran trasladarse, inmediatamente después de la vendimia, a la casa próxima a la parroquia, dejada a su total disposición y de cuantas Hijas de María quisieran retirarse allí.

La «Casa de la Inmaculada»

Sobre esta casa que, de hoy en adelante, se llamará «*Casa de la Inmaculada*» hay pareceres contrarios: quién la llama de Don Pestarino y quién de las Hijas de la Inmaculada.

Pero parece que debemos basarnos preferiblemente en la afirmación de Don José Pestarino, ciertamente bien informado, por ser sobrino de Don Domingo y porque aquellos años pasaba con su tío, su amadísimo tutor, todo el tiempo que estaba fuera del seminario.

Escribe así: «La casa llamada de las Hijas de la Inmaculada fue edificada por mi tío a sus expensas; pero también las Hijas de la Inmaculada cooperaron en esta construcción, si bien de distinta manera. La que más colaboró fue Teresa Pampuro que, generosamente, destinó a esa construcción el importe de la venta de sus bienes. También Angela Maccagno aportó una buena cantidad. Las otras dieron pequeñas cantidades, o nada, porque dependían aún de su familia, o eran

pobres. El resto de los gastos corrió, como era natural, por cuenta de mi tío»³³.

Petronila añade: «Sí, Angela Maccagno dio más que ninguna, porque era rica; y también Teresa Pampuro dio algo, es decir, una cantidad y la renta de su capital, ya que toda su dote, que era mucha, la puso después en el colegio.

María Mazzarello, yo y las otras que, cuando Don Pestarino construía la casa, dependíamos de la familia y no podíamos dar nada, pusimos nuestros brazos. Sabíamos que la casa se hacía para las Hijas de María y por eso, en las horas libres de nuestras labores y de nuestros deberes, íbamos a trasladar piedras, arena, ladrillos, y ayudábamos incluso, algunas veces, a llevar la cal; de modo que el material para los albañiles lo preparábamos siempre nosotras. Por lo cual, cuando recibimos la orden de trasladarnos allí, nos alegramos, pero no nos maravillamos, porque estábamos seguras de que, un día u otro, aquello debía suceder. Don Pestarino nos lo comunicó con tiempo; pero nosotras fuimos en octubre, cuando empezaba a hacer frío».

Preguntada Petronila si todas las Hijas de María fueron advertidas del traslado y si Don Pestarino les preguntó en público o en privado para saber si otras querían ir, respondió: «No. Las otras estaban con su familia y la casa era para las que estábamos fuera; además, Don Pestarino no tenía necesidad de preguntarnos para saber quiénes podían y querían ir: ¿no era él el que nos dirigía?».

La Casa de la Inmaculada, según las afirmaciones de un buen herrero —Cecchin Mazzarello— que, siendo entonces un muchachito, ayudó a su padre a preparar los hierros necesarios para la construcción, fue edificada en el lugar donde antes había una casucha, cuyo techo se podía tocar con la mano, propiedad de una anciana apodada Ciara-battina. En el año 1861, los hermanos Pestarino, por la muerte de su padre, hicieron el reparto de bienes; y él, Don Domingo, en espera de que se decidiera sobre la granja de Borgoalto, quiso liberarse de toda presión y establecerse junto a la parroquia para comodidad suya y de la gente. Contemporáneamente, las «Hijas de la Inmaculada» se transformaban en «Nuevas Ursulinas» mientras María y Petronila, poniéndose juntas a trabajar de modistas, y Teresa Pampuro quedando sola, hacían sospechar que las tres serían, quizá, las primeras en aplicar

³³ Carta F de Don José Pestarino a su hermana Sor Rosalía, del 11-1-1921 (Arch. Gen. FMA).

el artículo 142 de su Reglamento. Este decía: «pero no se prohíbe que, cuando haya en la Pía Unión jóvenes solteras, se junten algunas pocas, tres o cuatro, o cinco a lo sumo, para vivir juntas como en familia»; había que procurar, pues, tener a punto un alojamiento.

Apenas terminada la casa, de ocho o nueve habitaciones, Don Pesarino la habitó con su secretario, Francisco Bodrato, porque estaba muy cerca de la parroquia y le resultaba muy cómoda, en espera de que las circunstancias aconsejaran otra cosa.

María se despidе definitivamente de su familia

Con la noticia de la nueva residencia, María recibió de Don Pesarino el permiso para despedirse definitivamente de su familia. Ella se mostró contentísima porque, haciendo en todo vida común con las otras, le parecía encontrar mayor recogimiento y mayor unión con Dios. Pero no pudo evitar una fuerte turbación al pensar en la pena que iba a dar a los suyos, especialmente a su madre, siempre descosa de verla seguir el camino de la mayoría, y casarse.

Cuántas veces había vuelto la buena mujer sobre el tema. Cuántas veces, ante lo que creía despreocupación por parte de María acerca de su porvenir, había remachado el clavo: «¿Qué harás cuando faltemos nosotros? Tus hermanos y tus hermanas tendrán su casa, pero tú, ¿con quién irás? ¿Qué pretendéis hacer vosotras, pobres hijas?». Inútilmente, María intentaba tranquilizarla, asegurándole que Dios velaría por ella: el corazón materno sufría y no sabía remontarse a las esferas de la fe en las que vivía su amada hija. Ahora, ¿cómo quitarle toda esperanza? ¿Cómo hacerle comprender una cosa contraria a sus puntos de vista? María sufría por la pena de los demás, pero por su parte estaba tan serena, tan contenta y deseosa de empezar cuanto antes que, después de encomendarse a Dios con una fervorosa oración, habló con su padre. Este, que la amaba con predilección y la había apoyado en todos sus deseos, comprendería su nueva necesidad y, aunque con gran dolor, no le negaría su consentimiento.

Así fue. El buen José lo pensó mucho e intentó oponerse a la separación de su querida hija; pero ésta no se dejó conmover ni por los razonamientos ni por las lágrimas, y supo orientar de tal modo las razones de Dios que la llamaba a aquel camino y el deber de seguir la voz divina, que su buen padre, aconsejado también por Don Pesarino, cedió e indujo a su mujer a que cediera.

«¿Qué quieres que hagamos? —le decía—; los hijos deben seguir su inclinación y los padres sólo deben oponerse si obran mal. María se ha portado bien basta ahora; nosotros no podemos contradecirla. Al campo ya no puede ir, por la salud: como modista, es útil a sí misma y a los demás; y si quiere vivir con sus compañeras ¿cómo nos vamos a oponer? El camino es bueno y Don Pestarino mismo ha dicho que la dejemos, porque ya sabe lo que se hace». Y no sólo se mantuvo firme, sino que hasta le dio doscientas liras, a cuenta de su dote, para que pudieran hacer frente a las primeras necesidades.

La hija, emocionada, le dio las gracias y, para asegurarles que seguía considerándolos como su providencia visible, añadió: «Además, ésta sigue siendo mi casa, vosotros seguís siendo mi familia y, en caso de necesidad, vendré y vosotros me ayudaréis, ¿no es cierto?». Esto ensanchó el corazón de aquellos amorosos padres, y María pudo dejarlos más aliviados, en la seguridad de que, aunque se iba a vivir a otra casa, seguía siendo su hija querida.

Las Hijas de la Inmaculada y el pensamiento paternal de Don Bosco

(1867-1870)

Las Hijas de María, en la «Casa de la Inmaculada»

Llegó octubre y las Hijas de María hicieron el sencillo traslado. Del taller, instalado en casa del señor Maccagno, y del dormitorio, en la del señor Bodrato, no había que trasladar más que los camastros, una mesita y algunas sillas; el resto del mobiliario procedía de Teresa Pampuro, la cual, tras la distribución de sus bienes, se retiraba definitivamente con ellas.

De este modo las nuevas moradoras de la Casa de la Inmaculada fueron las Hijas de María: María y Petronila Mazzarello, Juana Ferretino y Teresa Pampuro. También Catalina Mazzarello, la célebre organista, hubiera querido seguir las, y no cesaba de repetir que las envidiaba. No pudiéndose unir a ellas, se desquitó aumentando, generosamente al principio, y después una o dos veces por semana, la ración de panecillos recién sacados del horno y de buen vino, de acuerdo con su hermano, generoso como ella, y deseoso de colaborar en algo.

Su padre, viejo e incapaz de frenar la caridad de sus dos únicos hijos, les decía con frecuencia: «¡Qué cosa más curiosa! Antes teníamos mucho más trigo y vino: ahora somos los mismos y hay mucho menos. ¿Cómo es esto? Lo siento por vosotros dos; no lo entiendo».

Los hijos sonreían: «No se preocupe: tenemos más que de sobra, y estamos contentísimos de cómo van las cosas».

Con las Hijas de María, entraron en la Casa de la Inmaculada las jóvenes: María Grosso, María Gastaldi y Rosa Mazzarello, la sobrina de Petronila. Así comenzó la nueva familia, pobre como la de Nazaret y, a imitación de aquélla, serena y abandonada en las manos de la Divina Providencia.

Siguiendo un consejo de Don Bosco, Don Pestarino les había dicho: «Por ahora continuad como en el otro taller y después ya vere-

mos: pero si alguna quiere volver con su familia, puede hacerlo libremente cuando le parezca».

Ninguna pensaba en esto, ¡todo lo contrario! Les parecía que no habían estado nunca tan bien y que comenzaban entonces a vivir la verdadera vida.

¿Qué era la pobreza, el trabajo, aunque pesado, la carencia de muchas cosas, al lado del fervor de su oración, la dulzura de sus comuniones, la paz de su alma?

Reaparece el descontento

Alguna de las otras Hijas de la Inmaculada que, seguramente, no tenía las luces necesarias para comprenderlas, intentó turbar aquella serenidad despertando algo de malhumor a raíz del acontecimiento, y porque era claro que Don Pestarino tendría una atención especial por esta nueva familia; pero María dijo que no se debía hablar de ello; y entre ellas no se habló.

Lo que contribuyó, quizá, a reavivar el descontento fue el hecho de que Don Pestarino retirara de la casa de Angela Maccagno, para ponerlo en la de la Inmaculada, un cuadro al óleo que él mismo había hecho pintar, representando a la Inmaculada y, a ambos lados, a Santa Teresa, protectora de las madres cristianas, y a Santa Angela Merici, protectora de las Hijas de María. Este cuadro había estado siempre en la sala donde se reunían las Hijas de María y las madres para la conferencia; y nunca dudaron que fuese de ellas; ¡pobrecitas!

En cambio, lo habían visto sacar, sin pensar que era muy justo que el cuadro fuese a la Casa de la Inmaculada, es decir, a su Casa, la verdadera Casa de la Pía Unión, donde todas tenían derecho a establecerse, cuando lo quisieran.

«No pretenderéis fundar un monasterio...»

Parece que deba referirse a este tiempo un elogio de monseñor Contratto. Cuando Don Pestarino fue a visitarlo y a darle cuenta, entre otras cosas, de la naciente familia nacida como una flor entre las buenas «Ursulinas», el obispo le dijo: «Pero no pretenderéis fundar un monasterio cuando... ¡ya lo es todo el pueblo! Poned una cerca en derredor y...».

No, Don Pestarino no pensaba fundar un monasterio, todo lo con-

trario. Lo que quería era formar activas colaboradoras para su apostolado, en la guerra sin cuartel contra el jansenismo, que había contaminado todo lo que no había podido destruir. Conocedor, por experiencia personal, de que la mujer, en muchos casos, puede hacer más que el mismo sacerdote, aspiraba a preparar un buen equipo de estas humildes operarias del Señor, las cuales, sin vínculos especiales, sin otra ciencia que un gran amor a Dios, sin casi otra fortuna que sus propios brazos, pero con un ilimitado espíritu de sacrificio, por estar desprendidas de sí mismas, estuvieran dispuestas a ayudar a todos, dispuestas a cualquier forma de bien, sin pensar en el mañana, más que para prepararse y preparar a otros a la santa comunión.

Además, ahora que era salesiano hasta el fondo y veía que Don Bosco se interesaba por su formación moral, pensaba que cuanto más salesianamente piadosas y activas se hicieran, tanto más aptas serían para responder a la idea de Don Bosco sobre ellas, fuera la que fuera.

Que no quería que fueran monjas, en el sentido propio de la palabra, lo prueba el hecho de que las había ido apartando poco a poco, por el sucederse de los acontecimientos, de las Ursulinas —verdaderas monjas en casa— y las había reunido en la Casa de la Inmaculada; había dispuesto que, fuera de las horas de las comidas, lo mismo que en una familia bien ordenada, cada una conservara sus costumbres, hasta en las oraciones. Y los mornesinos entraban, sin saberlo, en sus proyectos. En efecto, si antes habían tenido a María y Petronila por muy piadosas —quizá hasta demasiado— cuando las vieron ir a trabajar a casa del sastre y luego acoger a tantas niñas y entretenerlas con juegos, cantos e incluso bailes, dijeron, no sin admiración, que aquéllas eran dos Hijas de María muy distintas de las otras, y que María resultaba una santa muy agradable, hecha para hacer fácil y atrayente el camino del Cielo.

Cómo se vive en la «Casa de la Inmaculada»

Sí, ella tenía el don de hacer agradable cualquier sacrificio. En la «Casa de la Inmaculada» todo era un encanto para el espíritu; pero en lo material, todo iba muy ajustado; y, para tirar adelante, había que vivir muy sobriamente: no obstante, había una gran serenidad, y la alabanza del Señor era cada vez más fervorosa. La Divina Providencia accionaba enviando alumnas al taller; y esto le daba motivo a María para elevar un himno de gratitud con tal ardor, que arras-

traba en el mismo sentimiento a cuantas la rodeaban. Cada alumna nueva era un nuevo corazón ofrecido a Dios, un nuevo lirio en la familia, y esto le bastaba.

Por lo demás, no descuidaba el aspecto material. Al acercarse el frío, fue de visita a su casa:

—Mamá, no os preocupéis de los sarmientos secos: este año, iremos nosotras a recogerlos.

Allí estaban los regalos de la buena Catalina; allí estaba la joven viuda que, al saber que estaban cargadas de trabajo o escasas de medios, preparaba ella la comida y se la llevaba, o las invitaba a comer a su casa. Allí estaba el padre de la alumna interna, María Grosso, que decía: «Mi hija sabe dónde está nuestro monte: id allí a buscar leña para el invierno».

El ofrecimiento no fue vano.

Cuando las provisiones estaban para acabarse, una o dos Hijas de María, con una o dos internas, iban por la tarde al bosque, cortaban la leña necesaria, preparaban los haces, y volvían para la hora de la cena, acarreando toda la que podían.

A veces, para ahorrar viajes, trabajaban hasta el anoecer, volviendo muy tarde, con verdadera preocupación de las que esperaban; porque el bosque estaba lejos y, además, había que cruzar el Roverno, un torrente al sur de Mornese, siempre difícil y muy peligroso de noche.

Al día siguiente, hacia las tres de la mañana, salía otro grupo, recogía los haces y con aquella pesada carga volvían a casa; se arreglaban rápidamente e iban a la misa de ocho. Después, sin concederse un poco de descanso, se entregaba cada cual a sus ocupaciones, donde ciertamente no faltaba la variedad, poniendo a contribución todas sus aptitudes: además del trabajo regular del taller, se dedicaban a hacer colchas, hilar, limpiar, remendar, renovar la ropa de iglesia. En el pasado, este último trabajo lo hacían las Hijas de María, en la sacristía, los días festivos; ahora les resultaba más útil y más cómodo hacerlo en casa.

Inicio de apostolado masculino en el colegio

Don Pestarino, entre tanto, se había alojado en el colegio, instalándose en el piso superior y sirviéndose del pórtico y del patio para reunir a los niños y jóvenes para la catequesis, atrayéndolos cada vez más a la iglesia y a sí, con lo que los acercaba a Dios de modo con-

movedor. Para atraer el mayor número posible, había escrito sobre la puerta: «*Venid, hijos*». El letrero estaba escrito en grandes caracteres, uo caligráficos, pero sí atractivos para aquella animosa juventud, de la que esperaba un gran bien para su querido pueblo natal.

El doloroso veto

En este momento se abatió sobre él un temporal, sin que ninguna nube precursora preparara los ánimos.

No se sabe cómo ni de quién, si de palabra o por escrito, si del obispo o de otros mandados por él, si en forma de consejo o de verdadero mandato, llegó de la Curia episcopal la orden de abandonar la idea de un colegio masculino en Mornese, para no perjudicar o entorpecer el incipiente Seminario abierto en Acqui.

Para el pobre Don Pestarino fue una desgracia imprevista. Pero ¿cómo? El permiso para trabajar los días festivos ¿no había venido de allí? Y ese permiso ¿acaso no incluía también el de construir un colegio para niños? ¿A qué atribuir este cambio? Todos se le habían mostrado siempre benévolo en la Curia y sabían que no buscaba otra cosa que el bien. De todos modos, aunque no fuese más que un simple consejo, dada la autoridad de la que emanaba, se convertía en un mandato para el obedientísimo sacerdote; era un *veto* que le ataba las manos en la obra tan bien encaminada y tan llena de promesas.

Confiado, no obstante, en la Divina Providencia, esperó a que el tiempo aclarara las cosas, sin renunciar a su sueño, pensando, para sus adentros, que demorar no significa no llegar: «¿No se debe abrir el colegio? Tranquilo, todavía no está terminado. La capilla, sí; ésta no perjudica a nadie y es útil para todos: bendigamos, pues, la capilla».

Para la bendición de la capilla del colegio

Escribió a Don Bosco para que, como Superior suyo, estuviese al corriente de todo, presidiera la función y viniera a recibir los diezmos de las cosechas, que habían sido abundantísimas, como no sucedía desde hacía muchos años.

Don Bosco respondió alegrándose de ello; sugirió, si el obispo autorizaba la bendición, hacerla cuanto antes, aprovechando el buen tiempo; y no dejó de alegrarse por la abundante cosecha ¹.

¹ Anexo n.º 5.

Los mornesinos, sabiendo que todo se lo debían a la intervención de María Auxiliadora, se mostraban deseosos de ofrecer en especie o en dinero, lo que habían prometido, pero querían hacer sus entregas precisamente en las manos de Don Bosco. El buen Padre, no obstante, aunque quería condescender a los deseos de todos, no podía precisar cuándo iría a Mornese: quizá en diciembre.

Entonces Don Pestarino pensó resguardarse pidiendo para el párroco Don Valle la autorización para bendecir la capilla y el edificio. ¿Quién sabe si en la respuesta no se verían mitigadas las anteriores disposiciones de la Curia? El tiempo es un buen consejero. Fijó la fecha para el 13 de diciembre, fiesta de Santa Lucía.

Entre tanto, Don Bosco comunicaba a Don Pestarino que aceptaba gustoso su reiterada invitación, y que partiría para Mornese el 9 de diciembre ².

Debió modificar después su itinerario, porque monseñor Contratto, decano de los obispos de la provincia eclesiástica de Turín, que había caído gravemente enfermo, deseaba tenerlo junto a su lecho.

Don Bosco anticipó, pues, su salida al sábado 7 de diciembre; pero cuando llegó a Acqui tuvo la pena de no encontrarlo ya con vida: había expirado el día anterior a la edad de 70 años ³.

¡El obispo lo reclamaba! ¿Querría, quizás, tocarle el tema del colegio?

Don Bosco, en Mornese para la bendición de la capilla

Después de los funerales del obispo, Don Bosco se llegó a Mornese. La crónica de Don Pestarino dice: «El 9 de diciembre llegó la licencia para la bendición y llegaba oportunamente la visita siempre preciosa de Don Bosco, en esta ocasión felicísima. Fue recibido con señales de extraordinaria benevolencia. Hacía mucho tiempo que se le esperaba. Llegó una hora antes del anochecer, en coche desde Novi por Montaldeo; los niños salieron a su encuentro cantando el himno dedicado a Don Bosco; y, a causa del frío, en varios puntos del camino, hasta la Castagneta, encendieron fogatas, que daban, a su vez, una nota de alegría y de fiesta. En San Roque, se encontraban el párroco y el clero, el alcalde, el municipio, y fue recibido con verdadero júbilo. Don Bosco quería bajar; subieron, en cambio, con él el

² Anexo n.º 6.

³ MB VIII 1009.

párroco y el alcalde, hasta la entrada del pueblo. Más de tres cuartos de hora empleó para llegar al edificio, siempre acompañado de un inmenso gentío, que aumentaba cada vez más.

Llegado al nuevo edificio, todo iluminado con lámparas de petróleo, entre fuegos artificiales que se elevaban a gran altura y disparos de morteretes, se detuvo en el pórtico, todo adornado e iluminado con lamparillas domésticas, enviadas de las casas del pueblo por donde él no pasaba; especialmente de los Mazzarelli. Don Bosco fue invitado a subir a una tribuna, para recibir los saludos, entre los cuales, dos sonetos del maestro Héctor Ponassi ⁴; después, por causa del frío, se dejó el resto para el día siguiente».

Antes de retirarse, Don Bosco pronunció unas breves, pero sentidas palabras de agradecimiento por la acogida que le habían tributado, y de elogio por la ayuda prestada en los trabajos, que requerían aún muchos gastos y tiempo; y prometió también su ayuda, en la forma que le era posible, para llegar pronto al fin; por otra parte, les exhortó a no ilusionarse, porque las dificultades eran muchas; antes bien...

Así empezaba a echar un poco de agua al fuego de las esperanzas mornesinas, tratando de evitar sospechas, palabras intempestivas y malhumores contra quien ponía la zancadilla, aunque fuera con fines justificables.

Don Bosco, primer huésped del colegio

También esta vez, naturalmente, Don Bosco fue huésped de Don Pestarino, pero en el colegio; y le sirvieron, entre bastidores, como en 1864, las Hijas de María, ayudadas por los donativos de todo el pueblo y de la señora Ninna Ghio, que, con toda regularidad, mandaba preparados los platos más finos y los postres.

Mornese parecía un solo hombre, en un verdadero delirio de felicidad y de agradecimiento: y el tiempo parecía sumarse a la alegría general, pues, aunque era frío como correspondía a la estación, el cielo estaba sereno y el aire era seco.

«En varios puntos —continúa Don Pestarino— había carteles, todos muy bonitos, obra del secretario del ayuntamiento y del notario Antonio Traverso: uno de ellos, en la plaza del pueblo, otro a la entrada del colegio en construcción —Borgoalto— otro en el ángulo del edificio, otro a la entrada del mismo.

⁴ Anexo n.º 7.

Al día siguiente, muchos párrocos y sacerdotes de los alrededores fueron a acompañar a Don Bosco, incluso durante la comida, al final de la cual el señor Traverso le leyó una bellísima poesía, que Don Bosco elogió y quiso llevarse a Turín»⁵.

Los mornesinos, por María Auxiliadora y por Don Bosco

El biógrafo de Don Bosco añade: «El día 10 una gran asamblea se reunía bajo los pórticos del colegio. El siervo de Dios, acompañado por Don Pestarino, que lo hospedaba, fue recibido con grandes aplausos; y antes de que le fueran presentados los diezmos prometidos, de mano de los niños y niñas alineados en primera fila, un notable del pueblo, en nombre de todos, explicó a qué obedecía todo aquello.

Nosotros —empezó diciendo— somos deudores de muchas cosas a la Santísima Virgen Auxiliadora. El año pasado, muchos de este pueblo, debiendo ir a la guerra, se acogieron a la protección de María Auxiliadora, poniéndose además una medalla al cuello; partieron con buen ánimo y pasaron por los más graves peligros, pero ninguno fue víctima de la guerra.

Además, en los pueblos colindantes hizo estragos el cólera, el granzo, la sequía, y nosotros nos vimos libres. La vendimia de nuestros vecinos ha sido muy escasa; nosotros, en cambio, hemos sido bendecidos con una abundancia tal, que desde hace 20 años no se conocía.

Por estos motivos, nos es grato poder manifestar de este modo el indeleble agradecimiento a la gran Protectora de la humanidad.

Creo ser fiel intérprete de mis conciudadanos al afirmar que, cuanto acabamos de hacer ahora, lo haremos también en el porvenir, persuadidos de hacernos de este modo cada vez más dignos de las bendiciones del cielo»⁶.

Don Pestarino prosigue: «Don Bosco se mostraba satisfechísimo y los otros sacerdotes forasteros estaban maravillados de lo que veían. Después hubo una demostración de gratitud por parte de las madres de familia, que llevaban o acompañaban a sus pequeños con canastillas de fruta, huevos, manteca, botellas, etc., para ofrecérselos a Don Bosco, que los acogía con exquisita amabilidad, visiblemente emocionado, sin poder contener las lágrimas.

⁵ Anexo n.º 8.

⁶ MB VIII 1013.

Estos donativos se pusieron después a pública subasta y se recogieron cien francos, que se mandaron a Turín, para la iglesia de María Auxiliadora.

Don Bosco celebró la misa primera en la capilla y pronunció un discurso de ocasión; bendijo también, con cierta solemnidad, el edificio del colegio y, al final, impartió la bendición con el Santísimo Sacramento, con gran regocijo de todo el pueblo».

Don Bosco, por los mornesinos

Don Lemoyne añade que, «en aquellos días, el siervo de Dios estuvo continuamente ocupado. Celebró la misa de comunión y predicó en la iglesia parroquial, confesó, visitó enfermos, dio la conferencia a las Hijas de la Inmaculada, concedió muchas audiencias a quien iba a pedirle consejo, repartió estampas de San Francisco de Sales con esta frase autógrafa: *A nuestros caritativos bienhechores, sac. Juan Bosco*; estuvo en Lerma en casa del párroco Olivieri; por la noche tuvo largos coloquios con Don Pestarino sobre varios asuntos, y escribió cartas»⁷.

Don Bosco manifestó la más tierna simpatía y sincera gratitud por el pueblo, prometiendo repetidas veces que no se olvidaría nunca de Mornese, ni siquiera en sus oraciones «para que —dijo— el Señor los bendijera a todos en el alma y en el cuerpo y en sus campos, y les diese el céntuplo de lo que habían ofrecido tan generosamente en honor de María Auxiliadora. Acordó con Don Pestarino los trabajos que habían de hacerse en la primavera siguiente y, al cabo de cuatro días, partió para Turín, acompañándolo muchos hasta la Castagneta y algunos, hasta Montaldeo. Les regaló a todos medallas y crucifijos como recuerdo; y a los que fueron a recibirlo y acompañarlo a Montaldeo, les mandó después, desde Turín, un hermoso libro»⁸.

Y con esto queda casi concluida la crónica de Don Pestarino: de proseguirla, tendría que hablar de lo que le hace sufrir y él prefiere el silencio, que lo hace más admirable para nosotros y más rico ante Dios.

⁷ MB VIII 1014.

⁸ Crónica de Don Pestarino y Anexo n.º 9.

Lápida conmemorativa a la entrada de la capilla

La capilla había sido dedicada a la Virgen de los Dolores, cuyo hermoso cuadro, tan querido por Don Pestarino, se admiraba al fondo del altar y que él, como ya queda dicho, se había llevado de su casa paterna con los objetos sagrados y ornamentos.

En recuerdo de la función se colocó en el pórtico, junto a la puerta de la capilla, la siguiente lápida:

«El año 1867 el 13 de diciembre - con solemnes ritos - fue dedicada esta capilla - y - el sacerdote Juan Bosco - modelo singular de caridad y de celo - ofreció el primero en ella - la Hostia inmaculada - invocando sobre el naciente colegio - y sobre el pueblo de Mornese - las bendiciones de Dios».

Palabras de Don Bosco a las Hijas de María

Otra lápida, más duradera, más preciosa y agradable a Don Bosco, sellaba en el corazón de las Hijas su gratitud hacia él, especialmente en el de María Mazzarello que, más unida al Señor que ninguna e inflamada de un ardiente deseo de perfección, era más capaz de comprenderlo y de secundarlo. ¿Cómo expresar su reconocimiento, al pensar que Don Bosco se había dignado darles una conferencia a ellas, pobres hijas, adaptándose a su ignorancia?

Se había entretenido con ellas de pie, bajo el pórtico, al fresco, para transfundirles el espíritu de humildad, el amor al sacrificio, el deseo de sufrir cualquier pena, con tal de llevar almas a Dios. Había empezado y terminado con la recomendación de amar e invocar a María Inmaculada Auxiliadora, sin descuidar su estribillo preferido: *¡Estad alegres! ¡Estad alegres! ¡La Virgen os ama!*

Cómo acoge María Mazzarello las palabras de Don Bosco

Pero, en aquella ocasión, María no se colocó delante, como la primera vez. Se situó más bien la última, la más oculta, para poder captar bien cada palabra suya; su rostro, generalmente pálido, se encendía a medida que Don Bosco hablaba, por la alegría y ardor de sus afectos. Le escuchaba con las manos juntas como en ferviente oración, con los ojos bajos, que a veces parecía que despidieran destellos de

asentimiento. Toda su alma, en aquella media hora, vibraba al unísono con la de Don Bosco, comprendiendo que recibía de él luces de segura orientación.

Con todo, no dijo una palabra sobre la alegría de su espíritu; pero la dejó fácilmente intuir por el empeño, aún más visible y eficaz, en poner en práctica, en sí misma y a su alrededor, las palabras de Don Bosco.

María Mazzarello elegida superiora de la Casa de la Inmaculada

Cuando se fue Don Bosco, las Hijas de María volvieron al trabajo asiduo y jovial de la Casa de la Inmaculada, donde hasta las paredes parecían respirar felicidad y donde todas iban a porfía en estar alegres y conservarse puras, como se les había recomendado.

Sobrevino, entretanto, otra novedad. Don Pestarino, por sugerencia, quizá, de Don Bosco, dijo que, como había aumentado el número y estaba en camino de seguir aumentando, convenía que hubiese una entre ellas a quien dirigirse, ya fueran las personas externas, ya ellas mismas. Habiéndole rogado que expusiera su opinión al respecto, respondió: Yo no quiero intervenir en esto; haced vosotras como os parezca mejor. Podríais preguntar a vuestras internas y externas y ver a quién elegirían.

Dicho y hecho; un domingo, cuando era mayor el número, propusieron la elección; y, como era de esperar, el voto unánime fue para María. Entonces, Petronila se levantó y, sonriendo, pero con mucho afecto, le dijo: «Bien: ahora quiero ser yo la primera en tratarte de usted». Y fue una fiesta cordial para todas, incluida María, que, con mucha sencillez, aceptó aquella muestra de confianza.

Cuando se enteraron en el pueblo se rieron de esto como de una rareza; pero las niñas encontraron tan natural esta demostración externa de respeto y adoptaron aquel *usted* con tal deferencia que, sin decir palabra, impusieron su opinión, poco a poco, hasta a los menos dispuestos.

Muere Don Frassinetti

1868. En enero de 1868, a causa de una fuerte pulmonía, moría repentinamente Don Frassinetti.

La noticia, dada con gran dolor en Mornese por el pobre Don Pestarino, que perdía al amigo de su juventud, era también dolorosamente recibida, y de aquellos buenos corazones brotó una oración llena de gratitud. Fue general el sentimiento por la muerte de un sacerdote que, con frecuencia, acudía a predicar y a confesar. Las Hijas de María le rindieron tributo de alabanza y de oración; más que ninguna, la pequeña familia de la Casa de la Inmaculada, porque la vida espiritual era allí más intensa, más recogida, más cercana a Dios, fuente inagotable de afecto y de gratitud.

También Don Bosco sintió esta muerte, pues había podido apreciar en más de una ocasión el celo y las virtudes no comunes de Don Frassinetti; y, por su colaboración en las *Lecturas Católicas*, lo llamaba su bienhechor.

Preparativos para la consagración de la iglesia de María Auxiliadora en Turín

En contraste con esta pena, Don Bosco recibía verdaderos consuelos en este principio de año. Todo estaba ya a punto para la próxima consagración de la iglesia, de *su iglesia*, que, aunque le había dado muchas preocupaciones, ahora le llenaba el corazón de alegría, por la gloria que reportaría a su Virgen. Con el deseo de que, para tal ocasión, todo estuviese terminado y en su punto, en febrero «daba orden a Roma para que se acuñaran medallas especiales: en una cara debían tener esculpida la fachada de la iglesia, con la inscripción: *Iglesia de María Auxiliadora* y, en el exergo, *Turín*; y en la otra, la efígie característica de María Auxiliadora, con la invocación *María auxilio de los cristianos, rogad por nosotros*. Las medallas para repartir a los fieles, más pequeñas y delgadas, llevaban, por una cara, la imagen de María Auxiliadora y, por la otra, el símbolo del Santísimo Sacramento»⁹.

Don Bosco aprueba con satisfacción la relación anual de Don Pestarino

En medio de los preparativos, llegaba la fiesta de San Francisco de Sales, que se celebró en el Oratorio el 3 de febrero. Como de costumbre, estaba presente Don Pestarino, que hizo su relación anual, el primero de todos los Directores, diciendo, entre otras cosas, lo que él

⁹ MB IX 50-51.

y las Hijas de la Inmaculada hacían por la juventud, especialmente en aquellos días, para impedir, o al menos aminorar, los daños del carnaval.

Don Bosco aprobó con satisfacción el celo que se desplegaba en Mornese para apartar a la juventud de los peligros de las veladas de carnaval; habló del consuelo que le había proporcionado la sincera piedad de aquellos campesinos; encargó a Don Pestarino que les diera las más vivas gracias una vez más por su generosidad para su nueva iglesia, y lo animó a proseguir en sus santas empresas¹⁰.

Después, en privado, Don Pestarino recibió normas seguras sobre el modo de continuar los trabajos del colegio. El esqueleto, digámoslo así, estaba terminado y estaban bastante adelantadas la primera y segunda planta; pero aún quedaba mucho por hacer. Y, no obstante, había que ir despacio por dos graves razones.

Dificultad sobre dificultad

La primera era el veto, que seguía siendo inquietante; la segunda, no inferior a la primera, era la falta de dinero.

Al frente de la diócesis, sede vacante, había quedado el vicario capitular monseñor Francisco Cavalleri, canónigo arcipreste de la Catedral, hombre bondadosísimo que, como el difunto obispo, su superior, no hubiera estorbado sus planes de no haberse visto obligado a ello por razones ajenas a su voluntad. Sin embargo, era preciso, por el momento, no dar motivo a nadie de ocuparse de lo que acaecía en el colegio, para no exacerbar los ánimos poco benévolos respecto al mismo y no crear nuevos y, quizá, más duros obstáculos.

¡Los fondos! La dote que Teresa Pampuro había puesto íntegra en manos de Don Pestarino para la construcción del colegio, se había esfumado, y no había probabilidad de que otra Hija de la Inmaculada pudiera seguir su ejemplo. Otras la hubieran querido imitar y ninguna hubiera dudado en poner en manos de Don Pestarino sumas incluso fabulosas; pero ¿quién de aquellas buenas muchachas poseía veinte mil liras como Teresa Pampuro? Sólo Angela Maccagno; pero ésta, además de tener aún a su madre, no estaba entusiasmada por el colegio hasta el punto de ese desprendimiento, ni tenía tampoco los ideales de las Hijas de María que vivían en comunidad; por otra parte, ya

¹⁰ Cfr. MB IX 67.

había aportado una buena suma para la Casa de la Inmaculada.

También las últimas mil liras de Petronila se habían esfumado como un soplo ¿Cómo? Lo relata ella misma: «Mi padre, viendo que yo no me quedaría con ninguno de mis hermanos y que me preparaba en cambio para vivir con María, a su muerte me dejó una hermosa huerta, con su pozo, todo para mí, y un piso de la casa, libre de toda servidumbre. La casa la usaba mi hermano y me pagaba el alquiler puntualmente, porque así lo quería Don Pestarino, no por el dinero —yo no hubiera querido recibir aquella renta—, sino para que mis cuñadas, recordando que yo era la dueña, me tuvieran alguna consideración.

La huerta la vendí, cuando murió un hermano mío y los trabajos del colegio estaban ya adelantados. Yo no me preocupaba para nada de estas cosas: Don Pestarino me llamó un día y me dijo que un señor quería comprar mi hacienda pagando al contado y bien, y hasta me mandó el notario para hacer la escritura.

Aquí viene lo bueno. Yo no había hablado con nadie; apenas tuve en mis manos las mil liras, corrí a llevárselas al Director para tener también yo mi parte en el bien que el colegio había de hacer. Al salir, un hombre me tira del delantal y, desgarbadamente, me dice:

—¡Qué boba eres! Si mañana se muere Don Pestarino, te quedas en la calle sin un céntimo de dote.

En aquel momento me quedé mirándole sin entender; después le dije:

—La Divina Providencia no muere nunca, y no me faltará tampoco a mí lo necesario. Y lo dejé allí plantado como un palo. ¡Vaya si la Divina Providencia ha estado conmigo!».

Don Pestarino esperaba asimismo, y no sin razón, alguna buena ayuda de la joven viuda, Hija de María, que quería retirarse también ella a vivir con las Hijas de la Inmaculada; pero tampoco hubiera bastado; y no había nada más en perspectiva.

Consuelo eficaz

Confiado en el consejo de Don Bosco, Don Pestarino partió de Turín dispuesto a ser, respecto a la construcción del colegio, como la gota de agua, que al caer en la roca no deja en ella más que una simple señal, pero que, a fuerza de caer, cava un hueco donde descansar tranquila.

Haría lo poco que le fuera posible, sin ruido, confiando sólo en

Dios, de quien esperaba, además, la solución favorable del conflicto con la Curia.

También debió decirle al Superior que la Casa de la Inmaculada iba adelante con edificación; que el número de alumnas externas había aumentado; que otra Hija de María, Asunta Gaino de Cartosio, había ido a aumentar el pequeño núcleo de las Hijas y que había otra que quería entrar, María Poggio di Ponti, enviadas ambas por el canónigo Olivieri.

Al volver a Mornese, se atuvo a todo cuanto había decidido con su Superior; y, sin más ampliaciones, antes bien, dejando incompleto el tercer piso, sólo se preocupó de rematar lo que estaba empezado. Con pocos obreros, pero con mucha solicitud, se preocupó de que todo resultara, según los deseos de Don Bosco, de práctica solidez y resistencia al instinto destructor de los muchachos. Y estuvo atento a no dejar traslucir su preocupación, convencido de que todo se solucionarí, y sus compatriotas tendrían el suspirado colegio para sus hijos.

El primer folleto de Don Bosco sobre María Auxiliadora y la primera novena

En Turín, en cambio, todo era alegría; una alegría casi clamorosa.

Don Bosco había preparado para las *Lecturas Católicas* de mayo un folleto: *Maravillas de la Madre de Dios, invocada bajo el título de María Auxiliadora* y lo repartía generosamente, también a personas distinguidas: y el 14 de mayo enseñaba a sus alumnos cómo debían hacer la novena de María Auxiliadora.

Esta novena ya se la había sugerido a muchos privadamente, obteniendo resultados milagrosos; ahora la prescribía a toda la familia de Valdocco: «Tengo que daros una buena noticia: mañana comienza la novena de María Auxiliadora. Este año no podremos hacerla todavía en la nueva iglesia, pero el próximo año esperamos celebrarla con gran solemnidad. En esta novena no haremos nada más que lo que ya hacíamos para el mes de mayo en años pasados, pero tenemos que hacerlo bien. Cumplir bien las florecillas que se leen por la noche. Durante el día, que cada uno haga alguna práctica de piedad, rece tres *Pater*, *Ave* y *Gloria* a Jesús Sacramentado y tres *Salve Regina* a la Virgen, pidiéndole la gracia que más necesite...; yo, por mi parte, le pediré que pueda salvar vuestras almas»¹¹.

¹¹ MB IX 204.

El «Cattolico Provveduto»

Otra flor le ofrecía Don Bosco en estos días a María Auxiliadora, poniendo a a venta el libro en el que había trabajado más años: *«Il Cattolico Provveduto»* por una sólida piedad, e instrucciones según la necesidad de los tiempos, y se lo ofrecía a la Virgen, con esta dedicatoria de fecha 24 de mayo, que expresa todo el afecto de su corazón: *«A la augusta Reina del Cielo - A la gloriosa siempre Virgen María - Concebida sin mancha original - Llena de gracia y bendita entre todas las mujeres - Hija del Eterno Padre - Madre del Verbo encarnado - Esposa del Espíritu Santo - Delicia de la Santísima Trinidad - Fuente inagotable de fe, de esperanza y caridad - Abogada de los abandonados - Sostén y defensa de los débiles - Ancora de confianza - Madre de misericordia - Refugio de los pecadores - Consoladora de los afligidos - Salud de los enfermos - Consuelo de los moribundos - Esperanza del género humano - A vos a quien en este día - La Iglesia Católica proclama - Auxilio de los cristianos - Un indigno siervo vuestro, no pudiendo hacer otra cosa - Dedicó humildemente este libro - 24 de mayo de 1868»*¹².

Hemos querido transcribir aquí esta dedicatoria, porque nos habla, una vez más, del amor sin límites de Don Bosco a la Virgen a la que, después de cantarla con los títulos más dulces de la más exquisita gama musical, la llama sencillamente *Auxilio de los cristianos*. Esto para hacernos comprender que este solo nombre compendia a la vez todo su amor a María y todos los atributos de la Virgen en favor nuestro. Además, esta efusión lírica lleva a pie de página la fecha del 24 de mayo, fecha gloriosa en los fastos salesianos y que, a partir de este año, marcará el día de la más bella y querida fiesta de la Virgen en todas las casas de Don Bosco.

Repetida revelación del proyectado Instituto

Otra cosa más prometía Don Bosco para gloria de María Auxiliadora, en una conversación con su hijo predilecto, Don Juan Cagliero, que la refiere así: «... en mayo de 1868 —también en mayo— me manifestó [Don Bosco] la idea de fundar una congregación de muchachas, con hábito religioso y votos simples, que, como los Salesianos, se dedicaran a la educación de las hijas del pueblo y, al mismo tiem-

¹² MB IX 222-223.

po, atendieran la ropería de los jóvenes acogidos en nuestras casas»¹³.

Ahora ya no son los sueños los que hablan, ni son los hijos quienes preguntan; ahora, Don Bosco no tiene duda: sabe no sólo que ha de ocuparse de la juventud femenina, sino hasta cómo ha de hacerlo. Tiene trazado el camino que ha de recorrer y los medios para alcanzar el fin: una congregación religiosa que, a imitación de la salesiana, salesiana también ella porque es una rama del mismo árbol, coopere a la salvación de las almas juveniles.

Y esta determinación la manifiesta en el momento en que sus pensamientos y afectos están absorbidos por la próxima consagración del templo de María Auxiliadora. Esto revela que no le parece suficiente para María Auxiliadora un monumento de mármol, sino que quiere ofrecerle otro monumento vivo que, en todo el mundo, en nombre y para gloria de la Madre del cielo, acogerá y llevará a Dios jóvenes corazones femeninos conservados o regenerados por la gracia para bien de las familias y de la sociedad.

El cuadro de María Auxiliadora

Hervían los últimos preparativos para la solemne consagración, y Don Bosco y sus hijos podían admirar ya la espléndida imagen sagrada en la que habían «puesto mano cielo y tierra». Cielo y tierra, ya que el mismo Lorenzone, que la pintó, confiesa que una mano invisible le guiaba el pincel.

«Un día —narra un sacerdote del Oratorio— entraba yo en su estudio para ver el cuadro. Era la primera vez que me encontraba con Lorenzone. Estaba él en su escalerilla dando las últimas pinceladas al rostro de la sagrada imagen de María. No se volvió al ruido que hice al entrar, atento a su trabajo; al poco rato, descendió de la escalerilla y se puso a observar el efecto de los últimos toques.

De pronto se apercibe de mi presencia, me toma de un brazo, me conduce al punto de la luz del cuadro, y me dice: «¡Mire qué hermosa es! No es obra mía, no: no soy yo quien trabaja; otra mano guía la mía. Usted, por lo que me parece, es del Oratorio. *Dígale a Don Bosco que el cuadro saldrá como él desea*». Estaba extraordinariamente entusiasmado. Después, continuó su trabajo»¹⁴.

¡Diga a Don Bosco que el cuadro saldrá como él desea! Sí, por-

¹³ Memorias de Mons. Juan Cagliero sobre los inicios del Instituto, Roma, 12 de enero de 1908 (Arch. Gen. FMA).

¹⁴ MB VIII 5.

que Don Bosco le había hecho la descripción minuciosa, no como quien explica una imaginación intelectual, sino como quien refiere algo visto, tan repetidamente, que no puede dejar de recordar sus mínimos detalles.

Efectivamente, en más de uno de sus sueños misteriosos se había encontrado «delante de una Matrona magníficamente vestida, de indecible hermosura, esplendor y majestad, rodeada de un senado de ancianos, con aspecto de príncipes, y de un nobilísimo cortejo de innumerables personajes, vestidos de gala y riqueza deslumbradora»¹⁵.

Consagración de la iglesia de María Auxiliadora

El martes 9 de junio tuvo lugar la consagración de la iglesia de María Auxiliadora; y no es posible expresar lo que Don Bosco sentiría a la vista de tanta gente como aplaudía emocionada a su Reina. Si el pintor Lorenzone, al contemplar en la grandiosa iglesia su hermosa obra de arte, cayó de rodillas prorrumpiendo en llanto incontinente¹⁶, qué lágrimas de alegría, de agradecimiento y de súplica no brotarían de los ojos de Don Bosco, al ver a su Señora aclamada por todo un pueblo.

Cuál no sería su emoción cuando el arzobispo —teniendo por diácono al fiel admirador de Don Bosco, el canónigo Olivieri, nombrado ese año arcipreste de Acqui, y por subdiácono a su querido Don Lemoyne, Director del colegio de Lanzo¹⁷—, ofreció el santo sacrificio en el Altar de María Auxiliadora. Don Bosco debió sentirse más en el cielo que en la tierra al celebrar allí, el primero después del arzobispo, la santa misa y administrar la santa comunión. Su biógrafo silencia el hecho, por considerarse, quizás, incapaz de transcribirlo, ya que, ciertos sentimientos, no se pueden describir.

No obstante, el siguiente episodio puede aportar un rayo de luz. «El canónigo Juan Anfossi estaba cerca de Don Bosco, detrás del altar mayor [a la hora de Vísperas, mientras se cantaba la antífona *Sancta Maria*, de Juan Cagliero]. No recordaba haberlo visto nunca, durante la oración, moverse, o decir una palabra en la iglesia; y esta vez, arrodillado, y con los ojos cuajados de lágrimas de alegría, le dijo en voz baja: "Querido Anfossi, ¿no te parece estar en el Paraíso?"»¹⁸.

¹⁵ Cfr. MB II 343.

¹⁶ Cfr. MB VIII 5.

¹⁷ Cfr. MB IX 245 y siguientes.

¹⁸ MB IX 248.

Don Bosco, ¿por qué en un día tan grande vais a ocultaros detrás del altar? ¿Es, quizá, porque vuestra humildad quiere sustraerse a las miradas de admiración de la muchedumbre que, en el hijo, excelente músico, puede aplaudir al padre? ¿O es vuestro amor paterno el que os lleva a estar con vuestros hijos, acomodados del mejor modo posible, donde la gente no puede llegar? ¿O es que teméis que vuestra emoción por la gloria de María Auxiliadora os traicione ante tantas miradas curiosas?

María Auxiliadora, Madre y Reina

Es éste un día de máximo triunfo y, lo mismo que el Divino Maestro se ocultaba de la multitud que quería proclamarlo rey, así Don Bosco se oculta, a fin de que los corazones no se inclinen más que ante la gran Señora, y a Ella sola se tribute el homenaje de gloria. Miremos, pues, con emoción, la dulce imagen que él nos ha dado, y pensemos que este lienzo, tan celestial y devoto, lo debemos a su amor, a su fe y a la santa virtud de *sus sueños*.

¡La Auxiliadora es Madre y es Reina! Don Bosco sabe que la humanidad necesita un corazón de madre. A su exquisita sensibilidad, a su habilidad educativa, eminentemente psicológica, a su amor a la juventud, al culto que rindió a su Madre y, por consiguiente, al deseo de llenar el doloroso vacío en la vida de muchos de sus pilluelos, sin madre, debemos esta bondadosa majestad, que se nos presenta con su Hijo divino en los brazos, reclinado sobre su corazón. El niño, el muchachito, tiene necesidad del Niño Jesús, también él pequeño, pobre, que ama a los niños pobres; bueno, obediente, laborioso, sumiso a su madre. Nunca está el niño tan atento y alegre como cuando se le habla de Jesús. Y necesita a la Virgen, que es la Madre del Niño Jesús y también madre suya, siempre souriente, siempre acogedora, fácil al perdón, con la mirada dulce y serena y su mano acariciadora, con Jesús en los brazos.

Los niños también necesitan a los ángeles: son sus hermanitos buenos, amables, corteses; y Don Bosco lo sabe, porque hace crecer a sus jóvenes en el amor y en la devoción al ángel de la guarda.

Así pues, María Auxiliadora, tal como la ideó Don Bosco, es madre; una madre bondadosa, que estrecha a su Hijo Jesús contra su corazón, y al mismo tiempo lo ofrece lleno de amor; y está rodeada de innumerables legiones de ángeles alegres, como los niños de las casas salesianas.

Todo esto lo presenta el sagrado lienzo a la juventud: ¿y para los hijos de Don Bosco, para los continuadores de su obra?

Esos deben ser religiosos, apóstoles, evangelizadores, defensores del Papa: por eso, a los pies y en torno a la Madre del cielo, se encuentran los apóstoles, los evangelistas y, más abajo, imponentes, Pablo, con la espada de la predicación, y Pedro, el apóstol que se perpetúa en el poder de las «llaves».

Para los hijos de su nuevo apóstol, María Auxiliadora es Madre y es Reina; Ella les indica los celestiales protectores que han de imitar y a los que han de recurrir, para obtener mayor abundancia de gracias.

Sí, Don Bosco puede retirarse para saborear en silencio toda la dulzura de estos momentos de cielo. Plasmado en el lienzo está ese rostro que fue la luz de su vida desde la más tierna infancia. Podrá contemplar aquella soberana belleza sin temor a que se desvanezca de improviso, como en los sueños. A cualquier hora, al salir o volver al Oratorio, antes de realizar un trabajo, en los momentos de alegría o de dolor, siempre podrá encontrar esos ojos amorosos que lo mirarán y serán consuelo y guía para él y para sus hijos.

Participación de Mornese en la fiesta

No podemos silenciar la participación cordial de los mornesinos en esta hermosa fiesta. Don Bosco obtuvo de la Compañía de Ferrocarriles que se pusieran a disposición de estas buenas gentes del pueblo cinco vagones, pagando sólo dos liras por persona, de ida y vuelta. No pudieron ir más que unos cuarenta, porque aquellos días coincidían con la siega; pero no faltaron, con Don Pestarino al frente de la caravana, el alcalde, los concejales y los principales cabezas de familia ¹⁹.

La humildad de Don Pestarino y la prisa para compilar su breve crónica, le impidieron entrar en los pormenores de aquel viaje y mencionar el bien que hicieron sus mornesinos con el ejemplo de su piedad; pero las *Memorias Biográficas* y el *Culto a María Auxiliadora*, de Don Barberis, nos ofrecen una clara explicación.

«... los buenos mornesinos... quisieron dar una pública señal de devoción, viniendo a dar gracias a su celestial Bienhechora en el nuevo

¹⁹ *Crónica de Don Pestarino.*

templo que le iba a ser consagrado en Turín. En número de cuarenta padres, o cabezas de familia, al frente de los cuales estaba el alcalde y un sacerdote, representante del párroco, recorrieron unas setenta millas de camino, para venir a traer, como embajadores, los obsequios de todos a María.

Don Pestarino explica el motivo de esta participación

El sacerdote Don Domingo Pestarino, que los acompañaba, se hizo intérprete de todos y en presencia de respetables y autorizados personajes pronunció este discurso:

"No os cause maravilla, señores, ver reunidos aquí a estos representantes del pueblo de Mornese. De no verse impedidos por los trabajos del campo, quizá hubieran venido todos. Estos, pues, traen la representación de los que han quedado en sus casas. Nuestro fin es dar gracias a la Santísima Virgen Auxiliadora por los beneficios recibidos. María es para nosotros un gran nombre. Escuchad. Hace ahora dos años que muchos de los jóvenes de nuestro pueblo, debiendo ir a la guerra, se colocaron bajo la protección de la Santísima Virgen y se pusieron al cuello la medalla de María Auxiliadora. Partieron, afrontaron valerosamente toda clase de peligros, pero ninguno fue víctima de aquel azote. Además, en los pueblos vecinos causó estragos el granizo, la sequía y el *colera morbus*, y a nosotros no nos pasó nada. Bendecidos por el Señor y protegidos por la Santísima Virgen, el año pasado tuvimos una buena vendimia, como hacía años que no se veía.

Este año, además, ha acaecido algo que parece increíble a los mismos que fueron testigos. Una densa granizada cayó sobre nuestro territorio, y pensamos que la cosecha quedaría totalmente destruida. De todas las casas y de todos los labios salía la invocación a María Auxiliadora; continuó el granizo más de quince minutos, los campos quedaron blancos, como después de una fuerte nevada invernal.

Se hallaban casualmente allí algunos forasteros y, al observar la consternación general, decían con cierta ironía: Acudid a María Auxiliadora, para que os devuelva todo lo que se ha llevado el granizo.

—No habléis así, le respondió uno con sentido común: María nos ayudó el año pasado y por eso le estamos agradecidos; si este año continúa favoreciéndonos, tendrá un motivo más de agradecimiento por nuestra parte. Pero si Dios nos hallara merecedores de castigo, diríamos con el santo Job: *Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea su santo nombre.*

Mientras así se dialogaba en la plaza pública, cesó el granizo, y uno de los principales propietarios del pueblo llegó jadeante y, a voz en grito, dijo: —Amigos y hermanos, no os preocupéis. El granizo ha cubierto nuestros campos, pero sin hacer ningún daño. Venid a ver qué grande es la bondad del Señor.

Es fácil imaginarse con qué premura correrían todos a ver sus campos, sus prados y sus viñas, en los que estaban los tesoros y los recursos de cada una de las familias. Todos comprobaron lo que el mensajero había dicho, de modo que en todo el pueblo se aclamaba a la Santísima Virgen Auxilio de los cristianos”.

Yo mismo —dijo uno de ellos, interrumpiendo a Don Pestarino— vi cómo el granizo bordeaba las plantas del maíz en uno de mis campos, formando una especie de bordillo, pero las plantas no sufrieron ningún daño.

”Es voz unánime, continuó el sacerdote, que el granizo no sólo no causó mal alguno en los campos, sino que, por el contrario, fue benéfico, porque nos libró de la sequía que amenazaba nuestras tierras. Después de tantas pruebas de bendición ¿habrá mornesino que no profese la más sentida gratitud a María?

Mientras vivamos, conservaremos el grato recuerdo de todos estos favores, y será para nosotros motivo de gran consuelo poder venir a esta iglesia a traer el óbolo de nuestra gratitud y elevar una oración agradecida a la divina bondad”. Hasta aquí el sacerdote de Mornese.

Aquellos piadosos embajadores cumplieron su misión de modo muy edificante. Se acercaron a los sacramentos de la confesión y comunión; tomaron parte en todas las prácticas religiosas de aquellos días 13, 14 y 15 de junio; a mediodía del 15, se reunieron todos y, con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios, regresaron al seno de sus familias dejando entre nosotros un luminoso ejemplo de su buena formación religiosa²⁰.

No fue ninguna mujer; y el bueno de Don Pestarino, que hubiera querido proporcionar esta satisfacción a quien, con más derecho que nadie estaba en condiciones de gozar de ella, es decir, a María y Petronila, hubo de decirles: «Os llevaría también a vosotras dos, ¿pero dónde os meto?». Y las dos se quedaron, contentas de poder ofrecer esta *pequeña gran* renuncia, como una gema preciosa que hiciera más fúlgida la gloria de la Santísima Virgen.

²⁰ BARBERIS G., *Il culto* 99-101; y *MB IX* 270-273.

Primera misa de dos Salesianos en Mornese

La Virgen las premió dándoles dos satisfacciones. La primera fue la relación minuciosa y exacta que les hizo el sastre Valentín Campi y su hermano, acerca de las maravillas vistas y oídas en Valdocco y de la gloria que circunda el trono de la Virgen Auxiliadora, en aquel su reino predilecto. La segunda fue la llegada —el domingo 20 de septiembre— de dos hijos de Don Bosco: Don Santiago Costamagna y Don José Fagnano para celebrar su primera misa en Mornese.

Don Bosco quiso que al día siguiente de su ordenación —domingo 20 de septiembre— ambos se encontraran en Mornese para celebrar allí su primera misa. Don Pestarino y aquellos buenos habitantes harían una digna corona a su inflamado fervor; y el aire balsámico, junto con los cuidados de su buen hermano, los restablecería de las pasadas fatigas.

«Llegaron cerca de medianoche, a pie, escribe Don José Pestarino. Don Santiago Costamagna fue, a la mañana siguiente, a cantar la misa a la parroquia, y Don Fagnano cantó la suya, sobre las 11, en la capilla del colegio; le dio más solemnidad la música de los cantores que vinieron con ellos de Turín, entre los que no podía faltar Gastini, siempre alegre y bromista. La fiesta, a pesar de ser casi improvisada, resultó muy solemne, con gran satisfacción de mi tío y de cuantos tomaron parte»²¹.

Para las Hijas de María, esta llegada representaba un aumento de trabajo, debiendo encargarse, en los casos excepcionales, de la cocina y del servicio de los huéspedes de Don Pestarino; ¿pero qué trabajo iban a encontrar pesado cuando, directa o indirectamente, se trataba de Don Bosco?

Además, a María Mazzarello este nombre le hubiera dado fuerza y valor para cualquier empresa, por lo que es de imaginar con cuánto amor procuraría que el breve descanso de Mornese reportara a los dos nuevos sacerdotes todo el provecho que esperaba el buen Padre. Don Fagnano se llevó consigo a su madre que, naturalmente, pasaba la mayor parte del tiempo con las Hijas de María en la Casa de la Inmaculada, y se admiraba de tanta virtud, revestida de una humildad alegre y llena de recursos.

²¹ Carta M de Don José Pestarino a su hermana Sor Rosalía, 2-4-1922 (Arch. Gen. FMA).

Don Bosco en Roma: aprobación de la Pía Sociedad Salesiana

1869. María Auxiliadora quiso consolar a su ferviente apóstol obteniéndole finalmente de la Santa Sede la aprobación de la Pía Sociedad Salesiana, por la que tantos viajes había hecho a Roma, sopor-tando rechazos, sufriendo humillaciones e interesando a la Santísima Virgen para que allanara el camino con alguno de sus milagros.

Antes de partir para Roma, Don Bosco había pedido oraciones especiales; y, desde la Ciudad Eterna, escribía pidiendo que, el 19 de febrero, los jóvenes hicieran turnos delante del Santísimo Sacramento, de modo que siempre hubiera alguno de ellos en adoración. Aquel mismo 19 de febrero, la Pía Sociedad de San Francisco de Sales era aprobada por la Sagrada Congregación, con verdadera alegría del Santo Padre Pío IX.

Era una gracia de María Auxiliadora, ciertamente, pero quien la traía era San José, el primer día del mes en preparación a su fiesta; por algo Don Bosco y toda su familia profesan un tierno y confiado amor al Santo, Patrono de la Iglesia.

Fiesta de familia y nueva Indulgencia

El día 5 de marzo Don Bosco volvía a Valdocco entre sus hijos, que no cabían en sí de gozo por la aprobación obtenida y por el hecho de tener nuevamente entre ellos a su buen Padre. El 7 se celebraba por primera vez en la nueva iglesia de María Auxiliadora la fiesta de San Francisco de Sales, y se daba la conferencia ordinaria a los Directores y miembros de la Congregación, entre los que estaba Don Pestarino que, si consideraba un deber participar en cada fiesta de San Francisco, no podía faltar a ésta que significaba una alegría tan grande para todos.

La noche del 8 de marzo, Don Bosco, al contar a la comunidad lo que había hecho en Roma por sus hijos, dijo que el Santo Padre había enriquecido con 300 días de indulgencia la jaculatoria *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Don Pestarino, llevando después a Mornese el eco de la alegría de aquellos días y el fervor en que se renovaba en sus visitas a Valdocco, colmaba el ánimo de sus paisanos, que eran ya todos de Don Bosco, especialmente María Mazzarello, cada vez más interesada por todo lo que se refería a este santo, lejos de su centro de trabajo y tan cerca de su espíritu.

Promesa querida, promesa cumplida

Esta vez Don Pestarino traía, además, una noticia muy buena y alentadora: pronto, muy pronto, llegaría Don Bosco para ver el colegio y tomar las resoluciones necesarias.

¿Llegaría para la fiesta de San José? ¿Para María Auxiliadora? ¿Quién sabe! Esperarían. Y esperaban, especialmente las felices moradoras de la Casa de la Inmaculada. ¡Qué grata resulta la espera de una persona querida!

Don Pestarino estaba seguro de que su Superior se alegraría de la oculta virtud de aquella Casa. ¡Cuánto trabajaban aquellas Hijas y sus alumnas! Cómo se prestaban espontáneamente a cualquier necesidad de la gente, a la vez que se ingeniaban por reducir al mínimo sus necesidades personales. Todo sonreía allí dentro y todo invitaba a la alegría: incluso los paseos al Roverno para la colada; y hasta las sencillas propuestas de recibir la paga aun antes de ejecutar los trabajos, para proveerse de lo necesario.

Don Bosco llegó el lunes 19 de abril, al anochecer, siendo recibido, como de costumbre, con muestras de gran estima y júbilo general. Como la vez anterior, se dirigió al colegio, donde la casa, más acabada que en 1867, se prestaba también mejor para recibirlo, y donde el afecto de Don Pestarino y las atenciones de las Hijas de María le prepararon un recibimiento lo más digno posible.

Durante los tres días que permaneció en Mornese, celebró la santa misa en la capilla del colegio y en la parroquia; hizo algún que otro fervorín —era su costumbre y Don Pestarino no dejaba pasar ciertamente ninguna buena ocasión—; confesó durante muchas horas y bendijo a algunos enfermos. En el tiempo que le quedaba libre, despachaba la correspondencia, visitaba detenidamente el colegio en construcción para dar destino a cada local, concretando, con Don Pestarino, la forma de llevarlo a término cuanto antes, superando las dificultades económicas. Faltaban aún puertas, ventanas y cerraduras; Don Bosco dijo que encargaría este trabajo a los artesanos de Valdocco, así como los bancos para las clases; para lo demás, enviaría a algún carpintero del Oratorio ²².

Exhortaciones paternas

Habló a las Hijas de María. Tuvo ocasión de verlas repetidamente en la iglesia y fuera de ella, y les habló de la necesidad y de las ven-

²² Cfr. MB IX 613-14.

tajas de mantener un porte correcto y desenvuelto, porque da buen ejemplo; hace el bien sin necesidad de sermones y demuestra a la gente quiénes son las verdaderas Hijas de María, dedicadas a la imitación de la Madre del Cielo. Les recomendó que no estuvieran en la iglesia con el cuerpo inclinado y el cuello torcido, sino bien derechas, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, los ojos bajos o la mirada puesta en el santo Tabernáculo; e insistió en la necesidad de vigilar para tener a raya los ojos.

Les recomendó asimismo la mortificación del gusto, no sólo aceptando de buena gana los alimentos que Dios nos envía, sino evitando hablar de la comida y soportando con alegría toda clase de privaciones. «Pensar en la comida y hablar de ella —son sus palabras— es degradarse». «Hablabla con tanta bondad —dice Petronila— y con una seriedad tan dulce...».

¿Observaría quizá en las Hijas y en las internas, que no se apartaban nunca de ellas, alguna falta al respecto? Nada tiene de extrañar.

Y el Padre, que veía acercarse cada vez más el día en que aquellas Hijas llegarían a ser el instrumento designado por Dios para una gran obra, las quería dóciles en todo a los divinos designios. Pero no decía nada, nada. Sólo cuando aludía al próximo uso del colegio brillaba en su mirada como una luz nueva, haciendo comprender que tenía pensadas grandes cosas para su inauguración; pero nada más.

Regresó el 22, después de constatar personalmente el afecto de todo el pueblo; cómo las Hijas sabían formar en la piedad y en la virtud a las jóvenes de los alrededores, sirviéndose del taller; cómo se mantenían fieles en superar todo obstáculo para reunir cada vez mayor número de niñas los días festivos: cuánta atención para poner en práctica su primer consejo: —*Reza, sí, pero trabaja... etc.* Aquel billetito había obrado milagros; y ahora —ya lo había visto— formaba realmente el programa de vida de las fervientes moradoras de la Casa de la Inmaculada.

Esta constatación de Don Bosco superaba con mucho la relación oral de Don Pestarino; y lo ponía en relación más firme con las Hijas, para una dirección más clara e inmediata.

Horario-programa

Esta vez se ocupó exprofeso de las Hijas y, de acuerdo sin duda con Don Pestarino, escribió de su puño y letra, en un pequeño cuaderno, una especie de horario, o mejor dicho un «reglamento para la

jornada». En total unas veinte páginas. El manuscrito de Don Bosco, desgraciadamente, no se ha encontrado: pero Petronila recuerda muy bien las líneas generales que, más o menos, son éstas:

«1.º Asistencia diaria a la santa misa, la que se celebraba para el pueblo a la salida del sol; durante la misma, cada una rezaba individualmente, como de costumbre, las oraciones que quería, no permaneciendo en la iglesia más de treinta o cuarenta minutos, como máximo.

2.º Trabajo y comidas, a ser posible a las mismas horas, seguidas de un tiempo de recreo y de descanso proporcionado a la necesidad de las niñas, tanto internas como externas.

3.º Por la tarde, también a hora establecida, un poco de lectura espiritual, sin interrumpir el trabajo, y al anochecer, el rezo del santo rosario, continuando incluso los propios quehaceres.

4.º Antes de ir a descansar, las oraciones del buen cristiano individualmente, y al pie de la cama, siete Ave Marías a la Virgen de los Dolores.

Durante las ocupaciones, un cierto silencio, y los sábados, un acto especial de mortificación en honor de María Santísima.

Los consejos principales eran éstos:

1.º Ejercicio especial de la presencia de Dios, mediante el uso de frecuentes jaculatorias.

2.º Amor al trabajo, de modo que cada una pudiera casi decirse a sí misma: Me mantengo con el sudor de mi frente.

3.º Trabajo constante sobre el propio temperamento para formarse un carácter bueno, paciente, alegre, capaz de hacer amable la virtud y más fácil la convivencia.

4.º Verdadero celo por la salvación de las almas. Por eso, en las relaciones con los externos, entrar en sus puntos de vista, interesándose prudentemente por sus cosas, para terminar luego con una buena palabra; exhortar a los padres a tener a sus hijas apartadas de los peligros.

Hacerse amar de las niñas más que temer; mantener una vigilancia solícita, continua, amorosa, no pesada, ni desconfiada; tenerlas siempre ocupadas con la oración, el trabajo y el recreo; formarlas en una piedad verdaderamente seria, combatiendo en ellas la mentira, la vanidad y la ligereza».

Don Pestarino les llevó este tesoro a las Hijas; y no tuvo necesidad de recomendarles su observancia: siempre obedientísimas, se hubieran arrojado al fuego, si Don Bosco lo hubiese querido; ¿podían

acaso dejar de practicar consejos tan conformes con sus deseos, tan sabios y agradables?

Indulgencia preciosa para los mornesinos

1870. 8 de febrero: Don Bosco, que se encontraba ya en Roma desde el 27 de enero, por asuntos delicadísimos ante la Santa Sede, obtiene muchas indulgencias del Santo Padre; y como una especial era para toda la población de Mornese, se lo comunicó enseguida a Don Pestarino. Los mornesinos, contentos y emocionados por este favor, quisieron perpetuar su recuerdo en la iglesia parroquial, con esta inscripción grabada en una lápida:

«D. O. M. - Cuando el inmortal Pontífice - Pío IX - a los votos - a las preces - del eximio sacerdote Don Juan Bosco - con breve 8 febrero 1870 - concedía - a los feligreses de Mornese - indulgencia plenaria diaria - comulgando - el clero y el pueblo - con voto - unánimemente agradecido - a expensas comunes - colocaron - esta lápida».

Don Pestarino, esperado en Valdocco

El 14 del mismo mes, Don Bosco anunciaba su llegada a Don Rúa para el día 22, y le decía que preparara la fiesta de San Francisco para el primer domingo de cuaresma, añadiendo a continuación: «... Como tengo suma necesidad y deseo de hablar con los Superiores de las otras Casas, de Lanzo y de Cherasco, que vengan los que puedan desplazarse. De Mirabello, Don Bonetti y Don Cerruti. Creo que Don Pestarino también estará...»²³.

¿Cabe imaginar que Don Bosco no se acuerde de Mornese y no tenga a Don Pestarino entre sus hijos más queridos?

Don Pestarino fue el 6 de marzo: no era necesaria una invitación para que acudiera a las principales fiestas de Valdocco: hubiera sido necesaria, más bien, una orden para que no tomara parte en ellas. Es fácil imaginar cuánto gozaría con los demás Directores y Salesianos, al cerciorarse por las narraciones de Don Bosco, de que, finalmente, la común Familia Salesiana recibía verdaderos y estables consuelos.

²³ MB IX 812. 825.

Finezas paternas

También él las tenía, puesto que Don Bosco, tras repetidas instancias, le había casi prometido ir a Mornese para la primera misa de su sobrino, Don José Pestarino. Volvió, pues, al colegio lleno de alegría y de esperanza.

Tenía motivos para ello. Don Bosco no sólo le complacería yendo en persona, sino que en una ocasión tan hermosa quería proporcionarle también la visita de su ex-secretario y amigo, que había seguido a Don Bosco haciéndose Salesiano. Don Bodrato era entonces sacerdote en Lanzo; por eso escribía a Don Lemoyne, Director de aquella casa: «... Creo que Don Pestarino espera a Don Bodrato para el domingo. Al pasar por Turín, recuerde que tengo algo que decirle. Yo iré allá el lunes...»²⁴.

En cambio, por las afirmaciones de Don José Pestarino, aparece claro que debió salir de Turín el sábado por la noche, para encontrarse en Mornese el domingo por la mañana. Quizá las insistencias de Don Bodrato, que con el lenguaje del afecto le hacía presente, el penoso vacío de su ausencia en un día tan querido para la familia Pestarino y para todo Mornese, lo indujeron a modificar su plan.

Doble fiesta en Mornese

Don José escribe al respecto:

«Don Bosco vino a Mornese para mi primera misa, el día 8 de mayo de 1870..., y en la fiesta que se celebró en la capilla del colegio en esta ocasión estaba presente también Don Costamagna. Este no sólo acompañó el canto sagrado durante la misa y, por la tarde, durante las vísperas y la bendición, sino que al final de la comida leyó una composición en prosa, que fue muy celebrada»²⁵.

Como siempre, Don Bosco fue el personaje más admirado, y estaba rodeado de muchos párrocos, unos veinte, que acudieron no sólo para festejar al neo-sacerdote, sino también para encontrarse con el apóstol de Turín. «No se pudo poner la mesa —narra Rosalía Pestarino, sobrina de Don Domingo, que se hallaba presente aquellos días de fiesta— porque era un continuo llegar regalos de fruta y de vino añejo».

²⁴ MB IX 867 y Anexo n.º 10.

²⁵ Del testimonio verbal y escrito de Don José Pestarino.

Cómo Don Bosco se eleva al pensamiento del banquete celestial

Don Lemoyne lo confirma cuando dice que: «... al aparecer en la mesa distintas clases de fruta madura y de aspecto magnífico, alguno de los comensales preguntó, bromeando, si en el Cielo habría manjares tan sabrosos.

Y Don Bosco empezó a hablar del Paraíso. Dijo que los sentidos de un cuerpo glorificado tendrían un premio inefable, adaptado a su nueva condición, en el magnífico banquete preparado por el Señor a sus elegidos; los serviría él mismo con manjares celestiales.

Y, citando las Sagradas Escrituras, les expuso verdades tan profundas y al mismo tiempo tan atrayentes, que aquellos buenos sacerdotes, olvidando los manjares que tenían delante, escuchaban embelesados, emocionados, y con las manos juntas, como si estuvieran oyendo a un ángel del Señor» ²⁶.

Humorismo juvenil salesiano

Esta fue la parte seria: una de esas elevaciones del espíritu tan corrientes en los santos. Y al otro extremo de la mesa, la juventud, siempre dispuesta a la alegría y a alegrar a los demás, sabía mezclar, en el júbilo general de aquella fiesta tan querida, inocentes notas humorísticas.

El blanco, elegido de común acuerdo, fue Don Costamagna, conocido ya en Mornese desde 1868, cuando, novel sacerdote, se hizo amigo de los sobrinos de Don Pestarino, poco más o menos de su edad.

Los párrocos, invitados para la misa de Don José, eran todos de cierta autoridad y, por su cargo, de cierta seriedad, por lo que a éstos les correspondieron los sitios de honor, mientras que Don Costamagna, el más joven y el más de casa, se quedó al fondo, con los miembros de la familia. Los amigos recordaban su jovialidad y la ponían a prueba.

«El primer día —escribe Don José Pestarino— recuerdo aún un gracioso episodio recogido por Don Campi (entonces clérigo Pipino), que divirtió a todos los comensales. Se estaba al final de la comida y se hablaba alegremente, cuando he aquí que aparece el clérigo Pipino llevando en una bandeja grande una enorme costilla de buey, limpia y descarnada que, con toda seriedad, coloca solemnemente de-

²⁶ MB IX 868.

lante de Don Costamagna. Imposible explicar los aplausos y las risas de todos ante esta ingeniosa ocurrencia. Todos nos levantamos a cumplimentar a Don Costamagna (costilla grande)²⁷.

«Al día siguiente, vino el resto. Casi cada plato tuvo su sorpresa. Primero, el asado: un corderillo adornado de flores. El trinchante lo corta con tal destreza, y el camarero sirve el plato con tal arte que, mientras todos pueden servirse a placer, a Don Costamagna no le llega más que la caja torácica, entera, pero... sólo costillas y tendones, sin una brizna de carne. Y, con el asado, una ensalada de hierbas imposible de tragar, condimentada con agua; después el dulce... cargado de sal y, finalmente, el vino exquisito: agua coloreada. Esta broma se la gastó el mismo Don Domingo, el único, quizá, de quien el pobre perseguido creía que se podía fiar. ¡En cambio!...

Servían a la mesa los muchachos del pueblo, Hijos de María; pero los vinos especiales los servía Don Domingo mismo. Cuando llegó a Don Costamagna, cambió hábilmente la botella por otra que le tenían preparada y le llenó el vaso de una mistela de precioso color de ámbar; pero "*ahí, quanto a dir qual era è cosa dura!...*" (¡Ah, cómo decir hasta qué punto era aquello áspero y salvaje!...).

A la mañana siguiente, el pobre Don Costamagna, fatigado quizá por el cansancio de los días anteriores, no oyó las repetidas llamadas a su puerta; no advirtió que el grupo de sus amigos había entrado en su habitación y, en vista de que no podían despertarlo, pusieron alrededor de su lecho velas encendidas simulando un catafalco. Sólo se despertó al canto sonoro de un formidable *requiem*.

De este modo, el simpático Don Costamagna, ya conocido por su porte angelical al celebrar la santa misa y acompañar los cantos sagrados, por la agilidad de sus piernas de gacela, corriendo siempre arriba y abajo por los valles que rodean el colegio, se ganaba ahora una verdadera popularidad, por toda la clase de bromas soportadas con... salesiana filosofía; que es como decir, con serena y comunicativa alegría²⁸.

Preciosa conquista de Don Bosco para la Pía Sociedad Salesiana

Mientras la juventud se divertía, Don Bosco reclutaba para su milicia a un soldado de valía. Escribe Don José Pestarino: «Recuerdo que

²⁷ De un escrito de Don José Pestarino (Arch. Gen. FMA).

²⁸ De las memorias de Rosalía Pestarino, presente y participe en todas las bromas de la mesa, e informada vez por vez de las otras, por sus hermanos.

el día 9 se presentó a Don Bosco el joven clérigo Juan Bautista Marrenco, para ser admitido en la Sociedad Salesiana, admisión que se realizó fácilmente, además, por los buenos informes de mi tío». Sí, Don Bosco, habituado a leer las biografías antes de que las vidas fueran vividas, vio, en aquella frente clara y en aquella mirada franca y profunda, la gran labor que tan vivas energías de mente y corazón sabrían realizar, cuando el joven clérigo fuera salesiano.

Don Bosco se ocupa directamente de las Hijas de María

No perdía de vista el fin secreto de sus frecuentes visitas a Mornese; en efecto, tuvo muchas conversaciones privadas con Don Pestarino y habló repetidamente a las Hijas de María, las cuales, naturalmente, corrían aquellos días con la marcha general y, especialmente, con la marcha de la casa. De este modo —sin darse cuenta y sin pensarlo— dieron una prueba palpable no sólo de sus habilidades, sino también de su desenvoltura y seriedad.

Alguna de las menos ocupadas pudo ir a confesarse con Don Bosco y, con su característico celo apostólico, consiguieron que fuese también la sobrina de Don Pestarino, la buena y vivaracha Rosalía. Había salido, sólo para esta circunstancia, del colegio de Ovada, donde se educaba; y al oír repetir a las Hijas de María y a su tío que Don Bosco era un santo, que leía en las conciencias y que una palabra suya hacía feliz a un alma, sintió deseos de preguntarle acerca de su vocación. Pero no quería confesarse, sólo por temor de ser reconocida. —Cúbrete bien con un chal —le sugirieron; y así embozada, la joven no pudo aducir ningún pretexto. Hizo su confesión general y, cuando hubo terminado, Don Bosco le dijo en tono solemne: «¡Hazte religiosa!».

En la despedida de Don Bosco y de Don Costamagna

Pasaron aquellos tres días y Don Bosco tuvo que marcharse, con gran pena de Don Pestarino que, con su Padre y Superior, sentía liberadas sus espaldas y su corazón del peso de la responsabilidad; con pena de las Hijas de María que, con sus palabras, se sentían más aminoradas a la piedad y el amor de Dios.

Regresaba también con él Don Costamagna, y los amigos quisieron darle el último testimonio de su afecto; por eso, cuando la carroza

estaba a punto de partir, por mano de Rosalía —una mocetona toda finura e ingenuidad— le ofrecieron un paquete grande de caramelos para el viaje. El les dio las gracias, emocionado, pero puesto en guardia, quizá por la sonrisita de Don Bosco, cuando arrancó la carroza quiso mirar... Al llegar la diligencia a San Silvestre y encontrarse allí a sus amigos con su hermana, que corriendo por el atajo, habían llegado antes, los amenazó con la mano, añadiendo a Rosalía, toda absorta en hacer reverencias a Don Bosco: «Ah, ésta me la pagarás». Y es que los caramelos de carbón, que contenía el paquete, eran muchos más que los verdaderos.

Nueva invitación de Don Bosco a Don Pestarino

El 10 de julio, Don Bosco escribía a Don Pestarino: «El día 20, 21 y 22 de este mes tendrán lugar las cuarenta horas en la iglesia de María Auxiliadora; si puede venir en esta ocasión, me dará una gran alegría y tendremos tiempo de hablar de nuestros asuntos... Buen viaje, y que Dios nos bendiga» ²⁹.

Los asuntos de Don Bosco con Don Pestarino eran cada vez más estrechos y nadie sabía con precisión sobre qué tratarían, aunque los más íntimos intuían que debía tratarse de la actuación de un designio cada vez más claramente indicado por Don Bosco.

Don Bosco revela a Don Francesia su proyecto en pro de los jóvenes

En efecto, este mismo año, sin ser preguntado, y con una seguridad realmente nueva, revela su idea a Don Francesia, que narra así la cosa:

Don Bosco por estos mismos tiempos, ya que estamos en 1870, sentía la necesidad de proveer a la instrucción y educación cristiana de las niñas —como había hecho para los jóvenes— y de reunir a las obreras los días de fiesta en honestos pasatiempos, para instruir las en las verdades más importantes de la religión.

Recuerdo que yo mismo, una vez, a la caída de la tarde de un día de otoño, fui a buscar a Don Bosco a una casa próxima a la iglesia de la Gran Madre de Dios.

²⁹ MB IX 892.

—Ahora, me decía, hay que pensar en las jóvenes.

—¿De qué modo?

—Fundando una Congregación que haga por las niñas lo que los Salesianos hacen por los jóvenes.

—¿Y esto lo hará pronto?

—Dependerá de las disposiciones de la Providencia.

—Pero, querido Don Bosco, ¿cuándo acabará de emprender cosas nuevas?

—El Señor sabe que no busco más que su gloria, y me ayudará; si ve que entra después la parte humana, El sabrá destruirla.

Como no acostumbraba violentar a Dios ni doblegarlo a sus propios deseos, antes bien, dispuesto siempre a rendirse a sí mismo e incluso a contrariar su voluntad, para cumplir la de Dios, esperaba los acontecimientos»³⁰.

³⁰ FRANCESIA G. B., *Suor Maria Mazzarello* 76-77.

Don Bosco se revela claramente Padre y Fundador (1871)

Los grandes proyectos de Don Bosco sobre el colegio

1871. A finales de febrero, Don Pestarino acudía a Valdocco para la reunión habitual de los Directores. El asunto tratado con Don Bosco se deduce de una frase escrita por él el 28 del mismo mes a su sobrino Don José: «He estado en Turín y se ha decidido la apertura del colegio en plan amplísimo. Don Bosco tiene ideas muy vastas y, por lo que he entendido, habrá que seguir edificando. Nos falta sólo el camino de acceso y estamos en ello, ¿pero cómo nos las componemos?...»¹.

De modo que Don Bosco pensaba en ampliaciones y aseguraba la apertura del colegio en *sentido amplísimo*; y Don Pestarino lo secundaba. Pero... ¿y la prohibición o, al menos, las dificultades puestas por la Curia de Acqui, no pesaban ya sobre su proyecto?

Casa Carante

Acqui estaba aún sin obispo y nadie se había vuelto a preocupar del colegio. El silencio de Don Bosco al respecto y su proyecto de apertura equivalía a un confiado: ¡Vayamos adelante *in Domino*!

Don Pestarino, en cuanto regresa a Morncse, se ingenia para cumplir el deseo de su Superior, pero para conseguirlo hay que comprar la casa Carante, contigua al colegio. El espacio de terreno que lo separaba de la misma, pertenecía, en sus dos terceras partes, al matrimonio Carante, propietarios de la casa, y la tercera, a Don Pestarino. Las dos propiedades estaban separadas por una pared suficientemente alta y sin

¹ Original de Don Domingo Pestarino (Arch. Gen. FMA).

comunicación alguna, de modo que la vecindad era tranquila y no daba sensación de servidumbre. Pero si Don Bosco hablaba de extenderse, no había más remedio que comprar la casa y el terreno.

Los trámites fueron tan breves y satisfactorios, que el 31 de marzo puede comunicar a Don Bosco que «se ha hecho la compra en su nombre, con todos los requisitos legales; que, en Mornese, la noticia de esta compra ha sido elogiada, especialmente por el alcalde; que, por medio de ayudas no pedidas e inesperadas, los gastos están cubiertos; que si él (Don Bosco) lo cree oportuno, puede mandar al notario y al perito —los cuales han puesto gratuitamente su trabajo— un libro, en señal de agradecimiento, y el resto lo hará él en botellas; que la casa estará libre a finales de junio, pero que, el alquiler revierte ya en su favor; que si quiere a alguien para tomar las disposiciones pertinentes sobre la parte rústica, le haría un gran favor; que él, entre tanto, no deja ni dejará de rezar y de mirar lo que haga falta para proveer...»².

Otra preciosa visita de Don Bosco a Mornese

El deseo de Don Pestarino fue satisfecho en mayor medida de lo que el buen sacerdote hubiera podido esperar, ya que para los acuerdos que habían de tomarse acerca de las necesarias adaptaciones de la casa Carante, Don Bosco mismo se trasladaba a Mornese a últimos de abril. Es fácil imaginar la alegría de Don Pestarino y de las Hijas de María por esta visita.

También la población debió alegrarse con la llegada de su gran amigo, siempre pródigo en consuelos y bendiciones para los buenos mornesinos. Es más, de esta breve permanencia de Don Bosco en Mornese, se conserva recuerdo particular por un hecho prodigioso entonces ocurrido.

Un niño de seis meses, hijo de Jerónimo Bianchi, no cesaba de llorar y sufrir a causa de la fractura de un brazo, ocasionada al fajarlo, cuando no tenía más que cinco días. El brazo, habiéndosele hinchado, empezó a supurar por ambas partes del codo, por lo que los médicos decidieron extraer el fragmento del hueso mediante una operación quirúrgica, que le dejaría el bracito lisiado. Habiendo empeorado y ante el peligro de gangrena, los médicos juzgaron que lo hecho no era sufi-

² Cfr. carta de Don Domingo Pestarino a Don Bosco, Mornese 31 de marzo de 1871 (Arch. Gen. FMA).

ciente y que no había otra solución que amputar el brazo. La pobre madre se opuso a ello, prefiriendo ver morir a su hijo antes que vérselo mutilado.

Se encontraba en esta angustia, cuando, al saber que Don Bosco se hallaba en Mornese, le llevó su niño para que lo bendijera y, ofreciéndole un generoso donativo (sus aderezos nupciales de oro), le suplicó que le dijera cuándo se efectuaría la curación de su hijo.

Don Bosco sonriendo respondió: «Porque sois generosa con la Virgen, creo firmemente que seréis escuchada y que a últimos de mayo el niño estará curado. Mientras tanto, rezad».

El mal continuó en su gravedad, sin ninguna mejoría, no sólo durante todo el mes de mayo, sino hasta la mañana misma del último día. Aquel día, clausura del mes de mayo, la familia había ido a la misa solemne y sólo se encontraban en casa la madre con su suegro. De pronto, al tocar las campanas de mediodía, el niño, lleno de alegría comienza a moverse y a agitarse, intentando, con el brazo enfermo—inmóvil hasta entonces—, quitar el velo que cubría la cuna.

El abuelo corrió a llamar a la madre que, fuera de sí por el estupor, vio que el brazo de su hijo estaba perfectamente curado, sin señal alguna de llagas, con el hueso sano y sin defecto.

El niño, curado, espabilado, y con una inteligencia superior a su edad, vivió todavía dos años, y murió de inflamación intestinal. Su madre lo llamaba «el hijo de la Virgen»³.

Una nota disonante entre las Hijas de la Inmaculada

La alegría y la luz que esta nueva visita de Don Bosco llevaba a las Hijas de María, no impidieron la punzada de una espina, que en aquellos días se dejaba sentir en su corazón.

El canónigo Olivieri había mandado a Mornese a una maestra de Fontanile, deseosa de permanecer para siempre con las Hijas de María, pero era un elemento nuevo que, por el hecho de tener mayor cultura, se creía superior a las demás y no se adaptaba suficientemente a la vida sencilla de Mornese.

Habituada a mandar en la escuela, creía poder hacer lo mismo en la Casa de la Inmaculada donde, por el contrario, todas obedecían, empezando por María Mazzarello, que, siempre la primera, se hacía la sierva de todas y no buscaba otra primacía que la del trabajo y el sacri-

³ Declaración jurada de Jerónimo Bianchi y de su hijo Don José (Arch. Sales.)

ficio. La recién llegada observaba, escrutaba, interrogaba...; hubiera querido salir de pasco casi todos los días, y con mucha frecuencia dejaba escapar de sus labios, con un deje de mal disimulado desprecio: «Haría falta... en vez de..., haría falta más instrucción!».

Las Hijas de María se miraban asombradas, y María Mazzarello preguntaba a Don Pestarino si había que ceder a tales novedades y dejar que, de verdad, aquella Hija más instruida y más segura de sí dirigiese...

«Seguid adelante como hasta ahora —respondía Don Pestarino— Don Bosco lo ha visto lo mismo que yo y, si no nos ha dicho nada, vosotras estad tranquilas: no respondáis a sus indirectas, que vienen muy bien para vuestra humildad, y no consintáis novedad alguna».

Lo que observó Don Bosco entre las Hijas de María

Sí, Don Bosco había observado esto y algo más; había observado, por ejemplo, la fidelidad de las Hijas de María al Reglamento-horario trazado por él el año anterior; se había dado cuenta también del progreso de las jovencitas que acudían al taller y al incipiente oratorio festivo, y había podido constatar la identidad de criterios entre él y Don Pestarino, además de la sabia y solícita destreza de María Mazzarello para ponerlo en práctica.

Había observado que, si bien Don Pestarino desde el altar y el confesionario mantenía el espíritu, María, siempre y en todas partes, nutría las almas con su linfa de piedad sólida, de actividad constante, de pureza, de obediencia, de humildad y de celo.

Desde hacía algún tiempo, además de los ya mencionados libros y opúsculos de San Alfonso María de Liguori, de Don Frassinetti y de Don Bosco mismo, circulaba entre las Hijas de María y las Nuevas Ursulinas, el libro (de Elisabeth Girelli) *Indirizzo e pascolo alla pietà delle giovani* ⁴. Era un fascículo de doctrina cristiana segura, de estilo sencillo, muy apto también para formar a las niñas del pueblo en la vida eclesial y doméstica, de oración y trabajo, de renuncia y apostolado, para los cercanos y los alejados, en un espíritu de sencillez, de santa unión con Dios y de una agradable amenidad.

Por aquellas fechas el pueblo vivía ajeno a los términos «tiempo litúrgico», «fiestas y funciones litúrgicas»; pero el libro de Girelli, con sus breves instrucciones y prácticas devotas para las principales solemnidades y circunstancias del año eclesiástico, sin decirlo, llevaba a la vida litúrgica, suscitando una ferviente atracción hacia los misterios

⁴ (Brescia, Tip. Episcopal 1863 - 2.ª ed.).

de Jesús y las glorias y las virtudes de la Santísima Virgen y de los más insignes santos Protectores de la juventud cristiana.

María ¿podía dejar de aprovecharse de él para sus queridas alumnas, y más después que Don Bosco había establecido un poco de lectura espiritual por la tarde, durante el trabajo en el taller? ¡Cuánto fruto sacaba de ello para sí misma y para los demás!

A Don Bosco no se le debió escapar tampoco este detalle; y, confirmado en su idea de que María Mazzarello conducía a la virtud y a Dios haciéndose más amar que temer, debió volver a Turín con una idea ya casi concreta acerca de aquel grupito de Hijas de María que podrían hacer realidad sus previsiones.

Aumento de personas y de industrias en la Casa de la Inmaculada

Mientras tanto entra también en la Casa de la Inmaculada Virginia Magone; pero al aumentar el número de jóvenes, aumentan también las necesidades de la casa y no hay trabajo suficiente para ocupar a todas las niñas, a pesar de que Petronila, con objeto de conseguir algo más, se presta a ir de casa en casa a cortar camisas u otras prendas de ropa blanca, llevándose algunas piezas para coser en casa.

Para esta misión exclusivamente suya, obtuvo el permiso de Don Pestarino, a condición de que permaneciera lo más próxima a la puerta; y ella no dejaba de obedecer estrictamente.

Pero ahora tampoco esto es suficiente. ¿Qué hacer entonces? María y Petronila deliberan y deciden comprar semilla de gusanos de seda; y ahí tenemos a pequeñas y mayores buscando hojas de morera y vigilando las cajas. En este momento aparece una novedad. Petronila, sin dejar de salir en busca de trabajo, va también a buscar hojas de morera; y, como se necesitan muchas, pide que le paguen con ese artículo, y no con dinero. Aceptando después el amable ofrecimiento de un buen hombre, que pone a su disposición su jumento para los trabajos más pesados, va y viene con dos o tres niñas, que le ayudan a cargar y a guiar el asnillo.

Un trabajo más, y quien tiene industria de gusanos de seda, sabe lo pesada que es; pero ¿qué no hubieran hecho aquellas buenas Hijas, con tal de practicar el consejo de Don Bosco: «Procurad manteneros con vuestro trabajo»; y qué podía parecerles pesado, cuando se veían rodeadas de un número siempre creciente de jovencitas y de compañeras?

Estamos en mayo; el mes de las mayores alegrías espirituales de Don Bosco, y también de las más importantes decisiones, dado su gran amor a la Reina del Cielo, sin la cual no emprendía cosa alguna.

Primera revelación de Don Bosco en pleno Capítulo Salesiano

Al comenzar el mes de María Auxiliadora, Don Bosco reunió el Consejo de la Pía Sociedad Salesiana: Don Rúa, Don Savio, Don Juan Cagliero, Don Durando, Don Ghivarello y Don Albera; y con los ojos llenos de aquella luz superior que resplandecía en él especialmente en los momentos más solemnes, con la frente serenamente pensativa y con voz emocionada, comenzó diciendo que los había reunido para una comunicación importante. «Muchas personas autorizadas —continuó— me han exhortado repetidamente a hacer por las jóvenes ese poco de bien que por la gracia de Dios venimos haciendo por los muchachos. Si debiese secundar mi inclinación, no me embarcaría en este género de apostolado; pero como las instancias son muy repetidas y proceden de personas dignas de toda estimación, temería contrariar un designio de la Divina Providencia si no tomase la cosa en seria consideración. Os la propongo, pues, a vosotros y os invito a reflexionar sobre ello en la presencia de Dios, a sopesar el pro y el contra para poder tomar luego la resolución que redunde a mayor gloria de Dios y bien de las almas; por eso, durante este mes, en nuestras oraciones particulares y comunitarias vamos a poner esta intención: *obtener del Señor las luces necesarias en este importante asunto*»⁵.

La noticia, como se ha podido ver, no era nueva para sus hijos: no obstante, aquel día el Padre habló de ello con tal solemnidad que —escribe Don Lemoyne— «los convocados se retiraron profundamente impresionados» y acordaron en el acto hacer todas sus oraciones y obras buenas con ese fin.

Don Bosco rezaba y hacía rezar y, a pesar de que en ese intervalo convocaba su Capítulo para otros asuntos urgentes, sólo al llegar al término fijado, trató el argumento en favor de las jóvenes.

Aprobación unánime

Al cabo de un mes —continúa Don Lemoyne— los reunió de nuevo y les pidió, uno por uno, su propio parecer, comenzando por Don

⁵ LEMOYNE, *Vita* II 126.

Rúa, el cual respondió: Yo diría que sí, porque si una joven es buena, puede hacer mucho bien en la familia y en la sociedad. Si, en cambio, es mala, para cuántos será lazo de perdición.

Cuando Don Bosco preguntó a Don Cagliero, todos se sonrieron, sabiendo que él se ocupaba ya con celo eficaz de varios Institutos femeninos de Turín y cuán grande era su aptitud para esa clase de apostolado. Sonrieron, pues, como diciendo que su voto no podía dejar de ser muy favorable.

Todos fueron unánimes en declarar la conveniencia de que Don Bosco proveyera a la cristiana educación de la juventud femenina, como había hecho con la masculina.

El colegio para las Hijas de la Inmaculada

«Pues bien —concluyó Don Bosco— ahora podemos tener por cierto ser voluntad de Dios que nos ocupemos también de las niñas. Y, para llegar a algo concreto, propongo que se destine para esta obra la casa que Don Pestarino está ultimando en Mornese.

Vosotros sabéis que ese edificio estaba destinado para los jóvenes; pero la Curia de Acqui no piensa lo mismo. Invitaremos a Don Pestarino, miembro de nuestra Sociedad, a que instale en dicha casa a las Hijas de María Inmaculada cuyo Director es en aquella parroquia. Las que quieran pertenecer al nuevo Instituto, formarán el primer núcleo de una familia religiosa, que abrirá oratorios festivos y centros educativos para las niñas»⁶.

Don Bosco explica parte de su idea a Don Pestarino

Establecida la cosa con su Capítulo, «a mediados de junio, el benemérito sacerdote Don Juan Bosco exponía a Don Pestarino de Mornese, en conversación privada con el mismo en el Oratorio de Turín, su intención de preocuparse de la educación cristiana de las niñas del pueblo. Declaraba que Mornese le parecía el lugar más adecuado para dicho Instituto, por la salubridad del lugar y por el espíritu religioso que allí reinaba; y, además, porque estando iniciada ya desde hacía años la Congregación de Hijas de María con el nombre de la Inmaculada, o nuevas Ursulinas, se podía elegir fácilmente, entre ellas, a

⁶ Memorias Inéditas: «*Schiarimenti sugli inizi dell'Istituto*» (Arch. Gen. FMA).

las que estuvieran más dispuestas y fueran llamadas a hacer vida común en todo, y a retirarse del mundo. En efecto, teniendo ya alguna idea de vida más reglamentada y de espíritu de piedad, se podría iniciar fácilmente el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, el cual, con el espíritu, el ejemplo y la saludable instrucción, se propusiera cultivar a mayores y pequeñas, y promover —a ejemplo de los Oratorios que el mismo Don Bosco fundó en la ciudad de Turín y de los colegios de jovencitos que ya hay diseminados en varias partes bajo su dirección, salvo aquellas pocas excepciones y variaciones indispensables a su sexo— el bien y la formación cristiana de tantas niñas pobres del pueblo. Después de esta exposición, le preguntó a Don Pestarino qué le parecía:

Don Pestarino, sin dudar, respondió:

—Si Don Bosco acepta la dirección de la misma y su protección inmediata y absoluta, yo estoy en sus inanos, dispuesto a hacer lo poco que pueda a este fin...

—Bien, prosiguió Don Bosco; por ahora basta. Recemos, pensemos y reflexionemos; confío que la cosa será para mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Y después de algunas observaciones y reflexiones acerca de la elección de las Hijas y las reglas fundamentales que pensaba redactar, Don Pestarino salió de la habitación de Don Bosco⁷, sin demorar su regreso a Mornese.

Don Bosco expone su nuevo proyecto al Papa

El 23 del mismo mes de junio, Don Bosco salía para Roma y, en una de las audiencias privadas, manifestaba al Papa la luz repetidamente recibida en sueños, de «su divina Inspiradora», para que se cuidara también de las niñas; los motivos que hasta entonces lo retraían de poner mano a tan delicada empresa, y los recientes hechos en los que parecía manifestarse la voluntad divina, al proporcionarle los medios para la empresa, le estaban como diciendo que debía ir adelante; y le suplicó que le diera un oportuno consejo sobre el particular.

El Vicario de Jesucristo le escuchó y después dijo: «Lo pensaré, y en otra audiencia os diré mi parecer». Cuando volvió días después, Don Bosco antes de que él hablase, oyó de labios de Pío IX: «He reflexionado sobre vuestro proyecto de fundar una congregación de reli-

⁷ Manuscrito incompleto A bis de Don Domingo Pestarino (Arch. Gen. FMA).

gias, y me ha parecido de la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Mi recomendación es ésta: que tengan como fin principal hacer por la instrucción y educación de las niñas lo que los miembros de la Sociedad de San Francisco de Sales hacen en pro de los jóvenes. En cuanto a la dependencia, que dependan de usted y de sus sucesores, lo mismo que las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, dependen de los Paúles.

Redactad en este sentido sus constituciones y haced la prueba: el resto vendrá a continuación»⁸.

Don Bosco, que hasta entonces había avanzado a paso lento, cuando tuvo la aprobación y el consejo del Papa, sintió la necesidad de apresurar el paso.

Don Bosco revela a Don Pestarino todo su proyecto

Así es que, cuando se encontró con Don Pestarino, con ocasión, quizá, de su onomástico, aplazado al 9 de julio, le contó lo que había dicho el Vicario de Jesucristo respecto a su institución femenina, exponiéndole la idea del Papa: esto es, hacerla en todo semejante a la de San Francisco de Sales y dependiendo del mismo Superior.

Y aquí nos parece asistir a la exposición paternal de Don Bosco a Don Pestarino, todo ojos y oídos para no perder una sílaba.

—En esto está también de acuerdo mi Capítulo. Mire, Don Pestarino, antes de hablar con el Santo Padre, quise oír el parecer de mis más fieles colaboradores. Por esto, en reunión particular con mi Capítulo, ordené que se rezara durante el mes de la Virgen para obtener las luces necesarias a tal fin. Hemos rezado mucho, especialmente el día de María Auxiliadora, porque, en realidad, se trata de la gloria de nuestra Celestial Madre. Luego nos reunimos de nuevo antes de partir yo para Roma, y todos están de acuerdo en que se debe iniciar una congregación femenina. De ahí que podemos estar seguros de la voluntad de Dios y de la ayuda del cielo; por esto, ahora vamos a redactar un borrador de reglas, más o menos como las nuestras, con las debidas modificaciones. A las nuevas religiosas les daremos el hermoso nombre de *Hijas de María Auxiliadora*: ¿está contento, Don Pestarino?

Y respecto a la casa... pensamos que, para evitar disgustos con la Curia de Acqui, podían instalarse después en el colegio.

⁸ LEMOYNE, *Vita* II 127.

Don Pestarino, entre la espada y la pared

Don Bosco, mientras hablaba, debía estar leyendo en los ojos de Don Pestarino la lucha interna suscitada por estas últimas palabras y, como buen Padre, debió continuar con un afecto que era a un tiempo participación en la angustia de aquel hijo que tenía delante, y deseo de consolarlo.

—Terminaremos felizmente el edificio, y la casa Carante servirá para el capellán o Director, para usted, mi querido Don Pestarino. Ya vera, ya verá...

El pobre Don Pestarino debió encontrarse realmente entre la espada y la pared: por una parte las dificultades, que veía insuperables, y por otra, la plena adhesión de su corazón a las disposiciones del Padre amado, del santo Superior. ¿Cómo lo vería el pueblo? ¿Todos suspirando por el colegio de chicos, y ahora resulta que es para las chicas, ¡para monjas! ¿No clamarían todos contra él, contra Don Bosco, por haberlos traicionado?

Y aquellas Hijas, por muy piadosas y virtuosas que fueran, ¿estarían dispuestas a hacerse religiosas? Sabía que eran felices en su estado, pero ninguna le había hablado de hacerse religiosa. María Mazzarello, de jovencita, lo había deseado vivamente, y su extraordinaria inclinación a la vida de perfección podía ser una señal segura: también a Petronila le había aconsejado su padre que se hiciera Hija de la Caridad, pero fue una idea pasajera. Y para el bien de la parroquia, ¡se habían hecho tan útiles aquellas Hijas! ¿Y sus familias?

¿Qué podía responder, si todo estaba en contra suya?

«¿Cómo haré para conocer las que tienen vocación?»

Sin embargo, sabemos que, cuando Don Bosco terminó de exponer su proyecto, de los labios temblorosos de Don Pestarino no salió más que esta pregunta: —¿Cómo haré para conocer quiénes de entre las Hijas tienen vocación?

Aquellas —respondió el buen Padre— *que son obedientes hasta en las cosas más pequeñas, que no se ofenden por las correcciones recibidas, y manifiestan espíritu de mortificación.* Por lo demás, Don Pestarino —debió continuar Don Bosco—, no se preocupe, hagamos las cosas con calma; confiemos en la Divina Providencia respecto a la hora y al modo de llevar a cabo nuestros proyectos: y sigamos adelante, una cosa detrás de otra.

El coloquio había terminado. Nunca como aquel día Don Pesta-

rino debió besar con tanta fe y reverencia la mano del Superior que le hablaba con afecto de Padre, reteniéndole la mano entre las suyas como para decirle, tácitamente, palabras de apoyo sobrenatural; nunca, quizá, como aquel día sintió el peso dulce, pero vinculante, del voto de obediencia; y aunque no exento de sufrimiento, se alegró de tener un sacrificio, el mayor de su vida, para ofrecer al buen Dios.

Y partió para Mornese: ansiaba llegar y hubiera querido que estuviera en el polo, pues le parecía que todos iban a leer en su cara lo que, sólo por amor de Dios y de Don Bosco, debía llevar a cabo. Tenía razón para ello.

Las Hijas de María, informadas del secreto que les atañe tan de cerca

En la Casa de la Inmaculada, cuando lo vieron, se miraron extrañadas, asustadas; ellas, que estaban tan contentas porque habían vendido los gusanos de seda y querían ofrecerle lo que habían sacado —cerca de 500 liras—, se quedaron sin palabra al ver a su Director tan cabizbajo, envejecido en pocos días.

«Otras veces —dijo Petronila— volvía de Turín transfigurado; pero ahora... ¿qué habría ocurrido? ¿Una desgracia? ¿Don Bosco enfermo, quizá? Cuando se quedaron a solas con él María y Petronila, Don Pestarino no pudo contenerse:

—¡Hay grandes novedades, hijas! ¡Si supierais! ¡El colegio ya no será para chicos; Don Bosco quiere que se instalen allí las Hijas de la Inmaculada!

—¿Las Hijas de la Inmaculada?!

—¡Imaginad la reacción del pueblo! Pero por ahora no se puede decir nada. ¡Rezad solamente!».

Cuando salió Don Pestarino, las dos amigas se miraron fijamente, como si quisieran leer el porvenir; después de un breve silencio, María dijo: «Sí, recemos mucho por Don Pestarino, que el Señor le ayude. En cuanto a nosotras..., si Don Bosco pone en el colegio a las Hijas de la Inmaculada, tanto mejor. Podremos ir también nosotras».

Como siempre, María tomaba las cosas por el lado mejor y más fácil; las dos, humildísimas, no hubieran podido imaginarse lo que se estaba tramando. Por el contrario, Petronila añadió: «Ni siquiera soñábamos que se pensase en nosotras. Sólo sabíamos que aquel cambio soliviantaría al pueblo y proporcionaría terribles quebraderos de cabeza al pobre Director».

La pena del corazón no le ata las manos a Don Pestarino

El corazón de Don Pestarino no se encerró en su pena. Emocionado por la generosidad de las Hijas que, aun careciendo de lo necesario, ponían en sus manos el producto de los gusanos de seda, por cuya causa habían sacrificado muchas horas de sueño, obsequió con un regalito a las alumnas que habían colaborado; y a María y Petronila, les prometió un rosario, promesa de la que debió olvidarse. Pero a ellas les bastaba con haberle dado una prueba de agradecimiento, y ver que le había gustado.

Y tanto le había gustado, que lo consideraba como una voz de la Divina Providencia, a la que Don Bosco le había recomendado encomendarse respecto al tiempo y al modo de llevar a cabo el proyecto. Comenzó, pues, un doble trabajo: el trabajo material en la casa Carante, contando con la aportación de las Hijas de María, y el de observarlas a ellas y a sus alumnas, según la recomendación de Don Bosco, para discernir con seguridad quiénes eran llamadas por Dios a la vida religiosa.

Las «Lecturas Católicas» para la juventud femenina

El verano de 1871 estuvo cargado de trabajos y consuelos para Don Bosco, pero fue también el que puso, en cierto modo, las bases del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Con la idea de preparar místicos jardines para su divina Inspiradora, tenía dispuesto que el octavo fascículo de las Lecturas Católicas del año en curso ofreciese a sus lectores *La corona della verginità*, y el noveno, *La giovane cristiana*.

Con el primero —traducido del francés, de autor desconocido, perteneciente al siglo XV—, presentaba una guirnalda de cinco flores: el lirio del candor, la violeta de la humildad, la rosa encarnada de la caridad, el girasol de la paciencia y el muguete de la fe, unidas por el hilo de la obediencia y de la constancia.

Con el segundo —a cargo de S. D. N. Z.— presentaba consideraciones y lecturas acerca de las relaciones de la joven cristiana con Dios, con la familia y con las amigas; el guardarse de la inconstancia del humor, de la ligereza, de la afectación, etc.; normas para el estudio y consideraciones acerca del valor del aseo, del orden, de la cortesía y de la urbanidad.

De este modo, mientras los dos folletos, al penetrar en las familias mejores y depositar en ellas la celestial semilla de selectas virtudes cristianas y civiles, podían suscitar a un tiempo ideales sublimes de pureza para consagrar a la Reina de los Vírgenes, el Apóstol de la juventud daba la *primera forma reglamentaria* a su proyecto acerca de las futuras religiosas.

El primer esquema de las Reglas

En efecto, aquel mismo verano, probablemente en casa de la condesa Corsi, en Nizza Monferrato, o bien en Lanzo, durante los Ejercicios Espirituales, Don Bosco le entregaba a Don Pestarino el primer bosquejo de las Reglas que le había anunciado, recomendándole que las revisara: era sólo una especie de esquema, sometido a revisión y corrección... con el que podría, sin dificultad, comenzar a formar a aquellas buenas Hijas en el espíritu salesiano y ver, entretanto, quiénes se prestaban mejor a conseguir el fin. Era un deseo de la Virgen, y el éxito no podía fallar.

Don Pestarino recibió el cuaderno como un don del cielo, y prorrumpió en esta espontánea exclamación: Ahora sí, con este cuaderno ya sé cómo regularme.

El buen Padre se sonrió; él, que tenía una visión tan amplia de las cosas y una estima tan grande por aquel hijo suyo, tan humilde y generoso.

Cuando regresó a Mornese y se puso a estudiar el precioso cuaderno, Don Pestarino añadió de su puño, en la cubierta del mismo, una fecha que lo explica todo, para él y para nosotros: 1871 —24 de mayo— significando así que aquella era una flor nacida en la fiesta de María Auxiliadora.

El cuaderno revela todo el amoroso interés de Don Bosco por la naciente institución: la Madre Petronila declaró que aquello estaba escrito de puño y letra del Padre ⁹; y quien conoce el inmenso trabajo de Don Bosco en aquellos días, no puede por menos de emocionarse ante el comprensible trabajo, asumido voluntariamente.

Habituado a servirse de lo que, por haber sido ya experimentado y aprobado por otros, le daba una cierta seguridad de éxito y de con-

⁹ Así afirmó Madre Petronila en sus declaraciones: pero no se ha encontrado este cuaderno autógrafo de Don Bosco; y aquel en el que Don Pestarino puso un añadido, del que se habla más arriba, no está escrito por Don Bosco. Véase también la correspondencia de Don Lemoyne con Don José Pestarino (Arch. Gen. FMA).

fianza también para sus cosas, Don Bosco siguió en esta labor el mismo procedimiento empleado en la compilación de las Constituciones de los Salesianos.

Leemos en el volumen V de las *Memorias Biográficas*, en la página 693: «Con mucha dificultad logró hacerse con los textos de las Constituciones de las principales Ordenes y Congregaciones Religiosas..., y cuántas vigiliass, cuántas lecturas, coloquios y correspondencia epistolar con eminentes personas, que por su doctrina y experiencia podían darle alguna luz. Tanto más que él argumentaba que su Congregación debía asumir formas externas que la distinguieran de las otras, despojándola de ciertas prácticas y costumbres excesivamente ascéticas...».

Este primer bosquejo de reglas, repite, en realidad, puntos que son elementos comunes a otros Institutos femeninos de vida activa, especialmente al de las Religiosas de Santa Ana, a la vez que se distancia de él en la formación espiritual, especialmente en lo relativo a la pobreza, obediencia, etc. Especifica la naturaleza, el fin del Instituto y el sistema que lo rige, con dependencia del Superior Mayor de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. Establece el horario del día, las prácticas de piedad en común y, entre ellas, la media hora diaria de meditación, la confesión semanal, el rosario y la lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento y un recuerdo a los dolores de María Santísima. Prescribe el silencio moderado durante el día, a excepción de los recreos, y el silencio riguroso desde las oraciones de la noche hasta después de las oraciones de la mañana; hace alusión a un hábito y presenta varios artículos disciplinarios¹⁰.

Allí se siente al Padre que, sin imponer de un golpe el desprendimiento de las antiguas costumbres, abre el camino propio de una vida religiosa.

¹⁰ Anexo n.º 11.

Tiempo de transición (1871-1872)

Nueva luz en el mismo camino

Las Hijas de María Inmaculada solían ir a la iglesia a hacer la visita por la noche, como toda la población de Mornese; Don Bosco no toca ese punto del horario. A veces iban a cuidar a alguna enferma, cuando se lo pedían, con el consentimiento de Don Pestarino; y Don Bosco admite este artículo, a pesar de que no parece fuera de su agrado, pues queda eliminado más tarde, admitiéndolo sólo en casos excepcionales. Las Hijas de María estaban acostumbradas a una vida de mortificación; y Don Bosco, ateniéndose al uso de las religiosas del tiempo, hace alusión a un permiso que no se encuentra en las Reglas Salesianas y que, generalmente, no lo considera para todos, aunque no se oponga a ello: las disciplinas, de la que se sabe con certeza que, en casos extraordinarios, él las permitía, y hasta las aconsejaba.

Don Pestarino leyó el trabajo con la atención que requería: y, con la libertad que Don Bosco le había dado, añadió algunas ligeras indicaciones, a través de las cuales parece oírsele razonar consigo mismo: Este título de *Hijas de María Auxiliadora* es bellissimo y a las Hijas llegará a gustarles, sin duda; pero... un poco más adelante. Ahora, creo yo, hay que hacérselo entrar sin que apenas se den cuenta. No están preparadas todavía para dejar el suyo de «Hijas de la Inmaculada».

Por otra parte, también Don Bosco es todo de la Inmaculada. Este nombre, unido al otro, no altera nada y sienta bien. Y el título de «Hijas de María Auxiliadora», lo modifica él, en el cuaderno, de este modo: *Hijas de María Inmaculada y de María Auxiliadora*.

También añade de su puño y letra en la cubierta: Bajo la protección «de San José, de San Francisco de Sales y de Santa Teresa», los santos que se mencionaban ya en el capítulo IX de las Constituciones, como patronos particulares del Instituto.

El cuaderno debió ser para él no sólo objeto de estudio, sino su guía fiel en el cometido que se le había confiado.

Don Pestarino abre un horizonte nuevo a las Hijas de la Inmaculada

Un día, cuando las alumnas externas estaban comiendo, se presentó, y hablando como si se tratara de la cosa más natural del mundo, dejó entender que Don Bosco quería fundar una congregación religiosa que se cuidara de la juventud femenina, y que pensaba elegir de entre ellas las primeras piedras de la nueva obra.

La tranquilidad con que fue acogida la noticia lo persuadió al momento de que no había sido entendido del todo. Pero no se preocupó, tanto más que las palabras «Congregación» y «Don Bosco» habían hecho cruzar un rayo de luz por la mente de María Mazzarello; y él sabía que la cosa aun sumariamente entendida por ella, encontraría también en el momento oportuno la comprensión y el favor de las otras.

Primeros pasos por el camino abierto

Por eso, pasó, sin más, a decir que convenía prepararse a algo más perfecto en la vida diaria; por ejemplo, empezar a hablar en lengua italiana, en vez de en dialecto, pues llegarían pronto otras Hijas y muchachas forasteras, que, de otro modo, se encontrarían a disgusto. Añadió que las prácticas de piedad se podían hacer en común. «Y dirigiéndose a mí —narra Petronila—, me preguntó: —¿Sabes los misterios del rosario? —Y me los hizo decir y repetir en presencia de las demás. Al ver que todavía no los sabía, me recomendó estudiarlos en el libro.

Nosotras, antes, rezábamos el rosario en casa, con nuestra familia, donde lo dirigía el padre; en carnaval, en cambio, y durante el mes de mayo, se rezaba en la iglesia, y allí lo dirigía algún hombre más devoto, creo que un médico; y estábamos acostumbradas a meditar los misterios, sin fijarnos en las palabras. Después, cuando comenzamos a rezarlo con las niñas, en el taller, decíamos el *Pater* al comenzar la decena, y el *Gloria* o el *Requiem*, al final; y cada cual meditaba como sabía. Ahora, en cambio, teníamos que decirlos como estaba escrito en el libro, y nuestra memoria, que nunca se había ejercitado en esto, era un poco dura. Figurémonos, además, ¡aquél no tener que hablar más en dialecto! Todo se iba haciendo más difícil.

A continuación, Don Pestarino venía a hacerme aprender asimis-

mo el *Angelus* y el *De profundis*, y cuando estuvo bien seguro de que lo sabía decir en alta voz, me dijo: —Veamos un poco, ahora, si eres capaz de dirigir las oraciones. Así es que yo fui la primera en hacer esto... y dar, fuera de casa, una prueba no fácil de lengua italiana.

Ya se sabe, nuestro italiano consistía en dar otro giro a la lengua y, especialmente, a la terminación de las palabras que, en dialecto, eran truncadas; y nos salían algunos disparates que, si estábamos solas, nos producían mucha risa, pero si había alguien... hacía reír a los presentes, y nosotras nos reíamos también, pero nos poníamos más coloradas que un tomate.

Un día, de los primeros de este difícil período, me encuentro con el párroco y me detiene para preguntarme no sé qué cosa. La idea de tener que responderle en italiano a él, persona culta, naturalmente me aturdió más de lo acostumbrado, y no sé lo que llegaría a entenderme. Me miraba de un modo, que aún me daba más vergüenza que las risas de los mornesinos. En cuanto vi a Don Pestarino, le conté mi valentía y mi confusión; y me contestó muy seco: —Pues bien, no has hecho más que lo que debías».

Las Hijas de la Inmaculada continuaban yendo a la parroquia a la santa misa; pero, como no podían rezar en alta voz, decían primero en casa, comunitariamente, las oraciones de la mañana y, si tardaban en tocar a misa, hacían también un poco de meditación; después, en la iglesia, oían en silencio la santa misa, rezando cada una por su cuenta.

Más tarde, Don Pestarino les enseñó el verdadero modo de hacer meditación en la media hora asignada, dejando que, primero, hubiese una lectura lenta, con alguna pausa, porque aquellas buenas jóvenes, habituadas a vivir la fe práctica, se hubieran desanimado si, de buenas a primeras, hubieran tenido que profundizar, durante aquella media hora, en un pensamiento para sacar afectos y la resolución final.

Prácticamente hubieran podido ser, y lo eran, maestras seguras para otros de una cierta vida espiritual, pero de formas, teorías y sistemas no sabían nada y, delicadísimas hasta el escrúpulo en la obediencia, se hubieran desorientado, quizá, si se hubiera pretendido conducir las a prisa por otro camino.

¿Silencio absoluto?

Lo mismo ocurrió con el silencio. Cuando se les aconsejó el silencio durante el día, a excepción del tiempo de recreo, se lo tomaron tan a pecho, que tenían escrúpulo hasta de cantar un canto religioso.

Y como habían estado siempre muy calladas, por esa necesidad espontánea de su unión con Dios, ahora creían un deber exigírselo también a las niñas, que, naturalmente, lo encontraban pesado, y se lo saltaban siempre que podían.

Ocurrió un día, en que las niñas estaban más movidas, que una de las más bulliciosas fue apartada de sus compañeras para que, callando ella, dejara callar a las demás. Pero... la juventud ganó la partida y comenzó, entre las alumnas, una animada conversación a base de señas, que terminó en una farsa graciosa de risa reprimida, en lugar de palabras; hasta que Rosina Mazzarello, más de casa que las otras, dijo en alta voz, como para excusarse y excusar: «Así no se puede seguir, siempre con la boca cerrada». ¿Qué hacer? Reírse con ellas, de momento; y, luego, María habló del particular con Don Pestarino, quien permitió que, cuando las niñas dieran muestras de cansancio, se hiciese un poco de lectura. Poco cra; pero, por de pronto, pareció una buena solución: y, cuando no se rezaba en alta voz, las mismas jóvenes se turnaban para leer. Se entiende que, preferentemente, sañan a leer las que más necesidad tenían de mover la lengua.

Fórmula nueva y devoción antigua

Había que aprender también los siete dolores de María Santísima. Esta devoción gozaba de las simpatías de Don Bosco desde su juventud. Quizá la aprendió de mamá Margarita. Lo cierto es que fue una primicia de sus escritos a la Virgen el opúsculo titulado *Corona de los siete dolores de María, con siete breves consideraciones sobre los mismos, expuestas en forma de Via-Crucis*. Lo había escrito en 1844, antes de salir del Convictorio eclesiástico, con ocasión de una novena y fiesta en honor de la Virgen de los Dolores; y tenía el siguiente prólogo: «El fin primario de esta obrita es facilitar el recuerdo y la meditación de los acervos dolores del tierno Corazón de María, cosa a Ella muy agradable, como más de una vez lo reveló a sus devotos, y medio efficacísimo para obtener su patrocinio». El cambio de los tiempos no había cambiado el corazón del Padre, que quiso incluir también esta devoción en su *Giovane provveduto*.

Las Hijas de la Inmaculada daban ya culto a la Dolorosa, como es sabido: delante de su imagen, expuesta en la capilla de casa Pestarino, habían recibido la medalla de Hijas de María y habían volcado su corazón en suave ternura filial a la Reina del Cielo. Delante de aquella hermosa imagen se turnaban en la vela dolorosa del jueves

santo; y, después del primer horario recibido de Don Bosco, eran fide-
lísimas al rezo de las siete Ave Marías a la Dolorosa, antes de ir a des-
cansar. ¿Cómo no les iba a gustar ahora hacer cada día, en siete horas
distintas, la conmemoración especial de los dolores que tanto marti-
rizaron el corazón de la Madre divina? Y con cuánto fervor añadían
después la breve oración, repetida frecuentemente durante el día, «Eter-
no Padre, os ofrecemos...» etc., tan grata al corazón cristiano.

El sereno abandono de María Mazzarello: no pregunta ni cómo ni por qué

Estas pequeñas e imprevistas consonancias espirituales entre el Pa-
dre y las Hijas hacían feliz a María Mazzarello en el nuevo camino
por el que se disponía a entrar, y la hacían suspirar por la fúlgida auro-
ra que las colocaría, a ella y a las demás, bajo la directa dependencia
de Don Bosco, en cualquier familia religiosa en la que él quisiera in-
corporarlas.

Feliz abandono de un corazón sencillo en manos de la Divina Pro-
videncia; sencillo y optimista. Cuando supo que Don Bosco y Don
Pestarino iban a construir un colegio para niños en Mornese, exclamó
llena de alegría: «¡Qué cosa tan hermosa! Así acabaremos de pensar
sólo en modas, y trabajaremos por los jóvenes».

Más tarde, al enterarse de que el colegio sería para las Hijas de la
Inmaculada, arguye: «Tanto mejor, así podremos ir también nosotras».

Finalmente, cuando se le comunica que Don Bosco piensa fundar
una familia religiosa y elegir de entre ellas las piedras fundamentales,
no pregunta ni el cómo ni el porqué. No se para en ninguna dificultad
o, si la prevé, descubre en seguida el modo de superarla; y, muy lejos
de pesar la importancia de las palabras *piedras fundamentales*, espera
ver la llegada de las nuevas religiosas para unirse a ellas en la más
humilde y piadosa dependencia. Estaba tan segura de la maleabilidad
de las compañeras y de las niñas internas que, a pesar de las dificul-
tades ocasionadas por el porte altanero de la conocida maestra de Fon-
tanile, sólo con su ejemplo venía dando a toda la casa el rostro sereno
de la vida religiosa.

Don Pestarino, que observaba en silencio la acción de la gracia
y buscaba secundarla con la guía de las Reglas, había elegido a Petro-
nila, en lugar de María, para dirigir las oraciones, no tanto porque
María, siempre más bien delicada, tenía que levantarse más tarde a
veces, sino por otra razón más poderosa.

Libre de la preocupación material de dirigir a las compañeras con su voz, podía observar, por su natural intuición y su destacada habilidad en el gobierno, el porte, el fervor, las naderías que a otra quizá se le hubieran escapado, pero que dan la clave para conocer la inclinación del espíritu y guiarlo por los caminos del Señor. Mas, guardándose muy bien de revelar los motivos de la elección, pudo admirar las industrias de María para ayudar a Petronila a aprender cuanto antes y a desempeñar lo mejor posible su nuevo oficio. Verdaderamente, María confirmaba día a día las esperanzas puestas en ella.

Consuelo y esperanza de Don Pestarino en la tormenta

Este tesoro de virtud que, suave y fuerte, arrastraba los ánimos a cumplir los deseos de Don Bosco, era para el pobre Don Pestarino el único consuelo en su turbación ante la tormenta prevista. La sentía condensarse sobre su cabeza, a medida que los trabajos apremiaban más, y le parecía sentir ya el estallido del trueno a su alrededor cada vez que le hablabau del colegio. Esperaba que la bondad de aquellas Hijas le obtendría, a él, la fuerza necesaria para sobrellevarlo todo con mérito, y, al pueblo, la gracia de resignarse al desengaño, sin detrimento de la piedad. ¡Qué lejos estaban los mornesinos de tan amarga sorpresa!, y había que temerlo todo de aquellos ánimos vehementes, si se hubieran creído tremendamente burlados.

Una nueva flor: Corina Arrigotti

Para distraerlo un poco de sus angustias y de sus tristes pensamientos, el Señor mandó a la pequeña familia de la Casa de la Inmaculada una nueva flor.

Don Pestarino había conocido al contratista de la carretera Mornese-Gavi, quien le rogaba que hiciera lo posible para que las Hijas de la Inmaculada admitieran, como alumna interna, a una sobrina, hija de una hermana suya difunta, a quien el padre ponía en los mayores peligros, llevándola de fiesta en fiesta, pues era joven, agraciada y culta. La jovencita, que apenas tenía 17 años, de naturaleza ardiente, corría hacia la perdición. Fue admitida; pero como su padre era muy contrario a la religión, para conquistarlo, el cuñado le dijo que en Mornese su hija podría seguir los estudios de piano, sin ningún gasto, porque ella misma, a la par que estudiaba, podía dar lecciones a otras

niñas. El padre, negociante y organista, cayó en la red de la ambición y del lucro, y, contento de que su Corina, sin gravar los intereses familiares, acrecentara su habilidad en el piano y en el trabajo, él mismo la acompañó a Mornese.

Fue recibida con gran alegría, a pesar de que, con su lujo, llevaba a la Casa de la Inmaculada una vanidad hasta entonces desconocida.

El padre quedó tan admirado de la cordial acogida de las Hijas de la Inmaculada, que no advirtió ni la extrema sencillez de sus costumbres ni aquel entorno humilde y piadoso en el que debería moverse Corina. Don Pestarino lo invitó a comer en su casa, con su hija, tratándolo con la generosa hospitalidad que le caracterizaba y disponiendo que, a su partida, lo acompañasen un buen trecho Corina y una Hija de la Inmaculada; esto terminó de conquistarle el corazón, de modo que volvió a casa plenamente satisfecho.

Corina iba, pues, a estudiar música, y las Hijas de la Inmaculada estaban muy contentas de que, finalmente, hubiera alguien que, según les había dicho Don Pestarino, pudiese tocar el hermoso piano que había quedado de siempre en la Casa de la Inmaculada, ya que su legítimo dueño, el sobrino de Don Pestarino, estaba casi todo el año fuera de Mornese. Esperaban, y con razón, poder, de este modo, aprender mejor los cantos para alabar al Señor.

Trabajo maternal de María Mazzarello con Corina

A nuevos huéspedes, nuevas necesidades; y también, iutuyó en seguida María Mazzarello, nuevos peligros. Corina era de naturaleza ardiente, educada, pero rebelde: ¿qué efecto produciría en las otras? Hasta entonces las niñas habían sido muy sumisas.

Las costumbres contraídas en medio de una vida disipada, como había sido la de Corina, ¿podrían cambiarse antes de que salpicara el veneuo del mal ejemplo? Y aquella cabecita tan cuidadosamente compuesta, ¿se sometería al recogimiento de las otras? Quizás sí; María comprendía que su fondo era bueno, y abrigaba la esperanza, no lejana, de la gloria de Dios. Pero entretanto, con la excusa de no querer abrir su conciencia a los sacerdotes que la conocían y con el pretexto de no poder contar al ministro de Dios todas las locuras de su vida pasada, no quería saber nada de acercarse a los santos sacramentos. A la oración en común comenzó a amoldarse bastante pronto, y lo mismo a no estar tan pendiente de su persona; pero confesarse, no: ¡a eso no se doblegaría nunca!

María Mazzarello vigilaba para que no se escandalizase ninguna; rezaba para que aquella rosa silvestre se rindiera a la gracia; y, rodeándola de afectuosas atenciones para ganarle el corazón, intentaba moverla con argumentos de fe. Una noche, cuando las demás fueron a acostarse, se quedó con Corina, para intentar vencer las últimas resistencias y, con el fin de conmover su corazón, le trajo dulcemente el recuerdo de su madre difunta.

Corina se emocionó al recordar el vacío que había dejado la muerte en su juventud. Entonces María le dijo con bondad: «Y si tu madre estuviera en el Purgatorio y necesitara de una comunión tuya bien hecha, ¿tendrías el valor de negársela? Se debe estar muy mal en el Purgatorio: no quieras, con tu buen corazón, dejar a tu madre en aquel mar de fuego».

La joven quedó impresionada y conmovida y prometió que cumpliría con este deber, y al día siguiente, ayudada de la luz con que María Mazzarello iluminaba su espíritu, y del fuego que encendía su caridad materna, pudo deshacer el nudo de su conciencia embrollada y hacer una buena confesión y comunión. El Señor le compensó este sacrificio hablándole tan suavemente al corazón, que Corina quedó vencida, y emuló muy pronto a las compañeras más obedientes y fervorosas.

Visita de Don Bosco a Albissola

Don Bosco, durante su primera visita al incipiente colegio de Varazze, aprovechando un buen día de primeros de diciembre, se acercó a Albissola, de donde, más que de otros amigos y bienhechores suyos, le habían llegado esta vez reiteradas invitaciones del buen sacerdote Francisco Piccone.

Dicho sacerdote había fundado, hacía unos quince años, el Instituto de las Hijas de la Inmaculada y, por lo que parece, sentía necesidad de una palabra de aliento para seguir adelante en su difícil empresa.

Don Bosco, pues, fue allá, y cuando visitó a aquellas buenas religiosas y se encontró a la Superiora barriando, dijo al momento: «Me basta con esto. El Instituto es pequeño, pero tiene buenos cimientos. Crecerá. En el primer período, un poco despacio, pero crecerá»¹.

¹ Carta de la Superiora General de las Hijas de María Inmaculada, Sor Flavia Del-fino, Savona, 31 de marzo de 1939 (Arch. Gen. FMA).

Don Bosco, enfermo en Varazze

La noche de aquel mismo día —6 de diciembre— Don Bosco volvió a Varazze, pero, de pronto, se sintió tan mal que tuvo que meterse en cama. Avisado Don Rúa, no tardó en comunicar la triste noticia a todas las casas, para que todos se mantuvieran unidos en la oración.

«Cada día llegaban forasteros al colegio, y no era poco el trabajo —escribe Don Francesia— para responder a telegramas y cartas que llegaban de todas partes»².

¿Y Don Pestarino? ¡Pobre Don Pestarino! Como si fueran pocas las nubes que se cernían sobre su cabeza y encapotaban el cielo, venía a sumarse ahora la enfermedad de Don Bosco.

Don Pestarino y las Hijas de la Inmaculada, por Don Bosco enfermo

Todo lo que pasó entonces por aquel corazón de hijo y de apóstol, se trasluce por la siguiente carta:

Mornese, 17-12-1871

Muy reverendo y querido Don Rúa:

Me ha causado un gran dolor saber que nuestro amadísimo Padre común se ha agravado en su mal. Confíemos en María Auxiliadora.

Anoche tuve reunión con las Hijas de la Inmaculada; les avisé y vinieron todas las del pueblo. Les comuniqué la dolorosa noticia, y todas prometieron rezar todo lo que puedan para obtener la curación.

Se acordó comenzar un triduo en la parroquia, en honor de María Auxiliadora, pagando los gastos entre todas, y recibir la santa comunión con este fin; todas las que puedan, prometieron hacer una visita especial al Santísimo Sacramento cada día; y tuve el consuelo, en medio de la pena, de oír que una de ellas me pedía permiso para ofrecer la vida por Don Bosco, y esto me lo repitieron otras, dispuestas a morir, para que el Señor conserve la vida de Don Bosco; piensan hacer su holocausto en la santa comunión.

Yo accedí de mil amores a esa propuesta y ofrecimiento y, no pudiendo decir nada más, di por terminada la reunión.

² FRANCESIA, *Suor Maria Mazzarello* 85.

Este ejemplo, debo confesarlo, me animó a hacer yo otro tanto durante el santo sacrificio.

Esperamos que el Señor escuche la oración y el ofrecimiento de estas almas que, voluntariamente, sin sugerencia alguna, se determinaron a hacer tal ofrecimiento. Esta mañana he tenido también una reunión con los hombres y jóvenes, y les he recomendado rezar y ofrecer la santa comunión, y lo mismo a todas las jóvenes y mujeres de los centros de Santa Teresa; celebré después la misa cantada en el altar de la Santísima Virgen y terminé con la bendición, recomendando a todo el pueblo que pidiera por Don Bosco e hiciera rezar en familia.

Escribí al señor arcipreste de Acqui, para que comunicara a los párrocos y sacerdotes conocidos la gravedad de Don Bosco, y a las Hijas de la Inmaculada de las parroquias próximas a Acqui, para que recen todos y hagan rezar.

Los centros de las parroquias de por aquí, creo que, a estas horas, están ya todos avisados, como recomendé.

Esperamos, repito, y confiamos que las oraciones de tantas almas nos obtengan del Señor y de María Auxiliadora la suspirada gracia. Acuérdesse de mí, como yo me acuerdo de Vd. Créame su

afectísimo en Jesucristo
*Domingo Pestarino, Pbro.*³

No se sabe si esta carta revela más la gran caridad de Don Pestarino o su humildad; quizá, ambas virtudes. No contiene una palabra de pena, una alusión a su persona; toda su atención se dirige a un solo fin: interesar a las almas piadosas para que recen y obtengan de la divina misericordia la salud de Don Bosco. No olvida a nadie: hombres, mujeres, jóvenes de ambos sexos, sacerdotes amigos suyos y de Don Bosco, Hijas de la Inmaculada de la parroquia y de otros centros más apartados. Todas las oraciones repetirán el mismo nombre: todas las comuniones impetrarán la misma gracia, todos los sacrificios tendrán una misma intención.

¿Quién podía ser aquella *una* entre las Hijas de la Inmaculada, que espontáneamente había ofrecido su vida por Don Bosco y sabía ejercer tan eficaz influjo en derredor, de modo que otras, y hasta Don Pestarino, se ofrecen al Señor dispuestos a una substitución? Acude en seguida al pensamiento el nombre de María Mazzarello, dada la pro-

³ Original en el Arch. Sales.

funda veneración que sentía por el apóstol de Turín y su innata necesidad de sacrificios por los demás y por la mayor gloria de Dios.

Pero Don Pestarino, con todo su amor a Don Bosco, con aquel nuevo proyecto aún inseguro respecto a las Hijas de la Inmaculada, con la dolorosa perspectiva de la posible pérdida del Padre, del consejero, del apoyo seguro y venerado, ¿se limitaría sólo a escritos y telegramas para recibir noticias seguras y frecuentes? ¿No seguiría el impulso del corazón y volaría a Varazze para cerciorarse personalmente de lo que tanto le interesaba?

No se conserva ninguna nota al respecto, a excepción del recuerdo de Don Francesia, cuando revela su emoción al sorprender a Don Bosco dictando su última voluntad a Don Pestarino ⁴.

Lo que sí sabemos seguro es que el mes de diciembre transcurrió también en Mornese en un alternarse de esperanzas y temores por la curación de Don Bosco: y que la gruta de Belén, las pajas del pesebre, las tiernas adoraciones de la Virgen, el canto de los pastores, todo tuvo una única voz de súplica salida de aquellos corazones devotos: —¡Salvador del mundo, salva a nuestro querido Don Bosco!

En las huellas de Don Bosco y por Don Bosco: la primera huerfanita

Para mover al Corazón de Jesús a escuchar pronto sus oraciones, María Mazzarello hizo una obra de caridad, que le granjeó aún más las simpatías del pueblo y la admiración del Cielo.

Mientras había que repartir, entre la comida y la cena, las pocas provisiones que había y era preciso industriarse y hacer mil piruetas para tener lo indispensable y para llenar el calendario, acogió en la Casa de la Inmaculada a una niña de nueve años, Rosina Barbieri, huérfana de madre, cuyo padre, habiéndose dejado llevar del alcohol, era incapaz de cumplir sus deberes paternos.

En Mornese era conocido por Cinín y su hija, por Cinina; una pobre florecilla marchita, en peligro de quedar envuelta en el fango del camino; María Mazzarello quiso preservarla en su invernadero, donde no le faltarían ni el cuidado de amables jardineras ni el calor de la caridad que salva y regenera.

⁴ FRANCESIA, *Suor Maria Mazzarello* 86.

Los mornesinos van a Varazze a ver a Don Bosco

1872. Don Bosco, superadas las crisis de su dolorosa enfermedad, comenzaba una lenta convalecencia. Don Pestarino, que llegó a Varazze el 2 de enero, para pasar allí algunos días y aprovechar, posiblemente, aquel tiempo precioso para sus asuntos y los de las Hijas de la Inmaculada, terminó de concretar lo que ya había insinuado al grupo de los más fieles: una excursión de doce mornesinos a Varazze, para ver a Don Bosco y darle una alegría, como se habían propuesto hacer, en caso de que se curara.

Según declaraciones de los supervivientes, se pusieron en camino después de la misa del día de Epifanía y, cual arriesgados y valientes montañeses, partieron sólo con el bordón del Pobrecito de Asís, provisto cada cual de comida para un par de días y alguna cosilla más para obsequiar a Don Bosco.

Después de varias horas de fatigoso camino, y el último tramo en tren, llegaron a la estación de Varazze aquella misma noche, ante la admiración de todos, asombrados de aquel extraño y alegre grupo de hombres, vestidos a la antigua, y deseosos únicamente de ver a Don Bosco.

No digamos nada del recibimiento que les hicieron a su entrada en el colegio, ni de la alegría que en ese momento experimentó Don Bosco, con sólo saber que estaban en casa.

Pasaron allí la noche, y a la mañana siguiente —domingo—, durante la misa de precepto, se acercaron todos devotamente a la santa comunión, gozando después de todas las facilidades para estar con Don Bosco, cual amigos devotos y fieles.

Introducidos por el mismo Don Pestarino en la habitación del amado Padre, que, si bien convaleciente, seguía aún en cama, se sentaron a su alrededor. Él, incorporado sobre las almohadas, sonriente y cordialísimo, fijó la mirada en cada uno, llamándolo benévola y cordialmente por su nombre, acogiendo su saludo y el de todo el pueblo, y mostrándose casi curioso de ver lo que llevaban consigo.

Nada más agradable: una verdadera escena de pastores de Belén ante la cuna de Jesús Niño; porque, al igual que aquéllos, quién le ofrecía unas palomas, quién un par de pollos, quién un buen vino añejo, reservado sólo para los grandes amigos y para las grandes ocasiones; y Don Bosco se alegraba, contenía las lágrimas de emoción, y les dirigía palabras llenas de agradecimiento.

Terminada la presentación de sus dones y sentados junto a su lecho,

llegó el momento de las noticias, pues a Don Bosco le gustaba conocer las cosas de aquellos viejos amigos, y ellos gozaban contándoselas hasta en sus menores detalles. También él tenía una noticia que darles; una noticia que jamás se hubieran esperado y que, ¡pobrecillos!, les iba a lacerar el corazón. Por eso... poco a poco, el amoroso Padre los iba preparando, ya que, el seguir callando todavía, hubiera podido parecerles una falta de confianza, cosa impropia de Don Bosco, siempre leal hasta con los mismos adversarios.

Don Pestarino le había asegurado que aquellos doce hombres arrastrarían todo lo que fuera, antes que ocasionarle a él y a Don Bosco el más mínimo disgusto; y Don Bosco, con suma prudencia en las palabras y en la motivación, reveló todo lo que él y Don Pestarino habían decidido respecto al colegio y a las Hijas de la Inmaculada.

Los doce inclinaron la cabeza, y, mientras el corazón de Don Pestarino permanecía trepidante, Don Bosco, con su dulce humildad característica, más expresiva aún por el sufrimiento que la enfermedad había marcado en su rostro y por la importancia del momento, hablaba despacio, pausado, observando la expresión de sus oyentes.

Uno de los que integraban la comitiva recuerda todavía la impresión de aquellos momentos: «Me parece revivir aquella media hora que yo llamaría solemne... Cuanto más nos entusiasmábamos nosotros hablando del colegio, más reticentes se mostraban en las respuestas Don Bosco y Don Pestarino, hasta que Don Bosco, lanzando un profundo suspiro, reveló el gran secreto.

—¡El colegio!... A vosotros, amigos y confidentes, se os puede decir la verdad, ¿no es cierto? Aunque sea dolorosa, aunque sea contraria a nuestro deseo y al vuestro. No estaba escrito quizá en el cielo que nuestro querido Mornese tuviese su colegio para niños. Han surgido muchas dificultades y muchos obstáculos que no es del caso referir. ¡Los tiempos son difíciles!... Quiere decir que vuestros hijos vendrán a Turín, o aquí, al colegio de Varazze; en los colegios de Don Bosco siempre habrá un puesto para los niños de Mornese, ya lo sabéis ¿verdad?... En el colegio, si la Providencia no dispone otra cosa... ¿No os gustaría que María Auxiliadora hubiera elegido a Mornese para tener una familia religiosa que llevase su nombre? Vosotros, tan devotos de la Virgen, ¿no estaríais contentos de que vuestras Hijas de la Inmaculada se convirtieran en religiosas Hijas de María Auxiliadora?...

A las Hijas de la Inmaculada, ya las conocéis... Si la Virgen nos ayuda, habrá que pensar también en las jóvenes, y la Casa de la Inmaculada no sería suficiente, porque quién sabe cuántas vendrían también

de fuera... Habría que ensanchar las paredes. Después de todo, el colegio sería para vuestras hijas. Aún no hay nada seguro, y no conviene hablar de ello siquiera; es una confidencia entre amigos; y que quede aquí entre nosotros.

Confieso sinceramente que todos nosotros estábamos entre dos fuegos: de indignación reprimida y de voluntad de plegarse a las justas razones de Don Bosco. Nos daba también pena Don Pestarino, que se le veía sufrir a causa de nuestra desilusión y nos animaba con la mirada a aceptar las nuevas disposiciones de la Providencia y de Don Bosco...

Cuando, después de consultarnos sin palabras los unos a los otros y una vez desaparecidas un tanto las arrugas de nuestra frente, dimos nuestro consentimiento pronunciando el penoso pero sincero: —Lo que Don Bosco hace está bien hecho...— otro profundo suspiro salió del pecho de Don Bosco. Pero entonces fue un suspiro de satisfacción como el de Don Pestarino, considerado por nosotros como el «gracias» salido de sus corazones que, como los nuestros, habían sufrido la imprevista tormenta y se alegraban por la recobrada calma.

«¡Ahora, amigos, a comer!»

Después de un intercambio de palabras afectuosas, de augurios recíprocos y de saludos cordiales, dijo Don Bosco: Ahora, amigos míos, hay que comer, y comer bien, porque os queda mucho camino que andar... y fatigoso...»⁵.

Durante la comida, Don Pestarino, que no los acompañaría a Mornese, estuvo con ellos. De Varazze iría a Canelli, donde su sobrino Don José, precisamente aquellos días, había caído enfermo de bronconeumonía. Aquel momento le venía muy bien para reiterar la recomendación de Don Bosco: «De momento, conviene que guardéis silencio sobre lo que se os ha confiado. Ya veré yo cuándo y cómo convendrá dar a conocer la noticia en el pueblo».

Entre las dos y las tres de la tarde del 7 de enero, la comitiva vuelve a visitar un momento a Don Bosco, para presentarle su último saludo, augurarle un pronto y total restablecimiento y pedirle que los bendiga a ellos, a sus familias y a todo el pueblo de Mornese. Y Don Bosco les respondió de nuevo con su habitual y bondadoso: «Sí, sí. ¡Gracias! ¡Estemos alegres! ¡Estemos alegres!».

⁵ FRANCESIA, *Suor Maria Mazzarello* 89.

Cuando salieron de aquel colegio, donde, durante casi 24 horas, habían gozado y sufrido tanto, y donde dejaban tan grato recuerdo, Don Pestarino se quedó solo con Don Bosco, el cual, casi enseguida, volvió al tema de las Hijas de la Inmaculada.

La Epifanía del Instituto femenino de Don Bosco

Sin duda ya había pedido información al respecto, pero como ahora el nudo más difícil —el del destino del colegio— se puede decir que se había deshecho delante de aquellos buenos representantes de Mornese, encontró llegado el momento de dar un paso adelante.

Después de cerciorarse, por tanto, de que las Hijas de la Inmaculada daban esperanzas de buen resultado y de que, de las que vivían en comunidad, Don Pestarino podía responder que estaban dispuestas a la obediencia y a hacer cualquier sacrificio por el bien de sus almas y las de los demás, Don Bosco concluyó: «Así, pues, se podría dar comienzo a aquello de que hablamos este verano en Turín. Y si lo cree conveniente, cuando vaya a Mornese, reúna a las Hijas de la Inmaculada, para que den el voto para formar el Capítulo [Consejo Directivo] y convoque también a todas las del pueblo que son de la Congregación de la Inmaculada o Nuevas Ursulinas.

Dígales que recen, que tengan buen ánimo; todo se hará para mayor gloria de Dios y honor de la Virgen: desde aquí pediré al Señor y a la Virgen por ellas y para que bendigan al nuevo Instituto»⁶.

En el pensamiento del Padre, el Instituto ya había nacido, puesto que pedía al cielo que lo bendijera, y lo revelaba en la fiesta que recuerda la manifestación de Dios a los gentiles por medio de los Reyes Magos.

¡Epifanía de 1872! Escribamos con caracteres de oro esta fecha, que señala el nacimiento de la segunda familia de Don Bosco. Todo sucede en el silencio, en la sombra, pero no por esto es menos importante; el cielo habló en sueños a Don Bosco y expresó de forma explícita y sancionó su voluntad con la palabra del angélico Pontífice, y con la misma serena docilidad de Don Bosco a los designios de la Divina Providencia.

El mundo no sabe nada de todo esto, como no supo tampoco del milagro de Dios en el corazón de los Magos. Sólo más tarde apare-

⁶ Cfr. Manuscrito A de Don Domingo Pestarino (Arch. Gen. FMA).

cerán las formas exteriores, las modalidades necesarias para la implantación de una obra tan hermosa entre los hombres; pero las Hijas de Don Bosco nacen hoy, y llevan al corazón del Padre, apenas convaleciente, la sonrisa de muchas esperanzas que no se desvanecerán.

Las primeras Reglas, en manos de las Hijas de la Inmaculada

Don Pestarino, de nuevo en Mornese, después de haber estado en Canelli, fue a ver a las Hijas de la Inmaculada y, después de transmitirles los saludos del Superior y hablarles del interés que tenía por su porvenir, les entregó el ejemplar de las reglas, a las que, desde hacía unos cinco meses, iba poco a poco habituándolas y aficionándolas. Les recomendó que las leyesen con atención y con fe, y que pasaran después particularmente a decir si pensaban o no aceptarlas y entrar en el nuevo Instituto que Don Bosco iba a fundar. Añadió que, naturalmente, eran libres de elegir lo que creyeran más conveniente para su alma. Por eso, que pensarán y rezarán, para conocer la voz de Dios.

¡Leer y entender! No era empresa pequeña descifrar un manuscrito, cuando la mayor parte de ellas se las veía y deseaba para leer letra impresa.

Por fortuna, esta vez estaba la maestra de Fontanile y, para las que querían hacérselo leer y releer, comentar y explicar, estaba la joven Corina, ya de casa, que, bajo el influjo benéfico de la piedad y del afecto de María Mazzarello, se hacía cada día más dócil y buena.

María Mazzarello se decide en seguida por Don Bosco

María Mazzarello no tuvo necesidad de pensarlo mucho: si Don Bosco había pensado y escrito, o hecho escribir todo aquello para ellas, era lo que el Señor quería de ella; y hubiera estado dispuesta a caminar sobre fuego, para aceptarlo en seguida sin reservas.

Estaba tan segura de hallarse en el verdadero camino que, cuando tuvo consigo a su hermana Felicina, la animó a dejar a la señora Nina y a quedarse en la Casa de la Inmaculada con ella, para disponerse desde entonces a lo que decidiera Don Bosco.

Felicina deseaba, hacía mucho tiempo, unirse a su hermana, atraída

por el mismo ideal de perfección y de bien, pero las lágrimas de la señora Nina, que la amaba como a una hija, la habían retenido siempre. Pero ahora, con el fervor de su hermana María, se volvió elocuente también ella; y tanto insistió, tanto habló de Dios y de Don Bosco, que sin disgustar a la que por espacio de diez años la tenía consigo, venció y fijó su tienda en la Casa de la Inmaculada. Sus padres se quedaron un poco asombrados, y también un poco molestos, pero ya sabían que si María había hablado en nombre de Don Bosco, ni ellos ni nadie hubiera podido disuadir en lo más mínimo ni a la una ni a la otra.

Petronila se lo piensa

A Petronila, en cambio, le costaba ceder. Ser religiosa, sí, era algo muy hermoso, especialmente ser religiosa de Don Bosco. Pero tener que hacerlo todo como las demás, y a tiempo establecido... Le parecía imposible confesarse y comulgar los días prescritos: ¿y si, precisamente aquellos días, ella no estaba dispuesta? Todas verían que ella faltaba. Y aquel vestido de uniforme ¿a qué venía? ¡Cuántas incógnitas, pobre Petronila! ¿Y las «disciplinas»? Este problema se resolvió en seguida. Todas, incluso María Mazzarello, estuvieron en desacuerdo y, en un general consenso, dijeron: No, a esto decimos que no. De modo que, al menos en un punto, Petronila podía estar tranquila.

Después de algún titubeo, se armó de valor y le dijo a Don Pestarino que no estaba dispuesta a abrazar aquellas Reglas. Se esperaba una reprimenda; en cambio, Don Pestarino le dijo, casi con indiferencia: Bien, quédate como eres, simple Hija de la Inmaculada. Hubiera preferido una riña, habría querido incluso una imposición... pero eso de poder hacer lo que quisiera, la ponía en aprieto. Al ver respetada su libertad por la voz más autorizada, comenzó a mirar las cosas con otros ojos. Después de tantos años que trabajaba con María, ¿se iban a separar ahora? Y, ella sola, ¿qué haría? ¿Iría Felicina en su lugar? ¿Irían aquellas jovencitas que, con tanto entusiasmo, oían a María Mazzarello apoyar las razones de las Reglas, la felicidad que Dios prepara para el alma religiosa, lo bueno que aprenderían y harían, cuando llegaran las Hermanas y las Superiores que enviaría Don Bosco? Porque, María estaba segura de ello: Don Bosco las mandaría. De Petronila ¿qué iba hacer la Virgen?

A éstas y otras dificultades María respondía: ¿Qué es todo esto comparado con la gracia de consagrarse al Señor? Y Petronila se pre-

sentó de nuevo al Director para decirle que haría lo que quería Don Bosco, porque comprendía que ésta era la voluntad de Dios.

Reunión decisiva con las demás Hijas de la Inmaculada del pueblo

Aquellas de entre las nuevas Ursulinas que iban a ver a las compañeras de la Casa de la Inmaculada fueron advertidas por éstas de lo que se rumoreaba, e invitadas también a leer las Reglas, para apreciar su valor. A las demás, las puso al corriente de todo el mismo Don Pestarino, y las animó a reflexionar si alguna se sentía llamada a la nueva Institución.

El 29 de enero, fiesta de San Francisco de Sales, hizo cuanto le había sugerido su Superior. Reunió, sin decir nada a ningún extraño, a las que vivían en la casa próxima a la iglesia, con todas las demás del pueblo; y después de repetir cuanto Don Bosco le había aconsejado y de rezar el *Veni Creator Spiritus* ante el Crucifijo puesto sobre una mesita entre dos velas encendidas, pasó a la votación.

Estaban presentes veintisiete Hijas de la Inmaculada: y actuó de escrutadora Angela Maccagno.

Del escrutinio resultaron veintiún votos a favor de María Mazzarello, de José, llamada de la Valponasca, tres votos para Petronila Mazzarello, dos para Felicina y uno para Juana Ferrettino. Quedaba, por tanto, elegida Superiora María Mazzarello, con la casi unanimidad de votos, lo cual daba a entender el concepto en que tenían a María todas las Hijas de la Inmaculada, incluso las que no compartían su ideal. La misma María Mazzarello se levantó para dar las gracias a todas, pero al mismo tiempo pedía calurosamente que la dispensaran de una carga que no se consideraba capaz de llevar.

Algunas de las electoras advirtieron que, si le habían dado los votos, debía aceptar, pero, por mucho que insistieron con buenas razones, ella se mantuvo firme en rehusar, declarando que sólo se doblegaría ante la obediencia. Don Pestarino respondió que él no podía darle esta orden, si antes no recibía el parecer de Don Bosco. Este nombre fue una luz para María, la cual, dirigiéndose a las compañeras, les pidió poner en manos de Don Bosco la elección de la primera Superiora, advirtiendo que esto era conveniente en todo sentido: las otras consintieron, con tal de que ella se quedase al menos como primera asistente, con el título de Vicaria, según las Reglas, y fue aceptado.

Pasaron después a la elección de la segunda asistente y salió Petro-

nila, con diecinueve votos; se retiraron estas dos, y nombraron maestra de novicias a Felicina, y ecónoma, a Juana Ferrettino. Como Superiora de las Hijas del pueblo, o nuevas Ursulinas, quedó Angela Maccagno.

Publicados los nombres de las elegidas y, tras unas palabras de exhortación y de norma para todas y el rezo del *Laudate Dominum*, Don Pestarino dio por terminada aquella reunión, de la que Mornese no debía saber nada aún y cuyos efectos las Hijas debían presentir ⁷.

⁷ Cfr. Manuscrito A de Don Domingo Pestarino (Arch. Gen. FMA).

Piedras fundamentales del Monumento vivo a María Auxiliadora (1872)

Primeros acuerdos sobre el hábito religioso

Siguiendo el hilo de los acontecimientos, es lógico pensar que durante la estancia de Don Pestarino en Varazze al lado de Don Bosco convaleciente, éste debió de hablarle de su reciente visita a Albissola. Le hablaría de la grata impresión recibida de aquellas buenas Hijas de la Inmaculada, de su hábito tan sencillo, tan apropiado para religiosas que deberían compartir con las propias educandas la vida diaria hasta en el juego, y, al mismo tiempo, un vestido no diferente del que usaban generalmente las jóvenes más dadas a la piedad.

Admitido esto, encuentra aquí su lugar la relación de Petronila: «Una mañana —dice— busco a María para recibir su consejo acerca de un vestido de encargo, y no logro encontrarla por ninguna parte. Cuando, después de algunas horas, me la veo aparecer, no puedo por menos de manifestarle, un poco seria, mi impaciencia. María, entonces, con los ojos más sonrientes de lo acostumbrado, me dice que se ha encerrado para hacer, por orden de Don Pestarino, un modelo de hábito religioso tal como se lo había descrito, porque Don Bosco debería decidir después si era así como iríamos vestidas. Y me enseñó un hábito de color marrón, como el de los frailes, pero sin cordón y con una esclavina larga hasta el codo.

Sólo entonces entendí el significado de la palabra *uniforme* escrita en la Regla, y que tanto me había dado que pensar, sin que mi amor propio me dejase manifestar aquella duda, porque no quería pasar por ignorante hasta ese extremo».

Una segunda relación, sacada de las memorias del coadjutor salesiano Pedro Enria, enfermero de Don Bosco en Varazze, nos hace pensar en otra probable visita de Don Pestarino a Don Bosco, para

hablarle del resultado de la reunión, presentarle el modelo del hábito, y para alguna otra cosa más, no grata, pero prevista.

El relato de Enria, después de la muerte de Don Bosco, es éste: «En aquel tiempo (o sea, mientras Don Bosco se encontraba enfermo y luego convaleciente en Varazze), después de la visita de los morne-sinos, Don Pestarino habló a solas con Don Bosco acerca de las futuras Hijas de María Auxiliadora; y como aún no estaba determinado el hábito que deberían llevar, Don Pestarino le presentó a Don Bosco un modelo de color café claro, para que viera si tenía que ser así o bien había de cambiarse.

Don Bosco lo observó bien y después dijo: "Pero, para verlo mejor, haría falta que alguien se lo pusiera.

—¿Cómo hacerlo?, dijo Don Pestarino.

Y Don Bosco, mirándose:

—¡Póntelo tú! Así veré la figura que haces vestido de esta manera. Yo obedecí, y Don Bosco, al verme vestido de ese modo, se echó a reír, pero lo encontró bien; sólo dijo que lo prefería más oscuro.

Y aquel fue el primer hábito de las Hijas de María Auxiliadora.

Don Bosco se entretuvo todavía un poco hablando con Don Pestarino acerca de la nueva congregación; después, por tratarse ya de cosas delicadas, pongo punto final».

Sobre el traslado al colegio

Lo que por prudencia calló el buen Enria, ahora podemos decirlo nosotros. Si en la Casa de la Inmaculada, al reanudar cada una sus propias ocupaciones con la serenidad de espíritu habitual reinaba la alegría, con la mirada puesta en el nuevo horizonte cada vez más esperanzador, fuera de casa no era así.

Algunas medias palabras aquí y allá comenzaban a decir por lo bajo que, quizá, el colegio no se abriría. Algún semblante frío, entre los mismos que antes eran de los más entusiastas y fieles, y algún círculo de hombres que se disolvía al acercarse Don Pestarino... y alguna mirada triste al colegio... daban a entender al pobre hijo de Don Bosco que la dura verdad se empezaba a propagar por la población. Y aquel corazón, por las preocupaciones de sus paisanos y la angustia que, a pesar suyo, les debía ocasionar, sufría; sensible como era por naturaleza y cada día más cauto para captar la más leve alusión al respecto.

También las Hijas habían sentido aquí y allá más de una frase con-

tra su Director y se sentían heridas. Además, aquellas mismas jóvenes piadosas, «Nuevas Ursulinas» o no, que no se habían visto con fuerzas para incorporarse a la nueva familia religiosa, ¿cómo podían descansar con el cariz que tomaban los hechos? Mostraban su disconformidad, con tal arrogancia en el saludo y tan poco disimulada frialdad de corazón, que no podía por menos de pesar sobre el alma afectuosa de María y de sus compañeras de la Inmaculada.

Por ambas partes, pues, se sufría, se rezaba, se callaba.

Don Pestarino debió contar al Superior y Padre el descontento que bullía por Mornese; y Don Bosco dijo:

—... Entonces, Don Pestarino ¿no será mejor que las Hijas sepan claramente que deben trasladarse al colegio? Sí, dígaselo; así, a la primera luz del alba... Por descontado, con la debida prudencia, para no dar ocasión a palabras irritantes.

Don Bosco regresa a Turín

El 15 de febrero, Don Bosco dejaba Varazze para volver a Turín, y Don Francesia afirma que entre los compañeros de viaje estaba también Don Pestarino ¹.

Esto muy bien pudo suceder, tanto más que, con el mismo viaje, podía ganar la mitad del tiempo para llegar a Canelli, donde su sobrino Don José empezaba a levantarse una media horita.

La reunión anual reglamentaria de los Directores Salesianos en Valdocco, para la fiesta trasladada de San Francisco de Sales, tuvo lugar dos días después de la llegada de Don Bosco entre los suyos, es decir, el 17 y 18 de febrero, y Don Pestarino, con su ya conocida «Promemoria» nos hace saber que no sólo a los Directores, sino a todos los Hermanos de la Pía Sociedad, les leyó su «Relación» sobre los comienzos del nuevo Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y que Don Bosco, allí presente, escuchó con mucho agrado ².

Otra vez, sobre el hábito religioso

No es de extrañar, pues, que entre los que sabían los pasos que se habían dado, surgiera la pregunta que nos transmite Don Francesia: Don Bosco, ¿cómo irán vestidas sus Hijas?, recibiendo una de aque-

¹ FRANCESIA, *Suor Maria Mazzarello* 100.

² Cfr. Manuscrito A de Don Domingo Pestarino (Arch. Gen. FMA).

llas respuestas con las que el buen Padre salía del paso, cuando no le parecía llegado aún el momento de manifestar su pensamiento: «Por ahora, contentémonos con que lleven el hábito de las virtudes...»³.

Conocemos la relación de Enria sobre la graciosa prueba del «modelo» y podemos añadir un detalle que debemos a Don José Pestarino, y que nos da a conocer cómo, en realidad, tampoco Don Bosco tenía en olvido el tema del hábito para sus futuras religiosas.

Después de haber tratado sobre el particular con Don Bosco, Don Cagliero, que conocía casi todos los Institutos de religiosas de Turín, solicitó modelo de cada uno de ellos. No era para imitarlo ni para reproducirlo, sino para tener una idea un poco más exacta, y no exponerse al peligro de alejarse demasiado de lo que estaba entonces en uso entre las religiosas. Pero no tuvo éxito, porque todos, con gran cortesía y habilidad, rehusaron complacerlo.

Así, al fallar el intento, decidió atenerse provisionalmente al «modelo» ya conocido, pudiéndose modificar en lo sucesivo, según las exigencias, o las sugerencias del tiempo y de las circunstancias⁴.

También aquí —ateniéndonos a las declaraciones verbales de Petronila— Don Pestarino descendió a lo práctico:

—Sobre la tela ¿tengo que pensar yo y tratarlo con el proveedor del Oratorio, o piensa Don Bosco que debe intervenir algún otro de su confianza?

—Encárguese usted directamente, querido Don Pestarino, conforme a los acuerdos tomados.

—Entonces, Don Bosco, si usted no tiene nada en contra, se podría dar a las Hijas la satisfacción de pagárselo con el producto de los gusanos de seda, una de sus industrias de estos últimos años, que siempre han querido entregarme intacta. Me parece que esto será de su agrado.

—Sí, sí. Está bien, que lo empleen hasta donde les llegue. Nuestro proveedor podría indicarle algún comercio donde los precios se acomoden más a nuestros recursos. Esto para no tener que preocuparnos más de ello; porque primero habrá que concretar todo lo referente al traslado al colegio y la fecha de la primera vestición...

—Esperamos que el asunto esté ya decidido para cuando Don Bosco venga a devolver la visita a los mornesinos. Recuerde que lo esperamos. Nos lo ha prometido y no debe faltar.

—Iré, sí, pero no enseguida.

³ FRANCESIA, *Suor Maria Mazzarello* 100-101.

⁴ Cfr. Carta de Don José Pestarino, 10 de mayo de 1922 (Arch. Gen. FMA).

Filial esperanza

¿Fue esta seguridad la que alentó la esperanza del buen Don Pestarino? Ciertamente, porque él, para la letra del himno de ocasión, recurrió al siempre querido Don Santiago Costamagna para que le pusieran una música con notas vivas y alegres, como sus corazones y los de las Hijas que ya eran todas del venerado Padre ⁵.

Otra particularidad debe añadirse a esta permanencia de Don Pestarino en el Oratorio de Don Bosco: la adquisición de un cuadro grande y hermoso de María Auxiliadora para regalárselo a las Hijas. Ya era hora de que tuvieran a la vista, a todas las horas del día, a Aquella a la que iban a dar dentro de poco el dulce nombre de Madre.

Pero si el buen Director volvía esta vez a Mornese con aquella estampa, que le recordaba la fuente celestial de la que Don Bosco sacaba la seguridad de sus empresas y el poder de hacer milagros, y con otros puntos de apoyo en su confianza, no lo podemos imaginar totalmente libre de las preocupaciones antecedentes y consiguientes.

En efecto —recuerda Petronila— «la primera estampa ampliada de la Virgen venerada en Valdocco, entró en nuestra casa sin hacer ningún ruido; y, para no despertar a las *avispas*, que no cesaban de picar al pobre Don Pestarino y algo también a nosotras, con el mismo silencio la colocamos en la capilla del colegio en construcción.

La recuerdo colocada en una falsa ventana, a mano derecha yendo hacia el altar de la capilla. Tendría un metro o poco más de altura; era bellísima y representaba a la Virgen con el niño Jesús.

Nosotras la recibimos como señal de próxima alegría y con la mente y el corazón esperábamos una ocasión favorable a los planes de Don Bosco».

Don Campi añade: «Era un cuadro, en una especie de hornacina. Don Pestarino puso delante una cuerdecilla para colgar los *ex-votos*».

Alegrías y temores

Don Pestarino contó a las Hijas todo lo bueno y hermoso que había visto en Turín, y la satisfacción de Don Bosco al saber que seguían decididas a entregarse totalmente a Dios y a María Auxiliadora, y concluyó: «Es más, me ha encargado que os diga: Yo iré y firmare-

⁵ Anexo n.º 12.

mos juntos la gran promesa de vivir y morir trabajando por el Señor bajo el hermoso título de Hijas de María Auxiliadora»⁶.

Se puede imaginar la explosión de alegría que suscitaron estas palabras.

Respecto al traslado al colegio, por magnífica que pareciera la nueva morada y halagadora la previsión de Don Bosco, repetida por Don Pestarino, es decir, que «allí acudirían jovencitas hasta de lejos», no podía causarles demasiada alegría.

—¿Cómo hacer para trasladarse allí sin levantar una tormenta, hasta con granizo?, se decían unas a otras.

—¡Pobre Don Pestarino y pobre Don Bosco cuando llegue ese día, si es que llega!

Del hábito, el buen Director no dijo una palabra por entonces, pero intensificó la obra de formación espiritual de aquellas Hijas, inculcándoles cada vez más la vida de unión con Dios, la obediencia pronta y humilde, hasta en las cosas más pequeñas, la humildad, la mortificación y el sacrificio. Esto es lo que le había sugerido Don Bosco, para conocer mejor a las que eran aptas para el estado religioso. Y a quien se dejaba impresionar demasiado por las habladurías del resentimiento mornesino, le cortaba la confidencial palabra de temor con un dulce y brusco: «El que quiere estar con Don Bosco calla, reza y deja hacer a la Virgen».

Circunstancia providencial

La Virgen pronto dio a entender cuán fácil era para Ella resolver las dificultades y cuánta razón tenía Don Bosco al repetir a Don Pestarino: «Esperemos tranquilos; quién sabe si el tiempo...».

Hacía varios años que la casa parroquial de Mornese necesitaba reparaciones, pero dando largas a las obras en espera de medios, corría peligro inminente y urgía proveer a la vivienda del párroco para evitar posibles desgracias. Pero una casa suficientemente amplia, digna y próxima a la iglesia, ¿dónde encontrarla en el pueblo, fuera de la que se había hecho Don Pestarino y que había sido cedida a las Hijas de la Inmaculada?

Cuando los hebreos vieron al falso profeta Balaam subir al monte, temieron su maldición; y de allí precisamente vino su gozo, porque, a pesar suyo, Balaam tuvo que bendecirlos. Del mismo modo, mien-

⁶ FRANCESIA, *Suor Maria Mazzarello* 101.

tras algunos, y no eran pocos, se armaban contra Don Pestarino e intentaban obstaculizar sus empresas, ellos mismos fueron los que abrieron las puertas a los planes de Dios.

El día 8 de mayo se reunía el Ayuntamiento para deliberar, entre otras cosas, la elección de la casa del párroco, cuando uno de los concejales «... dice que, debiéndose derribar la antigua casa parroquial, era necesario proveer al párroco de una vivienda provisional; y dirigiéndose al concejal Don Pestarino, allí presente, le pide que ceda al Ayuntamiento en alquiler, la casa de su propiedad, contigua a la iglesia, la única que responde a este fin».

Don Pestarino advierte que, como todos saben, en aquella casa ha reunido a las Hijas de la Inmaculada, que trabajan al servicio del pueblo. Que es verdad que dicha asociación, al no tener carácter religioso, podría trasladarse a otro local, pero eso acarrearía molestias; ruega por tanto al concejal que lo dispense de esto⁷.

El concejal Mazzarello continúa, que dichas jóvenes podrían trasladarse al colegio, en el cual había locales disponibles, cediendo entre tanto su casa al Ayuntamiento, para vivienda del párroco. De este modo se ganaría un nuevo título a las benemerencias del público, por el que tanto se preocupaba, con sacrificio de su persona y de sus bienes.

Don Pestarino da las gracias y declara que, siendo así, el Municipio puede disponer de su casa; pero, prudente y delicado, añade que no quiere tomar parte en la votación... Como conclusión, se determina que él entregará las llaves de la casa el 25 de mayo.

¡Finezas de la divina bondad! ¡Quién sabe cuántos medios había estudiado Don Pestarino para salir de aquel berenjenal; cómo mediría los pros y los contras, encontrando que, saliera por donde saliera, el camino estaba sembrado de espinas! ¡Y la Providencia, ahora, abría de par en par una puerta tan inesperada!

«Hay que notar —escribe Don Campi— que el concejal que insinuó mandar a las Hijas de la Inmaculada al colegio era abiertamente contrario a Don Pestarino, lo que puso más aún de manifiesto la voluntad de la Providencia Divina».

Don Pestarino, además de comunicárselo a Don Bosco, se apresuró a pasar aviso a las Hijas, a fin de que dispusieran sus pocas cosas de modo que, sin llamar la atención, ni siquiera a las niñas del taller, pudieran dejar la casa libre y limpia para el 25 de aquel mismo mes.

⁷ Copia del Acta de la reunión de Concejales del Ayuntamiento del 8 de mayo de 1871. (Arch. Gen. FMA).

¿Qué día mejor podía haber escogido, para el traslado, un hijo de Don Bosco, que el más cercano a la fiesta de María Auxiliadora? No al acaso se pronunció por el día 25. Ni antes ni después. Con amor salesiano a María Auxiliadora, debió fijar la noche del 23 para que las Hijas dejaran la «Casa de la Inmaculada», después de haber cumplido aquel día con su deber hacia el párroco. Es decir, agradecerle todo lo que había hecho por ellas, advirtiéndole, al mismo tiempo, que, al trasladarse al colegio, harían en aquella capilla sus prácticas de piedad, según el deseo de su Superior Don Bosco.

Hay que cambiar de casa y se cambia

—¿Pero... y los gusanos de seda? —objetaron tímidas las Hijas— Este año tenemos más que nunca, porque los gastos aumentan; y, si se malogran, es una gran pérdida, señor Director.

—¿Los gusanos de seda? Que cambien de casa también ellos; con la única condición de que se haga el traslado al anochecer, para no llamar la atención de la gente. Ya veréis cómo no se resentirán, porque... la obediencia hará milagros también con ellos.

Las Hijas obedecieron, como siempre. La noche señalada para el traslado, después de esperar a que la gente se retirara a sus casas, para no exponer a la luz pública, sus pobres enseres, cada una se echó al hombro lo que pudo y, camino adelante, a su nueva morada. Así una o más veces, en el más perfecto silencio, hasta que la casa quedó totalmente vacía. Al día siguiente volverían a limpiarla, antes de entregarle las llaves a Don Pestarino.

Todo lo que pertenecía al taller se colocó en un salón de la planta baja del colegio, donde las Hijas pasarían el día, pues en el piso superior, como se ha dicho, habitaba Don Pestarino desde el otoño de 1867. El resto fue trasladado a Casa Carante, hasta que el colegio quedara terminado y puesto totalmente a su disposición.

Unos días antes, María y Petronila, habían ido a limpiar y señalar el destino de las diversas dependencias, a decir verdad un poco oscuras y sombrías; y aquella misma noche todo quedó en su sitio, relativamente pronto. Es de pensar que el cansancio se dejaría sentir; pues, en caso contrario, el pensamiento de las comidillas, que a la mañana siguiente llenarían el pueblo, les impediría conciliar el sueño.

El primer 24 de mayo en el colegio

A pesar del horizonte cubierto de nubes, cuánta alegría, al día siguiente, al atravesar el jardín para acudir a la misa celebrada expresamente para ellas, y recibir la santa comunión en la recogida capillita del colegio. Allí, junto a la Dolorosa, que parecía preguntarles: —vuestras penas ¿serán como las mías? Y las mías, ¿no tendrán el poder de disipar las vuestras? —sonreía María Auxiliadora; la hermosa Virgen que, lo mismo que a Don Bosco, les mostraba el cetro de su poder y les entregaba a Jesús, el omnipotente y misericordioso Jesús. Y precisamente ¡el mismo 24 de mayo, mientras Don Bosco celebraba solemnemente en Turín la fiesta de la Virgen en su santuario!

Lo que diría Jesús a aquellos corazones, que le rodeaban llenos de felicidad y le prometían más amor en agradecimiento a sus favores, en preparación a las nuevas luchas que deberían sostener por El, lo sabremos en el cielo. Don Pestarino no pudo resistir a la necesidad de dirigirles la palabra, antes de darles la comunión, desahogando la abundancia de su corazón emocionado. Aunque al día siguiente se desencadenara el infierno contra él, hoy era la fiesta de la Madre del Cielo, y en aquella fiesta Ella, la Madre tiernísima, quiso que estuvieran sus Hijas en la casa preparada para ellas por su amor previsor. Sin duda, también el corazón de Don Bosco latía al unísono con el de su familia mornesina, para la cual impetraba la doble gracia de una gran serenidad y de un amor ilimitado.

Terminada la misa, Don Pestarino les hizo la lectura del libro de Muzzarelli, que todas las mañanas del mes de mayo solía hacer en la parroquia; después dio la bendición con la reliquia de la Virgen y les comunicó que lo harían así hasta el final de mayo, para no interrumpir el mes de la Virgen.

Acto seguido, dispusieron el taller para recibir a las niñas, inquietas como nunca por la novedad; todas estaban radiantes de poder gozar también ellas de aquel hermoso colegio, aunque fuera por poco tiempo. Pretender silencio aquella mañana y pretender que trabajaran como de costumbre, hubiera sido pedir peras al olmo. Tenían muchas cosas que decir y que observar, elogiando sobremanera las comodidades de las casas grandes como aquella.

Pero no todo estaba en calma

Las Hijas escuchaban en silencio, sin demostrar excesiva alegría: sabían que aquellas buenas niñas ignorarían por poco tiempo la ver-

dad y después, ¿quién sabe?, se desilusionarían también ellas y quizá se marcharían; y el taller se quedaría... ¿vacío? ¡Entonces, menos trabajo!; ¡menos trabajo con las almas, sobre todo para ellas que no deseaban otra cosa!, y, además, menos entradas, ya que, sin las niñas, también los vestidos de encargo irían a otra parte! Si la vida se volvía aún más pobre, más dura, no todas serían capaces de resistir. Pero no querían dudar de la Divina Providencia; y elevando el corazón al cielo con una fervorosa jaculatoria, volvía la serenidad.

Las dos primeras vocaciones

Antes del anochecer, tuvieron una prueba palpable de la ayuda del cielo: Rosina Mazzarello, la sobrina de Petronila, y María Poggio, que las habían seguido al colegio, pero que estaban todavía dudosas sobre qué camino seguir, se presentaron a María, resueltas finalmente a formar parte de la familia religiosa de Don Bosco. María Mazzarello no había dudado nunca de ellas, y se alegró, porque sabía que eran piadosas, trabajadoras, de buen espíritu.

A esa feliz determinación puede ser que contribuyera la presencia en Mornese del canónigo Olivieri, de la Colegiata de Acqui.

La suposición no carece de fundamento, puesto que, después de la muerte de Don Frassinetti, fue elegido confesor extraordinario de las Hijas de la Inmaculada, tanto de las internas, llamémoslas así, como de las externas; y precisamente en aquellos días 22, 24 y 25 caían las témporas de Pentecostés.

Gran amigo de Don Bosco e íntimo confidente de Don Pestarino, ¿no podría haber sido invitado por éste a dejarse ver antes de las témporas, cuando, ya decidido el traslado de las Hijas al colegio, era necesaria a unas y a otras una paternal y autorizada palabra de consuelo?

Enseguida en regla

Establecidas ya en el nuevo domicilio, Don Pestarino les dijo a las Hijas que había que comenzar enseguida a observar exactamente la Regla, incluso en lo referente a las prácticas de piedad. Y como ésta señalaba a las 16,45 el rosario y la lectura espiritual, a esta hora las Hijas interrumpían el trabajo y se dirigían a la capilla para los actos

comunitarios. Las alumnas externas continuaban en el taller, asistidas por una Hija de la Inmaculada. Por la noche, otra novedad: después de rezar las oraciones, una leía en voz alta el tema de la meditación del día siguiente.

«Una vez en el colegio, comenzamos en serio y regularmente a hacer la meditación —recuerda Petronila— acomodándonos a las conveniencias de Don Pestarino».

Acomodándose, por decirlo de algún modo. El pobre Director había dejado, sí, de decir la misa en el oratorio —la capilla contigua a la parroquia— pero no las confesiones, que caían casi todas sobre él. Don Bosco mismo no se lo hubiera permitido, ya sea para no interrumpir un ministerio tan importante y eficaz, ya sea para no dar motivos de murmuración. Muchos, sintiendo ya la falta de Don Pestarino en la parroquia, decían abierta y claramente: ¿Cómo? ¿Por esas cuatro marmotas, todo el pueblo tiene que tener una misa de menos? Había, pues, que andar con prudencia.

El que lo pasaba peor era siempre Don Pestarino, el cual, aún antes del alba, acudía cada mañana a la parroquia para las confesiones de los hombres; después, volvía al colegio para la misa a la que debían asistir las Hijas; y de nuevo regresaba a la parroquia para las confesiones de las mujeres.

En la capilla del colegio, además de las Hijas, casi siempre intervenía alguna alumna del taller y no raras veces, alguna de las que permanecieron fieles a Angela Maccagno.

«Se rezaban las oraciones como las que se encuentran en *Il Giovane provveduto* de Don Bosco —dice Petronila—; después, si el señor Campi no encendía las velas, es decir, si Don Pestarino no había regresado aún del pueblo, se hacía la media hora de meditación de rodillas. Si, en cambio, el sacerdote estaba a punto, se celebraba primero la misa y se hacía después la meditación, porque Don Pestarino no podía esperar».

Y aquí es preciso hacer mención de una graciosa escena que precedía a la misa.

Como aún no había llegado el permiso de tener la reserva, había que consagrar cada mañana un número exacto de formas. Para evitar dificultades, Don Pestarino hizo poner en la puerta de la capilla una tablilla con agujeros, de cada uno de los cuales asomaba una cuerdecilla movable que estiraba cada una de las que deseaban comulgar. El monaguillo Campi contaba las cuerdecitas que pendían de la tablilla y colocaba en el altar igual número de hostias para consagrar.

Durante la misa, cada una seguía rezando por su cuenta; pero después de la elevación, Petronila entonaba un canto en preparación a la

santa comunión. Así fue naciendo la hermosa costumbre salesiana que pone de manifiesto el delicado sentido psicológico de Don Bosco, ya que el canto es para el alma lo que el sol para los ojos.

A las doce, la pequeña comunidad se reunía de nuevo en la capilla para el examen particular y el rezo del *Angelus*.

Después, como ya se ha dicho, a las 16,45, para el rosario y la lectura, y finalmente, a las 21,30, para una visita espiritual al Santísimo Sacramento y las oraciones de la noche.

La fiesta de Corpus Christi

Entre tanto, llegaba la fiesta de Corpus Christi y, según la orden recibida del Director, las Hijas se esmeraron en adornar las ventanas y las paredes del patio para la procesión que, saliendo de la parroquia, debía llegar hasta allí. Todas las niñas ayudaron a ello; incluso las que acudían los domingos. Habían disfrutado muchísimo el domingo al poder estar allí, con María y las otras Hijas de la Inmaculada, sin necesidad de ir a San Silvestre. ¡Qué carreras por aquel patio, qué cantos, qué alegría! Llegó demasiado pronto la hora de ir a la parroquia para las vísperas y el catecismo, acompañadas por las Hijas, con las cuales desandaban el camino de regreso.

La fiesta de Corpus las hizo realmente felices. Aquel ir de casa Carante al colegio; aquel subir por la escalera a los pisos superiores, y abrir las ventanas y asomarse como en su propia casa; aquel estar en el colegio, donde no habían pensado nunca poner el pie, les parecía un sueño, un sueño maravilloso.

Pasó la procesión; Jesús bendijo el colegio que, engalanado de fiesta, parecía cantar sus alabanzas. Bendijo a las humildes Hijas arrodilladas en oración, como representando a toda la juventud de que se veían rodeadas; a aquella amada población, que pronto sería para ellas motivo de dolor; a su Director, próximo a ser blanco de tantos comentarios contrapuestos; a Don Bosco, de quien esperaban el cumplimiento de una gran promesa.

Jesús pasó bendiciendo. De aquellos humildes corazones, inseguros del mañana, pero seguros de entregarse enteramente a El, sentía elevarse la efusión del más confiado amor.

En busca de trabajo

Con la fiesta de Corpus terminaba el mes de mayo, y en junio las niñas del taller disminuían, porque urgía el trabajo del campo. No obstante, el fervor de las Hijas no disminuía; no disminuía su esperanza, ni su intenso deseo de trabajo, aunque éste amenazase ser insuficiente para ocuparlas a todas.

Estaba también a punto de terminar la no pequeña preocupación por los gusanos de seda, que dieron la razón a Don Pestarino. En vez de resentirse del cambio de domicilio, parecía que se hubieran propuesto quitar preocupaciones, produciendo como nunca, para que él, que había contado con su producto, pudiese adquirir la tela para los hábitos religiosos de las Hijas.

Pero había que estudiar la manera de tener otras ocupaciones, otras entradas. Entonces Petronila, con una de las niñas mayores, fue a buscar trabajo a los pueblos vecinos; y como todos conocían lo módico de sus precios, estas salidas daban como resultado encargos y comestibles, de modo que en la casa continuaba la más serena confianza.

Comentarios

A veces alguna niña, creyendo hacer bien, repetía las habladurías del pueblo: «Dicen: qué pena de mujeres ahí encerradas...; la gente dice que os cansaréis pronto... que os tocará pasarlo mal...» Y las más jóvenes se asustaban un poco. Pero María Mazzarello, siempre serena y jovial, replicaba: «Que digan lo que quieran; nosotras procuremos hacernos santas». No quería ver rostros preocupados, tenía el don de hacer salir el sol hasta en los días nublados y cambiar en gozo, no sólo las palabras desagradables y las ocupaciones monótonas, sino hasta los trabajos más pesados.

Para aquellas jóvenes fervorosas, y especialmente para ella, era duro no tener a Jesús en la capilla, y tener que estar tan lejos de la parroquia, sin poder ir durante el día más que cuando se presentaba algún encargo de trabajo, para no alterar el horario. Pero el amor, y especialmente el amor alegre como el suyo, es ingenioso; de vez en cuando suscitaba en las niñas que se quedaban a comer y al recreo, el deseo de dar un paseo, y entonces la comitiva se dirigía a Casaleggio donde, a un cuarto de hora de camino, había una iglesia con el Santísimo Sacramento. Diez minutos de visita al Rey de reyes, una palabrita fervorosa a la Virgen, un canto, y después, nuevamente al trabajo, con el corazón más caldeado y la sonrisa más viva.

Oración y trabajo, el programa de Don Bosco, es desde ahora el programa de las moradoras del colegio. Y ellas no saben que están amando, con una sorprendente fidelidad, el mismo ideal de Don Bosco, y que recorren, con inesperado acierto, el mismo camino. ¡Oración y trabajo! Una oración que no se interrumpe nunca, porque, mientras las manos están en el trabajo, el corazón late sólo por Dios. Un trabajo que es oración porque, mientras los brazos se ocupan activamente para ganar el escaso pan cotidiano, el espíritu, fijo en Dios, repite amorosamente: Por Ti, Señor; todo por Ti y por las almas que son el fruto de tu Sangre divina.

María Mazzarello las precede a todas en la piedad y en el trabajo; con su carácter vivo, amable y jovial, tiene alegres a las compañeras aun cuando, después de haber trabajado todo el día, no tienen para comer más que un poco de polenta. Las precede a todas alegremente en la práctica de la virtud y, animadas por su ejemplo, las compañeras realizan con alegría los más dolorosos sacrificios y soportan de buen grado las más duras privaciones.

Cómo María Mazzarello se anima y las anima a todas

Espíritu eminentemente sereno, encuentra en todo motivo de gozo.

Por ejemplo, la colada podían hacerla en casa, puesto que en el colegio había agua en abundancia; pero como todos iban al Roverno y también ellas habían ido siempre... pues, al Roverno se ha dicho; y ella, la primera en salir, la primera en meter las manos en el agua, la primera en poner una nota de alegría en el trabajo, con una graciosa ocurrencia. Y sacaba las frugales provisiones que llevaba o, según los casos, encendía el fuego entre dos piedras para preparar o calentar un poco de sopa.

Como si no estuviera tan cansada como las demás, se esmeraba por servir a cada una, según su necesidad; iba y venía, y lo preparaba todo con tal caridad y jovialidad que hacía descar, hasta a las menos habituadas y menos dispuestas a ciertos sacrificios, que se hiciese la colada incluso con más frecuencia.

El obispo de la diócesis irá a Mornese a reponer su salud

Pronto llegaron nuevos trabajos. Había que repasar todos los rincones del colegio, ayudar a los albañiles en los últimos retoques a las

habitaciones mejores del segundo piso y limpiar suelos, ventanas y puertas.

Había que trasladar camas, muebles —los mejores muebles que tenía Don Pestarino—, poner cortinas en puertas y ventanas, aprender a hacer comidas apropiadas para una persona enferma y necesitada de atenciones, porque el obispo de la diócesis, monseñor José María Sciadra, sería huésped del colegio por algún tiempo.

Monseñor Sciadra «uno de los que Don Bosco presentó al Sumo Pontífice —dice Campi— como indicado para ser pastor de almas en aquellos difíciles tiempos», hizo su entrada solemne en la diócesis el día de Epifanía de este año 1872.

El día de Corpus, después del pontifical y la larga procesión bajo los ardores del sol —30 de mayo— estando sudoroso, se sentó en una habitación para descansar, sin tener en cuenta que la ventana estaba abierta. Esto le ocasionó una fuerte y larga bronquitis. Ahora entraba en convalecencia y necesitaba un lugar fresco y sano para restablecerse, ya que no podía hacer uso de la residencia episcopal de Strevi, porque aún no había recibido el «*placet*» real y estaba privado de la temporalidad; no sabía a dónde dirigirse, ya que no era de allí.

Ante este caso, el canónigo Olivieri, que conocía el profundo respeto de Don Bosco y de Don Pestarino hacia los Pastores de la Iglesia y su generosa hospitalidad, sugirió sin duda Mornese; y, fiado en su palabra, el obispo aceptó cordialmente.

Don Pestarino estaba contentísimo y vio en ello una disposición de la Divina Providencia, que facilitaba la fundación del Instituto ⁸, y escribió inmediatamente a Turín, no para pedir permiso a Don Bosco —que ya daba por descontado— sino para tomar con él los posibles acuerdos sobre lo que, como superior, pensaba disponer para bien de las Hijas, ante tan imprevista y favorable ocasión.

Don Bosco dispone que se prepare la primera función religiosa para sus Hijas

Don Bosco, acostumbrado en todas sus obras a esperar a que, de un modo o de otro, Dios le indicara el momento y el modo, leyó inmediatamente en los acontecimientos la orden del cielo.

Por lo que sacó la conclusión de que, Don Pestarino, después de

⁸ Cartas C de Don José Pestarino: a Don Lemoyne, 30 de agosto de 1915; a su hermana Sor Rosalía, 19 de abril de 1921 (Arch. Gen. FMA).

dejar al obispo tiempo para reponerse, y conocer entre tanto a las Hijas, la misión a la que estaban llamadas, los pasos que se habían dado hasta entonces para guiarlas, y las reglas que se les había dado en plan de prueba, estableciera, a juicio del prelado, una tanda de Ejercicios Espirituales. Que invitase a dirigirlos al mismo canónigo Olivieri, que estaba bien al corriente de todo y conocía el alma de las Hijas, y al Vicario foráneo de Canelli, Don Marcos Mallarini. En la clausura de los Ejercicios tendría lugar la vestición de las que habían pedido pertenecer a la naciente congregación. Alguna podría hacer también los votos religiosos, es decir, las más mayores, o las que ya pertenecían a las Hijas de la Inmaculada, o habían hecho anteriormente los votos privados. Pero antes de todo esto el mismo Don Bosco iría a Mornese.

El obispo, huésped de Don Pestarino

El obispo llegó con su secretario, Don Francisco Berta, y se aposentó muy contento en las dependencias preparadas para ambos en el segundo piso, apreciando la luz, el aire puro, la vista del dilatado horizonte y la tranquilidad del lugar, mucho más que las comodidades que hubiera tenido en la ciudad o en centros menos montañosos.

Además, Don Pestarino y su sobrino Don José no se ahorran en atenciones, conscientes del honor que significaba para el pueblo y para el colegio; y las Hijas hubieran hecho de rodillas cualquier cosa, empeñadas como estaban en hacerlo todo lo mejor posible.

Servía al obispo su familiar, llamado Franchino, y la comida estaba a cargo de las Hijas, sobre todo de Felicina, ayudada por su ex-madrina y patrona, la cual, como en las visitas de Don Bosco, preparaba y traía los más exquisitos platos. El trabajo, llamémoslo ornamental, de cómo disponer las flores en la mesa, y en la capilla, y de dar a la hospitalidad cierta nota señorial, que Don Pestarino no quería absolutamente para sí, pero que consideraba un deber hacia su Superior diocesano, estaba reservado a su ya conocida sobrina Rosalía, llamada expresamente de Ovada.

El trabajo se multiplicaba, pero no faltaban las satisfacciones. Todos aquellos sacerdotes tenían que celebrar la santa misa y las Hijas se alteraban para oír las más posibles.

El obispo celebraba tarde, pero también él veía con frecuencia a las Hijas, especialmente a María Mazzarello con alguna de las alumnas mayores, recogidas en devota oración.

Durante el día, el obispo observaba por sí mismo, cómo cumplían

la Regla, la sería desenvoltura con que se sacrificaban por un ideal de santidad propio y ajeno, de modo que no sólo aprobó, sino que animó la propuesta que le presentó Don Pestarino, en nombre de Don Bosco, de proceder a la primera vestición y profesión religiosa de aquellas fervorosas Hijas.

Quizá el obispo descubría también el destino del cielo en aquel descanso suyo en Mornese, y como un consuelo, un contrapeso a los muchos sufrimientos que la cruz del obispo, y de un obispo en aquellos tiempos revueltos, había cargado sobre sus hombros; así que animó a darse prisa. Y como Don Bosco, interrogado al respecto, se remitió para todo a las decisiones de monseñor, los Ejercicios se fijaron para el primero de agosto, fiesta de San Pedro in Vincoli.

Gratos preparativos

Don Pestarino se lo comunicó en seguida a las Hijas para que se dispusieran al gran paso, terminaran las labores urgentes que tenían entre manos y prepararan los hábitos para las que iban a hacer la vestición, a fin de que ninguna otra idea las preocupara durante el retiro.

La tela estaba ya en casa; uno de aquellos días, Petronila, sin aviso previo de lo que se trataba, recibió el encargo de salir al encuentro del recadero para aliviarlo de la pesada carga que traía de los almacenes Quenzati de Milán. Y poco después ¡qué agradable sorpresa!

Parecía que iban a ser dieciséis las afortunadas elegidas para la primera vestición, y, entre éstas, la joven Corina, que había suplicado repetidamente ser admitida como postulante. Pero María Mazzarello desconfiaba de una; era muy obstinada en sus puntos de vista, especialmente en la piedad; así es que, sin que nadie lo advirtiera, esperó a hacerle el hábito para ver si, oyendo las pláticas de los Ejercicios, ella misma pedía retirarse, o, en caso contrario, para hablar con Don Bosco sobre ella.

Durante este período de consoladoras novedades para el colegio, ¿cuál era la conducta de la maestra Maccagno?

Según Angelina Pestarino y María Livia Gastaldo, viuda de Gandino —aún hoy (1938) avispadas viejecitas— Angela Maccagno, aun conservando la pena que le había causado la «migración de sus abejas, con la *Main* al frente», se mantenía en su habitual buen trato con cada una de ellas, mientras parecía no estar aún dispuesta a renunciar del todo al propio ideal, respecto a sus «Nuevas Ursulinas».

El reglamento incompleto que se tiene a la vista ⁹ y la breve alusión a los orígenes de las «Nuevas Ursulinas» de la diócesis de Acqui ¹⁰, hacen suponer que Angela Maccagno aprovecharía aquella estancia de monseñor Sciandra en Mornese, para presentarle su intento de organización, modificada en parte, de las «Nuevas Ursulinas», asegurando su vida apoyadas en Don Bosco.

Pero sus caminos eran muy distintos de los que la Divina Providencia le había indicado a Don Bosco. De ahí que tuvo que resignarse a seguir viviendo de esperanza; acogiendo entretanto la alentadora palabra del buen prelado que, animando a las unas a seguir alegremente por el nuevo camino, las exhortaba a todas a considerarse como hermanas en el servicio del Señor y en las obras de caridad para con el prójimo.

También las señoras toman parte en los primeros Ejercicios Espirituales

Al consuelo de ver los ánimos serenos se unía aquellos días, para María y para todo el colegio, otro motivo de consuelo espiritual.

Algunas señoras de Acqui, bienhechoras de Don Bosco y penitentes del canónigo Olivieri, al saber por él mismo el motivo de su venida a Mornese, pidieron participar también ellas en la tanda de Ejercicios y asistir a la función de las vesticiones y profesiones religiosas. Don Bosco no dijo que no, sino todo lo contrario. Y acudieron al colegio; fueron hospedadas en habitaciones y refectorio separados, pero admitidas a la vida común en las prácticas de piedad. De este modo, con la segunda familia de Don Bosco, nacía una de sus obras especiales: los Ejercicios para señoras.

Al comenzar el santo retiro, el cuidado de las pocas alumnas internas fue confiado a una viuda, apellidada Maccagno, a quien se había concedido vivir en el colegio, aunque sin aspirar a la vida religiosa. La casa estaba convertida en un cenáculo; y, como en el cenáculo, los ánimos, todos serenos y recogidos en Dios, esperaban en oración y en ferviente amor la hora de la gran gracia.

⁹ Anexo n.º 13.

¹⁰ Anexo n.º 14.

El Fundador no debe faltar y no falta

Pero el obispo deseaba la presencia de Don Bosco; y Don Bosco, alegando su delicada salud y una tanda de Ejercicios en Turín, quería eximirse, a las insistentes súplicas de Don Pestarino respondiendo que monseñor bastaba para la función; y que, de todo lo demás, respondiese él.

El obispo, entonces, al ver que las cartas no removían a Don Bosco de su propósito, como para dejar a otros la gloria de su importante obra, el 3 de agosto mandó a Turín a su propio secretario, Don Berta, con la orden expresa de volver al día siguiente con Don Bosco.

Pero las esperanzas, que ya eran pocas, disminuían a medida que se acercaba la noche y la hora de la llegada, por lo que el predicador de las meditaciones juzgó oportuno preparar a las Hijas para la desagradable noticia, a fin de que la aceptaran generosamente. Las pobrecillas, apenas ante aquella probable certeza, se lamentaban con Dios, cuando he aquí que en el empedrado de delante de la capilla se oyen resonar las herraduras de un caballo y el ruido de una carroza.

Los carruajes, en Borgoalto, no eran frecuentes. Aquél se detuvo allí mismo, así que no pasó inadvertido ni a las ejercitantes que estaban escuchando al predicador, ni tampoco a éste que, habiendo desarrollado ya su tema, terminó en seguida y salió. Las Hijas se quedaron para la bendición, con el corazón en un puño entre la esperanza y el temor, hasta que el paso apresurado del obispo y de los sacerdotes hacia la entrada, el nombre del Padre susurrado ante la puerta de la capilla, repetido en todos los tonos con alegría, las colmó de felicidad y dejó escapar de sus corazones el himno de la más tierna gratitud a Jesús que las bendecía ¹¹.

¡Don Bosco estaba allí! Ni el trabajo, ni su precaria salud, ni su profunda humildad pudieron detenerlo ante la obediencia al obispo, que lo recibía emocionado entre sus brazos, al bajar del carruaje.

Seguidamente saludó a Jesús y a las Hijas, que seguían en la capilla y tuvo una breve conversación con monseñor. Allí estaban también las señoras ejercitantes; Don Bosco expresó su satisfacción por volver a verlas y les advirtió que, debiendo regresar al día siguiente, el obispo había decidido que se cambiase un poco el horario acostumbrado de los Ejercicios, y se celebrara al día siguiente la vestición y la profesión. Añadió que, siendo los Ejercicios una cosa importantísima, ordinaria-

¹¹ Anexo n.º 15.

mente no admiten interrupción, pero que, habiéndola propuesto el obispo, que en su voz vieran la expresión de la voluntad divina. Por otra parte, ningún otro día se prestaba mejor que aquél, en el que la Iglesia festejaba a la Virgen de las Nieves, para dar comienzo a la nueva familia religiosa, que debía ser totalmente de la Madre de Dios. Los Ejercicios continuarían después regularmente y él estaba seguro de que la pequeña interrupción no les perjudicaría, dado el fervor que debían tener por la gran gracia recibida del Señor.

Concluyó diciendo —y se traslucía el gozo de su alma— que se llamarían *Hijas de María Auxiliadora*, y que su Instituto debería ser *el monumento vivo de su gratitud a la Santísima Virgen bajo el título de Auxilio de los cristianos*.

Después cenó con el obispo y con los demás sacerdotes. Terminada la cena —¡y debía de estar cansado!— reunió solamente a María Mazzarello, Petronila y Juana Ferretino, las cuales, como se sabe, llevaban adelante a la pequeña familia. «La elección de aquellas de entre nosotras —dice Petronila— que debían hacer sólo la vestición o también la profesión, ya se había acordado con Don Pestarino; y comprendimos en seguida que serían admitidas a la profesión sólo aquellas que ya habían hecho algún voto privado.

Nosotras, entonces, entre otras cosas, le hablamos de aquella postulante que quería hacer la vestición, pero en la que no teníamos mucha confianza porque, junto con muy buenas cualidades, tenía un obstinado apego a sus devociones particulares; por ejemplo, quería rezar a toda costa cada día el Oficio de la Virgen, cuando sabíamos, como él nos había dicho, que los siete dolores y los siete gozos bastaban para suplirlo.

Esperando a ver qué decía Don Bosco, no le habíamos hecho el hábito religioso, pero, por haber sido recomendada por el obispo de Biella, no queríamos ser causa de disgusto para aquel prelado. Nuestro buen Padre dijo que hablaría del asunto con monseñor Leto; y entre tanto, fue del parecer que no se admitiera a la joven a la vestición, porque no habría perseverado. Para mitigarle la pena, le dimos la tela del hábito, haciéndole entender que, por la anticipación de la función no había tiempo de hacérselo, y que, quizá, muy pronto vinieran otras vesticiones.

Y bajando la voz, como si hablara consigo mismo, Don Bosco concluía: "No tardará mucho en irse espontáneamente".

Después de haberse puesto de acuerdo con nosotras, Don Bosco nos habló a todas juntas, pero sin estar las señoras; nos explicó en pocas palabras la importancia de la función y el modo de hacerla, y

a continuación dijo el nombre de las que harían sólo la vestición y el de las que harían también la profesión.

Nos hizo leer después las respuestas que debíamos dar, según el formulario que Don Pestarino, siempre previsor, había hecho escribir para cada una de nosotras y casi aprender de memoria, antes de que empezaran los Ejercicios.

Para ganar tiempo, nos hizo leer juntas la fórmula de los votos, pero advirtiéndome bien claramente que en la iglesia debíamos leerla de una en una. Nos enseñó el modo de llevar el hábito al altar, y tomó argumento de esta última instrucción, para hablarnos del porte que deberíamos tener después para hacer honor al hábito religioso y al nuevo título de Hijas de María Auxiliadora.

"Vuestro paso —nos dijo— debe ser regular: ni apresurado, ni lento, y vuestro modo de actuar, modesto, recogido, no indeciso, sino más bien desenvuelto, que revele la serenidad de vuestro corazón: la cabeza bien levantada, los ojos bajos, de modo que no sólo el hábito, sino todo el porte revele que sois religiosas, es decir, personas consagradas a Dios.

Mirad, debéis caminar así". Y como la sala era grande y Don Bosco conocía nuestra humilde condición, tuvo la bondad de ponerse a caminar arriba y abajo, para que observáramos el paso grave y desenvuelto al mismo tiempo. Y, continuando, nos decía que debíamos ser también muy reservadas en el hablar, no levantar nunca la voz, y refír sin llamar demasiado la atención; que ser alegres no significa armar barullo y disiparse, porque éstas son cosas impropias de una religiosa.

Hasta nos enseñó a saludarnos, diciendo que a las religiosas de la Visitación San Francisco de Sales les había dicho: "Los jesuitas se saludan siempre descubriéndose la cabeza, aunque se encuentren cien veces. Según esto, yo sería del parecer que nuestras religiosas se saludaran con una inclinación de cabeza"; y concluía Don Bosco que no estaría mal que siguieran el ejemplo sugerido por un santo, que debía ser nuestro especial protector.

Luego, como era tarde y teníamos trabajo, nos dejó con este bello augurio: —¡Así es que, mañana, a las nueve, seréis religiosas!

Preparativos inminentes

Nosotras, felices y emocionadas, fuimos a nuestras dependencias de casa Carante, para ensayar un poco las respuestas, la fórmula de los votos y hacer como nos había enseñado Don Bosco.

Luego, nosotras dos, María Mazzarello y yo, debíamos preparar también, en unas bandejas, las medallas para las novicias y los crucifijos para las profesas. Los había enviado Don Bosco, en una cajita, hacía algunos días, y Don Pestarino nos los había enseñado en el último momento, recomendándonos que estuvieran a punto, para la bendición de su Excelencia. Las medallas eran doradas, gruesas y pesadas; llevaban por una parte la imagen de María Auxiliadora y la inscripción: *María Auxiliadora, rogad por nosotros*; y por la otra parte, la fachada de la iglesia de Valdocco. También los crucifijos eran dorados, no gruesos, con la cruz de madera negra. Todos aquellos preparativos nos ponían tan contentas, que no sentíamos ni el cansancio ni el sueño.

¿Cerrarían los ojos aquella noche, en espera del gran momento? Su ángel custodio ¿no desplegaría las alas, para llevar al trono del Altísimo las ansias amorosas de aquellos corazones felices, las humildes protestas de su indignidad, las promesas de una correspondencia más fiel?

A la primera sonrisa de la aurora, esperada como ninguna otra, toda la casa Carante se puso en movimiento.

Don Bosco, totalmente a disposición de sus Hijas

Las otras mañanas de los Ejercicios, el obispo, aunque solía levantarse más bien tarde, estando aún convaleciente, celebraba la misa de la comunidad y les daba él mismo la santa comunión; aquella mañana, en cambio, quiso que lo hiciera Don Bosco, para obligar así al Padre a conceder a sus Hijas aquel justo y deseado consuelo.

Después de la santa misa, Don Bosco habló particularmente con cada una y volvió al confesionario para las que lo desearan, lo mismo que había hecho durante la plática de meditación.

«Yo quería hacer la confesión anual —cuenta Petronila— pero Don Bosco me preguntó enseguida: ¿Piensas hacer la confesión general? María no tuvo tiempo de confesarse con Don Bosco, por mucho que lo deseara; quedaban todavía muchas cosas que arreglar, con una fiesta anticipada tres días; pero ella, generosa por naturaleza y habituada al espíritu de sacrificio, no dio a entender siquiera su deseo, ni la pena de no poderlo satisfacer; y, sonriente y activa como siempre, atendió a los mil preparativos para el buen desarrollo de la función».

Suena la hora de Dios

A las nueve, apenas terminada la misa celebrada por el obispo, comenzó la función. Monseñor Sciandra, con ornamentos pontificales, tenía a su derecha a Don Bosco, con roquete y estola, como los otros sacerdotes, a la izquierda, a Don Domingo Pestarino, y lo asistía su secretario, Don Francisco Berta, Don Tomás Ferraris, coadjutor de Cancelli, los predicadores, canónigos Raimundo Olivieri y Don Marcos Mallarini, y el párroco de Mornese Don Carlos Valle.

Se abre la puerta interna. El coro y el clero entonan el *Veni Creator Spiritus*; las quince afortunadas, con su mejor atuendo seglar y los ojos resplandecientes de alegría, desfilan llevando cada una en sus manos el propio hábito religioso, y van a arrodillarse ante el altar.

Monseñor pregunta: «Hijas mías, ¿qué pedís?». Las Hijas responden con alegría que piden ser admitidas a vestir el hábito religioso de las Hijas de María Auxiliadora.

Su Excelencia asiente, sigue preguntando, y, al final, pronuncia la gran palabra: «Id, pues, a despojaros del hábito secular y a revestiros del hábito religioso». Después bendice solemnemente los hábitos que las Hijas le presentan.

Desfila nuevamente el pequeño cortejo y sale de la capilla, mientras el obispo y el clero permanecen en oración ante el altar.

Pocos minutos después, se abre la puerta y entran las quince novicias, sencillamente vestidas con su hábito de color marrón, y en la cabeza, un amplio velo azul claro, en recuerdo del primitivo título de Hijas de la Inmaculada.

Con los ojos bajos, entre un murmullo de sorpresa y de comentarios en voz baja de los que acudieron a la ceremonia, con las manos a la altura del pecho, y el paso tranquilo, vuelven al altar y se arrodillan.

El obispo bendice las medallas y se las presenta, diciendo: «Hijas mías, os presento la imagen de aquélla que tomaréis como modelo. La Santa Iglesia Católica proclama a esta celestial Madre, Auxilio seguro de los cristianos. Amadla, imitadla, acudid a Ella a menudo; ninguno ha recurrido a Ella, sin ser prontamente escuchado».

Después, el obispo, seguido paso a paso por Don Bosco, quien se las coloca, una a una toma las medallas y se las impone a las cuatro novicias: Corina Arrigotti, María Grosso, Rosina Mazzarello y Clara Spagliardi, todas las cuales, al unísono, dicen con voz temblorosa, que conmueve hasta a los menos dispuestos: «Virgen Santísima, Madre de mi Jesús, poderoso Auxilio de los cristianos y consuelo del alma, me

pongo en vuestras santas manos. Protegedme, defendedme y ayudadme a perseverar en el divino servicio».

Las cuatro novicias se retiran del altar; y a las once que permanecen arrodilladas, el obispo les pregunta de nuevo:

—Hijas mías, ¿qué pedís?

Once voces responden con seguridad:

—Pedimos profesar la Regla de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora.

Nuevo murmullo entre la gente, mientras el obispo continúa:

—¿Habéis practicado estas Reglas?...

Y a la respuesta afirmativa, insiste con otras preguntas:

—¿Sabéis bien lo que significa profesar las Reglas de esta Congregación?... ¿Estáis dispuestas a profesar con voto lo que acabáis de decir?

—Sí, estamos dispuestas, lo deseamos de todo corazón y, con la ayuda del Señor, esperamos mantener nuestra promesa.

—¿Por cuánto tiempo queréis hacer los votos?

—Aunque tenemos firme voluntad de pasar toda la vida en esta Congregación, no obstante, para secundar lo que prescriben las Reglas, queremos hacer votos por tres años.

El obispo continuó:

—Que Dios bendiga vuestra resolución y os conceda la gracia de poderla mantener fielmente. Ahora, poneos en la presencia de Dios y pronunciad la fórmula de los votos de castidad, pobreza y obediencia, según las Reglas de la Congregación.

Hasta aquí las once respondieron a coro y, en la excusable confusión del momento, sin acordarse del aviso recibido de Don Bosco, comienzan también a coro la fórmula de los votos, pero el obispo le dice en voz baja a Don Bosco: «No, todas a la vez, no». El buen Padre sonríe, comprendiendo la emoción del momento, y hace una ligera indicación a las novicias.

En seguida, se oye una sola voz, decidida, aunque emocionada: «Yo, Sor María Dominga Mazzarello, conociendo mi debilidad y temiendo por la inestabilidad de mi voluntad, me pongo en vuestra presencia, omnipotente y sempiterno Dios; e implorando las luces del Espíritu Santo, la asistencia de la B. V. María y de mi ángel de la guarda, en manos de vuestra Excelencia reverendísima, hago voto de castidad, pobreza y obediencia por tres años. Vos, oh misericordioso Jesús, me habéis inspirado hacer estos votos, vos ayudadme con vuestra santa gracia para cumplirlos. Virgen Inmaculada, poderoso Auxilio de los cristianos, sed mi guía y mi defensa en todos los peligros de

mi vida. Angel de mi guarda, Santos y Santas del cielo, rogad por mí». Así sea.

La que precede a todas en el amor de Dios, la que a todas ha precedido y animado con la palabra y el ejemplo en el nuevo camino, es justo que sea también ahora la primera en recibir el hermoso título de religiosa, ligándose públicamente por los santos votos que la consagran a Jesús.

A ella le sigue su fiel compañera Petronila Mazzarello y después, Felicina Mazzarello, Juana Ferrettino, Teresa Pampuro, Felicitas Arecco, Rosa Mazzarello, Catalina Mazzarello, todas de Mornese, y Angela Jandet, de Turín, María Poggio, de Acqui, Asunción Gaino, de Cartosio; una tras otra, las once consagraciones son recibidas por el Pastor de la diócesis, asistido por el Fundador; y María Auxiliadora las presenta al trono de Dios.

Monseñor bendice los crucifijos y, acompañado siempre de Don Bosco, que se los va entregando sucesivamente, se los impone a las nuevas profesas.

Habla Don Bosco y da nombre a su «Monumento»

Don Bosco se dirige humildemente, casi suplicante a monseñor: «Excelencia, dirija unas palabras a las nuevas religiosas»; pero el obispo responde solícitamente: «No, Don Bosco, no; líble usted a sus religiosas». Y toma asiento entre los sacerdotes que le rodean.

Don Bosco, visiblemente emocionado, habla. Habla de la importancia del acto realizado; recuerda la santidad de los votos y los deberes que éstos imponen. Alude, con toda prudencia, al malhumor que podrá rodearlas, porque todas las cosas de Dios llevan el sello del sufrimiento; pero añade que eso contribuirá a su santificación, haciéndolas y manteniéndolas verdaderamente humildes:

«Entre las plantas más pequeñas, hay una de gran perfume: el nardo, nombrado con frecuencia en la Sagrada Escritura. En el oficio de la Virgen se dice: *Nardus mea dedit odorem suavitatis*, mi nardo ha exhalado un suave perfume. ¿Pero sabéis cuándo sucede eso? El nardo exhala su perfume cuando es pisoteado. No os dé miedo, pues, que el mundo os maltrate. El que padece por Cristo Jesús, reinará con El eternamente.

Vosotras, ahora, pertenecéis a una Familia Religiosa que es totalmente de la Virgen; sois pocas, desprovistas de medios y de la aprobación de

los hombres. Nada os turbe. Las cosas cambiarán pronto, y tendréis tantas alumnas que no sabréis dónde ponerlas; y no sólo alumnas, sino también tantas postulantes que os veréis en aprietos para aceptarlas.

Sí, os puedo asegurar que el *Instituto tendrá un gran porvenir, si os mantenéis sencillas, pobres y mortificadas.*

Observad, pues, todos los deberes de vuestra nueva condición de religiosas, y ayudadas por nuestra tierna Madre María Auxiliadora, pasaréis ilesas por los escollos de la vida y haréis un gran bien a vuestras almas y a las de los demás.

Considerad como una gran gloria vuestro hermoso título de *Hijas de María Auxiliadora*, y no olvidéis que vuestro Instituto deberá ser el monumento vivo de la gratitud de Don Bosco a la Madre de Dios, invocada bajo el título de *Auxilio de los cristianos*.

Después de una oración y la triple bendición del obispo, la función quedó terminada. María Auxiliadora tiene ya la Familia que, desde hacía tantos años le pedía a Don Bosco; sobre las colinas de Mornese se ha renovado, el mismo día que en Roma, una suave nevada de copos frescos y puros que se derretirán sobre el altar de Dios, para difundir candor de virtud y de fe.

También en Mornese, la nueva nevada suscita admiración y... desaprobación

La gente sale de la iglesia, y salen también las nuevas religiosas con los ojos emperlados aún con alguna lágrima, con la sonrisa en los labios y el cielo en el corazón. Todas querrían hablar y, al mismo tiempo, conservar en secreta reserva la felicidad que las envuelve en una atmósfera de cielo. Finalmente, Sor María rompe el silencio con las únicas palabras que le brotan del corazón: «¡Hágamonos santas; debemos hacernos grandes santas!».

Las alumnas internas y externas y los parientes, rodean a las nuevas religiosas, que escuchan, sin entender, los comentarios poco lisonjeros de algunos de entre los presentes, y miran sin ver los rostros sombríos, que querrían ocultar con una sonrisa la amargura interna, pero no lo logran. Las nuevas religiosas son demasiado felices, están demasiado cautivadas por el himno del corazón a la Bondad eterna que se ha dignado inclinarse hasta ellas y llamarlas sus esposas.

Se reanuda la vida. Los corazones siempre en alto

Con gusto hubieran permanecido en la capilla, en la que vibraba aún su juramento; pero... hay que volver de nuevo a la vida; hay que acordarse de los deberes de la hospitalidad, ya que hoy las señoras ejercitantes comen con ellas y quieren hacer fiesta. El ágape, menos pobre de lo acostumbrado, y hasta con dulces, porque así lo ha querido Don Bosco, es cordial, afectuoso, y, de tanto en tanto, alegrado por la voz de Sor María Mazzarello que, cubriendo la algazara festiva, exclama con su ardor característico: ¡Viva María Auxiliadora! La Hija sabe a quién debe elevar el himno festivo de su propio agradecimiento.

Terminada la comida y el servicio a los sacerdotes, las encargadas de limpiar los utensilios de cocina y del refectorio hacen su humilde trabajo canturreando una copla a la Virgen. Canturreando sólo, porque no olvidan que están de Ejercicios y creerían faltar a un deber, aunque, en pequeña escala, si dieran rienda suelta a su alegría de forma clamorosa.

La vicaria de la Virgen

Don Bosco debía marchar a las cinco de la tarde; por tanto, mientras el obispo descansaba un poco, él se las entendía con Don Pestarino, a quien recomendó limitar en adelante su acción al oficio de consejero y ayuda, a la dirección puramente espiritual, dejando que, para el gobierno interno, las Hermanas actuaran por sí mismas, con las Superiores que se habían elegido el día de San Francisco. Esto si él, Don Pestarino, que siempre las había seguido, no tenía nada en contra.

¿Nada en contra? Don Pestarino, que estaba esperando la ocasión para tejer al Padre una vez más el elogio de María Mazzarello, sacó, con viva complacencia, su pro-memoria.

Entre otras cosas se leía en ella: «María Mazzarello mostró siempre buen espíritu, y un corazón muy inclinado a la piedad. Frecuentó siempre los santos sacramentos de la confesión y comunión, y es muy devota de la Santísima Virgen. Su carácter ardiente estuvo siempre atemperado por la obediencia. Rehusó siempre las comodidades y las delicadezas, y si la voz de la obediencia no la hubiera detenido, en breve se hubiera agotado en mortificaciones y penitencias. Es un lirio de pureza; sencilla y franca, reprocha el mal donde lo descubre; huye del respeto humano; trabaja con el único fin de la gloria de Dios y el

bien de las almas. Casi no sabe escribir, y apenas leer, pero habla con tanta finura y delicadeza de la virtud, y con tal persuasión y claridad, que se diría inspirada por el Espíritu Santo.

Aceptó de buen grado entrar en el nuevo Instituto, y fue siempre de las más empeñadas en el bien y sumisa a los Superiores. Es de índole franca y ardiente, de corazón muy sensible. Se muestra siempre dispuesta a recibir cualquier aviso de los superiores, y les da pruebas de humilde sumisión y respeto. En el tiempo que hizo de superiora, se rindió siempre, de voluntad y de juicio, a mi juicio y voluntad, y así unida a mí y a mis órdenes, se declaraba pronta a dar la vida y a sacrificarlo todo por obedecerme y promover el bien. Ocupando el cargo de Superiora, fue animosa en proponer y mantener lo que le parecía razonable, y terminó siempre humillándose y rogando a las compañeras que la avisaran cuando faltaba»¹².

Debió recordarle a Don Bosco el elogio que San Francisco de Sales hace de la Señora de Chantal, figura en varios aspectos semejante a la humilde hija de Mornese: «Es sencilla, sincera como un niño, de juicio sólido y sublime, de alma grande y valor para las santas empresas, superior a lo que ordinariamente corresponde a su sexo...

He encontrado en Dijon lo que Salomón no acertaba a encontrar en Jerusalén: he encontrado a la mujer fuerte en la Señora de Chantal»¹³.

Don Bosco había encontrado en Mornese a la mujer fuerte que necesitaba para su obra; y la había encontrado en María Mazzarello. Por eso, en la despedida breve pero afectuosa a sus hijas, al asegurarles que volvería pronto o, en caso de no poder, les enviaría otro que hiciera sus veces, se la presentó como Superiora.

«¡La verdadera Directora es la Virgen!»

«Descó —les dijo— que por ahora sea esta misma que, gozando de la confianza de vuestros Superiores, ha sido también la primera de vosotras en afrontar las dificultades ocasionadas por el nuevo estado de cosas. Ahora la pequeña comunidad ha comenzado y, en el santo nombre de Dios, habéis recibido de manos del obispo el hábito bende-

¹² El manuscrito de Don Pestarino no se ha encontrado, pero lo reproduce Don Lemoyne en la primera breve biografía que escribió de María Mazzarello en el *Bollettino Salesiano* (diciembre de 1881, pág. 16).

¹³ BOUGAUD, *Storia* I 175.

cido; la mayor parte de vosotras ha hecho también la santa Profesión; perseverad ahora en la resolución tomada.

No puedo añadir otra cosa a la común alegría, sino que continuéis dependiendo de ella; que reconozcáis por Superiora vuestra a Sor María Mazzarello y, como a tal, la escuchéis y obedezcáis. Por ahora tendrá el título de Vicaria, porque la verdadera Directora es la Virgen».

Con dulcísimo énfasis subrayó estas palabras: *¡La verdadera Directora es la Virgen!*

Les dijo después a las demás que continuaran en su cargo: Sor Petronila, como primera asistente; Sor Felicina Mazzarello, segunda asistente encargada de las Postulantes y Novicias; Sor Juana Ferretino, ecónoma. Pero como en el Capítulo eran cuatro y no cinco como se requería en las votaciones, les dijo que, si veían a alguna otra Hermana capaz de ayudarlas, la eligieran también, y terminó recordando la necesidad de estar unidas las Superiores entre sí, para ayudar a la Vicaria Sor María Mazzarello a hacer el bien. Y se dispuso a salir, repitiendo su amado estribillo: *«Estad alegres, estad alegres»*.

Sor María, entonces, se adelantó humildemente desde el último lugar y le pidió que mandara pronto a la Superiora, ya que ella era incapaz de suplirla; a lo que Don Bosco, con su luminosa sonrisa, respondió que confiara totalmente en el Señor y que El proveería.

La emocionante despedida del Fundador

A las cinco de la tarde partió, y también su corazón entonaba un himno a María Auxiliadora, que lo había guiado en la difícil tarea de dar vida a una nueva Familia religiosa.

Pero el descontento de los mornesinos, de aquella buena gente a la que apreciaba de veras, hería dolorosamente su corazón, tan tierno y sensible. En el pueblo, que anteriormente le había recibido con honores de príncipe, de aquellos corazones fieles que atravesaron las cumbres de los Apeninos para ir a visitarlo cuando estaba enfermo, ahora recibía indiferencia, frialdad y palabras que, aun ostentando la antigua estima, se preparaban, quizá, a echarle en cara a él y a Don Pestarino un terrible: *«Vosotros nos habéis traicionado»*.

Don Bosco no se hace ilusiones; Mornese está en contra del acto realizado y no entiende aún el don de Dios. El nacimiento de la Sociedad Salesiana, en medio de las luchas por el pan, por la casa, por los estudios; la formación del primer núcleo de sus hijos allí, en su humilde habitación, en el silencio de la noche, teniendo como único testigo

su crucifijo, no había acarreado ninguna inquietud a Don Bosco, antes bien, había sido como un rayo de sol que, al amanecer, rasga las nubes tormentosas y hace esperar un día de calma. En efecto, se decía que Don Bosco caminaba entre rosas. Después, sí, había venido el temporal acompañado de una fuerte granizada, amenazando destruir todo su trabajo.

Esta familia, en cambio, aunque nace sostenida por el cayado del Pastor, tiene un amanecer tempestuoso y se prepara a recoger una mies de punzantes espinas. Hace pensar en el emparrado de rosas visto por él en el sueño ¹⁴, donde las espinas se dejan sentir a los primeros pasos; pero es cosa de *María Auxiliadora* y la Virgen la asistirá.

En la ternura de su amor, Don Bosco debía decir para sí: Pobre Don Pestarino, él ha sido para mí hasta ahora una válida ayuda, un corazón fiel, de heroico sacrificio, puesto por el Señor en mi camino para facilitarme el abandono en la Divina Providencia en esta obra de las Hijas de María Auxiliadora: y yo, involuntariamente, le soy motivo de sufrimiento. Pero así lo ha querido el ciclo; y aceptaremos contentos también esta borrasca, si es que la cólera de los mornesinos se desata sólo contra nosotros.

Continúan los Ejercicios

Mientras el Padre se traslada en tren a Turín, pero con el corazón en Mornese, las Hijas de María Auxiliadora volvían a sus queridos Ejercicios, contentas de que el silencio de toda la casa no interrumpiera su recogimiento, y les ayudase a reflexionar en el cúmulo de gracias que Dios se había dignado derramar en sus almas, e impediera que las críticas y murmuraciones llegaran hasta ellas. Les quedaban dos días de completa paz, en los que la espuma amarga del primer hervor tendería tiempo de desaparecer. Además, el obispo no partiría en seguida y, entre tanto, podrían gozar aún de la paz de Dios y del Dios de la paz. Después... sería lo que Dios permitiera, nada más. ¿Por qué pensar en el mañana, si el mañana es de Dios?

¡Pobre Don Pestarino!

Pero Don Pestarino no hacía los Ejercicios y, cuando Don Bosco se fue, sintió el vacío de la soledad, aun con la casa llena de gente.

¹⁴ MB III 32.

¿Cabría pensar aún que sus paisanos se hicieran ilusiones sobre la suerte del colegio ¹⁵ y sobre una estancia solamente temporal de las Hijas en el mismo? La insólita frialdad con que habían recibido a Don Bosco era ya una manifestación explícita de su pensamiento. Y con las Hijas ¿qué actitud tomarían? Sí, las familias de las Hermanas, aun tragando quina, saldrían siempre en su defensa, al menos ante la gente.

La presencia del obispo en la función ponía a las Hermanas bajo un fuerte protector, contra el cual no se atreverían a enfrentarse ni siquiera los más atrevidos, aun cuando el obispo volviera a Acqui. Pero quedaba siempre la pena de saber que la gente estaba irritada, convencida de haber sido engañada, y de no poder declarar la verdad en modo alguno. Más que de ayuda, ¿no sería él ahora ocasión de disgusto a las pobres Hermanas? En su profunda humildad temía ser un obstáculo y veía acercarse con dolor el día en que se iría el obispo y la casa quedaría privada de su valiosa protección.

Luisa Arecco

El día 8 de agosto, por la mañana, el obispo celebró, como de costumbre, para las Hijas, las cuales habían sido avisadas previamente de que evitaran los cantos demasiado emotivos, para no emocionar a su Excelencia, todavía débil y enfermo. Seguras de que la voz de Luisa Arecco hablaría al corazón del obispo sin molestarlo, creyeron no faltar a la recomendación recibida disponiendo que, en los momentos más solemnes, cantara las alabanzas del Señor.

Luisa Arecco era una joven que había quedado huérfana, sola, pobre y expuesta a mil peligros, porque, al encanto de la flor todavía en capullo, pero ya lozano, unía un tesoro de voz capaz de ser pasto de la vanidad y del pecado.

María Mazzarello la había tomado bajo su custodia, ya desde la Casa de la Inmaculada, teniéndola durante el día en el taller, para enseñarle a coser y apartarla de los peligros a que se exponía prestándose a hacer recados aquí y allá y, aunque el pan fuera escaso, no le dejaba faltar lo necesario.

El canto, en la fiesta de la profesión, había llamado la atención del obispo, el cual, al saber las condiciones de la jovencita, se había ofrecido a ser su protector y Padre. Las Hermanas pensaban, pues, que

¹⁵ La Providencia ha dispuesto que —después de cien años— se cumpliera la aspiración de los buenos mornesinos: el colegio está abierto ahora (1974) también para los niños de Mornese y alrededores, que frecuentan una sección filial de Escuela Media.

renovar esta grata impresión sería para monseñor un recuerdo del bien que se había propuesto hacer y le proporcionaría una gran satisfacción.

Clausura de los Ejercicios y recuerdos del Pastor

Hacia las diez, se reunieron nuevamente en la iglesia para el *sermón de los recuerdos*, predicado por el canónigo Olivieri, el cual les dejó como práctica dar gracias cada día al Señor por haberlas llamado a la vida religiosa y admitido en la Familia de Don Bosco.

Cuando hubo terminado, el obispo, que desde la pequeña sacristía había escuchado las palabras del predicador, se adelantó y, mientras se encendían las velas para la bendición, les dirigió también él su palabra. En ausencia de Don Bosco —el Padre— manifestó a las Hermanas su interés y les dijo que él, su obispo, estaba orgulloso de que un Instituto sobre el que «un cúmulo de circunstancias demostraban una especial providencia del Señor» —son sus palabras— hubiera nacido en su diócesis y bajo su mirada; más aún, con su directa colaboración, y le daba gracias a Dios de todo corazón. Les dejó, como recuerdo de aquella circunstancia, tres pensamientos que expresan su amor y su afecto por la nueva obra de Don Bosco.

1.º Que se mantuvieran en la humildad de espíritu, a fin de que el buen Dios, que las había elegido como fundamento de un Instituto religioso, precisamente porque eran humildes de origen y de bienes, pudiera servirse de ellas para realizar sus adorables designios.

2.º Que se perfeccionaran cada día más en la obediencia, para hacerse más capaces de recibir la forma que el Fundador quería darles.

3.º Que cada una procurase practicar la santa Regla, de modo que pudiera servir de modelo a las que vinieran detrás.

Después de cantar el *Te Deum*, monseñor impartió la bendición eucarística, dejando traslucir en su rostro el consuelo de su corazón. Descendían festivas y solemnes las notas del armonium, tocado por la joven Sor Corina con un arte musical exquisito, que le merecía ser, con razón, la primera maestra de música del Instituto.

Acta de fundación

Cuando salió de la capilla, el obispo quiso que, para perpetua memoria de cuanto se había realizado en su presencia, los días 5 y 8 de agosto, se redactara un acta que, firmada por él y por todos los sacer-

dotes presentes, quedara como documento de la bondad del prelado hacia las Hijas de María Auxiliadora, las cuales conservarían hacia él imprecedera gratitud.

*Acta relativa a la fundación
del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora
erigido en Mornese, diócesis de Acqui*

El año del Señor de mil ochocientos setenta y dos, el ocho de agosto, en Mornese, en la casa del nuevo Instituto de las *Hijas de María Auxiliadora*, en presencia de los infrascritos, se ha redactado la siguiente acta:

Hacía mucho tiempo que el muy reverendo Don Juan Bosco, Fundador y Director General de muchos colegios para la educación cristiana y civil de los jóvenes, deseaba abrir una casa que fuera el principio de un Instituto que hiciera lo mismo con las jóvenes, principalmente de las clases populares, y finalmente, este deseo suyo se ha visto cumplido.

El día cinco del corriente mes, en la capilla de esta casa, vestían el hábito de la nueva congregación: María Mazzarello de José, Petronila Mazzarello del difunto José, Teresa Pampuro del difunto Lorenzo, Felicina Arecco del difunto Juan Antonio, Rosa Mazzarello de Esteban, Catalina Mazzarello del difunto José, todas de Mornese; Angela Jandet de Luis, de Turín; María Poggio del difunto Gaspar, de Acqui; Asunción Gaino de Antonio, de Cartosio; Rosa Mazzarello de José, de Mornese; María Grosso de Francisco, de Santo Stefano Parodi; Corina Arrigotti de Pedro, de Tonco; Clara Spagliardi de Lorenzo, de Mirabello; de las cuales, las once primeras hicieron profesión religiosa con votos por tres años, emitidos en manos de su Excelencia reverendísima monseñor José M.^a Sciandra, obispo de esta diócesis, que poco antes había bendecido los hábitos religiosos, imponiendo a las novicias la medalla de María Auxiliadora, y a las profesas, el crucifijo.

La función fue muy emotiva e intervinieron además, por gracia especial del Señor, el muy reverendo Don Juan Bosco, cuya venida ya no se esperaba a causa de su delicada salud; y las nuevas religiosas tuvieron el consuelo de recibir de sus labios las advertencias más importantes para corresponder a la gracia de la vocación en el Instituto religioso por ellas abrazado. Hay un cúmulo de circunstancias que demuestran una especial providencia del Señor para con este nuevo Instituto.

La mayor parte de las mencionadas jóvenes había recibido ya en

Mornese la medalla de María Inmaculada de manos de monseñor Mostro Contratto, de venerada memoria; y monseñor Sciandra, su inmediato sucesor, sin sospecharlo siquiera, dignándose aceptar la hospitalidad ofrecida en esta casa únicamente para que con este aire saludable se rehiciera de una enfermedad, completaba la obra presidiendo él mismo la mencionada función.

Esta hubiera debido realizarse al final de los Santos Ejercicios predicados por el reverendísimo señor Don Raimundo Olivieri, canónigo, arcipreste de la catedral de Acqui, y del muy reverendo señor Prior Don Marcos Mallarini, vicario foráneo de Canelli, empezados la noche del 31 de julio próximo pasado; pero, esperando la presencia del muy reverendo Don Bosco que debía regresar a Turín en seguida, se anticipó, tanto más que el día cinco estaba consagrado a la *Virgen de las Nieves*.

Los Ejercicios terminaron este día. Monseñor, que en el curso de los mismos había celebrado cada mañana la santa misa a la Familia religiosa, y les había distribuido la santa Eucaristía, de modo más solemne asistió a la clausura, que coronaba con unas palabras de estímulo y saludables recuerdos a sus nuevas Hijas en Jesucristo, impartiendoles con toda la efusión del corazón su pastoral bendición.

Y para que conste lo relatado hasta aquí, se redactó la presente acta, copia de la cual se conservará, por orden del señor obispo, en el Archivo Parroquial de Mornese, y otra copia, en la Curia Episcopal de Acqui.

† José María, *Obispo*
Domingo Pestarino, Pbro., Director del Instituto
Raimundo Olivieri, Arcipreste de la Catedral de Acqui
Marcos Mallarini, Prior Vic. for. de Canelli
Carlos Valle, Párroco de Mornese
José Pestarino, Presbítero testigo
Tomás Ferraris, Presbítero testigo
Francisco Berta, Presbítero, Secretario episcopal

Benevolencia del obispo para con las nuevas religiosas

Antes de despedirse, monseñor Sciandra, como para dar una prueba tangible del bien que se esperaba del Instituto, confió al cuidado de las Hermanas a la joven Luisa Arcco, a fin de que, educándola según el sistema del Fundador, hicieran de ella una mujer seria, útil a sí mis-

ma y a los demás en el campo al que Dios se dignase llamarla. Y entregó a Don Pestarino la cantidad necesaria para los gastos.

Pero otro gran don había hecho a las buenas Hermanas, apreciado por ellas en su justo valor. Como, durante su permanencia en Mornese, Jesús había quedado en la capilla del colegio, y las Hermanas y las niñas habían demostrado con reverente piedad la compañía que debe hacerse al Huésped Divino, les concedía el derecho de tenerlo permanentemente.

El obispo se fue después de la fiesta de San Nicolás de Tolentino, especial protector del pueblo —10 de septiembre— entre el agradecimiento emocionado de las Hermanas y de las alumnas; y emocionado también él, prometió volver el verano próximo a gozar una vez más del benéfico influjo de los aires mornesinos y de la hospitalidad salesiana.

No seremos menos de la Inmaculada, siendo totalmente de la Auxiliadora

El colegio vuelve a la regularidad ordinaria de la vida de cada día y las Hijas de María Auxiliadora, en la piedad activa y serena, que se puede llamar ya salesiana, se consagran a la más fiel observancia de las Constituciones, que debe llevar la pequeña semilla del Instituto a la vigorosa expansión del grano de mostaza.

Y en los recreos comunes, como para combatir la acusación lanzada públicamente contra ellas de haber sido infieles al compromiso asumido como Hijas de la Inmaculada o Nuevas Ursulinas, comentan alegremente: «No, siendo Hijas de María Auxiliadora, no somos menos Hijas de la Inmaculada, sino todo lo contrario... La misma fórmula de nuestros votos termina con la hermosa invocación: Virgen Inmaculada, poderoso Auxilio de los cristianos... No terminamos una sola de nuestras prácticas de piedad, sin la jaculatoria "Bendita sea la Santa e Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María Madre de Dios", seguida de otra no menos querida: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Don Pestarino nos dice que, en todas las casas salesianas, la fiesta de María Inmaculada se celebra con tanta solemnidad como la de María Auxiliadora; y en las Constituciones, respecto al voto de castidad, Don Bosco recomienda una tierna devoción a María Santísima Inmaculada.

Sí, Don Bosco no nos ha apartado de nuestra primitiva devoción, antes bien, la ha perfeccionado; nosotras somos ahora Hijas de María

Auxiliadora, porque hemos amado muchísimo a María Inmaculada.

¿Quién sabe si todas las Hijas de María Auxiliadora que vengan después de nosotras, no tendrán también ellas el mismo amor a la Inmaculada, por haber sido ya sus Hijas desde los primeros años de su juventud?».

Tenían razón en querer unir de modo inseparable los dos aspectos de la devoción mariana.

También Don Bosco, desde su juventud, había sido todo de María Inmaculada, y no cesó de serlo cuando se hizo todo de María Auxiliadora. Fundió entonces las dos devociones en una sola, llamando a su Virgen, ya *Inmaculada Auxiliadora de los cristianos*, ya la *Virgen Auxiliadora Inmaculada*, ya *nuestra Madre Inmaculada, Auxiliadora de los cristianos*.

Y quiso que, sobre la cúpula externa de su santuario, resplandeciera al sol la dorada imagen de la Inmaculada en actitud de bendecir a Turín, mientras hacía pintar para el altar mayor el bellissimo cuadro de María Auxiliadora, Madre y Reina de sus obras.

Todo esto lo intuía con claridad luminosa Sor María Mazzarello, que sacaba de esto una fuente inagotable de alegría que hacía agradable la observancia de las Constituciones, fácil el llevar tras de sí a las Hermanas puestas por la Divina Providencia en su camino, y atraer a las alumnas con irresistible eficacia a seguir las enseñanzas y los ejemplos de sus virtudes.

Anexos

ANEXO N.º 1

El primer Reglamento de las Hijas de la Inmaculada (borrador de Angela Maccagno) — 1853

Es nuestro deseo que el *fin* de la suspirada *Unión* sea *principalmente* éste:

1.º Estar unidas en Jesucristo, de corazón, de espíritu y de voluntad, bajo la obediencia en todo y para todo al Padre director espiritual y confesor que será para todas el mismo; y no cambiarlo a voluntad más que una vez o dos al año con el consejo del mismo, para que así pueda guiarnos a todas con el mismo espíritu, y hacia el mismo fin, exceptuadas las forasteras que no pudieran venir siempre, a las cuales será destinado [otro], con el consejo del director, pero deberán depender de él por carta y regularse respecto al espíritu y fin de la obra.

2.º Confirmamos y queremos mantener esta voluntad y Pía Unión con el voto de castidad, según el consejo del director, renovándolo a lo más de año en año, y lo mismo con el voto de obediencia al director o a una de las compañeras hermanas espirituales, si así lo cree y estima el mismo.

3.º Será fin particular y espíritu de la Unión dejar parientes, mundo y hacienda antes que dejar a las compañeras hermanas en Jesucristo; hacer el bien, a mayor gloria de Dios y provecho espiritual del prójimo, y tener todas las cosas en común con las Hermanas, objetos, vestidos, muebles y cualquier otra cosa.

4.º En caso de muerte de alguna Hermana, [estará] pronta a dejarlo todo a las otras Hermanas de la Pía Unión, con tal de que les sea de utilidad a ellas y a la Pía Unión, y al incremento de la misma; y en caso de que se disolviera la Unión, emplear todo lo perteneciente a la difunta en obras piadosas de la Iglesia o para muchachas pobres o en beneficio de los pobres. En caso de que los parientes estuvieran en necesidad extrema, podrá dejarles a su muerte la mitad o aún menos, según el consejo del director. Si alguna quisiera salir o separarse de la Pía Unión, podría dejar a la misma una tercera parte.

5.º Si alguna de las Hermanas se encontrara abandonada por los parientes, o sin ayuda de los mismos, no podrá estar sola sin el consejo del director, y se unirá a alguna de las Hermanas indicadas por él; y si no se pudiera, el director fijará con quién debe estar, con parientes u otras personas, y todas la ayudarán y estarán obligadas a socorrerla en la forma posible, como verdadera Hermana.

Fin general

1.º Cooperar a la gloria de Dios y de la religión en estos tiempos y siempre: con el buen ejemplo, con la frecuencia de los santos sacramentos; devoción a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; devoción tierna y particular a Nuestra Madre, la Virgen Santísima, y éste será el lema y fin de la Pía Unión; inculcarlo, promoverlo en todas las que se pueda, y no tener otra mira y otro fin, en las hijas y mujeres [casadas], y también en los jóvenes y hombres, cuando se presente la ocasión; por ejemplo, quien se encontrara con quien habla mal, blasfema contra Dios, la Iglesia, los ministros, o quien pidiera a veces un consejo; en caso contrario, no se debe tener ninguna relación ni con los malos para convertirlos, ni con los buenos para ayudarlos en el bien; se debe siempre esquivar verlos, además de hablar con ellos y de ser vistas figurando en el mundo; pero separadas de hecho y fuera del mundo más que las que viven en retiro; [estar] prontas a dar la vida antes que desistir de tal fin; que en caso de que se enfriara en todos la religión y la piedad, mantenerla firme en nosotras a costa de cualquier persecución de parientes, amigos, pueblo, incluso de religiosos que predicaran en contra, conociendo por haberlo experimentado que el aumento del bien en nosotras y en las almas, y de la religión, depende principalmente de los medios arriba indicados.

2.º Procurar ganar compañeras Hermanas para la Pía Unión, si fuese posible también en otros pueblos, sean ricas, o pobres, no mirar nada con tal de que tengan el mismo espíritu; pero probarlas y no hacer nada sin el consejo expreso del director; que sean desprendidas de la propia voluntad y apartadas completamente del mundo, de los parientes, de toda inclinación [= gusto] e idea de mundo, para que reine sólo el espíritu de Jesucristo (de la Pía Unión) y salvación de las almas.

3.º Ganar y procurar unirse a personas piadosas, incluso mujeres, y, por medio de ellas, también a hombres, si fuera posible, y a otros para que se mantengan y se defiendan el bien y la religión, con la frecuencia de los santos sacramentos, la devoción a María Santísima, etc. Y estas personas ayuden con el buen ejemplo a promover y a mantener el bien y la religión en todas partes, y ganar para el Señor a otras y a otros; pero con estas personas estése unidas en espíritu, pero no se revele nada de la Unión, para no suscitar desconfianza o celos o envidia; pero tener relación espiritual con jóvenes o mujeres que mostraran este espíritu con la frecuencia de los santos sacramentos, devoción particular a María, a Dios, al bien. Servir a Dios fielmente, y éste es precisamente

el fin de nuestra Pía Unión, unimos en espíritu de amor y voluntad unas con otras, pero en nuestra casa, a no ser en el caso indicado en el número 5; y abrazar, si fuera posible, todos los pueblos y a todo el mundo, procurando por tanto y cuanto se pueda que haya en todas partes, poco a poco, Hermanas de la Unión, o personas piadosas que promuevan el bien; aprendiendo todo esto de los malos del mundo, que con uniones secretas, promueven el mal, para destruir la religión, y se mantienen unidos los de unos y otros países, ciudad con ciudad; así nosotras, secretamente, sin otra distinción que la unión de corazones, de voluntad y de espíritu, es decir, sólo el espíritu de Jesucristo, y nada mejor puede ayudar tanto como estar unidas en una sola casa, procurando la santificación de nuestras almas y el bien de las almas de los pueblos, de nuestras hermanas y hermanos, y el acrecentamiento de la verdadera religión de Jesucristo, nuestro querido Padre y Esposo, único y dulcísimo, al cual nos unimos y consagramos en alma, corazón, voluntad, bienes y cuerpo con verdadero espíritu dejándolo y abandonándolo todo por amor a El solo.

Una de las principales advertencias que se han de observar escrupulosamente es la de evitar toda confianza y amistad particular entre las Hermanas unidas, de modo que cuando se viera a alguna tratar con otra con demasiada confianza, advertirla en seguida y después de la tercera vez, si manifiesta no darse por entendida, decirlo al director, y en caso de que se negara absolutamente a entenderlo, eso bastará para notificarle que no tiene espíritu para la Unión.

Del mismo modo, con las otras jóvenes o mujeres no se debe tener demasiada amistad, yendo siempre con una o dos, incluso con la excusa de hacer el bien en el sentido de querer crear discípulas: esto no, se deben sentir obligadas más bien a dar cuenta de ello a las Hermanas, de hablar del fruto obtenido; con todas procurar el bien de todas; las almas delante de Jesucristo todas son igualmente preciosas, por tanto no exponerse, y separarse de ellas en seguida, y dejar que con aquélla hablen las otras Hermanas en Jesucristo.

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 2

Memoria del cardenal Cagliero - febrero 1922

Recuerdo que Don Pestarino me dijo que había conocido a Don Bosco en Génova en casa del párroco Frassinetti de Santa Sabina. Y oyendo hablar de su Oratorio, de los jóvenes, de la Sociedad de San Francisco de Sales, y atraído por la veneración de sus virtudes, le entraron deseos de ir a Turín; recuerdo que pasó algunos días en el Oratorio y se ofreció a ser Salesiano, como después se decidió a serlo, cuando se habló del colegio (masculino) de Mornese. Y este encuentro y visitas posteriores ocurrieron en 1860, 61, 62 y 64, cuando fuimos a Mornese de paseo, en el que también yo tomé parte.

Fue entonces cuando, acompañando a Don Bosco y a Don Pestarino, conocí a las Hijas de la Inmaculada, las cuales, ocho años después, debían ser las piedras de vuestro y nuestro Instituto.

Roma, 15 de febrero de 1922

† JUAN
cardenal

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 3

Carta de Don Cafasso a Don Pestarino - junio 1857

Muy Reverendo señor:

Tengo el gusto de comunicar a V. S. que, según sus deseos, será usted admitido a los próximos Ejercicios que tendrán lugar en el Santuario de San Ignacio.

Dichos Ejercicios comenzarán el ocho de julio, y es necesario que V. S. se encuentre en Turín la noche anterior, es decir, el siete de dicho mes.

Con toda estima, me profeso

Turín, 23 de junio de 1857

devotísimo servidor
JOSÉ CAFASSO, Pbro.

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 4

Declaración de Sor Carolina Provera de las F. C. de Jesús marzo 1910

Para mayor gloria de Dios y del venerable Don Juan Bosco, declaro que antes de mi entrada en religión, la cual tuvo lugar en noviembre de 1870, oí hablar varias veces en mi familia de la Pía Unión de las Hijas de María de Mornese, con deseos de que se extendiera, y que el venerable Don Bosco contaba con las hermanas Mazzarello; y recuerdo también que mi hermano Francisco me dijo que Don Bosco podía meterme temporalmente en algún Instituto religioso de Turín, como el de Santa Ana, para que pudiese también yo cooperar mejor, en el porvenir, al desarrollo de aquella Institución.

Turín, 30 de marzo de 1910

Sor CAROLINA PROVERA
de las Fieles Compañeras de Jesús

(sello del Instituto)

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 5

Carta de Don Bosco a Don Pestarino para la bendición de la capilla del colegio - 4 octubre 1867

Queridísimo Don Pestarino:

La capilla ya está terminada: *optime*. Si el obispo es favorable a la bendición de la misma, hágase la función ahora que el tiempo es propicio. Yo me uniré a usted y a todos los mornesinos para invocar la protección de María sobre todo el pueblo.

Me alegro mucho de que, mientras de todas partes llegan lamentos de grave escasez, los de Mornese hayan tenido una buena cosecha. Tengo gran confianza en que María Auxiliadora y San José obtendrán para otro año mayores gracias, no sólo manteniéndolos alejados del flagelo del cólera, que afectó a tantos pueblos, sino bendiciéndolos a todos en la salud, en la religión y en sus campos.

Respecto a la cuestación que propone para el vino entre los de Mornese, lo dejo todo a su prudencia y a la del señor Párroco. Pero, en caso de hacerla, insista para que no hagan nada por amor a Don Bosco, sino únicamente por amor a María Auxiliadora, a fin de que bendiga y proteja los frutos de sus campos, y en honor de San José, a fin de que nos obtenga de Dios el don de la salud en esta vida y nos asista después en la hora de la muerte; pero cuanto se recoja empleese todo en los trabajos de la nueva iglesia.

Que Dios le bendiga, Don Pestarino, y bendiga con usted a todos nuestros hermanos en Jesucristo que moran ahí. Rece por mí y por nuestros jóvenes y créame con fraternal afecto.

Turín, 4 de octubre de 1867

Afectísimo amigo en Jesucristo
JUAN BOSCO, Pbro.

El original en el Arch. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 6

Carta de Don Bosco a Don Pestarino con el anuncio de su llegada a Mornese para la bendición de la capilla del colegio - 3 diciembre 1867

Queridísimo Don Pestarino:

Después de su atenta invitación, tengo determinado ir a Mornese el lunes próximo, nueve del corriente. Partiré de Turín a las 7 $\frac{3}{4}$ de la mañana y, si en Alessandria encuentro al arcipreste Olivieri, iré adonde él me llevé; en caso contrario, desde Novi iría en el ómnibus hasta el pueblo más cercano a Mornese, donde tendré alguna orden de V. S.

Mi intención sería pasar ahí todo el martes y la mitad del miércoles. Si al párroco le parece bien, pronunciaría en la iglesia unas palabras de agradecimiento y para animar a la devoción a la Virgen. Después, en su casa, recibiría los donativos y los diezmos para la iglesia de María Auxiliadora y dejaría una medalla para cada uno de los miembros de las familias que hacen el donativo, y también para las otras, si lo desean. Este es mi pensamiento, pero hable de ello con el señor párroco y haremos como a él le plazca.

Las demás cosas las trataremos después, con tranquilidad, de palabra y al calor de la lumbre en su casa.

Que Dios le bendiga, bendiga sus trabajos y a todos los de Mornese, especialmente al amado párroco y al buen alcalde del pueblo; y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo nos acompañe en todas las necesidades de la vida. Amén.

Pida por mí que soy de corazón su

Turín, 3 de diciembre de 1867

afectísimo amigo
JUAN BOSCO, Pbro.

El original en el Arch. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 7

**Saludo dirigido por el maestro del pueblo Hector Ponassi
a Don Bosco, con ocasión de su visita a Mornese
9 de diciembre 1867**

I

¡Salve, de Javier gran imitador!
Con tu presencia honrar quisiste
a este pueblo; y de cuánta alegría fue inundado
el corazón de quien te ofrece esta rima.

Tú en cada corazón despertaste sentimientos de verdadero amor,
sentimientos de caridad sublime,
y qué gloria en este lugar dejaste
para quien imita contigo al Divino Hacedor.

Salve, Pastor, en pro de los pobrecitos
trabajar sin descanso yo te veo,
para que un día formen legión con los elegidos.

¡Oh!, dirige en las horas del retiro,
al eterno Señor tus súplicas piadosas
y ten por mí un especial suspiro.

II

Otro: al Padre de los niños pobres, Don Juan Bosco

Oh Pastor, que del uno al otro polo
congregas las descarriadas ovejas,
y formas con ellas un amado y electo rebaño
que un día vaya a habitar las estrellas.

Aunque no pueda en alto alzar el vuelo
y dirigirte dulces y bellos acordes,
me es grato hablarte; y sólo quiero
que el mundo sepa tu nombre.

Conocida es tu virtud, conocida tu piedad,
conocida la caridad que arde en tu pecho,
y la gente se te postra devota.

Tenme, oh Juan, como a tu predilecto;
de sentimientos de piedad tengo el alma vacía,
¡consérvame tu precioso afecto!

ANEXO N.º 8

**Versos del notario Antonio Traverso, secretario del ayuntamiento,
con ocasión de la visita de Don Bosco a Mornese
9 de diciembre de 1867**

SONETO

Esta que ves torreada mole
de pocas lunas fue admirable obra;
ahora tú, Padre de los pequeños, te dispones
a que pronto albergue juvenil prole.

Del vicio, alejadas de profanas escuelas,
a las virginales mentes la verdad se descubra;
el espíritu que te mueve, oh, ¡todo esto obra!
¡Lo que piensa y todo lo que quiere!

Las manos alzando al cielo, tiernas y puras
cien niños llamarán bienaventurado
a quien de tanto amor los circunda.

Y estos valles, y estas cimas también ellas,
aplaudiendo tu nombre venerado
exultarán de tan gozosa mies.

POLIMETRO

I

Hace pocas lunas, yo no veía en esta cima
más que desnuda tierra, gran silencio en torno
reinaba, y aquí se erguía, donde ahora estoy sentado,
de yedra recubierta
y estancia para los búhos al caer del día,
una vieja casa inhóspita.
¡Oh portento! Muy distinto lo que ahora veo,
no ya tierra solitaria abandonada,
no aquel horror que pesaba sobre mi corazón.
De frente, a los lados, por detrás,
todo está lleno de vida,
y elevarse un amplio albergue
veo, y una iglesia que al amor te invita,
donde en breve con acento humilde y pío
cien niños rezarán a Dios.

II

No sólo rezarán, sino que por la calle
guiados por la verdad, sabrán que vano
es amar este valle,
donde el hombre peregrina a mejor meta;
sabrán que lo incierto y lo prohibido
no es virtud, y que el espíritu humano,
hecho para una sede mejor,
yerra y se pierde, si no ama y cree;
sabrán que en vano el malvado y el impío
hacen de las eternas verdades horrible destrucción.

III

En aquella edad que bárbara se llama,
cuando Italia por extranjeras gentes
era pisoteada y dominada,
sólo dentro de los humildes conventos
la sabiduría tenía segura morada;
perdida toda esperanza
casi parecía llamarla a la vida
entre aquella nube de armados descendidos de más allá de las montañas
entregados a la rapiña; peor nunca fue visto
en medio de las tinieblas
de aquellos míseros tiempos asaltar a Cristo;

ahora todo se profana
por una razón insana,
fe, ciencia, virtud, y se hace la guerra,
¿oso decirlo? a ese Dios que da la vida y la quita.

IV

Oh Italia, Italia, cuánto has cambiado
desde aquel día, que la virtud grande te hacía,
mi alma sólo se consuela y deleita
con antiguas remembranzas, y tu pasada
grandeza recuerda,
cuando impulsando a las más remotas playas
con mano audaz, inusitados pinos,
nueva gente a la fe dabas, y al mundo;
pero entonces no estabas manchada
de impiedad, de vileza; ahora hecha madre
de desvergonzada prole, en los pies arrastras
vergonzosa cadena, y el ya fecundo
valor tuyo ya no vive, ahora manos rapaces
derrochan tus tesoros, y ya no me pareces
una mujer, sino una vil esclava;
oh Italia, Italia mía, ya no eres aquélla.

V

Gloria a ti, Esforzado, a ti que estás dispuesto
a reparar los males de la Patria
y la robusta mole inspiraste donde canto;
sobre las alas del pensamiento vagando
otra mole crecer aquí yo veo, y no cobarde.
Aún no se ha apagado aquel fuego,
del que encendidos estuvieron nuestros abuelos.
Tú, ministro de Dios, tú lo demuestras
al siglo que corre y hace juego
de los Ungidos de Dios; pero hecho escarnio
ahora el Ungido de Dios por labios impuros,
fue bendecido por la edad madura.

VI

No es tardía la hora; un misterioso movimiento
como torbellino gira
por las comarcas de Italia; cada uno el desco
amplio mide de la edad presente,
y suspirando, y desesperando calla;

paz requiere y paz
la Patria mía, ¿pero quién su deseo oye?
Sacúdete, Italia, y óyeme:
a Roma, a Roma
vuela con *Pedro*, y si allá logras llegar,
depuesta toda tu carga,
de nueva luz la inteligencia adornada,
al antiguo esplendor volverás.

VII

Bien veo, oh canción mía,
que tu arnés es pobre,
y tal que ponerte delante de él no te atreves;
otros sentidos, otro atuendo yo querría
para el Hombre digno de tal nombre, en cambio nada oculté
que menos deforme te hiciera; ahora
¿qué hacer si la inteligencia no fue conmigo cortés?
Pero, con todo, sigue adelante, y di que bajo pobres palabras
un homenaje espontáneo y puro se esconde.

SONETO

El siglo que enloquece audaz y cruel
aflige de Cristo a la dilecta Esposa,
y como si se tratara de humana cosa
a ella hace tiempo preparó la tumba.

Pero cuanto más redobla su flagelo
ésta se hace más fuerte y vigorosa.
Y cuando lenta aparece y negligente
su triunfo es más meritorio y bello.

Mira a este Hombre, mundo alocado, en él
verás recogida aquella fuerza arcana
que desbarata a los oscuros reinos.

Fuerza celeste y sobrehumana es ésta,
lo dijo Cristo a sus mensajeros;
cesa, o siglo loco, toda obra es vana!

ANTONIO TRAVERSO,
secretario

ANEXO N.º 9

Carta de Don Bosco a Don Pestarino después de la bendición de la capilla del colegio 25 diciembre 1867

A su tiempo recibí la caja con una parte de los donativos de los caritativos mornesinos y ahora recibo 56 francos correspondientes a la parte recogida en la famosa subasta, deducidos algunos gastos.

Queda aún algo que saldar con el piadoso y atento Campi, y entre otras cosas, el importe del billete del tren en la estación de Novi.

Recibirá por el mismo medio, es decir, por correo, un paquete de medallas para distribuir entre los que no las recibieron y también entre quienes las quieran. Hay doce ejemplares de *Il Giovane provveduto*. Siete son para los que me acompañaron a Montaldeo, los otros se los dará a los que más molestias tuvieron en su casa por mi causa. Hay también tres ejemplares de la *Historia de Italia*. Uno para el señor alcalde, otro para el señor Traverso, y el tercero para el señor doctor Pestarino. Dígales que la reciban en prueba de mi gratitud.

Y a usted, querido Don Pestarino, ¿qué le voy a decir y qué le voy a regalar? Le digo que le doy las gracias de todo corazón, y lo hago dueño de mí y de cuanto hay en nuestras casas. Además, cada día lo encomiendo en la santa misa.

No sé qué decir al pueblo. De todos guardo la más sentida gratitud, y pediré a Dios que en su gran bondad les dé el céntuplo de la caridad que han tenido conmigo; que a todos les conceda salud y concordia en la familia y abundancia en los negocios y en los campos.

Diga al señor Parodi que pido por él a María Auxiliadora. Haré que recen también los jóvenes de la casa. Aconséjele que rece durante un mes tres Pater, Ave y Gloria con tres Salve Regina, cada día, en honor de Jesús Sacramentado y de María Auxiliadora.

En este momento me ha llegado la noticia de que la condesa Buffa, el otro día agonizante, comenzó la misma oración y, después de darle la bendición, en pocas horas quedó perfectamente curada. Hoy ha ido ya a oír las tres misas y ha recibido en la iglesia la comunión. Muchos cuentan cosas semejantes: Dios sea bendito.

Domingo Pestarino está a prueba; veremos. Su tío, el señor Campi, me dijo que está dispuesto a pagarle la pensión. Vea V. S. de fijarla, y luego nos lo comunica. En cuanto al joven cantor no tendría inconveniente en ponerlo en la segunda mesa, que es de 35 francos mensuales. A medida que pueda ganar algo, se disminuirá la pensión. Por la clase de francés, de la que tiene necesidad, no tiene que pagar nada.

Mi salud se ha resentido un poco a consecuencia de los trastornos que sufrí en Mornese con la prolongación de los vómitos¹; ahora estoy mucho

¹ Don Francesia el 15 de diciembre escribió que había llegado de Mornese muy cansado y ligeramente indisposto.

mejor, fuera de una fuerte afonía que espero desaparecerá en breve, a medida que me haga más bueno.

Salude y dé las gracias a los que tuvieron conmigo tanta caridad; que Dios se lo pague todo en esta vida y les dé un día el verdadero premio en la eternidad. Así sea.

Me encomiendo a las oraciones de todos y me profeso en los sagrados corazones de Jesús y de María

Turín, 25 de diciembre de 1867

afectísimo amigo
JUAN BOSCO, Pbro.

P. S. *Historia de Italia*: n.º 5: tres de más, una para el alcalde, la otra para usted o para quien quiera.

El original en el Arch. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 10

Carta de Don Bosco a Don Pestarino con el anuncio de su próxima llegada a Mornese - 2 mayo 1870

Para darle a usted y a todos los buenos mornesinos una señal de benevolencia, he pensado secundar su amable invitación. Pero no podré ir el domingo; partiré el lunes en el tren de las siete cuarenta; llegaré a Serravalle a las diez y algún minuto. Cuando llegue a Gavi, seguiré el itinerario del año pasado. Pero usted no se preocupe, que ya me arreglaré *pedibus meis vel alienis*.

Pero si Don Olivieri viniera también aquel día y juzgase mejor que me apareara en otra estación, haremos como él diga. Don Bodrato es libre de ir cuando quiera, que se ponga de acuerdo con él.

Llevaré conmigo el librito de las indulgencias, para que cada mornesino conserve el recuerdo del favor pontificio y de la fecha del mismo.

Hablaré también con el rector de Casaleggio, al que escribí una notita confidencial; veré también al párroco de Fogliolo, si está; y veremos asimismo lo que ha de hacerse respecto a la casa y escuela de Mornese.

Que Dios le bendiga, mi querido Don Pestarino, ruegue por mí, salude a los amigos y especialmente a la maestra, al señor párroco y señor alcalde y créame en el Señor

Turín, 2 de mayo de 1870

afectísimo amigo
JUAN BOSCO, Pbro.

El original en el Arch. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 11

Primer bosquejo de Reglas propuesto por Don Bosco a las primeras Hijas de María Auxiliadora

[1871 - 24 de mayo] *
Constituciones - Reglas
del Instituto
de las Hijas [de la Inmaculada y]
de María Auxiliadora
bajo la protección de San José,
de San Francisco de Sales y de Santa Teresa
[1872 - 29 de enero se comenzó a formar el Capítulo]

PRIMERA PARTE

Título 1.º

Fin del Instituto

1. El fin del Instituto de las Hijas [de la Inmaculada y] de María Auxiliadora es el de atender, no sólo a la propia perfección, sino de coadyuvar también a la salvación del prójimo, dando a las niñas del pueblo una educación moral y religiosa.

2. Se cuidarán especialmente de enseñar a las jovencitas de las aldeas y pueblos pobres y de cultivar el espíritu de las doncellas que, viviendo en medio del mundo, descan llevar vida espiritual y conseguir la perfección cristiana.

A tal efecto, formarán congregaciones de doncellas devotas, las cuales, después de dar pruebas constantes de buena conducta y de sólida piedad, podrán ser admitidas a la propia unión de las Hijas [de la Inmaculada y] de María Auxiliadora.

Las Hermanas estarán dispuestas, además, a prestar asistencia a los enfermos pobres y hacer al prójimo cualquier otro servicio de caridad de acuerdo con su estado, cuando esto les fuese ordenado por los legítimos superiores.

3. Podrán, además, recibir en su casa a jóvenes de mediana condición, a las cuales, no obstante, no les enseñarán nunca aquellas ciencias y artes que son propias de noble y señorial educación. Todo su empeño será formarlas en la piedad y en todo lo que pueda servir para hacerlas buenas cristianas y buenas madres de familia.

4. El Instituto estará formado sólo por jóvenes que profesan en toda vida común: los votos son temporales, renovándose de tres en tres años: no habrá clausura estricta.

* Entre paréntesis cuadrados se transcriben las palabras añadidas por Don Pestarino.

5. Todas las casas y obras del Instituto dependerán de la casa central y obedecerán de modo inmediato a aquella Superiora, la cual podrá destinar a las Hermanas, trasladarlas y emplearlas según juzgue oportuno delante de Dios, y ninguna rehusará obedecer; así como no será lícito, bajo ningún pretexto, rehusar cualquier oficio o cargo que se les confiara.

Título 2.º

Sistema general del Instituto

1. El Instituto de las Hermanas o Hijas [de la Inmaculada y] de María Auxiliadora está bajo la inmediata dependencia del Superior General de la Sociedad de San Francisco de Sales, al que dan el nombre de Superior mayor, el cual, donde lo juzgue oportuno, podrá hacerse representar por un sacerdote delegado suyo, bajo el título de Superior o Director de las Hermanas.

La Superiora de la casa recurrirá a este Director en todas sus necesidades, y no emprenderá nada de importancia sin su consejo, máxime en lo que concierne a la religión y la moralidad.

2. Todas las casas del Instituto, en lo que se refiere a la religión y moralidad, estarán totalmente sometidas a la jurisdicción del Ordinario. Tendrán por Párroco a su Confesor, que será propuesto por el Superior mayor al Obispo diocesano y por él aprobado.

3. Las Hermanas que habitan en los establecimientos estarán sujetas a la vigilancia del Párroco del lugar.

4. Los confesores de las Hermanas, tanto de las casas, como de los establecimientos, no tienen ninguna jurisdicción en el gobierno y disciplina de la casa o establecimiento.

5. Las Hermanas, al entrar en el Instituto, no pierden los derechos civiles, aun después de emitir los votos; por tanto, conservan la propiedad de sus bienes, la facultad de suceder y de recibir herencias, legados y donaciones; pero no podrán administrar sus bienes, más que en los límites y en el modo indicados por el Superior Mayor.

6. Los frutos de los inmuebles y muebles, llevados a la congregación, deben cederse en favor de la misma, y esto temporalmente, porque en caso de salir del Instituto, cesa naturalmente esta obligación.

7. El Instituto proveerá a cada una de todo lo necesario para la comida, vestido y todo cuanto pueda necesitar, ya sea en estado de salud, como en caso de enfermedad.

8. Si alguna muriera sin hacer testamento, le sucederá quien proceda según derecho.

9. Los votos obligan al individuo mientras pertenece a la congregación. Si alguna, por razonable motivo o por prudente consejo de los superiores,

debiera salir del Instituto, podrá ser desligada de los votos por el Superior Mayor. Por lo demás, procure cada una perseverar en la vocación hasta la muerte, recordando siempre las graves palabras de nuestro Divino Salvador: «El que pone la mano en el arado y mira atrás, no es apto para el reino de los cielos».

10. Cualquier Hermana que saliera de la religión no podrá exigir retribución alguna por el tiempo que permaneció en ella, cualquiera fuere el oficio desempeñado; podrá llevar consigo (= tener) en el estado en que se encuentren aquellos (propiedades) muebles e inmuebles, de los que se reservó la propiedad al entrar en Congregación. Pero no tiene ningún derecho a pedir cuenta a los Superiores de los frutos y de la administración de los mismos, durante el tiempo que ella vivió en el Instituto.

Título 3.º

De la Superiora y Asistentes

1. Al frente de cada casa del Instituto hay una Superiora, a la cual todas las Hermanas prestarán sencilla obediencia. Esta dependerá, a su vez, de la Superiora de la Casa Central.

2. En la Casa Central la Superiora será coadyuvada por dos Asistentes en el ejercicio de su cargo. La primera, que llevará el nombre de Vicaria, hará las veces de la Superiora en caso de ausencia o enfermedad; faltando por alguna circunstancia la primera, suple, en calidad de Vicaria, la segunda.

3. La elección de la Superiora la harán las Hermanas profesas por medio de papeletas selladas, que serán depositadas en una pequeña urna al efecto, puesta en una mesa en la que se pondrá también un Crucifijo. Presidirá la elección el Superior Mayor o su delegado, el cual, reunidas las Hermanas, entonará primero el *Veni Creator Spiritus*, después dirá unas palabras de ocasión, y luego las Hermanas irán por orden a depositar su papeleta en la urna. La que haya obtenido más de la mitad de votos será elegida Superiora. El Presidente del Capítulo confirmará, con su autoridad, la elección hecha. Si ocurriera que dos Hermanas obtuvieran igual número de votos, el Presidente podrá dar su voto a aquélla de entre las dos que, delante de Dios, crea más idónea para tal cargo; fuera de este caso, no dará nunca el voto.

Para la elección de las dos Asistentes se procederá del mismo modo. El Capítulo se terminará con el canto del *Te Deum laudamus*.

4. Una Hermana, para ser elegida Superiora o Asistente, debe 1.º tener cuarenta años de edad, y diez años cumplidos de profesión; pero, en caso de necesidad, el Superior Mayor podrá dispensar y permitir que se elija una que haya cumplido los treinta años de edad y tenga al menos cinco años de profesión; 2.º es necesario que tenga buena salud; 3.º que haya sido siempre

ejemplar en la observancia de las Reglas; 4.º que esté dotada de gran prudencia, caridad y celo en la observancia regular.

Título 4.º

De la Ecónoma y de la Maestra de Novicias

1. Hecha y aprobada la elección de la Superiora, ésta elegirá, de acuerdo con las Asistentes, a la Ecónoma y a la Maestra de Novicias.

2. Siendo el cargo de Ecónoma uno de los más importantes en las comunidades, será necesario que ésta tenga al menos treinta años de edad y seis de profesión, que tenga una salud más bien robusta, que esté llena de caridad hacia las Hermanas, y que, en los varios cargos por ella desempeñados, haya dado pruebas de prudencia, discreción y celo por el bien del Instituto.

3. La Maestra de Novicias deberá ser una Hermana de no mediana virtud y prudencia.

Convendrá que tenga un profundo y claro conocimiento de todas las Reglas y, además, que tenga un espíritu verdaderamente sólido, que atienda con gran empeño a la piedad, que tenga una humildad y una paciencia a toda prueba; y finalmente, que sea muy discreta.

4. Hechas todas las elecciones, se comunicarán a la comunidad reunida por el Presidente; después cada una tomará posesión de su cargo en el cual permanecerá por espacio de tres años; no está prohibido que puedan elegirse por otro trienio.

Título 5.º

Capítulo de la Casa central y Consejo

1. El Capítulo se reunirá con el consentimiento del Superior Mayor, cada tres años, en la Casa Central. Será presidido por el Superior Mayor, por sí mismo o por medio de su delegado.

2. En el Capítulo se elegirán las dos Asistentes como se dijo en los títulos anteriores. Después el Consejo de la Casa, que está formado por la Superiora, las Asistentes, la Ecónoma y la Maestra de Novicias, elegirá a las Superiores de los establecimientos, a las Directoras y a las Maestras de las escuelas y los demás cargos.

3. Se reunirá igualmente el Consejo para abrir una nueva casa o establecimiento o por cualquier otro grave motivo. Pero no se podrá abrir ninguna casa o tomar la administración de cualquier Instituto, o Asilo Infantil, o Colegio, sin que el Superior Mayor lo haya tratado con el Obispo y esté plenamente de acuerdo con él en lo que atañe a la autoridad eclesiástica.

Título 6.º

Condiciones para la aceptación de jóvenes en el Instituto

1. Las jóvenes que descen ser admitidas en el Instituto de las Hijas [de la Inmaculada y] de María Auxiliadora, se presentarán a la Superiora General, que las examinará y recibirá los oportunos informes respecto a su condición, conducta, etc.; y hallándolas dotadas de las cualidades necesarias, las admitirá al noviciado.

2. Condiciones personales. Nacimiento legítimo. Óptimas costumbres, índole buena. Sincera disposición para las virtudes propias del Instituto. Certificado de buena conducta, extendido por el propio Párroco. Certificado de honradez de la familia, extendido por el alcalde del pueblo de la postulante, buena salud y certificado de vacunación o de haber pasado la viruela; edad entre los quince y los veinticinco años aproximadamente. Finalmente, el permiso de los padres.

3. Las postulantes pagarán la pensión por un año y medio de Noviciado. La cantidad será de treinta liras mensuales. Llevarán también ajuar suficiente, al cual se añadirá después un suplemento al llegar a la profesión.

La dote no será menor de 1000 liras. La Superiora General puede modificar este artículo cuando lo juzgue a mayor gloria de Dios.

Título 7.º

Grados para la Profesión

1. La joven admitida al Noviciado permanece en él aproximadamente un año, conforme juzgue la Superiora General, ejercitándose en las virtudes propias del Instituto, asimilando su espíritu, adiestrándose en todo lo que le pueda ayudar después en los distintos oficios, especialmente para dar clase y enseñar el catecismo.

2. Si da esperanza de buen resultado, la Superiora recibirá del Superior Mayor la facultad de someterla al examen de vocación, y celebrar Capítulo, en el que las Hermanas profesas examinarán la conducta de la joven.

Se procederá después a la votación y, si obtiene en ésta más de la mitad de los votos, vestirá el hábito religioso con las ceremonias prescritas; en caso contrario, será devuelta a la familia, a menos que se acuerde prolongar la prueba.

3. Después de la vestición, habrá otros dos años de prueba; por tanto, un mes antes del término de los mismos, la Superiora se procurará las mismas facultades antes mencionadas. Se examinará de nuevo la conducta de la Novicia la cual, si obtiene los dos tercios de los votos favorables, será admitida a la santa profesión; si no es aceptada, volverá con su familia, a menos que el

Capítulo así reunido acuerde prolongarle el Noviciado por seis meses, después de los cuales se hará la votación definitiva.

Título 8.º

Virtudes principales propuestas al estudio de las Novicias y a la práctica de las Profesas

1. Sencillez y modestia virginal, espíritu y rigurosa observancia de la pobreza.

Caridad paciente y llena de celo por la salvación, no sólo de la infancia, sino también de las jóvenes.

Espíritu de oración con el que las Hermanas se mantienen perpetuamente en la presencia de Dios y abandonadas a su Providencia.

Obediencia de voluntad y de juicio.

Estas virtudes deben ser probadas y estar muy arraigadas en las Hijas [de la Inmaculada y] de María Auxiliadora, ya que, al estar desligadas de la estricta clausura, las exponen a más fácil disipación.

Título 9.º

Distribución de las horas del día

1. Puesto que aquí abajo no somos más que peregrinos hacia la eternidad, es necesario que no nos detengamos por el camino, sino que nos apresuremos a alcanzar nuestro último fin. Nos será muy útil, por tanto, una justa y cuidadosa distribución de las horas del día para las distintas ocupaciones, con objeto de que no se pierda inútilmente el tiempo.

2. Por consiguiente, la hora de levantarse, desde el primer día de abril hasta todo septiembre será a las 4 y $\frac{1}{2}$, exceptuados los dos meses de junio y julio, en los cuales, por alargar el día, será a las 4; desde el primero de octubre hasta todo marzo se tocará a las 5 y $\frac{1}{2}$. Se concederá un cuarto de hora para vestirse. Al toque de la campana, se dirigirán a su capilla, para hacer en común las oraciones, según el formulario de las mismas.

A éstas les seguirá media hora de meditación, cuyo tema se leerá en voz alta.

Después asistirán a la santa misa. Pero tendrán libertad las Superiores para hacer preceder la santa misa a la meditación. Después, todo el tiempo que sigue hasta la hora de la comida, se ocuparán en sus incumbencias, o en aquellos trabajos manuales impuestos por la obediencia.

3. Un cuarto de hora antes de la comida se dirigirán a la iglesia para hacer el examen particular, que durará 10 minutos. Acudirán después al comedor, en riguroso silencio. Todo el tiempo de la comida se hará lectura de algún libro espiritual, pero ameno, apto también para instruir y expansionar el espíritu.

4. Después de la comida, habrá cerca de media hora de recreo, durante el cual las Hermanas se expansionarán juntas con amor fraterno, animándose unas a otras en el divino servicio y alegrándose recíprocamente de estar en la casa de Dios, lejos de los peligros de ofenderle.

5. Después se tocará a silencio, que durará todo el tiempo de sus ocupaciones. No obstante, está permitido hablar en voz baja cuando lo requiera algún deber, como sería la dirección del trabajo, dar encargos, u ordenar las cosas y trabajos que vieren propuestos por personas extrañas a la casa.

De este modo, se podrá impedir las palabras inútiles, y mantener mejor el pensamiento en la presencia de Dios.

Asimismo en las horas de después de la comida se cuidará el orden, teniendo en cuenta el horario propuesto, de acuerdo con estas Reglas.

6. Los domingos y todas las fiestas de precepto, las Hermanas rezarán el Oficio de la Santísima Virgen, a no ser que tomen parte en las funciones parroquiales o asistan a alguna reunión, en la que tengan lugar prácticas semejantes. Se ejercitarán en aprender el Catecismo y enseñarlo a otras, según se lo sugiera la Superiora [y en otras prácticas de piedad y caridad].

7. Al tribunal de la penitencia se acercarán regularmente cada ocho días. En la acusación de sus faltas procuren omitir las circunstancias inútiles; sean breves, y digan con sencillez y humildad sus culpas, de igual modo que si las acusasen al mismo Jesucristo. Tengan gran confianza y respeto al Confesor, como conviene a quien está destinado por Dios a ser Padre, Maestro y guía de sus almas.

8. Cada seis meses tendrán un Confesor extraordinario, aprobado por el Obispo diocesano. Fuera de este tiempo, si alguna tuviera necesidad de él, lo pedirá a las Superiores.

9. La santa comunión por regla ordinaria, se hará todos los domingos y fiestas de precepto; el martes, jueves y sábado de cada semana; los días aniversarios del nacimiento, vestición y profesión de cada Hermana.

Cada una puede hacer también la comunión cada día, con expreso permiso del Confesor.

Procurarán celebrar con especial devoción y solemnidad las fiestas de María Inmaculada, María Auxiliadora, San Francisco de Sales y Santa Teresa, que son los patronos especiales del Instituto.

Las Hermanas se prepararán a tales fiestas, propias del Instituto, con grandes sentimientos de piedad, acercándose al Santísimo Sacramento, agradeciendo al Señor el haberles concedido la gracia de la vocación al estado religioso.

10. No hay regla que prescriba a las Hermanas ayunos y abstinencias particulares, fuera de las ordenadas por la Iglesia; tampoco en esto podrá ninguna seguir su propio arbitrio, sino que obedecerá al Confesor y a la Superiora. Tampoco harán la más ligera penitencia corporal, sin antes pedir permiso para ello. Pero si la Superiora así lo juzga, podrán uniformarse a la loable cos-

tumbre de ayunar cada sábado en honor de la Virgen Inmaculada, y si el sábado cayese en día festivo, podrían ayunar el viernes, en honor de la Pasión de Jesucristo y de la Virgen Dolorosa.

Esto lo pueden hacer también el día anterior a su Vestición y Profesión; y estos ayunos, unirlos en espíritu al riguroso ayuno de Jesucristo y de tantos santos.

* [Las disciplinas se podrán también tomar...].

Título 10.º

De la clausura

1. No pudiéndose observar estricta clausura en este Instituto, a causa de los deberes de caridad que las Hermanas han de prestar al prójimo, se observarán, no obstante, las reglas siguientes:

No se introducirán personas externas más que en la parte de la casa destinada a recibir a los seglares, o bien, en caso de necesidad, sólo en las habitaciones destinadas a las educandas. En las otras, destinadas a las Hermanas, no será permitido introducir a otras personas, fuera de las que el deber y la necesidad requieran, o en casos extraordinarios en los que la Superiora General juzgase hacer excepción.

2. No podrán salir de casa, ni de paseo, ni para ejercer el apostolado, sin el permiso de la Superiora, la cual, en cualquier circunstancia, no les permitirá salir solas, sino que les dará siempre como compañera a una Hermana o una seglar.

3. No se detendrán nunca a hablar por las calles con cualquiera que sea, sino por grave necesidad, justificada por quien las vea.

4. No tomarán ningún alimento en casa de seglares, incluso parientes, a no ser en caso de viajes o de grave necesidad.

5. Si por motivo de viajes debieran hacer noche en algún sitio, y hubiera Hermanas del mismo Instituto, se alojarán allí, aunque tuvieran parientes o conocidos; las Hermanas las recibirán con demostraciones de fraterna caridad y benevolencia, sin percibir nada por ello.

6. Las Hermanas no frecuentarán las casas de los señores Párrocos, ni de otros sacerdotes, ni en ellas prestarán servicios, ni comerán ni participarán en reuniones recreativas o devocionales.

* Todo el período relativo a las disciplinas está tachado.

Título 11.º

Del Voto de Castidad

1. Para ejercitar la caridad con el prójimo, para tratar con fruto con la juventud pobre, es necesario un estudio continuo de todas las virtudes en grado no común. Pero la virtud angelical, la virtud más querida que cualquier otra al Hijo de Dios, la virtud de la castidad debe ser cultivada en grado eminente por las Hijas de María Auxiliadora, porque: 1.º, la misión que tienen de instruir y encaminar, en lo que a ellas corresponde, al prójimo por el camino de la salvación, es semejante a la de los santos ángeles; por eso es necesario que vivan también ellas con un corazón puro y en un estado angélico, ya que los vírgenes son llamados ángeles de la tierra. 2.º, porque su vocación, para ser bien secundada, requiere un total desprendimiento interior y exterior de todo lo que no es Dios.

2. Para la observancia de este voto, incúlquese la más vigilante guarda de los sentidos, por cuya puerta entra el enemigo del alma. No deben vivir ni respirar más que para su celestial Esposo, con toda honestidad, pureza y santidad de vida, de palabra, de porte y de obras, por medio de una conversación inmaculada y angelical, recordando las palabras del Señor que dice: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

3. Para custodiar en sí mismas tan gran tesoro, ayudará mucho el pensamiento de la presencia de Dios, dirigiéndose a menudo a El con actos de viva fe, de firme esperanza y de ardiente caridad, sin descuidar los medios sugeridos y practicados por todos los santos, es decir, la mortificación interna y externa: la primera, sin límites; y la segunda, en la medida que les permita la obediencia. Si las Hermanas mantienen una verdadera devoción a la Santísima Virgen Inmaculada, al glorioso San José, al Ángel de la Guarda, y con profunda humildad ponen en práctica sus Reglas y todo lo que en este capítulo se les indica, confíen que, por los méritos de Jesucristo, cantarán en el cielo un canto al Cordero Inmaculado reservado únicamente a los que han obtenido la gracia de vivir y morir en el estado virginal.

Título 12.º

Del Voto de Obediencia

1. En la vida de las Hijas de María Santísima, que debe ser un perfecto holocausto, faltaría al sacrificio la parte mejor, si no entrase la ofrenda de la propia voluntad que, con el voto de obediencia, se ofrece a la infinita majestad de Dios. Además, sabemos que el Divino Salvador declaró de sí mismo que no había venido a este mundo para hacer su voluntad, sino la voluntad de su Padre Celestial. Para asegurarse el cumplimiento de la voluntad de Dios, las Hermanas hacen este santo voto de obediencia.

2. Este voto obliga a no ocuparse sino en aquellas cosas que la Superiora juzgue para mayor gloria de Dios y provecho de la propia alma y del prójimo, según las santas Reglas de este piadoso Instituto.

3. Las Hermanas obedecerán con espíritu de fe, viendo a Dios en la Superiora. Su obediencia será confiada, esperando con firme esperanza, más aún, teniendo por seguro que lo que disponga la obediencia será para mayor provecho suyo y de las cosas que lleva entre manos. Será también pronta y alegre, es decir, sin retrasos, sin réplicas y melancolía, como salida del corazón. Finalmente será ciega, en todo lo que no haya apariencia de pecado, sin querer examinar y criticar las razones ocultas de lo mandado.

4. La observancia de este voto no obliga bajo pena de pecado más que en las cosas contrarias a los Mandamientos de Dios y de la Santa Iglesia.

5. Ninguna pida o rehúse cosa alguna. Quien conociera que algo le es nocivo o necesario, expóngalo a la Superiora, que procurará proveer solícitamente a la necesidad.

6. Tengan todas gran confianza con su Superiora, considérenla como madre afectuosa y no le guarden ningún secreto. Recurran a ella en sus necesidades, manifiéstencle sus penas, sus dificultades, sus dudas, etc.

Título 13.º

Del Voto de Pobreza

1. La observancia del voto de pobreza en el Instituto [de la Inmaculada y de] María Santísima Auxiliadora consiste esencialmente en el desprendimiento de los bienes terrenos, lo cual se practicará con la vida común en la comida y el vestido, no reservando nada para el propio uso sin especial permiso de la Superiora.

2. Forma parte de este voto mantener las habitaciones en la máxima sencillez, procurando adornar el corazón con las virtudes y no la persona o las paredes de la habitación.

3. Nadie podrá conservar en el Instituto o fuera de él dinero en propiedad, ni en depósito por cualquier causa, sin permiso expreso de la Superiora.

4. El cumplimiento de este voto resultará fácil a las Hermanas, si piensan en la extrema pobreza practicada por nuestro Divino Redentor desde el primer instante de su vida mortal hasta el último suspiro en la cruz. Este voto no es sólo conveniente a quien quiere seguir de cerca a Jesucristo crucificado, sino que es absolutamente necesario a quien quiere vivir en un Instituto totalmente dedicado a las obras de caridad, en el ejercicio de las cuales no debe tener otro objeto ni pretender otra paga (personal) más que a Dios sólo, fuente de todo bien, único apoyo al que las Hermanas deberán recurrir siempre en sus necesidades.

Título 14.º

Reglas comunes a todas las Hermanas

1. Cada día las Hermanas harán, en siete veces, la conmemoración de los siete dolores de María Santísima; al final de cada uno, rezarán un Ave María con la siguiente jaculatoria que repetirán también a menudo durante el día: «Eterno Padre, os ofrecemos la Sangre Preciosísima de Jesucristo en expiación de nuestros pecados, por las necesidades de la Santa Iglesia, en sufragio de las almas del Purgatorio, por la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y en agradecimiento por los beneficios recibidos de vuestra infinita misericordia».

Desde las vísperas del Sábado Santo, hasta todo el Domingo in Albis, y durante toda la octava de la Asunción de María Santísima al cielo, rezarán en cambio, a las mismas horas, los siete gozos de María Santísima.

2. Para el cuarto de hora señalado para la lectura espiritual usarán los libros indicados por la Superiora. Se recomiendan, además, para utilidad de todas, la *Imitación de Cristo*, el libro del Padre Rodríguez, la *Religiosa Santa*, de San Alfonso, y las vidas de aquellos santos y sanras que se dedicaron especialmente al apostolado y a la educación de la juventud.

3. Todas las Hermanas de los distintos establecimientos deberán acudir una vez al año a la Casa Central, o a aquélla de que dependen, a hacer los Ejercicios Espirituales; pero si no es posible hacerlos todas al mismo tiempo, teniendo en cuenta las obras de caridad, los harán en dos o más tandas, según establezca la Superiora.

4. Las cartas que reciban las Hermanas se entregarán abiertas por la Superiora, la cual podrá entregarlas o no a las Hermanas; y éstas no podrán escribir ni enviar carta alguna sin permiso de la Superiora.

5. Pero podrán escribir, sin pedir permiso a la Superiora, al Superior Eclesiástico y a la Superiora Central y recibirán del mismo modo la respuesta a dichas cartas sin que la Superiora se permita abrirlas.

6. Cuando sean visitadas por los parientes u otras personas, acudirán al locutorio acompañadas por una Hermana, destinada para ello por la Superiora. Se recomienda a las Hermanas la prudencia y modestia cristiana en las visitas indispensables que reciban: se usarán todas las cautelas necesarias para obviar todo inconveniente. Y como las Hijas de María Santísima tienen tantas ocupaciones, cuando no se trate de neccidades y obligaciones, no se recibirá a las mismas personas más que una vez al mes.

7. A ninguna le está permitido dar encargos, ni a las niñas de las clases, ni a sus parientes, ni a otras personas sin permiso de la Superiora, a la cual deberá remitirse todo encargo que se haga o reciba.

8. Reconózcase cada una la última de todas; por eso ninguna rehúse los trabajos de la casa, por humildes y bajos que parezcan, en los cuales serán ejer-

citadas por la Superiora, de acuerdo con sus fuerzas y según juzgue prudentemente ante el Señor.

9. Tanto en casa como fuera de ella, su forma de hablar será humilde, no sosteniendo nunca su propio parecer, evitando todo altercado y toda palabra áspera, punzante, de reproche o de vanidad relativa a sí misma, y respecto al bien que el Señor se dignase sacar de sus obras, procurando que sus acciones públicas y privadas sean manifestas sólo ante Dios, sin hablar nunca de origen o de riquezas, si en el mundo las hubiera tenido.

10. Todo su empeño será aparecer en el trato, en el porte y en la postura de la mirada y de toda la persona, como deben ser, esto es, imitadoras de Jesucristo y pobres servidoras de los pobres.

11. Comerán todas juntas en el refectorio el alimento sencillo que les sea servido. No se quejarán nunca, ni hablarán entre ellas de comida, pero, en caso de alguna necesidad, la manifestarán con toda confianza a las Superiores.

12. Cuando el local lo permira, cada una dormirá en habitación independiente. Pero no podrán cerrarse con llave. No usarán colchón más que en tiempo de enfermedad o de especial necesidad. Tendrán junto a la cama una pila de agua bendita, un Crucifijo con cruz de madera y un cuadro de María Anxiliadora y de la Inmaculada Concepción con marco negro.

13. El vestido será uniforme, modesto y sencillo, como conviene a religiosas pobres. El color del mismo será... la forma será como venga establecida. Los zapatos serán de piel negra (y en caso de hacer uso de ellos, no serán nunca de seda) como conviene a los pobres. No podrán llevar guantes de seda o de pieles finas, ni de color claro. Colgado del cuello llevarán el Crucifijo, signo distintivo de su profesión. En la ropa blanca se adaptarán también al uso de los pobres.

14. Los cubiertos y la vajilla serán de material lo más resistente posible.

15. Cada sábado la Hermana destinada al cuidado de la ropa (que se guardará en la ropería común), dejará sobre la cama de cada Hermana lo necesario para cambiárs.; y cada Hermana dejará la ropa que se ha quitado en el lugar destinado a ello.

16. Cualquier cosa que las Hermanas reciban como regalo la entregarán a la Superiora, que dispondrá de ella como crea conveniente, sin estar obligada a dar cuenta de sus disposiciones. Sin expreso permiso, las Hermanas no harán regalos ni grandes ni pequeños a las personas de fuera y ni siquiera entre ellas lo podrán hacer, así como tampoco les está permitido prestar o cambiar cosa alguna sin el permiso de la Superiora.

17. Cuando una Hermana se encuentre mal, lo comunicará a la Superiora, a fin de que ésta pueda proveer a tiempo sobre su salud. Durante la enfermedad obedecerán también a la enfermera, o al médico o cirujano, para que puedan obrar como mejor crean delante de Dios. Procurarán asimismo dar

muestras de paciencia y resignación a la voluntad de Dios, conservando una imperturbable tranquilidad de espíritu en manos de aquel Señor, que es Padre amoroso, tanto si nos conserva en buena salud como si nos prueba con enfermedades y dolores.

18. Las Hermanas procurarán mantenerse estrechamente unidas con el vínculo de la caridad fraterna, puesto que sería muy deplorable que quienes tomaron como fin la imitación de Jesucristo, descuidaran la observancia de aquel precepto suyo por el cual quiso morir en la cruz. Además de la recíproca comprensión e imparcial afecto, queda prescrito que, si alguna faltara a la caridad con alguna Hermana, debe pedirle excusa enseguida que, con calma de espíritu, haya reconocido su falta, o al menos antes de acostarse. Y para mayor perfección de la caridad, cada una antepondrá con gusto la comodidad de las Hermanas a la suya propia, y en toda ocasión se ayudarán y alentarán con demostraciones llenas de benevolencia y de santa amistad y no se dejarán vencer por ningún sentimiento de envidia las unas contra las otras.

19. Deseen y procuren eficazmente las Hermanas hacer al prójimo todo el bien que les sea posible, entendiendo siempre ayudar y servir a nuestro Señor Jesucristo en la persona de sus pobres.

20. Para adelantar en el camino de la virtud y de la perfección religiosa les ayudará mucho tener el corazón abierto con la Superiora, ya que después del confesor, está destinada por Dios a dirigir las en el camino de la perfección. Por tanto, al menos una vez al mes, le manifestarán su interior con toda sencillez y claridad y recibirán avisos y consejos para adelantar en el ejercicio de la oración mental, en la práctica de la mortificación y en la observancia de las santas Reglas del Instituto.

21. Todas las Hermanas asistirán a la conferencia que la Superiora dará cada domingo para instruir las en sus deberes, así como para corregir aquellos defectos que podrían disminuir el fervor y la observancia en la Comunidad.

22. Finalmente, las Hijas [de la Inmaculada y] de María Auxiliadora procurarán hacer con la mayor perfección la voluntad de Dios, sin detenerse, con menoscabo de sus deberes, a considerar inútilmente lo que Dios y sus Superiores determinen en cuanto a las ocupaciones que tendrán en el porvenir, sino que cada una en su cargo trate de atender a la perfección, sin creerse que, cuando ocupe otro cargo más relevante [= mejor], se preocupará de sí misma. Lo cual sería un engaño, porque perdería el tiempo y se enfriaría en la vida espiritual.

Todas pongan la máxima diligencia en el cumplimiento de los ejercicios de piedad, de los cuales nace aquel fervor interior, que nos mueve dulcemente a uniformarnos en todo a Jesucristo nuestro Divino modelo y Esposo de nuestras almas.

Título 15.º

Breve declaración sobre la obligación de las Hijas de María [Inmaculada] bajo la protección de María Auxiliadora en la observancia de estas Reglas

1. Las presentes Reglas no obligan por sí mismas, en modo alguno, bajo pecado; por lo demás, las Hermanas temerán siempre su transgresión si reflexionan que su vocación es una gracia muy particular del Señor de la que deberán dar cuenta en punto de muerte. Tengan siempre presente la sentencia del Sabio: *Quien se aparta de su camino será excluido*. Ahora bien, el camino de las Hermanas de María Inmaculada es su Regla, en la que deben caminar de virtud en virtud hasta que vean a su Esposo en el cielo. Por tanto, caminen por él con prudencia y atención, sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda.

HORARIO

- 5,30 Levantarse y arreglarse.
 - 6,00 Oraciones en común y meditación.
 - 6,45 Misa en la Parroquia.
 - 7,30 Distribución del trabajo y atribuciones extraordinarias.
 - 8,00 Desayuno.
 - 8,30 Trabajo.
 - 12,00 Angelus y examen particular (10 min.).
 - 12,30 Comida y recreo.
 - 4,45 Tercera parte del rosario y lectura espiritual.
 - 5,30 Trabajo.
 - 9,30 Visita al Santísimo Sacramento y lectura de los puntos de la meditación para la mañana siguiente.
- Finalmente, a descansar en riguroso silencio.

ANEXO N.º 12

Al sacerdote Juan Bosco por su recobrada salud

HIMNO *

*para ser cantado por las Hijas del nuevo Instituto de Mornese
bajo el título de la Inmaculada y de María Auxiliadora*

Padre, ¡quién puede expresar el dolor de tus hijos
cuando se oyó decir
que la enfermedad hizo presa en ti?
Nuestras lenguas enmudecieron.

Eran uuestros, oh buen Juan, tus males, tu desgracia,
nuestros los duros afanes que destrozaban tu corazón.
Tú veías pintada en estos muros
una escena de dolor.

A la voz vespertina toda Italia se conmovió,
todo llano, toda colina, toda ribera se conturbó,
todo corazón, fuera el que fuera
por tus días trepidó.

El pobre, el huerfanito, el noble y el mitrado
en el silencio de la celda por ti al cielo
votos elevó.
Demos gracias al Señor que para Italia te conservó.

Hasta el dulce y sumo Pontífice
desde su estrecha mansión
un pensamiento dirigió a Dios por su súbdito fiel;
y desde su excelsa región el Rey del cielo le sonrió.

¡Qué potente es la plegaria del justo y del elegido!
Ha pasado la tormenta, más radiante brilla el sol,
volvió a la antigua mansión el buen padre;
¡cese el duelo!

Cese el duelo y un canto de alegría,
de todos nosotros se eleve a la altura,
de su corazón ha huido la tristeza,
sus días ya no son tan pesados.
Bendito el Dios de Abraham que a sus hijos no privó
de tan buen padre.

* Don Pestarino encargó poner la música de esta letra a Don Costamagna, maestro de música en el Colegio de Lanzo — 1872.

Rendidos su nombre invocamos.
El la voz de sus hijos escuchó.
¡Ah!, Señor, si la prez no desdeñas,
que sincera brota de nuestro pecho,
haz que por más largo tiempo
reine tu siervo, tu hijo amado
que aquí sus cansados miembros reposen
y que no ose debilitar sus fuerzas,
el rigor de la edad.

ANEXO N.º 13

Bosquejo incompleto del nuevo proyecto de Angela Maccagno — 1872

Regla de la Casa Madre de las Hijas del Instituto de Santa Angela Merici, Hijas de María Inmaculada y de María Auxiliadora

Capítulo 1.º

Finalidad

La finalidad de esta Casa Madre es la formación de Hijas que tienen únicamente por mira la propia santificación y coadyuvar con todo su empeño al bien del prójimo. Serán, pues, adiestradas profundamente en toda virtud:

1. En el desprendimiento del mundo.
2. En el desprendimiento de sí mismas.
3. En la uniformidad en todo y para todo a la Divina Voluntad.
4. Y también en toda suerte de trabajos.
5. También en las letras (pero en esto solamente aquéllas que los superiores juzgaran más capaces); idóneas para las obras encomendadas aquí y allá en los pueblos, barrios, ciudades y comarcas, como maestras elementales, privadas, maestras de corte y confección, de bordado, de aprendizas, etc. Pero no se las mandará nunca solas, sino de dos en dos y como mejor se crea. En cualquier lugar adonde sean enviadas, deben ser de buen ejemplo a todos y servir a las jóvenes y niñas como de fermento para atraerlas, unas a formar parte del mismo Instituto, otras religiosas, y otras para animarlas e inducir las a una vida más morigerada. Se tendrá también por fin aceptar, en la Casa Madre, alumnas internas.

Se procurará que haya también un buen número de religiosas que observen la regla asignada para ellas por el Director General. Estas estarán también bajo la dirección del Director local y de la Superiora General. También ellas estarán preparadas y dispuestas a trasladarse adonde sean mandadas por los Superiores.

Capítulo 2.º

La Casa Madre estará presidida por un R. Director General, y por una Superiora General.

El Director General es el reverendísimo sacerdote Don Bosco; y en su ausencia quedará uno de sus sucesores, es decir, el mismo que dirija sus colegios. Este asignará o proveerá a la Casa Madre de un Director local, el cual cuide de ella en todo lo posible. Será también deber suyo que éste sea ayudado por uno o más sacerdotes, según la necesidad.

La Superiora será elegida la primera vez por el reverendo Director General y debe vivir en la Casa Madre. La Superiora General tendrá una Vicaria y ocho Asistentes. La Superiora, la Vicaria y las Asistentes serán elegidas por voto cada tres años, pero siempre podrán ser reelegidas. Cuando se trate de cambiar a la Superiora General, será elegida por los reverendos Directores de común acuerdo, o bien se someterá a voto, en la cual votación intervendrán no sólo las Superiores diocesanas, sino también las locales; si no pudieran estar presentes, mandarán el voto por carta.

Capítulo 3.º

En todas las fiestas, y también con más frecuencia en los días laborables, en hora fijada por el Director, de común acuerdo con la Superiora General, tendrá lugar la reunión en la cual intervendrán todas las Hijas que componen la casa, salvo alguna encargada por los Superiores de asistir a las educandas: y cada ocho o quince días intervendrán también en ella todas las Hijas del Instituto diseminadas por el pueblo. La reunión será presidida por la Superiora y, cada quince o veinte días, hará alguna exhortación el reverendo Director o algún otro sacerdote invitado por él. Convendrá que dos o tres veces al año se invite también al reverendo Párroco. En las reuniones se tratará principalmente del fin de la Casa Madre; del modo cómo comportarse en medio del mundo; del bien que se puede y debe hacer en la sociedad, del modo e industrias que conviene emplear para hacer el bien y ganar más almas para el Señor, etc.

Del gran mérito que se adquiere cuando se cumple el deber con suma prudencia, valor y constancia, etc. Dése también a conocer la grandeza y sublimidad de nuestra obra, es decir [de estar] destinadas por nuestro celestial Esposo a velar por su honor y su gloria; más aún, a ser otros tantos imanes colocados aquí y allá para atraerle, con el buen ejemplo y con las palabras muchos corazones que lo amen y lo sirvan fielmente.

Cada quince días, o cada mes, se dará también una conferencia a las educandas, en la cual se hablará de lo que juzgue mejor el reverendo Director o la Superiora. Tanto en una como en otra conferencia se invitará a las Hijas a explicar las cosas leídas y a exponer su parecer; en fin, hágase de modo que la conferencia sea una verdadera conversación espiritual, por medio de la cual

se abran los corazones para ser corregidos, desengañados y enfervorizados en la verdadera caridad.

Cuando las Hijas estén bien orientadas en la virtud, serán enviadas a un lugar o a otro a ejercer el ministerio que el reverendo Director y la Superiora juzguen más fácil y adaptado a cada una; y permanecerán allí, a juicio del reverendo Director y de la Superiora.

Capítulo 4.º

Si en los pueblos, ciudades, etc., adonde se envíe a las Hijas de la Casa Madre hubiera ya otras Hijas del Instituto, procurarán, a ser posible, ponerse en relación con ellas; por eso les darán la mayor confianza (pero tengan en esto mucha prudencia), las acogerán benigneamente cuando vayan a visitarlas para pedir consejo, orientación, consuelo, etc. Cada ocho días tendrán con ellas la conferencia en el lugar asignado. Más aún, si el reverendo Director lo juzgase conveniente, a una de las dos enviadas de la Casa Madre estaría bien hacerla Superiora, y a la segunda, con otras del lugar, hacerla Asistente.

Estando fuera de la Casa Madre observarán la regla común, es decir, la que observan todas las demás Hijas del Instituto que viven todavía con sus familias o sirven en las casas, y la observarán con más precisión.

Capítulo 5.º

Dado que el fin de las Hijas de la Casa Madre no debe ser vivir siempre en ella, sino dividirse como las ramas que toman la savia del mismo tronco, pero cada rama debe dar sus frutos distintos según el injerto recibido, teniendo que ejercitar una especie de misión en medio de la sociedad sin ninguna aparente salvaguardia, y debiendo en caso de necesidad tratar con toda clase de personas, su hábito no deberá tener ninguna uniformidad especial. Pero para que eutre ellas no haya excesiva singularidad, vestirán todas de lana. Respecto a la calidad y color deberán proveerse de la Casa Madre, si está próxima, y, si está lejos, de la Superiora diocesana enviada de la misma Casa Madre.

Respecto al corte y forma, seguirán la piadosa costumbre del pueblo donde se encuntran, es decir, será muy modesto y lo más sencillo posible. Recordemos que hemos renunciado doblemente a las vanidades y pompas del mundo:

1.º por deber de todo cristiano,

2.º por ser Esposas de un amante celosísimo, que no mira con buenos ojos a todas aquellas esposas que ve andar tras las vanidades. Por eso, debemos uniformarnos a la piadosa costumbre de los tiempos, no por inclinación natural, sino por necesidad, para poder de este modo obtener más fácilmente el segundo fin del Instituto.

Capítulo 6.º

Cualidades de las Hijas

Las Hijas de la Casa Madre deberán elegirse entre las que ya están en el Instituto y también entre las que tienen buena voluntad. Así pues, donde se sepa que hay Hijas de la Pía Unión, se elegirá a un número de ellas para hacerlas venir a la Casa Madre. A los reverendos Párrocos y Directores no les costará privarse de tales tesoros, porque al poco tiempo se los restituirán más enriquecidos para ser una ayuda más eficaz en la formación de las almas. Cuanto más adelantadas en la virtud y adoctrinadas estén las Hijas, es decir, cuanto más observantes de su regla, más pronto se las podrá mandar a su destino.

Capítulo 7.º

Los reverendos Directores general y local deberán considerarse como el alma del Instituto.

Los deberes del Director general serán:

1.º proveer a la Casa Madre de un Director espiritual y uno temporal, que tengan respecto a ella todos los cuidados posibles. Será, pues, empeño suyo buscarlo celoso, prudente y docto. Deberá vivir cerca de la Casa Madre.

2.º Procurará tener todas las informaciones posibles de las cosas principales tanto del reverendo Director espiritual y temporal, como de la Superiora, de su Vicaria y Asistente. No permitirá que los Directores frecuenten demasiado la Casa Madre (ni las Hijas frecuenten la casa de los Directores), ni que haya Hijas a su servicio, etc.

Capítulo 8.º

El reverendo Director local deberá depender del general. Sus deberes serán:

1.º No tener otras miras que la gloria de Dios y la propia santificación.

2.º Poner todo el cuidado y empeño en hacer observar la regla, y que haya las menos excepciones posibles. Observará atentamente cómo van las cosas; si la Superiora, la Vicaria y las Asistentes cumplen su deber. Asistirá [= recibirá] a tiempo debido las confidencias.

3.º Será su empeño conocer a fondo el corazón de las Hijas, especialmente de la Superiora, Vicaria y Asistentes, de las cuales deberá recibir información de todas las demás y [de las cuales] de quien depende en modo particular el bienestar de la casa y de todas las Hijas esparcidas aquí y allá.

4.º Será deber suyo aumentar en la casa el número de Hijas y vigilar para que sean convenientemente dirigidas y así, sabiendo y conociendo que son suficientemente adoctrinadas, pondrá todo el interés en distribuir las. Será deber suyo, además, hacer todo lo posible para que adonde mande Hijas de

la casa haya un sacerdote que se cuide de ellas. Sería cosa estupenda que el Párroco se tomara este cuidado; si no, otro religioso, el mejor que encuentre en aquel lugar, del que pudiera observar y oír cómo se comportan las Hijas allí enviadas, para dejarlas o retirarlas más pronto a la Casa Madre.

Será también deber del Director local tomarse la responsabilidad de que en cada diócesis haya una Superiora, la cual vigilará a las otras de la diócesis. Para poner a esta Superiora, el reverendo Director general o local hablarán sobre el particular con su excelencia reverendísima de la misma diócesis, y, si así lo juzgan, se pondrá a vivir en la misma ciudad.

El Director local se mantendrá en íntima confianza y relación con el reverendo Párroco, ayudándolo en cuanto pueda en las confesiones, funciones, catequesis a los niños, etc.

Capítulo 9.º

Deberes de la Superiora general

La Superiora general obedecerá y se someterá a los reverendos Directores; deberá estimarlos y respetarlos, y reconocer en ellos la voluntad del Señor, y esto mismo lo enseñará y hará todo lo posible para grabarlo en la mente y en el corazón de sus Hijas. Mirará por todas sus Hijas internas y externas. Deberá tenerlas siempre bien grabadas en el propio corazón, una por una y encomendarlas siempre al Señor y a la Virgen Inmaculada y Auxiliadora: a todas, pero particularmente a las más expuestas a peligros. Tendrá el máximo cuidado de no tener parcialidad alguna. Vigilará sobre la Vicaria y las Asistentes, para que cada una cumpla su deber con caridad, criterio y constancia. Procurará que a sus Hijas no les falte lo necesario, tanto en el alimento como en el vestido y este cuidado será mayor en caso de enfermedad. Si viven y se comportan conforme al espíritu del Instituto.

A las externas podría hacerles alguna visita de improviso, o ella misma o por medio de alguna Asistente. Con sus Hijas usará siempre formas afables, dulces y joviales. En caso de tener que corregir a alguna, al final de la corrección tendrá palabras afectuosas. Las Hijas deberán encontrar en ella a una madre amorosa, tierna, compasiva y empeñada en su bien espiritual y temporal. La Superiora, la Vicaria y las Asistentes observarán cuáles de sus Hijas son más aptas para ser mandadas aquí y allá e informarán de ello al reverendo Director.

La Superiora, con la ayuda de la Vicaria y de las Asistentes, vigilará para que en la casa se dé y se mantenga el orden lo más posible en todo; vigilará para que cada una cumpla el deber que le ha sido asignado; y si encuentra falta en esto, corregirá en privado a la culpable. Si la falta fuera pública, la corrección se podrá hacer también en público. Si la falta fuere contra la misma Superiora, entonces ésta callará, y se referirá todo al reverendo Director, el cual hará lo que crea conveniente.

La Superiora, la Vicaria y las Asistentes deberán tener y ejercer con las Hijas una paciencia longánime. El Señor bendecirá sus trabajos.

A veces las pobres Hijas se encuentran sumamente afligidas, abrumadas y tentadas por largo tiempo; y harán, pobrecillas, todo lo que está de su parte para vencerse, pero muchas veces, por la vehemencia del agobio, no podrán. En tales circunstancias tienen necesidad de ser ayudadas, compadecidas, sopor-tadas, animadas y corregidas; pero con gran caridad. ¿Dónde encontrar una sensible ayuda? La deben encontrar en su propio Director y, de modo especial, en su Superiora.

Todos los años llamará a las Superiores diocesanas a la Casa Madre para hacer los Santos Ejercicios, y lo mismo a las Superiores locales más próximas.

Capítulo 10.º

Las Superiores diocesanas deberán ser siempre sumisas y estar en relación con su Madre general. Por tanto, en las cosas de alguna importancia informarán a la misma, a ser posible antes y, si no, después. Deberán amarla, respetarla, temerla y obedecerla en todo.

Su cometido será vigilar a las Superiores locales de su diócesis. Una vez al año, de acuerdo con la Superiora general y en el tiempo fijado por los Directores, llamarán a las Superiores que dependen de ella y les facilitarán el poder hacer los Ejercicios Espirituales; si encuentran a alguna reacia o relajada en el espíritu, lo comunicarán a la Superiora general, para que la llame en seguida a la Casa Madre.

Capítulo 11.º

La Vicaria y las Asistentes de la Casa Madre ayudarán a la Superiora general en la vigilancia de todas las Hijas, pero de modo especial de las que tienen alguna incumbencia en la casa misma, a saber, la Maestra de novicias, las Asistentes de las educandas, la Economa, etc. Estas, cuando vean o sepan alguna cosa, darán cuenta en seguida a la Superiora o Vicaria y éstas, examinada bien la cosa por sí mismas, si es de poca importancia, o con la ayuda del reverendo Director, pondrán remedio lo más pronto posible.

La Vicaria y las Asistentes, cuando observen algún defecto en su Superiora, la avisarán con lealtad, pero siempre con respeto y caridad, pensando que todos somos de barro y, por lo mismo, estamos todos expuestos a errar. Si a alguna le faltase valor para avisarla por sí misma, hablará con el reverendo Director, el cual la hará advertir por quien crea oportuno. Igualmente, cuando hubiera algo en contra del reverendo Director, hablarán de ello solamente con la Superiora o Vicaria, y nunca con las compañeras, porque es una cosa muy delicada y, por tanto, deben estar muy atentas.

Capítulo 12.º

Deberes de las Superiores locales para con la Superiora general y diocesana, etc.

...

Capítulo 13.º

Deberes de todas las Hijas para con sus Superiores y Directores

... *

ANEXO N.º 14

Memoria compendio del Instituto de las Nuevas Ursulinas de Acqui

Iniciadas por el canónigo Olivieri en enero de 1882, con cinco Hijas de la Inmaculada que vivían en común, aunque bajo la Regla de las «Nuevas Ursulinas de Mornesc», fueron, en diciembre de 1885, consideradas por monseñor Sciandra como Instituto incipiente y aprobado por un trienio, con Reglamento ya propio y sin hábito religioso.

Muerto monseñor Sciandra antes de que se cumpliera este trienio, monseñor Marelló siguió el desarrollo de dicho Instituto, enriqueciéndolo después —el 2 de octubre de 1889— con una nueva aprobación; después de modificar un poco su Reglamento, establecer el hábito y determinar el título de «Nuevas Ursulinas de San José».

Promulgada la nueva Legislación Canónica sobre los Institutos Religiosos Femeninos, monseñor Disma Marchese, que sucedió a monseñor Marelló, quiso conformar a la misma Legislación el Instituto de sus Ursulinas, y desde aquel momento —1905—, con la modificación de la Regla y del hábito, fue modificado también el título, llamándose: Instituto de «Hermanas Ursulinas del Espíritu Santo».

N. B. El canónigo Olivieri, iniciador de estas nuevas Ursulinas, hubiera querido cederlas en seguida a Don Bosco, pero éste le respondió: «Ahora, no; siga adelante por ahora; más tarde, sí».

En esta expresión se fundó también la anexión, que más tarde tuvo lugar,

* El original autógrafo de Angela Maccagno —en el Archivo General FMA— queda suspendido en ese punto.

de las Nuevas Ursulinas del Espíritu Santo a las Hijas de María Auxiliadora.

Esta institución diocesana tenía varias casas filiales, todas dependientes de la de Acqui; las Reglas estaban todavía manuscritas.

ANEXO N.º 15

Sobre la llegada de Don Bosco a Mornese, el 4 de agosto de 1872

Respecto a la llegada de Don Bosco a Mornese, la tarde del 4 de agosto de 1872, hay varias versiones. Quién dice que llegó a las 7 de la tarde, quién a las 9, y quién a las 11.

La Madre Petronila sostiene que fue a las 7, es decir, apenas terminada la segunda meditación, y da estas razones: «Las otras veces que Don Bosco había venido a Mornese, era siempre alrededor de las 7 de la tarde; ¿cómo podía esta vez llegar tan tarde? Para llegar a Mornese no había muchos trenes, especialmente entonces. Pregunté también a mi sobrino, que hacía siempre de cochero, y me respondió: —El tren de Turín a Gavi y a Ovada siempre llegaba a las 6 de la tarde; a las 7, como máximo, se estaba en Mornese; y no había otras llegadas entonces, porque no había más trenes».

Al objetarle que Don Berta afirma que Don Bosco llegó a las 11 de la noche, Petronila responde: «No, no; recuerdo perfectamente la impresión recibida cuando, desde la iglesia, oímos la llegada de la carroza, y recuerdo también muy bien que Don Bosco cenó con los predicadores; y después vino a hablar con nosotras y nos dijo: "Mañana, a las nueve, estaréis vestidas de religiosas". Y tengo bien presente en la mente y en el corazón que Don Bosco llegó mientras nosotras estábamos en la iglesia. Además, si hubiese llegado a las 11 de la noche, tendríamos que acordarnos de habernos levantado de la cama para ofrecerle algo caliente... y, en cambio, no hubo nada de eso».

Verdaderamente, confirmaría la aserción de Petronila lo que dice José Campi: «... como no se sabía si venía o no, no estaba para recibir a Don Bosco más que el clero con el obispo al frente; se abrazaron y se besaron». ¿El clero hubiera permitido que el obispo, todavía convaleciente de bronquitis, estuviese levantado hasta las 11 de la noche?

Don Berta, en cambio, sostiene su aserción al declarar: «Fui yo a recoger a Don Bosco, y salimos, me parece, hacia las siete de la tarde y llegamos a Mornese hacia las 11 y $\frac{1}{2}$ de la noche. Don Bosco acababa de pasar una enfermedad y yo le puse mi esclavina para resguardarlo del fresco de la noche y de la montaña».

¿Pero es posible que los Salesianos, tan amantes de su Padre, lo dejaran partir por la noche, sin darle un abrigo? Mientras es muy probable que el frío se hiciese sentir, en las alturas, sin ser de noche, simplemente al caer el sol, especialmente hacia Mornese, donde el viento no faltaba nunca, y que Don Berta prefiriese quitarse la esclavina y pasar un poco de frío, con tal de res-

guardar un poco la salud de Don Bosco. Además, ¿quién no sabe que a las 10 de la noche, en los centros pequeños, es difícilísimo encontrar carrozas, mientras que para ir de un pueblo a otro, a la llegada de los trenes, hace el servicio público la carroza postal.

Por otra parte, desde el momento en que Don Bosco había ido y debía regresar al día siguiente, porque estaba comprometido para una tanda de Ejercicios en Turín, era necesario una llegada que a él, Padre y Fundador, le diese la oportunidad de ver a las Hijas y hablar con ellas, especialmente con las que estaban al frente. Y esto no hubiera sido posible de haber llegado a media noche.

PRESENTACION	5
PROLOGO.	7

LA DIVINA PROVIDENCIA VA PREPARANDO AL FUNDADOR DEL INSTITUTO (1828-1862)	13
--	-----------

Juanito Bosco y la hija pequeña de los Moglia. 1828, 13 — 1844-45, 15 — Don Bosco, en el «Refugio», 15 — Don Bosco sueña que trabaja de sastre, 16 — «Hinc inde gloria mea.» 1846, 17 — Don Bosco en las buhardillas y en los pasillos del «Cottolengo», 17 — Don Bosco se ocupa de la juventud femenina. 1856, 18 — La muerte de mamá Margarita, 18 — Don Bosco propone buscar religiosas para cuidarse del lavado y repaso de la ropa, 20 — Don Bosco y las reclusas de Santa María de los Angeles. 1858, 21 — Formación de la Pía Sociedad Salesiana. 1859, 21 — 1862, 22 — Don Bosco dice en sueños a la Marquesa de Barolo que debe ocuparse de las jovencitas, 23.

LA DIVINA PROVIDENCIA PREPARA A LA PRIMERA HIJA DE MARIA AUXILIADORA (1837-1857).	25
--	-----------

1837-1847, 25 — María Mazzarello, 25 — María Auxiliadora, en Monnese, 26 — De los «Mazzarelli» a la Valponasca, 27 — Don Domingo Pestarino. 1847-1848, 29 — La pequeña catequista, 31 — Cómo aprendió a leer, 31 — Recibe la primera Comunión. 1848, 32 — Recibe la confirmación, 34 — Juicio de María sobre los defectos de su infancia, 35 — La formación de su carácter varonil. 1850, 37 — Trabaja en el campo con su padre, 38 — Deseo de agradar, 40 — El ABC de la vida espiritual, 41 — Progresos en la mortificación, 42 — Mortificación de la voluntad, 43 — Confesión general. 1852, 44 — Voto de castidad, 46 — Trabajo y oración. 1852-53, 47 — Adoración vespertina, 48 — Al alba con Jesús, 49 — Espíritu de virgen apóstol, 50 — Piedad que no pesa sobre la familia, 52 — Celo fecundo, 53 — Primeros gérmenes de vocación religiosa, 54 — 1854-1857, 55 — Angelina Maccagno, 56 — El primer Reglamento de las Hijas de la Inmaculada, 57 — La primera consagración como Hijas de la Inmacu-

lada, 59 — La labor del canónigo Frassinetti, 60 — Frutos de la pía Unión en Mornese, 61 — La compañía de la Inmaculada en el Oratorio de Valdocco, 62 — Monseñor Contratto en Mornese. 1857, 63.

EL CELOSO DIRECTOR DE LAS HIJAS DE LA INMACULADA Y LAS DOS ELEGIDAS ENTRE ELLAS (1857-1862) . . .

65

Las piadosas reuniones de las Hijas de la Inmaculada, 65 — Las Hijas de la Inmaculada y las madres cristianas, 66 — Celo de María Mazzarello, Hija de la Inmaculada, 67 — En la ausencia temporal de Angela Maccagno, 68 — Petronila Mazzarello, Hija de la Inmaculada, 68 — María Mazzarello y su espíritu de mortificación y de unión con Dios, 69 — Devoción a la Virgen Dolorosa, 70 — Delicadeza de conciencia en María Mazzarello, 70 — De la Valponasca a Mornese. 1858, 72 — Rosina Pedemonte, 72 — La primera maestra nacional de Mornese, 72 — Cordial dependencia de Angela Maccagno, 73 — Las primeras horas de clase para las Hijas de la Inmaculada, 73 — Fuentes de nuevo fervor. 1859-1860, 74 — El tífus en Mornese, 74 — María, enfermera, 75 — De enfermera a enferma, 76 — Escuela de virtudes, 77 — A las puertas de la muerte, 78 — Lento retorno a la vida, 79 — Contemplando la imagen de María Auxiliadora, 79 — Vuelve a la iglesia por primera vez, 80 — Durante la convalecencia. 1860-1861, 80 — Renuncia a la vida del campo, 82 — ¡Si supiera el oficio de modista!, 82 — ¿Visión?, 83 — La invitación a Petronila, 83 — Consentimiento paterno, 85 — En el taller del sastre. 1861-1862, 85 — Trabajan por la tarde en casa de Angela Maccagno, 86 — Marta y María, 86 — Conocen a las Ursulinas, 87 — Las nuevas Ursulinas, 87 — Inicios de vida común entre las Hijas de la Inmaculada, 88 — 1862, 89 — En casa de la modista, 90 — María, al frente del primer taller, 90 — La primera casa alquilada, 91 — Escuela-familia y cómo se vive en ella, 92 — Las dos Hijas de María, también enfermeras, 93.

DON PESTARINO, SALESIANO. PRIMERA LUZ DE DON BOSCO ENTRE LAS HIJAS DE LA INMACULADA (1862-1864)

95

Primer encuentro de Don Pestarino con Don Bosco, 95 — ¿Reunión en Acqui o en Lerma?, 95 — Ocasión fortuita, pero providencial, 97 — Don Pestarino y su total entrega a Don Bosco, 99 — El primer obsequio de Don Bosco a María y Petronila, 100 — Las dos huérfanas, en la escuela de María Mazzarello. 1863, 101 — Variaciones de horario en la vida de las dos amigas, 101 — ¿Internado? ¿Colegio incipiente?, 102 — Nuevos locales en casa de Angela Maccagno y en casa Bodrato, 103 — Comida en común para ahorrar tiempo, 103 — Mesa frugal y corazón alegre, 105 — Trabajo manual y trabajo espiritual, 106 — Carnaval que no roba la paz del corazón, 106 — Sabias precauciones de María Mazzarello, 108 — Apuesta fracasada, 108 — Catecismo cuaresmal en el taller, 109 — Bases del método educativo de María Mazzarello, 109 — El mes de mayo en Mornese, 110 — El jardín de María, 110 — Los «seis domingos de San Luis», 111 — Los paseos a San Silvestre, 113 — Qué le dicen las estrellas a María Mazzarello, 113 — Primera consagración de las alumnas a la Virgen, 114 —

María y las madres de las alumnas, 115 — Las primeras espinas en la vida de apostolado, 115 — El Reglamento de las Hijas de la Inmaculada encuentra acogida en las «Lecturas Católicas», 116 — Don Bosco, a la señorita Provera, 116 — Autoridad moral de María Mazzarello, 117 — María Mazzarello, émula inconsciente de Angela Maccagno, 117 — Un nuevo paso hacia la vida común, 118 — Otro carnaval en el taller, medio para atraer al bien, 119 — Reaparece el descontento, 120 — Teresa Pampuro se une a las dos amigas, 121 — Consecuencias dolorosas, 121 — María vuelve por obediencia a la Valponasca, 122 — La prueba ha terminado, 123.

DON BOSCO EN MORNESE (1864-1867) 125

Noticia agradable acogida en unidad de corazones, 125 — Espera y alegre recibimiento, 126 — Primeras impresiones mutuas, 126 — Don Pestarino consigue su objetivo, 129 — Don Bosco alista entre los suyos a un excelente y querido hijo, 129 — Se cumple la idea de Don Pestarino, 130 — Coincidencia significativa, 131 — Don Bosco por los Institutos de Turín, para salvar a la juventud femenina, 131 — Don Bosco y María Auxiliadora, 133 — Don Pestarino en el Oratorio, para la reunión de los Directores Salesianos, 137 — Nuevas luces, 138 — Obreros voluntarios, 139 — La colocación de la primera piedra del colegio, 140 — Las Hijas de María y sus alumnas no faltan a la fiesta, 142 — Respuesta de Don Bosco a la señorita Parigi, 142 — El Cielo bendice la construcción del colegio, 143 — Relación de Don Pestarino en la reunión de Directores. 1866, 143 — Carnaval en guerra, 145 — Mujeres varoniles, 145 — El mes de mayo, como sugiere Don Bosco, 146 — Estima de Don Bosco por la pobreza religiosa, 149 — La reiterada invocación a María Auxiliadora disipa el temporal, 150 — La construcción del colegio sigue adelante, 151 — Don Bosco manifiesta a Don Lemoyne su idea de fundar un Instituto femenino, 151 — Don Bosco tranquiliza a la superiora de Tor de'Specchi, 153 — Sigue la construcción del colegio, 153 — Nuevas alumnas. 1867, 154 — Don Pestarino, en Turín, 154 — También Mornese se consagra a María Auxiliadora, 154 — Don Bosco asegura la protección de María Auxiliadora sobre Mornese, 155 — Industrias de las Hijas de María para hacer el bien, 156 — La capilla del Colegio, 158 — Don Bosco aprueba el traslado de las Hijas de María a la «Casa de la Inmaculada», 158 — La «Casa de la Inmaculada», 159 — María se despide definitivamente de su familia, 161.

LAS HIJAS DE LA INMACULADA Y EL PENSAMIENTO PATERNAL DE DON BOSCO (1867-1870) 163

Las Hijas de María, en la «Casa de la Inmaculada», 163 — Reaparece el descontento, 164 — «No pretenderéis fundar un monasterio...», 164 — Cómo se vive en la «Casa de la Inmaculada», 165 — Inicio de apostolado masculino en el colegio, 166 — El doloroso veto, 167 — Para la bendición de la capilla del colegio, 167 — Don Bosco, en Mornese para la bendición de la capilla, 168 — Don Bosco, primer huésped del colegio, 169 — Los mornesinos, por María Auxiliadora y por Don Bosco, 170 — Don Bosco, por los Mornesinos, 171 — Lápida conmemorativa a la entrada

de la capilla, 172 — Palabras de Don Bosco a las Hijas de María, 172 — Cómo acoge María Mazzarello las palabras de Don Bosco, 172 — María Mazzarello elegida Superiora de la Casa de la Inmaculada, 173 — Muere Don Frassinetti, 1868, 173 — Preparativos para la consagración de la iglesia de María Auxiliadora en Turín, 174 — Don Bosco aprueba con satisfacción la relación anual de Don Pestarino, 174 — Dificultad sobre dificultad, 175 — Consuelo eficaz, 176 — El primer folleto de Don Bosco sobre María Auxiliadora y la primera novena, 177 — El «Cattolico Provveduto», 178 — Repetida revelación del proyectado Instituto, 178 — El cuadro de María Auxiliadora, 179 — Consagración de la iglesia de María Auxiliadora, 180 — María Auxiliadora, Madre y Reina, 181 — Participación de Mornese en la fiesta, 182 — Don Pestarino explica el motivo de esta participación, 183 — Primera misa de dos Salesianos en Mornese, 185 — Don Bosco en Roma: aprobación de la Pía Sociedad Salesiana, 1869, 186 — Fiesta de familia y nueva indulgencia, 186 — Promesa querida, promesa cumplida, 187 — Exhortaciones paternas, 187 — Horario-programa, 188 — Indulgencia preciosa para los mornesisuos, 1870, 190 — Don Pestarino, esperado en Valdocco, 190 — Finezas paternas, 191 — Doble fiesta en Mornese, 191 — Cómo don Bosco se eleva al pensamiento del banquete celestial, 192 — Humorismo juvenil salesiano, 192 — Preciosa conquista de Don Bosco para la Pía Sociedad Salesiana, 193 — Don Bosco se ocupa directamente de las Hijas de María, 194 — En la despedida de Don Bosco y de Don Costamagna, 194 — Nueva invitación de Don Bosco a Don Pestarino, 195 — Don Bosco revela a Don Francesia su proyecto en pro de las jóvenes, 195.

DON BOSCO SE REVELA CLARAMENTE PADRE Y FUNDADOR (1871).

197

Los grandes proyectos de Don Bosco sobre el colegio, 1871, 197 — Casa Carante, 197 — Otra preciosa visita de Don Bosco a Mornese, 198 — Una nota disonante entre las Hijas de la Inmaculada, 199 — Lo que observó Don Bosco entre las Hijas de María, 200 — Aumento de personas y de industrias en la Casa de la Inmaculada, 201 — Primera revelación de Don Bosco en pleno Capítulo Salesiano, 202 — Aprobación unánime, 202 — El colegio para las Hijas de la Inmaculada, 203 — Don Bosco explica parte de su idea a don Pestarino, 203 — Don Bosco expone su nuevo proyecto al Papa, 204 — Don Bosco revela a Don Pestarino todo su proyecto, 205 — Don Pestarino, entre la espada y la pared, 206 — «¿Cómo haré para conocer las que tienen vocación?», 206 — Las Hijas de María, informadas del secreto que les atañe tan de cerca, 207 — La pena del corazón no le ata las manos a Don Pestarino, 208 — Las «Lecturas Católicas» para la juventud femenina, 208 — El primer esquema de las Reglas, 209.

TIEMPO DE TRANSICION (1871-1872)

211

Nueva luz en el mismo camino, 211 — Don Pestarino abre un horizonte nuevo a las Hijas de la Inmaculada, 212 — Primeros pasos por el camino abierto, 212 — ¿Silencio absoluto?, 213 — Fórmula nueva y devoción

antigua, 214 — El sereno abandono de María Mazzarello: no pregunta ni cómo ni por qué, 215 — Consuelo y esperanza de Don Pestarino en la tormenta, 216 — Una nueva flor: Corina Arrigotti, 216 — Trabajo maternal de María Mazzarello con Corina, 217 — Visita de Don Bosco a Albissola, 218 — Don Bosco, enfermo en Varazze, 219 — Don Pestarino y las Hijas de la Inmaculada, por Don Bosco enfermo, 219 — En las huellas de Don Bosco y por Don Bosco: la primera huerfanita, 221 — Los mornesinos van a Varazze a ver a Don Bosco. 1872, 222 — «¡Ahora, amigos, a comer!», 224 — La Epifanía del Instituto femenino de Don Bosco, 225 — Las primeras Reglas, en manos de las Hijas de la Inmaculada, 226 — María Mazzarello se decide en seguida por Don Bosco, 226 — Petronila se lo piensa, 227 — Reunión decisiva con las demás Hijas de la Inmaculada del pueblo, 228.

PIEDRAS FUNDAMENTALES DEL MONUMENTO VIVO A MARIA AUXILIADORA (1872) 231

Primeros acuerdos sobre el hábito religioso, 231 — Sobre el traslado al colegio, 232 — Don Bosco regresa a Turín, 233 — Otra vez, sobre el hábito religioso, 233 — Filial esperanza, 235 — Alegrías y temores, 235 — Circunstancia providencial, 236 — Hay que cambiar de casa y se cambia, 238 — El primer 24 de mayo en el colegio, 239 — Pero no todo estaba en calma, 239 — Las dos primeras vocaciones, 240 — En seguida en regla, 240 — La fiesta de Corpus Christi, 242 — En busca de trabajo, 243 — Comentarios, 243 — Cómo María Mazzarello se anima y las anima a todas, 244 — El obispo de la diócesis irá a Mornese a reponer su salud, 244 — Don Bosco dispone que se prepare la primera función religiosa para sus Hijas, 245 — El obispo, huésped de Don Pestarino, 246 — Gratos preparativos, 247 — También las señoras toman parte en los primeros Ejercicios Espirituales, 248 — El Fundador no debe faltar y no falta, 249 — Preparativos inminentes, 251 — Don Bosco, totalmente a disposición de sus Hijas, 252 — Suena la hora de Dios, 253 — Habla Don Bosco y da nombre a su «Monumento», 255 — También en Mornese, la nueva nevada suscita admiración y... desaprobación, 256 — Se reanuda la vida, los corazones siempre en alto, 257 — La vicaria de la Virgen, 257 — «¡La verdadera directora es la Virgen!», 258 — La emocionante despedida del Fundador, 259 — Continúan los Ejercicios, 260 — ¡Pobre Don Pestarino!, 260 — Luisa Arecco, 261 — Clausura de los Ejercicios y recuerdos del Pastor, 262 — Acta de fundación, 262 — Benevolencia del obispo para con las nuevas religiosas, 264 — No seremos menos de la Inmaculada, siendo totalmente de la Auxiliadora, 265.

ANEXOS. 267

1. El primer Reglamento de las Hijas de la Inmaculada (borrador de Angela Maccagno) - 1853 269
2. Memorias del cardenal Cagliero - febrero 1922 271
3. Carta de Don Cafasso a Don Pestarino - junio 1857 272

4.	Declaración de Sor Carolina Provera, de las F. C. de Jesús - marzo 1910	272
5.	Carta de Don Bosco a Don Pestarino para la bendición de la capilla del colegio - 4 octubre 1867	273
6.	Carta de Don Bosco a Don Pestarino con el anuncio de su llegada a Mornese para la bendición de la capilla del colegio - 3 diciembre 1867	273
7.	Saludo dirigido por el maestro del pueblo Héctor Ponassi a Don Bosco, con ocasión de su visita a Mornese - 9 diciembre 1867	274
8.	Versos del notario Antonio Traverso, secretario del ayuntamiento, con ocasión de la visita de Don Bosco a Mornese - 9 diciembre 1867.	275
9.	Carta de Don Bosco a Don Pestarino después de la bendición de la capilla del colegio - 25 diciembre 1867	279
10.	Carta de Don Bosco a Don Pestarino con el anuncio de su próxima llegada a Mornese - 2 mayo 1870.	280
11.	Primer bosquejo de Reglas propuesto por Don Bosco a las primeras Hijas de María Auxiliadora	281
12.	Al sacerdote Juan Bosco por su recobrada salud. Himno - 1872 . .	295
13.	Bosquejo incompleto del nuevo proyecto de Angela Maccagno - 1872.	296
14.	Memoria compendio del Instituto de las Nuevas Ursulinas de Acqui.	302
15.	Sobre la llegada de Don Bosco a Mornese, el 4 de agosto de 1872.	303